



PRESENCIA DE LA MUJER CHILENA EN LA GUERRA DEL PACÍFICO

Paz Larraín Mira



PAZ LARRAÍN MIRA

Realizó sus estudios en el Colegio Sagrado Corazón de Apoquindo y en la Universidad Católica de Chile, recibiendo el título de Profesora de Historia y Geografía. Magíster en Historia de América por la Universidad de Chile. Actualmente es profesora de la Universidad Gabriela Mistral.

Entre sus obras más recientes destacan: *Guerra del Pacífico: Algunas acciones militares* (2003); coautora *Testimonios de un Capellán Castrense en la Guerra del Pacífico: Ruperto Marchant Pereira* (2004).

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

ilena



9A (687-27)

006

C: 3

7594

Biblioteca Nacional



1546412

897594

9A(687-11)
18

La Presencia de la Mujer Chilena en la Guerra del Pacífico

CENTRO DE ESTUDIOS BICENTENARIO
CHILE

1810 - 1910 - 2010

CIP - Centro de Estudios Bicentenario

Larraín Mira, Paz.

La Presencia de la Mujer Chilena en la Guerra del Pacífico / Paz Larraín Mira.

Incluye notas bibliográficas.

Incluye bibliografía e índice iconográfico.

1.- Guerra del Pacífico, 1879-1884 - Mujeres. 2.- Mujeres en la Guerra - Chile - Historia. 3.- Mujeres - Chile - Historia - Siglo 19. - I. - t.

CDD 22
983.0616

2006

RCA2

© Centro de Estudios Bicentenario / Universidad Gabriela Mistral

© Paz Larraín Mira

Correo N° 30 Casilla 189, Vitacura - Santiago - Chile

<http://www.bicentenariochile.cl>

contacto@bicentenariochile.cl

Derechos reservados

ISBN 956-8147-36-5

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 123373

Primera edición, enero del 2002.

Segunda edición, diciembre del 2006.

Diseño de portada: Elena Manríquez

Fotografías: Myriam Duchens

Diagramación: Alejandra Urzúa

Impreso en Quebecor World Chile S.A.

Impreso en Chile / Printed in Chile

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna por ningún medio sin permiso previo del editor.

La Presencia de la Mujer Chilena en la Guerra del Pacífico

Paz Larrain Mira

EDICIONES

CENTRO DE ESTUDIOS
BICENTENARIO

UNIVERSIDAD
GABRIELA MISTRAL

SANTIAGO
2006

ÍNDICE

Prólogo de Cristián Guerrero Yoacham	9
Introducción	17
CAPÍTULO I	
Presencia de la mujer chilena en la historiografía de la Guerra del Pacífico	21
CAPÍTULO II	
Las cantineras chilenas	31
CAPÍTULO III	
Mujeres tras la huella de los soldados	79
CAPÍTULO IV	
La mujer de ciudad y su aporte a la Guerra del Pacífico	125
Conclusiones	169
Bibliografía	175
Índice iconográfico	189

PRÓLOGO

En la vasta bibliografía chilena sobre la Guerra del Pacífico, el tema de la participación de la mujer en el conflicto no había sido estudiado, salvo por una tesis universitaria de pregrado de Soledad González Ibaceta presentada en la Universidad de Chile en 1988. El trabajo se basó en algunas fuentes documentales y bibliografía secundaria.

Hoy día, con el libro que el lector tiene en sus manos, se da un gran paso tendiente a llenar ese vacío, pues Paz Larraín Mira, abordando este tema, ha realizado una rigurosa investigación en una cantidad muy apreciable de material no estudiado previamente por los historiadores del conflicto de 1879, rematando en una monografía de excelencia, científicamente elaborada, que se convierte en una seria aportación a la historiografía chilena. Cubre en ella aspectos temáticos mayores, presenta una gran cantidad de hechos y alcanza conclusiones de gran solidez.

Paz Larraín Mira fue una excelente alumna en el Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Allí realizó sus primeros trabajos de investigación en diferentes Seminarios guiados por conocidos profesores de vasta experiencia. En los cursos de Historia de América y de Chile se despertó en ella una inquietud muy grande por conocer la historia de la mujer y muy especialmente le apasionó el tema de la Guerra del Pacífico sobre

el cual ha publicado interesantes artículos. Titulada de profesora de Historia y Geografía, se inició en la cátedra universitaria en la Universidad Católica como ayudante de docencia de Teresa Pereira Larraín, Juan Eduardo Vargas Cariola y René Millar Carvacho quien la llevó a trabajar en la Escuela de Derecho y en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Tiempo después colaboró con el Profesor Vargas en la Universidad Gabriela Mistral y posteriormente le sucedió en su curso en esta casa de estudios.

No contenta con lo que había logrado hasta ese entonces, Paz Larraín, siempre ansiosa de perfeccionamiento, fue alumna del primer programa de post-título en Historia de Chile dictado por el Departamento de Ciencias Históricas de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Allí encontró una clara orientación académica que la llevaron posteriormente a inscribirse como alumna regular del programa de Magíster en Historia de la misma unidad académica, tarea que realizó con gran esfuerzo y sacrificio, destacando con particular brillo en medio de una generación muy prometedora. Culminó sus estudios satisfactoriamente en 1999.

Yo tuve como alumna a Paz Larraín en la Universidad Católica y en los dos programas de post grado de la Universidad de Chile y no fue raro para mí que Paz me solicitara mi ayuda para realizar su tesis de grado que, lógicamente debía tener como tema la mujer en la Guerra del Pacífico.

La imagen que yo tenía de Paz Larraín en aquellos años, es la misma que tengo ahora, corroborada sí por un contacto frecuente entre una alumna graduada y profesor guía y más que eso, entre amigos. Persona de vida muy sencilla, trabajadora incansable, espíritu inquieto, Paz Larraín nunca se da por satisfecha con lo que sabe y siempre quiere saber más. En procura de aprender, nada la detiene y cuando se trata de investigación, recorre en forma incansable archivos y bibliotecas, revisa con verdadera avidez los empolvados y amarillentos papeles de viejos documentos, consulta con ansiosa inquietud diarios y revistas, lee apasionadamente colecciones documentales, papeles personales de testigos

y actores de los hechos que estudia, memoriales, cartas, notas, en general toda clase de fuentes primarias que puedan proporcionarle conocimientos, sometiendo todo el material a una rigurosa crítica. En forma paralela se preocupa también por los trabajos historiográficos sobre sus tópicos, evaluándolos con criterios objetivos. Por ello mi labor como profesor guía de su tesis fue sumamente fácil. El resultado, la primera versión del libro que ahora prologamos, fue aprobada con nota máxima por la Comisión Examinadora.

Parecía que todo terminaba allí, pero Paz Larraín decidió profundizar su investigación. Buscó y encontró nuevos documentos, logró consultar periódicos no vistos antes y en fin reunió tanto material que en la práctica se decidió a escribir de nuevo su trabajo, el cual comentamos en muchas gratas y amenas oportunidades. Partes de esta nueva versión ha sido publicada en forma de artículos en algunas revistas especializadas y ahora, gracias a la generosidad de la Universidad Gabriela Mistral y del Centro de Estudios Bicentenario, la monografía de Paz Larraín sale a luz en una muy cuidada edición.

En la introducción del libro la autora explica las motivaciones que tuvo para investigar el tema que enmarca con precisión, plantea sus objetivos y su hipótesis, informa en términos generales sobre las fuentes primarias utilizadas y los variados problemas que encontró en el desarrollo de la investigación y, finalmente, traza un breve boceto del contenido de cada capítulo de la obra.

El capítulo primero, titulado “Presencia de la mujer chilena en la historiografía de la Guerra del Pacífico”, contiene un análisis muy completo de la preocupación que han demostrado los historiadores contemporáneos al conflicto y posteriores a él, los memorialistas y los actores de la guerra que han dejado estampadas sus vivencias y experiencias sobre la participación femenina en el conflicto; el mismo análisis hace la autora en el material documental primario publicado, llegando a la conclusión que la presencia de la mujer en las campañas de la Guerra prácticamente no ha sido estudiada en el nivel que se requiere y muchas obras lo relegan a un lugar secundario y episódico. De esta afirmación se salva sólo Benjamín Vicuña

Mackenna que ha sido el único que ha asignado cierta importancia al rol de la mujer en la guerra, aunque manifiesta ciertas reticencias. Paz Larraín ha evaluado críticamente más de 60 obras para llegar a comprobar lo afirmado previamente.

“Las cantineras chilenas” es el título del capítulo segundo y la autora partiendo de las definiciones más conocidas del término o vocablo “cantinera” y la evolución que éste ha tenido, entrega un retrato muy completo y claro sobre el personaje y sus particularidades, de las labores que ejecutaba en los ámbitos de la salud y alimentación de los soldados y de los actos, algunos de ellos verdaderamente heroicos, cuando en plena batalla reemplazaba a los combatientes heridos o muertos. La señora Larraín establece una clara diferencia entre vivanderas y cantineras y entre éstas y las “rabonas” y “juboneras” peruanas y bolivianas. Es curioso observar que la autora destaca las muchas prohibiciones y limitaciones que el alto mando militar impuso a las mujeres que intentaban llegar a ser cantineras, comenzando con la fallida intentona de impedirles viajar desde Chile central a las provincias del norte que fueron el escenario de la guerra, siguiendo con una serie de reglamentos, ordenanzas y decretos que estipulaban los requisitos para ser admitidas en los diferentes regimientos. Con las biografías de las cantineras más destacadas durante la guerra: Irene Morales, Filomena Valenzuela, María Quiteria Ramírez, Carmen Vilches, Rosa Ramírez y Leonor Solar (estas últimas asesinadas cruelmente en la acción de Tarapacá), Susana Montenegro y Dolores Rodríguez, se cierra este capítulo. Las historias personales o historias de vida de cada una de estas mujeres, demuestran y refrendan con claridad y precisión todas las generalizaciones planteadas previamente por la autora.

El capítulo tercero, “Mujeres tras la huella de los soldados”, es un estudio muy bien organizado y presentado con claridad sobre el curioso proceso que desarrolló un gran número, casi imposible de determinar, de mujeres (y niños en muchos casos) que viajaron al sitio de la guerra en seguimiento de los soldados y que en el norte se desempeñaron como enfermeras, costureras, fregonas, lavanderas, cocineras, etc. La autora muestra una variada gama de

razones que esgrimieron estas mujeres, las “camaradas”, como se les apodó, para emprender esta aventura, los riesgos y peligros que corrían durante la navegación y las acciones emprendidas por las autoridades civiles y militares para evitar esta verdadera invasión a los campamentos, razones entre las cuales estuvo presente una campaña para advertir la propagación de enfermedades venéreas y otras derivadas del clima nortino, como la fiebre tifoidea o males como las paperas, reumatismo y tercianas. Se destaca el hecho que las autoridades no lograron nada y las mujeres continuaron en pos de los regimientos en las campañas de Antofagasta, Tarapacá, Lima y de la Sierra, muy pocas con autorización oficial y la gran mayoría desobedeciendo órdenes explícitas del gobierno y desechando la oferta de viaje gratis de retorno a Valparaíso. Para ellas lo fundamental era permanecer junto a sus hombres. Por su parte los soldados favorecían la compañía femenina y facilitaban sus uniformes de repuesto para que las mujeres se disfrazaran, al tiempo que las protegían y cuidaban. Así, la presencia de la mujer en los campamentos fue algo habitual como lo fueron los partos, la presencia de niños pequeños y las incomodidades que todo ello causaba, las que eran retribuidas por las mujeres con el quehacer normal y cuidadosos de las labores propias de su sexo que aliviaban los sufrimientos y brutalidades de la guerra a los cuales tampoco escapó, como lo demuestran las mujeres sacrificadas bárbaramente por los montoneros peruanos del General Cáceres (“El brujo de los Andes”) en el ataque a La Concepción o los episodios de la “general” Buendía. A estas mujeres hay que sumar las chilenas que vivían en territorio ocupado por Bolivia y en suelo peruano desde antes de la guerra y que colaboraron con el ejército expedicionario durante el conflicto, entre 1879 y 1884, sufriendo agravios de las autoridades aliadas por el simple hecho de ser chilenas. De mucho interés resultan los datos que entrega la autora sobre el retorno de las “camaradas” a Chile después de la ocupación de Lima, en especial el resumen estadístico que incorpora y que revela que el 17% de los retornados eran mujeres, cifra muy significativa y demostrativa, aunque los datos sobre los que se ha calculado sean parciales.

El capítulo cuarto, titulado “La mujer de ciudad y su aporte a la Guerra del Pacífico”, también está elaborado en forma adecuada y convincente. Nos muestra lo que podríamos llamar “el frente interno” y la participación que en él tuvo la mujer y que abarcó desde el humilde trabajo de confeccionar hilas hasta atender enfermos en hospitales establecidos expresamente para hacerse cargo de los convalecientes, crear, administrar y financiar casas de reposo, establecer talleres para la confección de uniformes y prendas de vestir, prestar servicios personales de enfermería, servir de escribientes de cartas a los soldados analfabetos que volvían para poderse comunicar con sus familias o de lectores para darles alguna entretención, reunir dinero por medio de rifas y bazares, recolectar limosnas y donaciones, atender viudas y huérfanos de la guerra, juntar ropas, etc. La habilitación de ambulancias y hospitales militares y asilos y la creación de albergues y de instituciones de beneficencia como la Protectora de Santiago y sus filiales de provincia, la Sociedad Protectora de Valparaíso (también con filiales provincianas), el Asilo de la Patria, la Casa de María, el Asilo de la Purísima, la Sociedad del Perpetuo Socorro y otras que desarrollaron todas las labores habidas y por haber para ayudar a las víctimas de la guerra, muestran cuán complejo y completo fue el trabajo de las mujeres ciudadinas durante los años de conflicto, trabajo en el que participaron también varias congregaciones religiosas como San Vicente de Paul, Congregación de las Hermanas de la Casa de María, religiosas de la Inmaculada Concepción, Monjas de la Caridad y otras.

La autora destaca también los esfuerzos de damas de colonias extranjeras residentes en Chile y el establecimiento de la Cruz Roja en Santiago y de individualidades femeninas como las hijas de Francisco Ignacio Ossa, Luisa de Edwards, Isabel de Arlegui y Gertrudis de Lyon, doña Dolores Vicuña de Morandé (hermana de Benjamín Vicuña Mackenna), Juana Ross de Edwards, Isidora Goyenechea de Cousiño y Rosa Aldunate de Waugh. Las biografías de estas damas son bastante completas y entregan abundantes detalles.

Las conclusiones que entrega la señora Larraín están en total concordancia con los objetivos que planteó, prueban su hipótesis y están hábilmente refrendadas con abundantes probanzas.

La bibliografía presentada es muy completa y la selección de las piezas que identifica con información total muestran un conocimiento muy amplio de la historiografía de la Guerra del Pacífico, tanto en lo referente a fuentes primarias como a monografías historiográficas. La bibliografía está categorizada en los siguientes apartados: I Guías bibliográficas. II Obras generales. III Obras generales sobre la Guerra del Pacífico. IV Historiadores contemporáneos a la Guerra del Pacífico. V Monografías sobre temas específicos de la Guerra del Pacífico. VI Documentos: a) Impresos, b) Inéditos. VII Testimonios contemporáneos chilenos: Diarios de campaña, epistolarios, memorias, reminiscencias, recuerdos. VIII Testimonios contemporáneos extranjeros: Diarios de campaña, epistolarios, memorias, reminiscencias, recuerdos. IX Prensa del período de la Guerra del Pacífico. X Obras de referencia: Diccionarios, enciclopedias, diccionarios biográficos. Esta categorización está inteligentemente planteada y hace fácil y expedita la consulta de la información bibliográfica.

En lo relativo a la metodología usada por la autora, se combinan con extrema habilidad la narración, descripciones, análisis, críticas e interpretación, lográndose un cuadro claro, preciso y límpido del tema abordado. Cada afirmación está debidamente refrendada en más de una fuente. 462 notas de pie de página son una prueba indiscutible de lo que afirmamos y hablan por si solas de la seriedad, minuciosidad y esmero con que el tema ha sido abordado. Todo ello revela que Paz Larraín tiene mucha práctica en el campo de la investigación y que domina las técnicas hermenéuticas.

El estilo en que está escrito el texto de la monografía es muy claro, preciso y exacto, entendible a primera lectura. Se ve el esfuerzo hecho por la señora Larraín por transmitir directamente su pensamiento y los logros obtenidos en una forma sencilla, sin juicios de valor ni uso de calificativos, como tampoco planteamientos a priori. Prima en el pensamiento de la autora un definido

concepto de objetividad. El sistema de anotación es claro y preciso y no presenta dificultad alguna. El lector obtiene al instante la información bibliográfica que entregan las notas o comprende las definiciones imprescindibles que van en algunas de ellas, las cuales de ser introducidas en la narración, harían que esta perdiera su continuidad.

Llama la atención el adecuado uso que hace la autora de materiales gráficos (fotografías y caricaturas) del período de la guerra, el aprovechamiento de la poesía popular y muy especialmente de informaciones de diarios, periódicos, pasquines y revistas coetáneas al fenómeno bélico.

Trabajar con Paz Larraín Mira ha sido para el autor de este prólogo una tarea grata y sencilla por los profundos conocimientos que ella tiene de la Guerra del Pacífico, su indiscutible talento hermenéutico para indagar en las fuentes documentales y en las bibliografías complementarias, su sentido crítico, la objetividad científica que muestra en sus juicios y su habilidad como escritora. Además, su personalidad definida por una inteligencia clara, madurez en todo sentido, capacidad de trabajo, seriedad en su quehacer y gran empeño en concluir en buena forma las tareas que inicia, siempre son un aliciente que mueve hacia una meta feliz que, en este caso, queda expresada en esta magnífica monografía que llena un vacío en la historiografía nacional y hace un muy interesante aporte en el campo de la historia de la mujer.

Todos los libros son autobiográficos según sentencia Goethe, pues de una manera u otra definen a sus autores y transmiten sus ideas y pensamientos al tiempo que demuestran el trabajo realizado. No me cabe duda que la afirmación del humanista y escritor alemán son aplicables al libro de Paz Larraín Mira, libro que permite pronosticar con certeza que su autora alcanzará un sitio de excelencia en la historiografía chilena con las investigaciones que tiene planificadas para el futuro.

CRISTIÁN GUERRERO YOACHAM
Profesor Titular Universidad de Chile

INTRODUCCIÓN

Uno de los temas de la Historia de Chile que siempre me ha interesado es la Guerra del Pacífico y por ello la he investigado en algunos de sus múltiples aspectos, publicando los resultados de mis indagaciones¹. Al realizar los trabajos ya citados, me llamó la atención lo poco que los estudiosos se han preocupado de la participación de la mujer en el conflicto, hecho que pude comprobar al encontrar solamente una tesis universitaria sobre el tema² y ver ausencia total de referencias al tópico en la útil bibliografía recopilada por Sergio Rodríguez Rautcher³.

Actualmente algunos historiadores europeos están dedicando atención preferente al papel jugado por la mujer en determinados procesos, lo que se ha traducido en la publicación de importantes trabajos de real significado historiográfico como

¹ Larraín Mira, Paz: "La campaña de la Sierra", en *Revista de la Academia de Historia Militar*, N° 7, Santiago, 1992, pp. 6-24; Larraín Mira, Paz: "La campaña de Tacna y Arica", en *Revista de la Academia de Historia Militar*, N° 9, Santiago, 1994, pp. 107-125. Larraín Mira, Paz: "Las Conferencias de Arica", en *Revista Nuestro Chile* N° 24, Santiago, 1994, pp. 42-61. Larraín Mira, Paz: "Don Patricio Lynch: el marino, el militar y el político", en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 163, Santiago, 1997, pp. 71-106.

² González Ibaceta, Soledad: *La participación femenina en la Guerra del Pacífico, 1879-1884*, Tesis para optar al grado de Licenciada en Historia, Universidad de Chile, Santiago, 1988.

³ Rodríguez Rautcher, Sergio: *Bases documentales para el estudio de la Guerra del Pacífico con algunas descripciones, reflexiones y alcances*, 2 Tomos, Instituto Geográfico Militar, Santiago, 1991.

por ejemplo *Historia de las mujeres*⁴ e *Historia de la vida privada*⁵ de Georges Duby⁶ y Regine Pernoud⁷, respectivamente.

En la historiografía latinoamericana, el tema de la mujer ha sido en gran medida olvidado. En el caso concreto de Chile apenas podemos contar con algunas obras de carácter fragmentario, entre las cuales podemos citar *Tres ensayos sobre la mujer chilena*⁸, *La mujer en el Reino de Chile*⁹ y *Cartas de mujeres de Chile*¹⁰.

Dentro de la historiografía chilena de la Guerra del Pacífico, en la que destaca la obra de Gonzalo Bulnes, el papel desempeñado por la mujer como ya lo hemos dicho, es ignorado y por ello el objetivo de este libro es conocer y demostrar cual fue el rol de la mujer en la contienda, y plantearse preguntas tales como si tuvo ella un papel importante en la guerra y si lo tuvo ¿cuál fue? ¿tuvo participación la mujer en la estructura jerárquica del ejército?, qué diferencias hubo en los roles que jugaron las mujeres chilenas en comparación con sus pares peruanas y bolivianas? y, finalmente, si la mujer realizó sólo los trabajos y menesteres que se consideran típicos de su género o si su actuación abarcó otros aspectos, ¿qué impacto tuvieron los primeros y cual fue la importancia de las otras labores?

Esto me llevó a plantearme la pregunta acerca de si iban o no mujeres acompañando a los soldados que integraron los batallones que expedicionaron al Norte. Luego de una larga investigación, cuyos resultados el lector tiene en sus manos, creo que es

⁴ Duby, Georges y Perrot, Michelle: *Historia de las mujeres*, 5 Volúmenes, Editorial Taurus, Madrid, 1991.

⁵ Duby, Georges y Aries, Phillippe: *Historia de la vida privada*, 10 Volúmenes, Editorial Taurus, Madrid, 1987.

⁶ Duby, Georges: *Mujeres del siglo XII, Eloísa, Leonor, Iseo y algunas otras*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1995. Duby, Georges: *Mujeres del siglo XII, recordando el linaje femenino*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1996.

⁷ Pernoud, Regine: *La mujer en el tiempo de las catedrales*, Editorial Granica, Buenos Aires, 1987. Pernoud, Regine: *La mujer en tiempo de las cruzadas*, Editorial Rialp, Madrid, 1991.

⁸ Pereira, Teresa; Santa Cruz, Lucía y Maino, Valeria: *Tres ensayos sobre la mujer chilena*, Editorial Universitaria, Santiago, 1978.

⁹ Cano Roldán, Sor Imelda: *La mujer en el Reino de Chile*, Editorial Gabriela Mistral, Santiago, 1981.

¹⁰ Vergara Quiroz, Sergio: *Cartas de mujeres de Chile*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1987.

posible sostener la hipótesis de que a diferencia de lo que suele pensarse, la mujer chilena participó activamente en la Guerra del Pacífico y tuvo un rol importante como compañera, esposa, enfermera y dispensadora de beneficencia, aparte de haber tomado las armas en casos puntuales.

Las respuestas a las preguntas planteadas y la hipótesis que he formulado se fundamentan en una amplia búsqueda en documentos y fuentes primarias custodiadas en el Archivo Nacional y el Archivo de Guerra, en diarios de vida, diarios de campaña, memorias, reminiscencias y cartas de los actores del conflicto, a los cuales se agregó una pesquisa minuciosa en la prensa de la época que informa con abundancia de detalles una serie de episodios protagonizados por mujeres entre 1879 y 1883.

La consulta de estas fuentes nos permitió formarnos una idea del papel positivo jugado por la mujer, el cual aunque no fue determinante en el resultado del conflicto bélico, si tuvo una influencia anímica y sirvió de aliciente y gran ayuda espiritual y material a los soldados en campaña.

En el desarrollo de la investigación nos encontramos con una serie de dificultades, entre ellas el hecho que no estaban todos los libros que se necesitaban, muchas veces estos se encontraban mal catalogados o empastados de a dos o tres en un solo tomo lo que hacía muy difícil su ubicación; algunos periódicos como *La Patria* tuve que leerlos en Valparaíso porque en Santiago estaban en proceso de microfilmación y por tanto cerrados al público. En el Archivo Nacional, en numerosas ocasiones, pudimos comprobar que el material estaba mal clasificado y desordenado, a diferencia del Archivo de Guerra donde prima el orden y el fácil acceso a la documentación.

Nuestra monografía consta de cuatro capítulos. El primero está dedicado a constatar como la historiografía¹¹ chilena

¹¹ Bajo este término comprendemos el “estudio bibliográfico y crítico de los escritos sobre historia y sus fuentes, y de los autores que han tratado de estas materias”. Real Academia Española: *Diccionario de la Lengua Española*, Editorial Espasa Calpe, Madrid, 1992, Tomo II, p. 1114.

se ha referido en forma muy limitada a la presencia femenina en la Guerra del Pacífico. El segundo se refiere a las cantineras. Tratamos de definir este curioso personaje y conocer el porqué de su participación en el campo de batalla. Incluimos las biografías de las cantineras más famosas. El tercero trata de las camaradas, quiénes fueron, por qué y cómo partieron hacia el Norte, de las razones esgrimidas por las autoridades de gobierno para prohibir el embarque y cómo ellas burlaron dichas prohibiciones con la complicidad de los soldados. El cuarto y último capítulo analiza la obra realizada por las mujeres que permanecieron en las ciudades chilenas y cómo contribuyeron al desarrollo y término del enfrentamiento aportando ayuda humanitaria, principalmente a los soldados heridos, a las viudas y huérfanos que dejó la contienda. Luego presentamos nuestras propias conclusiones y la bibliografía utilizada.

Finalmente debo expresar mi agradecimiento a las personas que con su ayuda generosa hicieron posible la realización de este libro. Primeramente y de una forma muy especial a Cristián Guerrero Yoacham, quien con sus consejos, orientación y revisión total del texto, logró que sacara adelante este trabajo. A mi amiga, la profesora Cecilia Quintana Cortés, por su paciencia para revisar y catalogar mis materiales a medida que avanzaba en la investigación. Finalmente a las historiadoras Myriam Duchens Bobadilla y Pamela Searle Cauas que me ayudaron en la recolección de datos e informaciones.

PAZ LARRAÍN MIRA

CAPÍTULO I

PRESENCIA DE LA MUJER CHILENA EN LA HISTORIOGRAFÍA DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

Si consideramos que la historiografía es el “estudio bibliográfico y crítico sobre historia y sus fuentes, y de los autores que han tratado de estas materias” o el “conjunto de obras o estudios de carácter histórico”¹ bien podemos sostener que el papel jugado por la mujer en la Guerra del Pacífico no ha sido un tema bien estudiado salvo la tesis de grado presentada en la Universidad de Chile por Soledad González Ibaceta que aparece como pionera en el tema².

Sin embargo, cuando se habla del tema de las mujeres, de inmediato se lo asocia con las cantineras en lo que respecta al lado chileno, y con las rabonas cuando se refiere a las fuerzas peruano-bolivianas. Empero, la participación femenina chilena en el conflicto fue muchísimo más amplia como se demostrará en los

¹ Ambas definiciones en Real Academia Española: *Diccionario de la Lengua Española*, Editorial Espasa Calpe, Madrid, 1992, Tomo II, p. 1114.

² González Ibaceta, Soledad: *La participación femenina en la Guerra del Pacífico, 1879-1884*. Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Universidad de Chile, Santiago, 1988. A diferencia de lo que ocurre con la historiografía, en la novela sobresalen, entre otras, dos trabajos respecto a la mujer en el conflicto de 1879. Ellas son las de Inostrosa, Jorge: *Adiós al Séptimo de Línea*, 5 Tomos, Empresa Editora Zig-Zag, Santiago, 1955 (reeditado en varias oportunidades dado que se convirtió en un best seller) y Pacheco, Ramón: *La Generala Buendía*, Imprenta Gutenberg, Santiago, 1885-1887, publicada al año siguiente del término del conflicto.

siguientes capítulos, ya que las mujeres de todos los estratos sociales participaron en el conflicto abarcando diferentes ámbitos como el sanitario, el culinario, el familiar, la ayuda benéfica, el religioso, la confección de uniformes, ropa interior y otros.

Entre las obras generales que se han escrito en Chile sobre la Guerra del Pacífico están la de Gonzalo Bulnes³, la Historia del Ejército de Chile⁴ que le dedica dos tomos al conflicto, las monografías de Francisco Machuca⁵, de Wilhelm Ekdahl⁶, de Augusto Pinochet Ugarte⁷ y la de Hans Von Knauer⁸. Los tres primeros mencionan a diferentes mujeres en una forma tangencial relegándolas a un plano muy inferior, por no decir que prácticamente la ignoran y los tres últimos sencillamente no las nombran ni consideran para nada.

Entre los historiadores contemporáneos de la guerra que escribieron obras de carácter general sobre la misma, podemos señalar a Diego Barros Arana⁹ y a Benjamín Vicuña Mackenna¹⁰. El primero

³ Bulnes, Gonzalo: *Guerra del Pacífico*, 3 Tomos, Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1955. Los tomos de la primera edición aparecieron en 1911, 1914 y 1919 respectivamente.

⁴ Estado Mayor General del Ejército: *Historia del Ejército de Chile*, 8 tomos, Academia de Historia Militar, Biblioteca del Oficial, Santiago, 1980-1983. Los volúmenes v y VI cubren la Guerra del Pacífico.

⁵ Machuca, Francisco: *Las cuatro campañas de la Guerra del Pacífico*, 4 Tomos, Imprenta Victoria, Valparaíso, 1927.

⁶ Ekdahl, Wilhelm: *Historia Militar de la Guerra del Pacífico entre Chile, Perú y Bolivia*, 3 Tomos, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, Imprenta Ministerio de Guerra, 1917-1919.

⁷ Pinochet Ugarte, Augusto: *La Guerra del Pacífico. Campaña de Tarapacá*, Editorial Andrés Bello, 1984.

⁸ Von Knauer, Hans: *Historia Militar de la Guerra del Pacífico*, Imprenta del Cuartel General de la Primera División de Ejército, Antofagasta, 1934.

⁹ Barros Arana, Diego: *Historia de la Guerra del Pacífico, 1879-1881*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1979.

¹⁰ Vicuña Mackenna, Benjamín: *Historia de la campaña de Tarapacá, desde la ocupación de Antofagasta hasta la proclamación de la dictadura en el Perú*, 2 Tomos, Imprenta y Litografía de Pedro Cadot, Santiago, 1880. Existe otra edición similar a la de Cadot impresa por Rafael Jover a la que se agregó como encabezamiento la frase Guerra del Pacífico en ambos tomos. Vicuña Mackenna, Benjamín: *Historia de la campaña de Tacna y Arica, 1879-1880*. Rafael Jover Editor, Santiago, 1881. Vicuña Mackenna, Benjamín: *Historia de la campaña de Lima, 1880-1881*, Rafael Jover Editor, Santiago, 1881. Vicuña Mackenna,

relata algunos episodios breves en que aparecen mujeres siempre relacionadas o comparadas con mujeres peruanas y bolivianas. Un caso diferente es Vicuña Mackenna, de quien podríamos decir es el único de los historiadores que en alguna medida tiene un concepto y le asigna importancia al rol desempeñado por la mujer en el conflicto. El establece con claridad las diferentes actividades que cumplieron las señoras desde su hogar. A través de un libro en que relata la experiencia de su hermana Dolores¹¹ se puede apreciar un tipo de motivaciones y diferentes trabajos que las mujeres realizaron en apoyo de las fuerzas expedicionarias. En otras publicaciones, especialmente artículos de prensa, entrega su concepto sobre las cantineras¹² y las camaradas. Las palabras de Vicuña Mackenna son una fuente de primera calidad para nuestro tema ya que provienen de informaciones directas que recibía o de sus propias observaciones. Sin embargo, hay que trabajarlas con cuidado pues muchas veces el autor se deja llevar por la fantasía y el entusiasmo patriótico.

Entre los testimonios contemporáneos, los cuales comprenden diarios de campaña, memorias, reminiscencias personales y recuerdos, es donde aparecen los mejores datos sobre el rol que jugaron las cantineras o las camaradas en la contienda. Estos fueron escritos por los propios soldados, por médicos o por corresponsales que participaron de una forma u otra en la guerra. Entre estos trabajos deben mencionarse por ejemplo el artículo ya citado "Las Amazonas del Ejército de Chile. La cantinera del 3º Irene Morales" en *El Nuevo Ferrocarril* del 12 de agosto de 1880.

Existen, sin embargo, algunos diarios de campaña que las ignoran como son los de Joaquín Figueroa Larraín¹³, Víctor

Benjamín: *El álbum de la gloria de Chile. Homenaje al Ejército y Armada de Chile en la memoria de sus más ilustres marinos y soldados muertos por la patria en la Guerra del Pacífico 1879-1883*, Editorial Vaitea, Santiago, 1977.

¹¹ Vicuña Mackenna, Benjamín: *Dolores. Homenaje a la mujer chilena. Dolores Vicuña de Morandé*, Imprenta Cervantes, Santiago, 1904.

¹² "Las Amazonas del Ejército de Chile. La cantinera del 3º Irene Morales". Vicuña Mackenna, Benjamín: *El Nuevo Ferrocarril*, 12 de agosto de 1880, pp. 1-2.

¹³ Figueroa Larraín, Joaquín: "Diario de un adolescente", en *Revista Mapocho* N° 29, Santiago, primer semestre de 1991, pp. 71-92.

Körner¹⁴, Evaristo Sanz¹⁵ y algunos relatos como los de Vicente Grez¹⁶, Isidoro Errázuriz¹⁷ y el Dr. Wenceslao Díaz Gallegos¹⁸ y muchos otros escritos de oficiales, soldados o corresponsales de guerra que jamás aportan ningún dato sobre mujeres que hubiesen estado a la saga de los regimientos chilenos¹⁹.

- ¹⁴ Körner Anwandter, Víctor: *Diario de campaña de un cirujano de ambulancia. Campañas de Tarapacá y Tacna de la Guerra del Pacífico. Marzo de 1879 a Agosto de 1880*, Imprenta Lagunas y Quevedo, Santiago, 1929.
- ¹⁵ Sanz, Evaristo: *Hojas sueltas de mi diario de campaña o reminiscencias de la Guerra del Pacífico*, Imprenta Londres, Santiago, 1942.
- ¹⁶ Grez, Vicente: *El combate homérico*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, Santiago, 1968.
- ¹⁷ Errázuriz, Isidoro: *Hombres y cosas durante la guerra*. Serie de artículos editados por *La Patria*, Imprenta de La Patria, Valparaíso, 1882.
- ¹⁸ Díaz, Wenceslao y Miquel, Damián: *Solicitud de los doctores W. Díaz y D. Miquel*, Imprenta Católica, Santiago, 1891. Díaz, Wenceslao y Miquel, Damián: *Reglamentos del servicio sanitario del ejército en campaña*, Imprenta de El Mercurio, Santiago, 1879. Díaz, Wenceslao y Miquel, Damián: *Servicio sanitario del Ejército*, Imprenta La Patria, Valparaíso, 1882.
- ¹⁹ Caviedes, Eloy: *La batalla de Tacna descrita por el corresponsal del Mercurio*, Santiago, Imprenta y Litografía Bandera, 1880; González y González, Ricardo: *El regimiento Aconcagua y su segundo jefe*, Imprenta de La Patria, Valparaíso, 1881; Guajardo, Bernardino: *Victoria de los chilenos en Tarapacá*, Imprenta Los Tiempos, Santiago, 1879. Lillo, Angel C.: *La batalla en la cuesta de Los Angeles en Moquehua*, Imprenta de Los Tiempos, Santiago, 1880. Lillo, Angel C.: *La primera gran batalla de Chorrillos*, Imprenta de Los Tiempos, Santiago, 1881. Marchant Pereira, Ruperto: *Crónica de un Capellán de la Guerra del Pacífico. Apuntes del capellán de la Primera División don Ruperto Marchant Pereira (1879-1881)*, Editorial del Pacífico, S.A. Santiago, 1959. Marconi, Hilarión: *El contingente de la provincia de Atacama en la Guerra del Pacífico*, Imprenta del Atacama, Copiapó, 1882. Medina, José Toribio: *Una excursión a Tarapacá. Los juzgados de Tarapacá, 1880-1881*, Imprenta Dirección General de Prisiones, Santiago, 1952. Muñoz Figueroa, Alberto: *Recuerdos de Tacna y Arica*, Imprenta Fiscal de la Penitenciaría, Santiago, 1922. Ramírez, Manuel, S.: *Informe sobre los oficiales heridos asistidos en la sala San Agustín, pasado a don Agustín Edwards*, Imprenta El Mercurio, Valparaíso, 1881. Sargento Necochea: *La fuga de 3 prisioneros chilenos después del combate de Tarapacá*, Imprenta del Mercurio, Valparaíso, 1880. Valenzuela, Raimundo: *Un ramillete de talquinas*, Santiago 1883. Varas, Antonio: *Correspondencia sobre la Guerra del Pacífico, abril-agosto 1879*, Imprenta Universitaria, Santiago, 1918.

Diferente son los diarios de campaña de Guillermo Castro Espinoza²⁰, Alberto del Solar²¹, Marco Ibarra²², Abraham Quiroz²³, Justo Abel Rosales²⁴ o las reminiscencias de Arturo Benavides²⁵, de José Clemente Larraín²⁶, de Pedro Pablo Figueroa²⁷, de Francisco Figueroa Brito²⁸, de Hipólito Gutiérrez²⁹, de Juan E. López³⁰, de

²⁰ Castro Espinoza, Guillermo: *Guerra del Perú. Diario de campaña 1880-1881*. Transcripción y estudios complementarios de Fernando Castro Avaria, Santiago, 1986.

²¹ Del Solar, Alberto: *Diario de campaña*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, Santiago, 1967.

²² Ibarra Díaz, Marco: *Campaña de la Sierra*, Universidad de La Serena, La Serena, 1985. Ibarra Díaz, Marco: *Campaña de la Sierra*, Manuscrito en poder del profesor Cristián Guerrero Yoacham.

²³ Quiroz, Abraham y Gutiérrez Hipólito: *Dos soldados en la Guerra del Pacífico*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, Santiago, 1976.

Quiroz, Abraham: *Epistolario inédito de su campaña como soldado raso durante la Guerra del Pacífico, 1879-1884*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, Santiago, 1976.

²⁴ Rosales, Justo Abel: *Mi campaña al Perú, 1879-1881*, Editorial de la Universidad de Concepción, Concepción, 1984.

²⁵ Benavides Santos, Arturo: *Historia compendiada de la Guerra del Pacífico*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, Santiago, 1967. Benavides Santos, Arturo: *Seis años de vacaciones*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, Santiago, 1967. Benavides Santos publicó primeramente su diario de campaña y posteriormente su *Historia compendiada...*, en 1925 y 1927, respectivamente.

²⁶ Larraín, José Clemente: *Impresiones y recuerdos sobre la Campaña al Perú y Bolivia*, Imprenta Lourdes, Santiago, 1910.

²⁷ Figueroa, Pedro Pablo: *Atacama en la Guerra del Pacífico. Reminiscencias históricas*, Imprenta Colón, Santiago, 1888. Figueroa, Pedro Pablo: *El cirujano militar Don Francisco Julio Oyarzún. Sus campañas en la Guerra del Pacífico y servicios posteriores al país*, Imprenta Moderna, Santiago, 1901.

²⁸ Figueroa Brito, Francisco: *Organización y campaña a Lima del Batallón movilizado Quillota*, Imprenta de El Correo, Santiago, 1894.

²⁹ Gutiérrez, Hipólito: *Crónica de un soldado de la Guerra del Pacífico*, Editorial del Pacífico S. A., Santiago, 1956.

³⁰ López, Juan E.: *Mis recuerdos de la Guerra del Pacífico de 1879*, Imprenta Universitaria, Santiago, 1910.

Nicanor Molinare³¹, de Daniel Riquelme³², de Emilio Rodríguez³³, de Pedro Sienna³⁴, de Antonio Urquieta³⁵, de Rodolfo Serrano³⁶, de Raimundo Valenzuela³⁷, de José de la Cruz Vallejo³⁸, de Lucio Venegas Urbina³⁹, o las crónicas de guerra de Arturo Olid⁴⁰ o la Memoria del General Estanislao del Canto⁴¹.

En estas obras se recopilan los hechos acontecidos a sus autores durante su estadía en el norte y de ellas se desprende en términos generales que la presencia femenina en la vida de los campamentos fue algo rutinario y usual.

- ³¹ Molinare, Nicanor: *Batalla de Tarapacá, 27 de noviembre de 1879*, Imprenta Cervantes, Santiago, 1911. Molinare, Nicanor: *Asalto y toma de Arica, 7 de junio de 1880*, Imprenta de El Diario Ilustrado, Santiago, 1911. Molinare, Nicanor: *Asalto y toma de Pisagua, 2 de noviembre de 1879*, Imprenta Cervantes, Santiago, 1912. Molinare, Nicanor: *La expedición a Lima. Batallas de Chorrillos y Miraflores*, Imprenta Cervantes, Santiago, 1912. Molinare, Nicanor: *Historia de la batalla de Huamachuco. Martes 10 de julio de 1883*, Imprenta y Encuadernación Antigua Inglesa, Santiago, 1913.
- ³² Riquelme, Daniel: *Chascarrillos militares. Recuerdos de la campaña*, Imprenta Victoria, Santiago, 1885. Riquelme, Daniel: *Cuentos de la guerra y otras páginas*, Compilación de Mariano Latorre y Miguel Varas Velásquez, Imprenta Universitaria, Santiago, 1931. Riquelme, Daniel: *Bajo la tienda. Recuerdos de la campaña al Perú y Bolivia, 1879- 1884*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1958. Riquelme, Daniel: *La expedición a Lima*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1967.
- ³³ Rodríguez Mendoza, Emilio: *Reminiscencias militares*, 1879, Imprenta del Centro Editorial La Prensa, Santiago, 1902.
- ³⁴ Sienna, Pedro: *Recuerdos de El Soldado Desconocido. Episodios de la Guerra del Pacífico que no menciona la Historia*, Empresa Zig-Zag, Santiago, 1931.
- ³⁵ Urquieta, Antonio: *Recuerdos de la vida de campaña de la Guerra del Pacífico*, 2 Volúmenes, Escuela Talleres Gratitud Nacional, Santiago, 1907.
- ³⁶ Serrano Montaner, Rodolfo: *Proyecto de reorganización del Servicio Sanitario del Ejército bajo el régimen militar*, Memoria de prueba para optar al grado de médico cirujano, Imprenta Nacional, Santiago, 1883.
- ³⁷ Valenzuela, Raimundo: *La batalla de Huamachuco*, Imprenta Gutenberg, Santiago, 1885.
- ³⁸ Vallejo, José de la Cruz: *La cantinera del Atacama, doña Filomena Valenzuela Goyenechea*, Imprenta y Encuadernación de la Primera División, Iquique, 1922.
- ³⁹ Venegas Urbina, Lucio: *Sancho en la guerra. Recuerdos del Ejército en la Campaña del Perú y Bolivia*, Santiago, Imprenta Victoria, 1885.
- ⁴⁰ Olid Araya, J. Arturo: *Crónicas de guerra. Relatos de un ex combatiente de la Guerra del Pacífico y la Revolución de 1891*. Ril Editores, Santiago, 1999.
- ⁴¹ Del Canto, Estanislao: *Memorias militares del General D. Estanislao del Canto*, 2 Tomos, Imprenta La Tracción, Santiago, 1927. Reedición con estudio preliminar de Alejandro San Francisco, Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2005.

La mayoría de los testimonios contemporáneos relatan episodios que muestran a las mujeres en el campo de batalla. Igualmente hubo autores del período de la guerra que escribieron sobre las mujeres que permaneciendo en sus hogares, trabajaron arduamente y desde allí aportando su grano de arena, ayudando a atender y solucionar los problemas de las viudas y los huérfanos dejados por el conflicto bélico, recolectando dinero o confeccionando ropa. Entre estas están las obras de Vicuña Mackenna escrita en homenaje a su hermana Dolores, el trabajo de Pedro Pablo Figueroa⁴² y el del secretario y copista de Vicuña Mackenna, Mauricio Cristi⁴³. También a este respecto, un libro valioso por la gran cantidad de información que provee es la *Memoria* de la Sociedad La Protectora⁴⁴.

Entre los testimonios contemporáneos extranjeros⁴⁵ también encontramos relatos relacionados con la presencia de la mujer en la guerra, como con las colaboraciones prestadas por las mujeres bolivianas o peruanas dentro de su misma patria.

Existen también testimonios contemporáneos extranjeros escritos por enviados oficiales de los gobiernos de diferentes países como observadores de la guerra o los marinos de diferentes nacionalidades que les correspondió viajar a América del Sur durante los años del conflicto. Todos escribieron específicamente sobre Chile y entre ellos tenemos a los franceses Davin⁴⁶,

⁴² Figueroa, Pedro Pablo: *Diccionario Biográfico de Chile*, 2 Tomos, Imprenta y Encuadernación Barcelona, Santiago, 1897.

⁴³ Cristi, Mauricio: *Lectura Patriótica. Crónica de la última guerra*, Imprenta El Correo, Santiago, 1888.

⁴⁴ *Memoria de los trabajos de la Sociedad de Socorros La Protectora en el año comprendido entre el 30 de junio de 1880 y el 30 de junio de 1881*, Imprenta el Independiente, Santiago, 1881.

⁴⁵ Sobre los testimonios contemporáneos extranjeros sólo podemos hablar de aquellos cuyas obras existen en bibliotecas chilenas. No se realizó un estudio más profundo sobre la bibliografía peruana y boliviana porque el tema de este libro versa sobre la presencia femenina chilena según contemporáneos chilenos. Los más destacados testimonios extranjeros contemporáneos son los que se mencionan más adelante.

⁴⁶ Davin, Albert: *Chile y Perú en tiempos de la Guerra del Pacífico*, Editorial Planeta, Santiago, 1992.

Le León⁴⁷ y Varigny⁴⁸, al norteamericano Mason⁴⁹ y al inglés Acland⁵⁰. No se puede dejar de mencionar la obra del italiano Spila de Subriaco quien salió en defensa de los chilenos a raíz de la publicación de Tomás Caivano⁵¹ quien escribió a favor de los peruanos.

Una obra de carácter general sobre la Guerra del Pacífico escrita por un peruano contemporáneo es la de Felipe Mariano Paz Soldán⁵², paralela al trabajo del autor italiano Tomás Caivano⁵³ quien residió largos años en Lima. Las *Memorias* de los generales peruanos Juan Buendía y Andrés Cáceres⁵⁴ también son muy valiosas, tanto como los diarios de campaña de soldados bolivianos recopilados en *Diarios y Memorias de la Guerra del Pacífico*⁵⁵.

Los relatos de la esposa del general Andrés Cáceres, apodado “El Brujo de los Andes”, que llevó adelante la Campaña de

⁴⁷ Le León, M: *Recuerdos de una misión en el ejército chileno. Batallas de Chorrillos y Miraflores*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, Santiago, 1969.

⁴⁸ Varigny, Charles de: *La Guerra del Pacífico*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, Santiago, 1971.

⁴⁹ Mason, Theodorus: *Guerra en el Pacífico Sur*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, Santiago, 1971.

⁵⁰ Acland, William: “Descripción del ejército chileno”, en Wu Brading, Celia (Editor): *Testimonios británicos de la ocupación chilena en Lima*, Editorial Milla Batres, Lima, 1986.

⁵¹ Spila de Subriaco, Benedicto R. P.: *Chile en la Guerra del Pacífico*, Imprenta del Nuevo Mercurio, Traducido al español por J.L.Z. Valparaíso, 1883.

⁵² Paz Soldán, Felipe Mariano: *Narración histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*, 3 Tomos, Editorial Milla Batres, Lima, 1979.

⁵³ Caivano, Tomás: *Historia de la guerra de América entre Chile, Perú y Bolivia*, 2 Tomos, Publicaciones del Museo Naval, Lima, 1979.

⁵⁴ *Guerra con Chile. La Campaña del Sur (Abril-Diciembre 1879). Memoria del General Juan Buendía y otros documentos inéditos*. Introducción y notas de Rubén Vargas Ugarte S.J., Editorial Carlos Milla Batres, Lima, 1967. Cáceres, Andrés: *Memorias del Mariscal Andrés A. Cáceres*, 2 Tomos, Editorial Milla Batres, Lima, 1986.

⁵⁵ Claros, Manuel Pascual: “Diario de un excombatiente de la Guerra del Pacífico”, s/f., en *Diarios y Memorias de la Guerra del Pacífico*, 2 Tomos, Instituto de Investigaciones Históricas y Culturales de La Paz, Biblioteca paceña, La Paz, 1980.

Dalence, Zenón: “Informe histórico del servicio prestado por el cuerpo de ambulancias del ejército boliviano presentado al Supremo Gobierno”, Imprenta La Tribuna, La Paz, Bolivia, 1881, en *Diarios y Memorias de la Guerra del Pacífico*, 2 Tomos, Instituto de investigaciones históricas y culturales de La Paz, Biblioteca paceña, La Paz, 1980.

la Sierra durante la ocupación chilena del Perú, 1881-1884, recopilados por una bisnieta constituyen un gran aporte, pues arrojan una luz sobre el papel desempeñado por la mujer peruana en la guerra⁵⁶.

Al igual que en el caso chileno, hay muchas otras obras peruanas y bolivianas cuyo tema es la Guerra del Pacífico pero que dejan de lado la presencia femenina en dicha contienda⁵⁷.

Los datos y referencias respecto a la actividad de las mujeres en la Guerra del Pacífico se pueden corroborar en documentos impresos, tales como los editados por Pascual Ahumada Moreno⁵⁸ o los publicados en el *Boletín de la Guerra del Pacífico*⁵⁹ y en los documentos que permanecen inéditos en el Archivo de Guerra, Ministerio de Defensa Nacional y en el Archivo Benjamín Vicuña Mackenna que se custodia en el Archivo Nacional. El *Boletín de Leyes y Decretos* aporta material de fuentes de primera importancia para el estudio de las medidas relativas a las mujeres dispuesta por las autoridades militares chilenas.

La prensa contemporánea a la guerra proporciona abundantes antecedentes sobre el rol cumplido por las mujeres, con referencias tanto de las señoras que permanecieron en las ciudades, como de las cantineras y las camaradas. Todos los periódicos que se publicaron entre los años 1879 y 1883 entregan datos interesantes, especial-

⁵⁶ Moreno de Cáceres, Antonia: *Recuerdos de la Campaña de la Breña*, Editorial Milla Batres, Lima, 1974.

⁵⁷ Del Mármol, Florencio: "Recuerdos de Bolivia", en *Guerra con Chile, la Campaña de Tacna y de Lima, Documentos Inéditos*, Editorial Milla Batres, Lima, 1970. Gutiérrez, Alberto: *La guerra de 1879*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, Santiago, 1975. Krebs, Ricardo; Fick, Bárbara W.; Fick, George M.; Heiremans, Juan Miguel; Blakemore, Harold; Hoodless, Malcolm; Aránguiz, Horacio; Couyoumdjian, Ricardo, (Recopiladores): *Informes inéditos de diplomáticos extranjeros durante la Guerra del Pacífico*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1980. Lecaros Villavicencio, Fernando: *La guerra con Chile en sus documentos*, Editorial Rikcontraay, Lima, 1983. Vargas H., Gerardo: *La batalla de Arica. 7 de junio de 1880*, Imprenta Americana, Lima, 1921.

⁵⁸ Ahumada, Pascual (Editor): *La Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que han dado a luz la prensa de Chile, Perú y Bolivia, conteniendo documentos inéditos de importancia*, 9 Tomos, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1982.

⁵⁹ *Boletín de la Guerra del Pacífico*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1979.

mente *El 14 de Febrero*, Antofagasta, 1879; *El Barbero*, Santiago, 1879; *El Constituyente*, Copiapó, 1879-1883; *El Estandarte Católico*, Santiago, 1879-1883; *El Ferrocarril*, Santiago, 1879-1883; *El Ferrocarrilito*, Santiago, 1880-1881; *El Mercurio del Vapor*, Valparaíso, 1879; *El Mercurio*, Valparaíso, 1879-1883; *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 1879-1881; *La Cantinera*⁶⁰, Valparaíso, 1881; *La Patria*, Valparaíso, 1879-1883; *Los Tiempos*, Santiago, 1879-1883.

Los datos que proporcionan estas fuentes son de primera mano y muchos de ellos pueden comprobarse y ratificarse con otras fuentes, especialmente los diarios de campaña y las cartas escritas por los soldados.

Finalmente, las monografías que se han publicado con documentos primarios de la Guerra del Pacífico, entre otras las de Fernández Larraín⁶¹, Matte Varas⁶², Pinochet de la Barra⁶³, Ravest Mora⁶⁴ y Ruz Trujillo⁶⁵ muestran aspectos muy curiosos de las mujeres en el desarrollo de la refriega y hacen posible estudiar la presencia femenina desde ángulos particulares, lo que permite concluir que aunque se ha estimado que el tema ha sido tratado en forma tangencial, hay una buena cantidad de materiales para profundizarlo.

⁶⁰ Véase Capítulo II, nota 116.

⁶¹ Fernández Larraín, Sergio (Editor): *Santa Cruz y Torrealba. Dos héroes de las campañas de Tarapacá y Tacna*, Editorial Mar del Sur, Santiago, 1979.

⁶² Matte Varas, Joaquín (Editor): "Correspondencia del capellán de la Guerra del Pacífico Presbítero D. Ruperto Marchant Pereira", en *Historia* N° 18, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 1983, pp. 345-365.

Matte Varas, Joaquín (Editor): "Correspondencia de capellanes de la Guerra del Pacífico", en *Boletín de la Academia chilena de la Historia*, Año LII, N° 96, Santiago, 1985, pp. 361- 397.

⁶³ Pinochet de la Barra, Oscar (Editor): *Testimonios y recuerdos de la Guerra del Pacífico*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1978.

⁶⁴ Ravest Mora, Manuel: *Juan Martínez, comandante de los mineros del Atacama*, Impresores Francisco Carrión y Compañía Limitada, Santiago, 1979.

⁶⁵ Ruz Trujillo, Fernando (Recopilador): *Guerra del Pacífico. Memoria de campaña de José Francisco Vergara. Diario de campaña de Diego Dublé Almeida*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1979.

CAPÍTULO II

LAS CANTINERAS CHILENAS

I. INTRODUCCIÓN

La cantinera es un personaje pintoresco y clásico de la contienda que desempeñó un desconocido, pero a la vez muy importante labor de ayuda sanitaria y humanitaria. Ella estaba autorizada oficialmente por el gobierno chileno para marchar junto a un regimiento. Su número era variable, —iba de una a cuatro—, de preferencia solteras y de probadas buenas costumbres. Para ello debía vestir el mismo uniforme y los mismos distintivos de su batallón portando una cantina, lo que le daba notoriedad porque significaba que iba a ayudar a los heridos en los futuros combates.

Ella acompañaba al ejército animada por un fuerte espíritu de servicio, como también movida por objetivos superiores como el inmenso amor a la patria. Sin embargo, no dejaría fuera que el “leiv motiv” de estas mujeres al insertarse en el ejército buscaran también algún beneficio en su vida personal.

En cuanto a la procedencia de ellas las situaría en el estrato medio-bajo y bajo. En su mayoría estaban radicadas en los centros urbanos, tales como Valparaíso y Santiago.

II. EL ORIGEN DE LAS CANTINERAS

En los siglos pasados, cuando los ejércitos no contaban con la logística, intendencia y demás servicios actuales, el papel de los cantineros y vivanderos fue fundamental.

El nombre cantinero proviene de *cantina*, la cual es una acepción de significación muy amplia en el léxico militar que implica desde una pequeña tienda de comestibles⁶⁶, como la de tener siempre a disposición del soldado enfermo una alimentación especial⁶⁷ o incluso prestar ayuda en los más diversos problemas que el soldado enfrentaba.

Esto significó que las cantinas tuvieran un papel de gran importancia para el ejército, sobretodo al considerar “que, aún sin carácter militar, tanto en paz, dentro de los cuarteles, como en campaña, nunca han faltado cantineros y vivanderos que han suplido la acción militar”⁶⁸.

Independientemente de esto, a lo largo de la historia y en diferentes países, las mujeres han acompañado a los ejércitos. Cuando una de ellas se hacía cargo de una cantina o prestaba servicios especiales dentro del campamento, como atender heridos en una batalla, se la denominaba cantinera. Por ello, una de las definiciones que más se acercan al verdadero rol que ellas cumplían es

⁶⁶ La cantina era una pequeña tienda de comestibles, bebidas y objetos diversos, tales como papel, sobres, artículos de limpieza, etc. que se establecía en un campamento para atender a precios módicos las necesidades particulares del soldado. *Diccionario Enciclopédico de la Guerra*, Tomo III, p. 441.

Durante la Guerra del Pacífico cada soldado llevaba una cantina, la cual contenía además del depósito para el agua, un plato y una taza. Un corresponsal del diario peruano *La Patria*, escribió desde Arica, el 24 diciembre de 1879 lo siguiente: “lo primero a que atinaban nuestros soldados en el combate de Tarapacá, apenas caía un chileno, era a despojarle del capote, botas y cantina. Estas últimas son de mejor sistema que la nuestra. Contienen a más del depósito para el agua, un plato y una taza. El equipo del ejército chileno es muy superior al nuestro”. Transcrito en Paz Soldán, Felipe Mariano: *Narración histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*, Tomo III, p. 258.

⁶⁷ “Entre las obligaciones del cantinero figuran la de tener abierto de diana a silencio, y suministrar a los enfermos que el médico ordene, caldo, leche, vino y otros alimentos apropiados”. *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, Tomo XXVI, p. 387.

⁶⁸ *Diccionario Enciclopédico de la Guerra*, Tomo IV, p. 624.



Cantinera de 1837.

En, *Historia del Ejército de Chile. Nuestros Uniformes*, Tomo XI, Estado Mayor General del Ejército, Santiago.



Cantinera de 1879.

En, *Historia del Ejército de Chile. Nuestros Uniformes*, Tomo XI, Estado Mayor General del Ejército, Santiago.

“la que en campaña sigue a una fracción de la tropa, dedicándose a vender a los oficiales y tropa los efectos propios de las cantinas. Es además en la guerra un tipo clásico que no se limita generalmente a ejercer su pequeño comercio, sino que en ocasiones ha prestado excelentes servicios y dado muestras de rara abnegación y de desprecio a la vida, socorriendo con la mayor solicitud a los enfermos y heridos”⁶⁹.

⁶⁹ *Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana*, Tomo XI, p. 261.

III. LA PRIMERA CANTINERA CHILENA

La primera mujer que figura en la Historia de Chile con el calificativo de cantinera, fue la Sargento Candelaria Pérez, famosa heroína de la Guerra contra la Confederación peruano-boliviana, hacia 1837.

Desde Santiago se trasladó a vivir a Perú, en 1833, acompañando a una familia holandesa donde ella trabajaba como empleada doméstica. Luego de unos años en dicho país, se desligó de sus patrones y aprovechando sus dotes culinarias abrió una cocinería en El Callao, que bautizó con el nombre de “Fonda de la chilena”. Cuando el ejército chileno al mando de Manuel Bulnes entró a Lima, ella pidió ser enrolada, lo que se le concedió con el título de cantinera-enfermera. Dado sus conocimientos del lugar, sirvió de correo, participando además en el combate de Cerro de Pan de Azúcar y en la batalla de Yungay⁷⁰.

Por el valor demostrado en dicha batalla, fue ascendida a sargento. Esta mujer, acabó sus días en la austeridad, el recogimiento y la frugalidad, “presa de una crisis mística”⁷¹.

El mayor mérito de la Sargento Candelaria consistió en haber iniciado una tradición. Así, cuando se declaró la Guerra del Pacífico, fue común que a las mujeres que partieron al norte a ayudar, se las denominara cantineras.

IV. LAS RAZONES ESGRIMIDAS PARA INGRESAR

Los batallones que en Febrero y Marzo de 1879 fueron destinados a Antofagasta, contaron con un número variable de canti-

⁷⁰ Estado Mayor General del Ejército: *Héroes y soldados ilustres del Ejército de Chile 1810-1891*, Tomo LXV, Academia de Historia Militar, Biblioteca del Oficial, Santiago, 1981, pp. 159-161.

⁷¹ Encina, Francisco Antonio: *Historia de Chile*, Editorial Ercilla, Santiago, 1984, Tomo XXII, p. 30.

neras que estaban previamente autorizadas; incluso en algunos de éstos existieron plazas destinadas a esos efectos.

Sin embargo, llegar a ocupar el puesto de cantinera no era fácil. Primero la mujer interesada tenía que solicitar permiso al regimiento, el que aceptaba sólo un cierto número de postulantes. Si su solicitud era rechazada, la interesada podía dirigirse al Comandante del mismo regimiento, quien determinaba su aceptación o rechazo⁷².

Otro medio que utilizaron las mujeres fue inscribirse en los registros de los soldados, para desempeñar el oficio de cantineras o el de hermanas de la caridad, auxiliando a los heridos y a los guerreros en las batallas⁷³.

Vicuña Mackenna informaba que recién declarada la guerra se alistaron mujeres en el ejército expedicionario. Estas viajaron desde Valparaíso a Antofagasta, Caracoles y Mejillones, viéndose

⁷² *El Mercurio*, Valparaíso, 12 de agosto de 1880, p. 2: "Ayer se nos presentó una entusiasta dama, decentemente vestida, que a toda costa quiere ir a la guerra como cantinera del Regimiento Valparaíso. Se llama... pero sólo daremos sus iniciales, E. G. Desgraciadamente no quieren aceptar sus servicios, porque primero los ofreció al cuerpo y le dijeron que no tenían plaza de cantinera; después presentó una solicitud a la Intendencia, y le contestaron que eso dependía exclusivamente del coronel del regimiento; por último ha acudido a nosotros, y nosotros todo lo que podemos hacer es agradecerle su buena voluntad por servir a la patria y acceder a su deseo de publicar estas líneas para que, como nos dijo indignada, llegue a conocimiento del Congreso que no quieren admitirla con servicios de cantinera voluntaria".

⁷³ Figueroa, Pedro Pablo: *Atacama en la Guerra del Pacífico. Reminiscencias históricas*, p. 49: "La declaratoria de guerra a las poderosas naciones del Perú y Bolivia, vino a poner en evidencia, una vez más, el espíritu patriótico del pueblo de Chile, señalado en todas las épocas de su historia por su levantado civilismo. Desde el primer momento del conflicto, se vio el hermoso y conmovedor espectáculo que ofrecían las provincias de la república organizando cuerpos militares para defender la patria, sin omitir sacrificios y sin otro aliciente que el de contribuir a la obra común de salvar la autonomía. Todos se creían con el deber de prestar su concurso al Estado para impedir la consumación de los siniestros planes de las naciones promotoras de la contienda. Los ancianos y los niños corrían presurosos a los cuarteles de reclutamiento, a enrolarse en las filas de los batallones de soldados-ciudadanos que anhelaban ir a los campos de la acción de la lucha a sostener con las armas sus sacrosantos derechos. Hasta las mujeres, ángeles custodios de los hogares, de la familia, fueron a inscribirse en los registros de los legionarios para desempeñar el oficio de cantineras o hermanas de la caridad, auxiliando a los heridos y a los guerreros en las batallas. Las fortunas eran desdeñadas por sus felices poseedores, en cambio de poder disfrutar de la dicha y la gloria de contarse en el número de defensores de su país"

así junto a la tropa “el espectáculo de las primeras cantineras, que a la par con el soldado, se aprestaban para arrostrar las fatigas y los peligros de la guerra”⁷⁴.

Al parecer el hecho de ser cantinera era muy conceptuado, y ello explica porqué varias señoritas se ofrecieron voluntariamente para cumplir ese cometido no mostrando temor ante los peligros a los que se verían expuestas⁷⁵. *El Mercurio* comentaba que en Santiago “en las orillas del río Mapocho en el barrio del Arenal, las mujeres hacen ejercicios, porque dicen que a ellas les corresponde pelear con los peruanos. Tienen una muestra de lo que valen las mujeres de Chile en la Sargento Candelaria, la heroína en la toma del Pan de Azúcar”⁷⁶.

Entre los argumentos más repetidos por las mujeres, al tiempo de presentarse en los regimientos, para que su solicitud fuera aceptada, era el querer ayudar a los enfermos: “Amalia Wavajaski se ha ofrecido para marchar al litoral como cantinera y atender allí a los enfermos”⁷⁷. Otras consideraban que era porque ya había tomado la determinación de ir: “¡me voy y nadie me lo

⁷⁴ Vicuña Mackenna, Benjamín: *Campaña de Tarapacá...*, Tomo 1, pp. 250–251. Existe otra edición similar a la de Cadot impresa por Rafael Jover a la que se agregó como encabezamiento la frase Guerra del Pacífico en ambos tomos.

El Mercurio, Valparaíso, 10 de mayo de 1879, p. 3: Ovalle, voluntarios para el Norte: “El Domingo como a las siete y media de la noche llegaron de Tamaya, acompañados de la banda de música, ochenta y tantos voluntarios, todos jóvenes robustos y acompañados de una joven e interesante cantinera”.

⁷⁵ *El Mercurio*, Valparaíso, 18 de marzo de 1879, p. 3. “Solicitud patriótica: Señor comandante de Armas. Sr.: Al ver a mis compatriotas animados de un verdadero entusiasmo marcial, hoy que nuestra querida patria nos llama hacia sus filas, para combatir a un enemigo extranjero yo, como ciudadana chilena, no puedo menos que ofrecer mis débiles esfuerzos en favor de nuestra causa, impulsada por el mismo patriotismo; y así deseo ingresar a las filas de la Guardia Nacional en la clase de cantinera. La pólvora y las balas no me asustan, y bien podré cuidar a los heridos en medio del estruendo del combate. No quiero quedar desairada en mi justa petición, porque lo mismo puede servir a la patria una mujer que un hombre cuando no falta corazón y se tiene un sacrosanto amor a la patria. Soy de usted atenta y segura servidora –Josefina Carvallo–” (*La Patria*, Caracoles). Esta carta de Josefina Carvallo también la reprodujo Vicuña Mackenna, Benjamín: *Campaña de Tarapacá...*, Tomo 1, pp. 250–251.

Son abundantes los testimonios semejantes al precedente aparecidos en la prensa de 1879 y 1880.

⁷⁶ *El Mercurio*, Valparaíso, 23 de abril de 1879, p. 2.

⁷⁷ *El Mercurio*, Valparaíso, 26 de abril de 1879, p. 2.

impide!”⁷⁸. Otro argumento fue que con su presencia se quería ayudar a poner fin a la guerra⁷⁹.

A veces la prensa les reconocía el papel que eventualmente podían cumplir en el campo de batalla, como el hecho de saber usar un rifle: “4 robustas damas llevan el Batallón Atacama N° 2. Entre ellas va una joven bastante bien parecida y no contará arriba de 18 años. Una de éstas de antemano se había ejercitado en la puntería y más de una vez dio en el blanco, cuando los voluntarios se dedicaban a este ejercicio. De manera, pues, que de caer alguno de los soldados de la compañía a que ella pertenece, de seguro que su rifle no quedará botado al lado de la víctima”⁸⁰.

Con tal de ir al norte, otras veces las mujeres, se prestaban a usar ciertos subterfugios, como el de disfrazarse de hombre: “una de las cantineras del Batallón N° 2 Aconcagua, dadas de baja por el señor Marchant a causa de no haber como vestirlas, según se dice, ha dado una prueba de alto patriotismo y firmeza de carácter de la mujer chilena. No pudiendo conformarse con no poder prestar servicios a la patria en la presente guerra como la fuerza de su sexo lo permitían, resolvió sentar plaza de soldado en su querido batallón. Al efecto, cortó con mano firme su cabellera y vistiendo el

⁷⁸ *El Mercurio*, Valparaíso, 7 de mayo de 1880, p. 3: “Según se nos informa, una niña joven todavía, así como supo la próxima partida de los atacameños, tomó la resolución de marchar con ellos, para ingresar como cantinera en algunos batallones de esta provincia. No se pudo convencerla de lo contrario: ¡Me voy y nadie me lo impide!”. Esta noticia la repitió textualmente, días después, *El Constituyente*, Copiapó, 29 de mayo de 1880, p. 2.

⁷⁹ “Una cantinera, la que fue ascendida a sargento después de Tarapacá, va con los Zapadores luciendo su jineta. Es viva, joven y resuelta. Se veía entre los soldados con una desenvoltura propia más del sexo fuerte. Conque se va otra vez, le dijo una mujer en la explanada. Por supuesto, quiero darle fin a la guerra. Embarcada en la lancha, se sentó sobre la borda. Luego de desembarcarse del malecón, estiró una pierna y se arremangó el vestido, no sabemos si para lucir su gruesa pantorrilla o para empezar desde luego a matar a los enemigos”. *El Mercurio*, Valparaíso, 15 de abril de 1880, p. 2.

⁸⁰ *El Constituyente*, Copiapó, 1 de marzo de 1880, p. 2.
Ocho días después, casi con las mismas palabras, *Los Tiempos* reproducía este artículo. *Los Tiempos*, Santiago 8 de marzo de 1880, p. 3.
El Mercurio publicó la misma noticia: “Cantineras: Cuatro y nada mal parecidas son las que lleva el Batallón N°2 Atacama. Ojalá que las balas las respeten para que puedan prestar los buenos y útiles servicios para que van destinadas”. *El Mercurio*, Valparaíso, 8 de marzo de 1880, p. 3.

burdo traje del campesino, a la vez que ocultando como era posible sus formas acusadoras, se presentó al cuartel y logró figurar en las listas del batallón en calidad de soldado raso. Muy poco duró sin embargo, la satisfacción de su deseo, fue descubierta por sus jefes y dada de baja. Ninguna observación se nos ocurre a propósito de la última medida tomada por los jefes del batallón; pero sí nos atrevemos de calificar de demasiado terco y sin gracia alguna el hecho de remitir, como se hizo, a la ex-cantinerera y ex-soldado a disposición del juez del crimen. Si la ordenanza militar así lo autoriza, creemos que este rígido código deja, sin embargo, alguna buena parte de juicio y buen criterio de los jefes. Es necesario no tomar con tanta seriedad actos que si algo merecen no es por cierto la cárcel. Así se nos dice, lo ha comprendido el recto e ilustrado señor juez letrado don Emigidio Guerra, quien dejará en libertad a esa pobre mujer, más digna de aplauso que de castigo”⁸¹.

V. LA VESTIMENTA USADA Y SU LUGAR DENTRO DEL BATALLÓN

Una vez que las mujeres eran aceptadas en un determinado batallón, se les mandaba confeccionar un traje acorde con el regimiento en el cual iban a servir⁸², porque sólo en septiembre de 1879, llegaron a Chile los uniformes hechos en Europa. Antes de esa fecha, cada batallón llevó su propio uniforme, por lo cual existió una amplia gama de ellos.

De este modo, usando el uniforme del regimiento que las acogía y previo al embarque de las tropas en Valparaíso, desfilaban

⁸¹ *El Mercurio*, Valparaíso, 10 de febrero de 1880, p. 2.

⁸² *El Mercurio*, Valparaíso, 12 de marzo de 1879, p. 3. “Ya saben nuestros lectores que en el registro cívico se inscribieron dos ciudadanas para la Guardia Nacional; pues bien, sabemos que el ayudante del cuerpo ha mandado hacer dos trajes completos de cantineras para que estas dos bellas hijas del Batallón Cívico de Caracoles, formen en la próxima llamada”.

Lo mismo en Vicuña Mackenna, Benjamín: *Campaña de Tarapacá...*, Tomo I, pp. 250-251.

orgullosas portando el símbolo institucional ante la admiración de los espectadores. Ejemplo de ello fueron las cantineras del Batallón Cazadores del Desierto: “a la cabeza de la Compañía marchaban las dos cantineras, cuyo traje, semejante al de los Cazadores del Desierto, se compone de botas color de suela, pantalones ceniza con franjas azules, faja azul, levita negra con botones amarillos y un gracioso sombrero adornado con vistosas plumas. La voz de las cantineras sobresalía ante las voces de los soldados como sobresale el eco del clarín entre los estruendos de la batalla”⁸³.

Otras veces las cantineras marchaban con su batallón detrás de la banda de música: “a la cabeza de la banda, avanza una llama que escupe a la cara de los paseantes, o sea una alpaca, o bien una cabra adornada con cintas. La cantinera viene a continuación con su vestido tricolor”⁸⁴. Cada regimiento poseía su propia banda, ésta tenía abundante repertorio, usaba instrumentos de cobre y un abundante número de tambores que eran tocados por los hijos de los soldados que precedían a la tropa⁸⁵.

⁸³ *El Ferrocarril*, Santiago, 10 de junio de 1879, p. 2.

El Ferrocarril, Santiago, 28 de marzo de 1879, p. 3. Refiriéndose a la llegada del Coronel Sotomayor a Calama. “El pueblo de Calama recibió en triunfo a sus salvadores. A la cabeza de las fuerzas marcharon, sin poder los jefes evitarlo, 400 mineros de Caracoles, los que no tenían armas de ninguna clase, a no ser que hubiesen llevado cuchillos corvos. Bajo ningún pretexto quisieron tomar la retaguardia. Estos valientes formaron frentes en medio de las balas para dar paso a las tropas por el río, lo que fue más bien un estorbo, porque sobre ellos tenían que hacer fuego nuestros soldados. Las dos cantineras con sus hermosos trajes ocupaban sus puestos”.

El 14 de Febrero, Antofagasta, 9 de mayo de 1879, p. 2. “Mayo 1º. Ayer partió a San Bernardo la Brigada de la Recoleta, llamada Cazadores de Mapocho para partir luego al norte. Una simpática señorita de esa ciudad iba de cantinera, vestida de uniforme y espada en mano. El entusiasmo era inmenso, resonando a cada momento en el aire, los alentadores ¡vivas! a Chile, al ejército y a la valiente cantinera”.

Los periódicos anunciaban el ingreso de cantineras portando el uniforme de su propio regimiento: “Ya tiene el Batallón Atacama 3 cantineras que atenderán a los valientes de su cuerpo que caigan heridos en el campo de batalla. Éstas vestían ayer de uniformes y marchaban delante de la banda de música”. *El Constituyente*, Copiapó, 22 de diciembre de 1879, p. 3.

⁸⁴ Le León, M: *Recuerdos de una misión en el ejército chileno. Batallas de Chorrillos y Miraflores*, pp. 197-198.

⁸⁵ Le León, M: *Recuerdos de una misión en el ejército chileno. Batallas de Chorrillos y Miraflores*, pp. 196-197.

VI. EL ROL DE LAS CANTINERAS

Durante la Guerra del Pacífico, el accionar de las cantineras que acompañaron al ejército expedicionario fue circunscrito preferentemente al ámbito sanitario y al de la provisión de víveres. En la documentación relacionada con estos servicios, no se hace mención a funciones o personal femenino, situación acorde con las prohibiciones oficiales existentes⁸⁶, no obstante, se deduce que las mujeres llamadas cantineras se vincularon con las entidades de salud y alimentación.

Erasmus Escala, Jefe del Estado Mayor General del Ejército, manifestó al Ministro de Guerra y Marina, su preocupación por la cantidad de mujeres que seguían al ejército, pero consideraba la necesidad de que algunas de ellas tuvieran la calidad de cantineras siempre que fueran de “reconocida juiciosidad y buenas costumbres para prestar sus servicios en la enfermería particular del regimiento”⁸⁷. Esto fue aceptado por el Intendente General del Ejército, pero “sólo para ayuda de los enfermeros y de los preparadores del rancho puedan permitirse en cada regimiento dos mujeres, de moralidad reconocida, para que marchen con el Ejército”⁸⁸.

⁸⁶ Larraín Mira, Paz: “Mujeres tras la huella de los soldados”. En *Revista Historia*, N° 33, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 2000, p. 233. Véase también Capítulo III de esta monografía.

⁸⁷ *Archivo de Guerra. Subsecretaría de Guerra. Guerra del Pacífico*. Legajos 1-529. 1879, Tomo I, N° 340, Folio 331. También en Ahumada, Pascual: *Guerra del Pacífico...*, Tomo VI, pp. 25-26.

⁸⁸ *Archivo de Guerra...*, Tomo I, N° 199, Folio 332. También en Ahumada, Pascual: *Guerra del Pacífico...*, Tomo VI, p. 26.

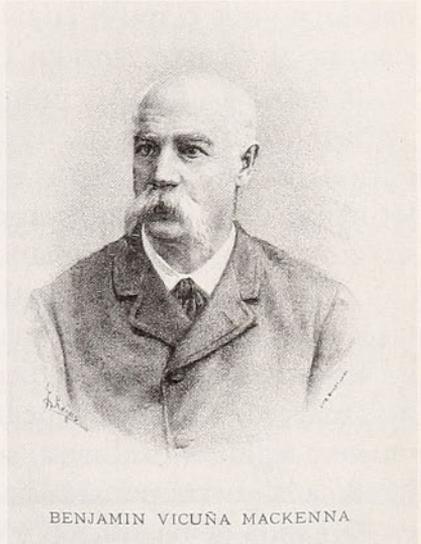
El capitán de ejército Rafael Poblete refiriéndose al mismo tema escribió: “Con fecha 14 de julio de 1879, se prohibió que los contingentes transportados al Norte fuesen acompañados de mujeres y se ordenó el regreso a Valparaíso de las que estaban en el ejército de Antofagasta. Esta medida, en bien de la moralidad y disciplina de las unidades, encontró cierta objeción de parte de algunos Comandos que veían en este elemento un auxiliar estimable para acompañar al ejército como vivanderas o cantineras prestando al mismo tiempo sus servicios en la enfermería particular de los regimientos... Para armonizar estos deseos se decretó que cada regimiento podía ser acompañado de 2 cantineras”. Poblete, Rafael: “El servicio sanitario en el ejército chileno durante la Guerra del Pacífico, 1879-1883”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 37, p. 488. Este estudio continúa en el N° 38 (1920, pp. 469-499), N° 39

El General Escala las solicitó de preferencia solteras. Esto provocó molestia en ciertos periódicos, los cuales consideraban este hecho como una distracción para los soldados⁸⁹.

Benjamín Vicuña Mackenna fue uno de los pocos historiadores que destacó el papel de la mujer durante la guerra. Continuamente las mencionó en sus libros y artículos de prensa, resaltando la importancia del trabajo femenino en las ciudades, tanto como su rol en el campo de batalla. Sin embargo, en líneas generales, al historiador no le gustaban las cantineras, las consideraba como una institución

“más pintoresca que útil y más peligrosa que pintoresca”, pero a la vez le parecía “digna de ser conservada”⁹⁰.

En otra ocasión escribió: “Francamente nunca hemos sido admiradores de las *amazonas* sino cuando las hemos visto allá galopando en el verde césped de la pampa. Nuestra genial antipatía por la mujer guerrera, soldadesca y masculina, no impidió tampoco que trajéramos de Sevilla el mejor retrato al óleo que existe en Chile de doña Catalina de Erauzo (sic), la Monja Alférez, que fue soldado en Arauco. Casi siempre la experiencia recogida de la vida y del trato de las mujeres marimachos, daba razón a nuestro



Benjamín Vicuña Mackenna

Dibujo de Luis F. Rojas.
Biblioteca Nacional.

(1920, pp. 463–488), N° 41 (1921, pp. 474–482), N° 43 (1921, pp. 474–496) y N° 45 (1922, pp. 456–481).

⁸⁹ *El Nuevo Ferrocarril* comentaba que el General en Jefe del Ejército pidió cantineras y que “se las busca con actividad, y se da preferencia a las solteras. ¿Para que se buscan cantineras? ¿Se piensa acaso veranear e invernar en el desierto? Ya es tiempo de que nuestro ejército sacuda su inacción y modorra. En marcha. ¡A desayunar en Arica! ¡A almorzar en Tacna y a comer en Lima!”. *El Nuevo Ferrocarril*, 2 de febrero de 1880, p. 3.

⁹⁰ Vicuña Mackenna, Benjamín: *Campaña de Tarapacá...*, Tomo I, p. 251.

desvío, porque la mujer cuando desciende de su deber, que es uno solo, no se detiene sino en la perdición, que es un abismo. Así, sin ir más lejos que al ensangrentado campo del Alto de Tacna, alguien contó en él no menos de 80 mujeres de toda procedencia y nacionalidades, verdaderas harpías (sic) de la muerte que se engolosinaban desnudando los cadáveres hasta de los más menesterosos atavíos del pudor humano”⁹¹.

Con respecto a las cantineras hace una distinción clara entre las que él considera legítimas y las que no. Entre las primeras incluía a Irene Morales y dice con respecto a ella que “el caso de más marcada excepción que ha llegado a nuestra noticia es el de la mujer y legítima cantinera, se trata de una persona honrada que ha ido a la guerra por entusiasmo patrio en busca de lícito trabajo en demanda de reparación y venganza en el campo boliviano por íntima afrenta recibida”⁹².

Sin embargo, continuaba Vicuña Mackenna, “hay excepciones honrosas en que noble amor busca disfraz en las que llevando austera vida, ganan la de su prole en el duro trabajo de los campamentos. Estas son las verdaderas amazonas de la guerra, y las otras llevan en su propio nombre la mutilación horrible de su sexo, son “rabonas”⁹³.

A diferencia de Vicuña Mackenna, los medios de comunicación consideraban un hecho loable el ser cantineras, por lo que les significaba a estas mujeres dejar su hogar para ir a servir a la patria. “Hay enroladas en el cuerpo cuatro cantineras, cuatro jóvenes y gallardas penquistas que abandonan la tranquilidad de su hogar por compartir con el soldado las fatigas de la guerra”⁹⁴.

Este mismo concepto tuvieron los que combatieron en la Guerra del Pacífico, para los cuales las cantineras fueron “buenas camaradas que siguieron a este cuerpo sufriendo con paciencia

⁹¹ Vicuña, Mackenna, Benjamín: “Las amazonas del Ejército de Chile. La cantinera del 3º Irene Morales”, *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 12 de agosto de 1880, p. 1.

⁹² *Ibid.*, p. 2.

⁹³ *Ibid.*, p. 1.

⁹⁴ *El Mercurio*, Valparaíso, 9 de febrero de 1880, p. 2.

y abnegación las penurias porque pasaba nuestro batallón”⁹⁵. Incluso eran consideradas como verdaderas monjas de caridad porque atendían a los oficiales y tropas enfermos en el cuartel, dándoles agua, lavándoles las heridas y vendándolos⁹⁶. No obstante, la labor que mayormente desempeñaron las cantineras dentro del campamento estaban relacionadas con la costura y el lavado de la ropa.

Nicanor Molinare, escritor contemporáneo de la Guerra del Pacífico, del mismo modo tenía un alto concepto de las cantineras. Las denominó indistintamente, cantineras, camaradas⁹⁷ o vivanderas⁹⁸ y logró captar su verdadero heroísmo, afirmando

⁹⁵ Figueroa Brito, Francisco: *Organización y campaña a Lima del Batallón movlizado Quillota*, pp. 134–135. Francisco Figueroa Brito le escribe a Elías Robles de Quillota una carta fechada en El Callao, febrero 20 de 1881. En ella le relata la vida del batallón donde le cuenta que los quillotanos en El Callao hacen labor social como reparar los dos hospitales de ese puerto: “la organización de los hospitales es dirigida por nuestro comandante Echeverría, que a la postre cayó también enfermo de terciana y de bastante gravedad. Durante la enfermedad fue cuidado con solícito esmero por la esposa del cabo 1º Sixto Latorre, Petronila Zelada. Y a propósito de enfermedades, todos en el Quillota solo tenemos palabras de gratitud por las buenas camaradas que siguieron a este cuerpo sufriendo con paciencia y abnegación las penurias porque pasaba nuestro batallón. Muy útiles han sido los servicios prestados por estas buenas cantineras, principalmente en la costura y aseo de la ropa; pero donde más han demostrado el amor y caridad por sus semejantes, es cuando los quillotanos caían por centenares enfermos del terrible mal, ya dicho; como buenas monjas de caridad atienden con solicitud a los oficiales y tropas enfermos en el cuartel. Las que se han distinguido más en este acto de angustioso sacrificio han sido: la señora Zelada, ya nombrada; Isabel Gómez, esposa del cabo 1º Jesús Varas; Margarita Varas G. hija de estos; Francisca González, mujer del cabo 1º Pedro Acuña; Carmen Briones, ídem del soldado Adolfo López y Dolores Miranda, esposa del ídem Matías Ortega. Los beneficiarios pueden contar mejor los buenos servicios prestados por las camaradas del Quillota; por mi parte les viviré siempre agradecidos, pues todas me han cuidado a mí y a mi hijo Francisco 2º”.

⁹⁶ Figueroa Brito, Francisco: *Organización y campaña a Lima del Batallón movlizado Quillota*, p. 134, aquí se reproduce el testimonio de un soldado del batallón Quillota –Arturo Cabrera– quien quedó ciego producto de un balazo que recibió en la sien durante la batalla de Miraflores; él cuenta que quedó tendido en el campo de batalla por más de 24 horas y “algunas horas después, fuimos visitados por una piadosa mujer la cual era cantinera del Segundo de Línea, que nos dio agua y nos lavó las heridas y nos vendó”.

⁹⁷ El camarada es “el que anda en compañía con otros, tratándose con amistad y confianza”; “el que acompaña a otro y come y vive con él”. *Diccionario Enciclopédico de la Guerra*, Tomo III, p. 362.

⁹⁸ Vivandero es la persona que vende víveres a los militares en campaña ya llevándolos a la mano, ya en tiendas o cantinas. Este oficio ha desaparecido de los ejércitos

que “sólo los que hemos cargado el uniforme del Ejército de Chile, y hecho vida de campaña activa y olido alguna vez la pólvora, podemos apreciar cuanta abnegación, caridad y patriotismo, gastaron las pobres camaradas de nuestros soldados en la Campaña del Pacífico”⁹⁹.

Más adelante agregaba: “No hay palabras suficientemente elocuentes que puedan pintar con exactitud, ni paleta con bastante colorido que llegue a copiar bien lo que fueron esas mujeres a quienes siempre llevó al campamento, a las marchas y a las batallas, el patriotismo y el amor. ¿Quién no recuerda entre los viejos sobrevivientes de la Campaña del 79 a Irene Morales? ¿Se podría alguna vez olvidar el sacrificio cruento de las camaradas de la Concepción? ¿Alguno de nosotros dejará de recordar la presencia en Chorrillos de la Clara Casados, de la Eloísa Poppe? Llovían las balas, y esas patriotas mujeres, sin temor ninguno, confortaban, curaban y ayudaban a bien morir a los que, la mala suerte enviaba a pasar la última revista; y sin esperar galardón, ni premio alguno, cumplían estrictamente con su deber. ¡Ah! esas camaradas como nadie cumplieron con su misión! Hubo una, la Candelaria, mujer del sargento Benjamín Pacheco, del Curicó, que en la marcha de Curayaco a Lurín dio a luz a su hijo, sin más lecho que la arenosa playa cubierta por una bandera chilena! Y en Tarapacá, quien jamás podrá contar esta batalla sin tener que dedicar capítulo aparte a las cantineras del 2º Línea! Pobres mujeres que allí murieron, quemadas unas, muertas otras en medio del fragor de la batalla por homicida bala, cuando cumplían abnegada y caritativa misión! En el Segundo, cayeron tres de estas bravas camaradas; la Juana, la Leonor González y la María la Chica. La María,

modernos. *Diccionario Enciclopédico de la Guerra*, Tomo XIII, p. 877.

Entre el siglo XVIII y comienzos del XIX una cantidad apreciable de mujeres “dominaron casi por completo las ventas públicas de alimentos. Donde quiera que les fue posible, instalaron sus ventas, cocinerías y fritangerías. Se las denominó “vivanderas”. Vendían pan, empanadas, frituras de todo tipo, cazuelas, frutas, verduras, helados, pasteles y bebidas alcohólicas”. Salazar Vergara, Gabriel: *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular*, Ediciones Sur, Colección Estudios Históricos, Santiago, 1989, p. 273.

⁹⁹ Molinare, Nicanor: *Batalla de Tarapacá, 27 de noviembre de 1879*, p. 162.

la Grande, cuyo apellido era Quinteros, escapó de la matanza, fue conducida prisionera a Arica... La Juana Soto fue vivandera del movilizado Chacabuco, junto con la Carmen Cabello, camarada del 1º, Aguilera, que murió en Tarapacá y que todos recuerdan por su singular belleza, pues bien, todas estas heroicas mujeres, se batieron como leonas en la acción del 27 de noviembre y tres de ellas rindieron su vida al pie de la bandera de Chile. La María, la Chica, era una mujercita muy bonita, apenas bordeaba los 20 años, dolencias del corazón, penas del alma, la llevaron a Antofagasta y en el 2º de Línea encontró la media naranja que le faltaba. Murió esta mujer al lado del Capitán Garfias Fierro; al día siguiente, en la tarde del día 28, don Federico Garretón, la encontró muerta con una venda en la mano, en actitud de curar al Ayudante don Diego, que estaba tendido a su lado; traidora bala sorprendió en su santa misión a María, la Chica, que así morían aquellas abnegadas vivanderas! Y así como cayó en el campo, en plena lid, la Chica, a Leonor González la quemaron. El fuego sublimó la vida de esa chilena. El recuerdo de esas, nuestras camaradas, perdurará siempre en la memoria de los veteranos del 79, porque esas mujeres fueron ángeles de caridad en el campamento y en la batalla, y porque su patriotismo fue desinteresado y puro”¹⁰⁰.

Esta confusión en los términos para denominar a las mujeres que participaron en la Guerra del Pacífico fue común no sólo entre los testigos presenciales de la guerra, como Molinare, sino incluso entre los corresponsales extranjeros¹⁰¹ y los propios medios de comunicación. Ejemplo de ello: “En el Batallón Bulnes va como vivandera, la señorita, Rosa Amelia Espinoza, que de todo tiene menos de Espinoza, pues es una arrogante y hermosa joven con cuya compañía las fatigas del desierto serán indudablemente menos penosas”¹⁰².

¹⁰⁰ Molinare, Nicanor: *Batalla de Tarapacá...*, pp. 163–164.

¹⁰¹ El corresponsal francés Wiener opinaba: “la rabona en el ejército chileno está reducida al rol de vivandera”. Wiener, Charles: “La guerra en Sudamérica (traducido del XIX Siècle)”, en *Boletín de la Guerra del Pacífico*, p. 275. También en Ahumada, Pascual: *Guerra del Pacífico...*, Tomo I, p. 282.

¹⁰² *El Mercurio*, Valparaíso, 19 de abril 1879, p. 2. Ahumada, Pascual: *Guerra del Pacífico...*,

Hacia 1880, el papel de las cantineras ya era destacado por la prensa. *El Nuevo Ferrocarril* destacaba el valor de ellas en la batalla de Tarapacá: “no es necesario viajar a Esparta ni remover los escombros de Numancia y Sagunto, ni sentarse como Mario sobre las ruinas de Cartago, para encontrar ejemplos de ardimiento varonil en el corazón de la mujer. La historia de la Guerra del Pacífico registrará con orgullo el nombre de muchas heroínas que han compartido con nuestros soldados la gloria y las fatigas de la campaña. En días pasados se hablaba de una *veterana* que ganó en Tarapacá sus jinetas de sargento y partía de nuevo a ennegrecerlas con el humo del combate. Una correspondencia del Norte encomia a otra amazona que en la cuesta de los Ángeles se batía como el mejor soldado en las filas de su regimiento. El Eurotas no regaba tan sólo las llanuras espartanas”¹⁰³.

Pocos meses después el mismo periódico dedicaba un verso a la cantinera, destacando su papel de ángel guardián entre los soldados:

Tomo II, p. 67: al mostrar la plana mayor del General en Jefe y la oficialidad de los diversos cuerpos del ejército expedicionario fue nombrando los que componían los diversos regimientos y batallones. Al referirse al Batallón Bulnes, al final notificaba “total 500 y una cantinera”.

Pascual Ahumada reprodujo un verso que fue dedicado precisamente a esta cantinera: Rosa Amelia Espinoza:

“El Bulnes

Ese gran batallón de los chilenos
que llama “Bulnes” la gentuza rota,
la muerte sufrirá y la derrota;
pero...con sus estómagos rellenos.
Tienen cebada y abundante heno,
de espeso chacolí múltiple bota,
y, a guisa de coraza o firme cota,
largos trozos de charqui entre los senos.
Tienen en mancomún: melocotones
duro limón y repasada pera,
calzoncillos sin fin, muchos colchones,
queso, jamón, picante y salmuera,
pasas, huesillos, guindas, orejones,
y una...Rosa Espinosa...cantinera.
El Recluta”.

Ahumada, Pascual: *Guerra del Pacífico...*, Tomo I, p. 150. También en Uribe Echevarría, Juan: *Canciones y poesías de la Guerra del Pacífico*, p. 245.

¹⁰³ *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 22 de abril de 1880, p. 4.

“La Cantinera”

Cuando marcha redoblado
mi bizarro batallón
en busca del enemigo
se me alegra el corazón
y el eco dulce
que da el clarín
siento mi pecho
fuerte latir.

Yo soy noble cantinera
que voy a la lid marcial
a servir a los heridos
como un ángel tutelar.

Allá no temo
jamás morir
porque el que muere
vuelve a vivir.

En el campo de la gloria
cuando redoble el tambor
no me aterran ni las balas
ni el estruendo del cañón.

Si algún valiente
miro caer
prestarle auxilio
es mi deber.

La corona de laureles
que admira la altiva sien
del soldado victorioso
a mi me adorna también.

Por eso busco
la gloria allá
donde el peligro
más cerca está”¹⁰⁴.

¹⁰⁴ Cisterna, Roque A. “La cantinera”, *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 7 de octubre de 1880, p. 4. Otro poema titulado “El hijo de la cantinera”, apareció en *El Ferrocarrilito*, Santiago, 19 de marzo de 1880, p. 4:

“El hijo de la cantinera
murió como un valiente
al campo inmediatamente
a vengarlo fue mi madre.
Vistióse de cantinera
y yo me tercié el tambor

El Ferrocarril, en marzo de 1881, reconocía que la opinión pública también se había hecho eco de la importancia de las cantineras expresándole su cariño: “a Valparaíso regresan las tropas del ejército del norte, en medio de las vivas de la multitud y de la Canción Nacional, nuestros bravos eran saludados al arribar a tierra firme con bravos y aplausos. Una cantinera del 2º de Línea, lujosamente vestida de terciopelo azul, desembarcó por la escala de los botes fleteros y recibió una verdadera ovación”¹⁰⁵.

En junio de ese año, ya era tan preponderante el rol que habían desempeñado estas mujeres en la guerra que apareció en Valparaíso un nuevo periódico que llevaba por nombre *La cantinera*. En él escribieron antiguas cantineras: “Con el alma henchida de entusiasmo vengo a luchar las luchas de la prensa. He concluido mi misión en los campos de batalla, he acompañado a los valientes rotos en sus más duras tareas. Cuando cansados y sedientos elevaban los ojos al cielo en demanda de auxilio, ahí llegaba yo con mi cantimplora repleta a apagar su sed, a enjugar el sudor de su noble frente y a fortalecer su espíritu. Muchas veces en presencia de los enemigos, cargué también un rifle, y haciendo fuego sin cesar, más de un cuico, más de un cholo cayó muerto a mis pies. Siempre mi único anhelo fue ser consuelo y ser fortaleza. Con la extinción del último baluarte enemigo, concluyó mi misión”¹⁰⁶.

y peleamos con valor
cada cual como una fiera.
Me hizo una bala saltar
en Tarapacá; soy cojo
pero no me falta arrojo
para volver a pelear.
Si ante estos choleo trompetas
me encuentro en un trance duro
que he de matar, se los juro
más de mil con mis muletas. NICOLÁS ROJAS”

Este poema lo reprodujo Hernández, Roberto: *El roto chileno*, Imprenta San Rafael, Valparaíso, 1929, p. 191, y agregó datos sobre su autor: “entre los heridos de Tarapacá hallábase también el tambor Nicolás Rojas, muchacho de 14 años, hijo de la cantinera Manuela Peña. Uno de los poetas populares, El Pequén, le publicó una hoja en que el muchacho aparece inválido con dos muletas; y al pie estos versos”.

¹⁰⁵ “Llegada del ejército (de *El Estandarte Católico*)”, *El Ferrocarril*, Santiago, 13 de marzo de 1881, p. 2.

¹⁰⁶ *La Cantinera*, Valparaíso, 7 de junio de 1881, p. 1.

VII. LAS CANTINERAS MÁS FAMOSAS

1. Irene Morales

De las cantineras chilenas, no cabe duda que la más conocida es Irene Morales. Aunque no se conoce con certeza su fecha de nacimiento, se sabe que al igual que la sargento Candelaria Pérez, nació en el barrio de La Chimba, en el sector ultra-Mapocho de Santiago, aunque sus progenitores eran oriundos de Curicó.

Fallecido su padre, cuando ella sólo tenía 13 años, se fue a vivir con su madre a Valparaíso, donde empezó a trabajar como costurera. En el puerto se casó en artículo de muerte, en la Iglesia del Espíritu Santo, con un joven carpintero. Muertos su esposo y su madre, en 1877 emigró a Antofagasta, vendiendo su máquina de coser, “es decir, toda su heredad”¹⁰⁷ para pagar su transporte. En el puerto nortino, contrajo segundas nupcias con un chileno, Santiago Pizarro, quien había sido músico de una de las bandas “que el viento de las economías dispersó en la fuente de todos los cuarteles en 1878 y aquel, buscando destino, tomó servicio en la banda boliviana de Antofagasta”¹⁰⁸.

Un día del mes de septiembre de 1878, encontrándose el músico bajo los efectos del alcohol, tuvo una riña con un soldado

A continuación decía el editorial: “Nunca me figuré yo que después de Tarapacá, después de los campos de la Alianza, después de Chorrillos y Miraflores fuesen necesarios mis servicios. Aquí me tienen decidida, siempre dispuesta a la lucha, por eso estoy aquí, señores lectores, por eso desciendo a la prensa. Y, espléndido bello sexo porteño, contad en mí al gran defensor de la mujer chilena que tanto merece y cuya opinión debe ser escuchada con singular atención. Si los tiempos son de lucha, luchar deben también las mujeres porque deben hacer valer sus derechos, ya que en estos tiempos las mujeres valemos más que muchos hombres, como lo probaremos. Desde hoy empieza La Cantinera, su nueva obra. Llamará y emplazará a los enemigos interiores de la patria, a los desvergonzados banqueros, a los traficantes de la conciencia del pueblo. Empieza pues mi obra. ¡Salud! y cuidado con mi corvo y con mi rifle, que ambas armas cargo”.

¹⁰⁷ Vicuña Mackenna, Benjamín: “Las Amazonas...”, *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 12 de agosto de 1880, p. 2.

También en Estado Mayor General del Ejército: *Héroes y soldados...*, pp. 311 - 313.

¹⁰⁸ Vicuña Mackenna, Benjamín: “Las Amazonas...”, *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 12 de agosto de 1880, p. 2.



Irene Morales.

En, *El Nuevo Ferrocarril*,
Santiago, 12 de agosto de 1880.

boliviano del mismo cuerpo en el que servía, y cogiendo un rifle del armero lo mató. Por ello, el 24 de septiembre de ese año, lo fusilaron en la pampa, junto a los rieles del ferrocarril, dejando su cadáver insepulto tirado a un lado de los terraplenes. Al día siguiente fue recogido por Irene, quien lo veló y sepultó. Sin embargo, antes “de depositarlo en la fosa, sacáronle una vista fotográfica de sus depósitos” porque “Irene Morales quería llevar consigo la imagen viva de su propia venganza”¹⁰⁹.

Entretanto, para sobrevivir ella tenía un pequeño negocio de abarrotes, el cual quemó, cuando 5 meses más tarde vino la ocupación de Antofagasta¹¹⁰.

Ese mismo día en medio de los entusiastas residentes chilenos, que eran más del 85% de la población antofagastina, “se vio a una mujer que arengaba a la muchedumbre, que le pedía venganza contra el opresor, largo tiempo tolerado y al propio tiempo abrazaba con efusión a los chilenos. Esa mujer era Irene Morales” quien hizo sacar “algo más tarde, el escudo de la Prefectura boliviana y lo destrozaba con sus pies”¹¹¹.

¹⁰⁹ *Ibid.*

Molinare también hace mención a la venganza de Irene Morales: “Irene siempre consideró que aquello había sido injusto y por tanto esperó tranquila el día de la venganza”. Molinare, Nicanor: *Asalto y toma de Arica, 7 de junio de 1880*, p. 114.

¹¹⁰ Molinare, Nicanor: *Asalto y toma de Arica, 7 de junio de 1880*, p. 114: “ella tenía un pequeño negocio de abarrotes, el cual quemó el mismo día de la ocupación de Antofagasta. Luego de ello, regaló cuanto tenía a la Compañía de Artillería de Marina y se hizo cantinera”.

¹¹¹ Urquieta, Antonio: *Recuerdos de la vida de campaña de la Guerra del Pacífico*, Tomo I, p. 50. También en Vicuña Mackenna, Benjamín: “Las Amazonas...”, *El Nuevo Ferrocarril*, 12 de agosto de 1880, p. 2.

Durante la ocupación de Antofagasta, Irene, disfrazada de hombre, se presentó al Batallón 3° de Línea, para ser admitida como soldado, creyendo poder hacerse pasar como otro cualquiera de los hombres que acudían a reconocer cuartel. Pero su ardid falló porque fue descubierta por la Comisión Receptora, la que la reconoció fácilmente, “pues se encontraba en el apogeo de su hermosura”¹¹².

A pesar de lo anterior, Irene se batió en la batalla de Dolores disfrazada de soldado, destacándose de tal manera que el mismo General Baquedano le dio autorización para ser cantinera. Así lo dejó consignado Vicuña Mackenna en *El Nuevo Ferrocarril*: “El soldado-mujer del 3° se batió en Dolores, y marchó enseguida a Dibujo; en ese paraje la Morales por permiso especial del General Baquedano, pudo vestir su traje de mujer abandonando por primera vez su disfraz. En la segunda campaña de la guerra la cantinera del 3° pasó a la cuarta división en calidad de lavandera del Coronel Barbosa. Pero perdida en la noche que precedió a la batalla de Tacna entre la niebla de la camanchaca, encontró refugio y fue acogida en los Carabineros de Yungay”¹¹³. Dice la leyenda que ella fue la primera mujer-soldado que entró en Tacna “jinete en un brioso caballo, llevando su arma con la diestra en alto, gritando, “Viva Chile”¹¹⁴.

¹¹² Vicuña Mackenna, Benjamín: “Las Amazonas..., *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 12 de agosto de 1880, p. 2.

También en Estado Mayor General del Ejército: *Héroes y soldados...*, pp. 311-313.

¹¹³ Vicuña Mackenna, Benjamín: “Las Amazonas...”, *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 12 de agosto de 1880, p. 2.

Mauricio Cristi por su parte destacó que, en la batalla de Dolores, Irene Morales “se batió disfrazada de soldado y después de ella, quedó como cantinera del 3° de Línea y el General en Jefe, Manuel Baquedano, sabiendo de sus hazañas la mandó llamar y la autorizó oficialmente para que vistiera el uniforme de cantinera y a la vez pasó a formar parte del batallón Carabineros de Yungay con la paga de sargento”. Cristi, Mauricio: *Lectura patriótica. Crónica de la última guerra*, pp. 105-106.

¹¹⁴ *El Constituyente*, Copiapó, 19 de febrero de 1881, p. 3: En el Campo de la Alianza “se batía nuestro ejército chileno con el Perú-boliviano. Grandísima ansiedad reinaba en Tacna, a pesar que había profunda fe en el triunfo (de los aliados). Pero no fue así porque cuando los peruanos se aprestaban para celebrar el triunfo, una cantinera chilena entró a caballo por las calles de Tacna portando una bandera tricolor gritando ¡Viva Chile!... Las campanas callaron por encanto, las puertas y ventanas se cerraron, y la consternación oprimió los corazones, poco más tarde... los soldados comenzaron

En junio de 1880, se produjo la toma del Morro de Arica donde el enemigo tuvo enormes pérdidas. En dicha acción, Irene Morales sacó a relucir el enorme odio que acumulaba desde la época en que mataron a su esposo en Antofagasta, señalándolo así Nicanor Molinare: “En la plaza del pueblo fueron fusilados 67 hombres por una mujer, que ordenó esa ejecución: la Irene Morales, cantinera que acompañó al ejército, al 3º de Línea, en el asalto”¹¹⁵. La razón de su actuar, aseguró Molinare, fue porque los peruanos actuaron con tal “cobarde felonía, reventando minas y haciendo estallar cañones después de pedir perdón y de ordenar cesar los fuegos”¹¹⁶.

Sin embargo, todos los que la conocieron le reconocieron grandes méritos, como por ejemplo que se batió siempre en primera fila –en Pisagua, Dolores, Ángeles, Tacna, Arica, Chorrillos y Miraflores¹¹⁷–; que curaba heridos, que acompañaba a los moribundos, y “era en la guarnición, ángel de caridad”¹¹⁸. Asimismo reconocían que “en toda la campaña no desmayó su entusiasmo y su

a llegar en dolorosa confusión... no vi más a la cantinera, pero una mañana oí su voz que gritaba ¡A Lima! ¡A Lima!”.

Este hecho también fue destacado por Urquieta, Antonio: *Recuerdos de la vida de campaña de la Guerra del Pacífico*, Tomo II, p. 12: “Actuó en la batalla de Tacna, y antes de que empezara ésta sentimos a nuestra retaguardia los gritos de una mujer que decía: ¡Adelante hijitos, valor y que Dios los ayude!. Miramos y vimos a la cantinera doña Irene Morales que galopaba en un brioso caballo hacia la derecha de nosotros”.

¹¹⁵ Molinare, Nicanor: *Asalto y toma de Arica, 7 de junio de 1880*, p. 114.

Este deseo de venganza de Irene Morales es señalado por otros autores. Vicuña Mackenna la menciona como “cruel, pero vengadora”. Vicuña Mackenna, Benjamín: *El álbum de la gloria de Chile. Homenaje al ejército i armada de Chile en la memoria de sus más ilustres marinos y soldados muertos por la patria en la Guerra del Pacífico, 1879-1883*, p. 588. “La Irene Morales, que lo fue más tarde de todos los cuerpos en venganza del asesinato de su amante por los bolivianos, no había aparecido todavía con su cuchilla y con su odio”. Vicuña Mackenna, Benjamín: *Campaña de Tarapacá...*, Tomo II, pp. 1115-1116.

Mauricio Cristi de igual manera destacó que durante la campaña “no disminuyó su odio hacia los que victimaron a su marido. Harto sangrientamente lo vengó”. Cristi, Mauricio: *Lectura patriótica...*, p. 106.

¹¹⁶ Molinare, Nicanor: *Asalto y toma de Arica, 7 de junio de 1880*, pp. 114-115.

¹¹⁷ *El Mercurio*, Valparaíso, 6 de agosto de 1880, p. 2: “La cantinera Irene Morales, que se encontraba en todos los combates liberados en el Norte, va a marcharse con el escuadrón Carabineros de Yungay. La entusiasta cantinera no quiere quedarse sin entrar a Lima”.

¹¹⁸ Molinare, Nicanor: *Asalto y toma de Arica, 7 de junio de 1880*, p. 114.

abnegación para con los compatriotas”¹¹⁹. Además fue “como una madre, como una esposa, o como una hermana nuestra, porque todos los días cuando se prepara a la sala, con la cara alegre, nos pregunta como hemos amanecido, nos sirve con la mayor voluntad y todo lo que le pedimos nos trae”¹²⁰.

Junto con reconocerle su patriotismo y su loable actuar en la guerra, Vicuña Mackenna aconsejaba a través de *El Nuevo Ferrocarril* que “la cantinera del 3^o colgara su casaca, sus botas y su kepí en el cuerpo de guardia de su regimiento de campaña y volviera tranquilamente a su pobre hogar de Recoleta recomenzando otra vez a la edad de 38 años, la vida de la mujer verdadera en el trabajo manual... de todas suertes, es mucho mejor volver a ser mujer que seguir siendo soldado y aún sargento del 3^o”¹²¹.

Una vez finalizada la Guerra del Pacífico, Irene Morales residió en Santiago. El 7 de octubre de 1888, fecha en que se inauguró el monumento al “Roto chileno” en la Plaza Yungay, en homenaje a la bravura y coraje del soldado que participó en la Guerra contra la Confederación peruano-boliviana, concurrió la cantinera Irene Morales siendo su presencia advertida y vitoreada por la concurrencia. Irene Morales falleció el 25 de agosto de 1890 en una sala común de un hospital¹²². Hoy día una calle de la capital lleva su nombre. Más que cantinera ella fue símbolo de la chilenidad, del coraje y abnegación de la mujer chilena.

Su obra fue reconocida; testimonio de ello son los variados poemas que ella inspiró, entre los cuales destaca el que transcribimos a continuación, de autor anónimo:

“Tú que la gloriosa huella
de Prat y Condell, seguiste
tú que humilde rayo fuiste
de la solitaria estrella;

¹¹⁹ Cristi, Mauricio: *Lectura patriótica...*, p. 106.

¹²⁰ *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 23 de diciembre de 1880, p. 3. Esto fue escrito por los enfermos del Batallón Carabineros de Yungay.

¹²¹ Vicuña Mackenna, Benjamín: “Las amazonas...”, *El Nuevo Ferrocarril*, 12 de agosto de 1880, p. 2.

¹²² Estado Mayor General del Ejército: *Héroes y soldados...*, pp. 311-313.

tú, que viste siempre en ella
a la prenda de tu amor,
y que con bélico ardor
por defenderla peleabas
tu pobre existencia acabas
en la casa del dolor.
Irene, más te valiera
que en la sangrienta batalla
el casco de una metralla
pulverizado te hubiera,
pues la brava cantinera
hallará allí su calvario
glorioso, aunque solitario
y no en un triste hospital,
donde un mísero sayal
le ha servido de sudario.
¿Por qué, di cuando en tu pecho
honda agonía sentiste
en voz alta no dijiste
paisanos, no tiene un lecho
la que por la Patria ha hecho
esfuerzos tan abnegados?
entonces de todos lados
llegarán al ver tu suerte,
su pobre lecho a ofrecerte
muchos oscuros soldados.
Cuál de ellos no te dijera
al ver pobre y abatida
a quien su sangre y su vida
por la de un soldado diera.
¡Presente, mi cantinera,
muere en oscuro rincón
esa leona en la acción
mereció eterna gloria!
recordaré tu memoria
que, patriota, reverencio;
más Chile, guarde silencio,
no lo maldiga la Historia!”¹²³.

¹²³ Transcrito en Uribe Echevarría, Juan: *Canciones y poesías de la Guerra del Pacífico*, pp. 126-127.

2. Filomena Valenzuela

Filomena Valenzuela ha sido una de las cantineras más aludidas por los contemporáneos. Nació en Copiapó en 1848¹²⁴, en el seno de una familia acomodada. Sus padres fueron Juan Bautista Valenzuela Cifuentes y Romana Goyenechea Julio.

Cuando se formó el Batallón Atacama, el marido de Filomena era el director de la banda, por ello ella quiso incorporarse “al cuerpo en clase de cantinera”¹²⁵. Al conocer esta decisión, el Intendente de Atacama, Guillermo Matta, tuvo frases de elogio

El mismo profesor Uribe reprodujo otro poema del poeta popular Rómulo Larrañaga de fines del siglo pasado, quien entre otras cosas fue autor de “La cantinera Irene Morales”. Uribe Echevarría, Juan: *Canciones y poesías de la Guerra del Pacífico*, p. 104.

“La cantinera Irene Morales
Ya murió la cantinera
llamada Irene Morales,
soldados y generales
lloran a su compañera.
Murió la humilde mujer,
murió la valiente Irene,
de la cual la historia tiene
muchas cosas que hacer ver;
no hubo humano poder
que a su enfermedad venciera;
la monja de cabecera
ha hecho lo que podía;
de una horrible pulmonía
ya murió la cantinera.
Apenas oyó el clarín
abandonó su cabaña,
e hizo toda la campaña
desde el principio hasta el fin;
del uno al otro confín
cruzó por cien arenales
se batía con gran gloria.
¡Adiós, mujer meritoria,
llamada Irene Morales!
Gusto y sentimiento daba
verla, al fin en la refriega
como a montaña griega

que a los heridos curaba;
a todos los consolaba
en sus dolencias y males;
les cuidaba por iguales
con solicitud y esmero,
al médico y bagajero,
soldados y generales.
En un caso necesario
cuando un soldado caía,
ella misma se batía
con valor extraordinario;
era, en fin, un relicario
de la República entera,
por amor a la bandera
abandonó sus hogares;
con razón, los militares,
lloran a su compañera.
Según lo que se me ha dicho,
con muchísima atención
se levanta subscripción
para levantarle un nicho;
la muerte, con su capricho
la pilló en el hospital,
si no se asegura mal
en el llamado San Borja,
y ya con amor se forja
su lápida sepulcral”.

¹²⁴ Vallejo, José de la Cruz: *La cantinera de Atacama, doña Filomena Valenzuela Goyenechea*, (folleto de 26 páginas, sin numerar). Uribe Echevarría, Juan: *Canciones y poesías de la Guerra del Pacífico*, p. 193, menciona: “José de la Cruz Vallejo, periodista y bibliotecario español de larga permanencia en Iquique, publicó ‘La cantinera del Atacama’”.

¹²⁵ *El Mercurio*, Valparaíso, 4 de noviembre de 1882, p. 2.

“para la valerosa hija de aquella provincia que daba el ejemplo a todas las mujeres con su admirable gesto de patriotismo”¹²⁶.

En noviembre de 1879, en el asalto a Pisagua, Filomena desembarcó con las primeras fuerzas que atacaron esa inexpugnable posición, “animando a los soldados con su ejemplo y refrescando sus secos labios con su cantimplora de cantinera”¹²⁷. Después de esto, regresó a Copiapó donde se dedicó a cuidar heridos.

Más tarde participó en la batalla de San Francisco o Dolores, donde cumplió “la entusiasta cantinera los deberes de tal con una sangre fría admirable”¹²⁸. Posteriormente volvió a Pisagua para seguir a su regimiento en la acción de Ilo. Participó en la expedición a Moquegua y en el famoso escalamiento de Los Ángeles¹²⁹ donde la patriota cantinera fue de los primeros, junto con Rafael Torreblanca y Becerra, en llegar a la cúspide y atacar al enemigo. Fue tan aplaudido este acto de arrojo y energía que “el General Baquedano la premió dándole despachos de subteniente de ejército”¹³⁰.

Al término de la batalla de Tacna, un chileno fue enviado a parlamentar la rendición con el alto mando de las fuerzas peruanas. Las tropas hicieron fuego contra el emisario, hecho que provocó una indignación general entre las fuerzas chilenas, lo que motivó el intento de asaltar algunas casas de los suburbios tacneños. Precisamente en los momentos en que esto ocurría, la subteniente Valenzuela pasó por una casa que indudablemente iba a ser víctima del “enojo de nuestros soldados, junto con sus moradores, entre las

¹²⁶ Vallejo, José de la Cruz: *La cantinera de Atacama...*

¹²⁷ *El Mercurio*, Valparaíso, 4 de noviembre de 1882, p. 2.

¹²⁸ *Ibid.*

¹²⁹ El combate de Los Angeles tuvo lugar el 22 de marzo de 1880, donde el Batallón Atacama fue el héroe de la jornada. Esta batalla se inserta dentro de la campaña de Moquehua. El general Baquedano era el Comandante General de Caballería del Ejército de Operaciones. Estado Mayor General del Ejército: *Historia del Ejército de Chile*, Tomo VI, p. 56.

¹³⁰ *El Mercurio*, Valparaíso, 4 de noviembre de 1882, p. 2.

Este episodio fue destacado por otros autores: “Filomena Valenzuela Goyenechea, fue la valerosa cantinera del primer batallón Atacama que al escalar los picos del morro Solar alcanzó el título de alférez del ejército chileno”. Figueroa, Pedro Pablo: *Atacama en la Guerra del Pacífico. Reminiscencias históricas*, p. 56.

“Cuando cantinera escaló el Morro y alcanzó el título de alférez del ejército chileno”. Vallejo, José de la Cruz: *La cantinera de Atacama...*

que había algunas tiernas y hermosas doncellas”. Indignada por tal acción y al amparo de su grado militar y de su condición de mujer desenvainó su espada “y a planazos y empellones hizo retirarse a los asaltantes”¹³¹.

Posteriormente siguió participando de todas las acciones de la guerra, incluida la batalla de Miraflores, en enero de 1881. De allí volvió a Valparaíso y Santiago “donde fue recibida con grandes manifestaciones de regocijo”¹³², debido a que ella era muy querida porque, mientras sirvió al ejército expedicionario, se dedicó a curar a los soldados heridos y se preocupó de hacer grata a los soldados las horas de soledad, mediante la presentación de obras de teatro y algunas veladas musicales. Esto fue la causa de que en el regimiento la apodaran la “Madrecita”¹³³.

Filomena Valenzuela se retiró a la vida privada cuando su batallón fue disuelto. En 1882, residiendo en Iquique, ingresó a la compañía del Teatro de Novedades, aprovechando sus condiciones de cantante y recitadora, lo que hacía “con el mismo primor con que ha manejado el rifle, la cantimplora y la espada. Iquique, Antofagasta, Copiapó y otras ciudades han sido testigos de sus triunfos escénicos, como los campos del Perú de sus triunfos militares”¹³⁴. Una mujer así “merece que la patria chilena la recuerde eternamente con legítimo orgullo”¹³⁵.

3. *María Quiteria Ramírez*

Sobre María Quiteria hay diversos testimonios de sus acciones y quehaceres durante la Guerra del Pacífico. Hacia 1879 era una mujer joven, de alrededor de 31 años, natural de Illapel, “bastante bien parecida y mejor hablada, muy entusiasta y patriota y muy amiga de la Irene Morales”¹³⁶.

¹³¹ *El Mercurio*, Valparaíso, 4 de noviembre de 1882, p. 2.

¹³² Vallejo, José de la Cruz: *La cantinera de Atacama...*

¹³³ *Ibid.*

¹³⁴ *El Mercurio*, Valparaíso, 4 de noviembre de 1882, p. 2.

¹³⁵ Vallejo, José de la Cruz: *La cantinera de Atacama...*

¹³⁶ Vicuña Mackenna, Benjamín: *Campaña de TÁCIA y Arica...*, p. 63.

Se enroló en el 2° de Línea y participó en la batalla de Tarapacá¹³⁷, siendo una de las cantineras que estaban con Eleuterio Ramírez. Mientras las otras dos mujeres murieron junto al comandante, María fue detenida por los peruanos y llevada a Arica donde fue “dada en rehenes de confianza a un arriero argentino llamado Juan Manuel Soza”¹³⁸, debido a que el general Buendía supo que las cholos y las negras de Arica se aprontaban para despedazarla¹³⁹.

¹³⁷ En dicha batalla ella le salvó la vida a un oficial del Iquique llamado Aberastain “a quien ella había conocido hacía poco en ese puerto”. Vicuña Mackenna, Benjamín: *Campaña de Tacna y Arica...*, p. 63.

¹³⁸ Vicuña Mackenna, Benjamín: *Campaña de Tacna y Arica...*, p. 63.

¹³⁹ Vicuña Mackenna ha escrito “...mujer de alegre vida pero animoso corazón era María Quinteros, y había vivido varios años en Iquique con otra María a quien llamaban “María la chica”. Como fuera joven y bien parecida llevóse a su casa en Arica un proveedor argentino, y hallábase a su lado cuando la proximidad de la batalla de Tacna, la arrestaron por sospecha, según telegramas encontrados en ese puerto. María la grande, no olvidó en sus pasajeras prosperidades a su compañero de cautividad el subteniente Silva Basterrica, porque siempre que le era posible le enviaba de regalo algún trozo de carne de la tienda de su protector y amigo, el carnicero argentino”. Vicuña Mackenna, Benjamín: *Campaña de Tarapacá...*, Tomo II, p. 1115.

También Molinare, Nicanor: *Batalla de Tarapacá...*, p. 163.

Los historiadores peruanos mencionan igualmente a María Quinteros. Paz Soldán reprodujo lo escrito por el coronel Adeodato Carvajal para *La Patria*, Arica, 24 diciembre 1879, sobre la retirada de Tarapacá: “Condolido el General en Jefe de que la amorosa María Quinteros, hiciera la marcha a pie, ordenó le dieran una bestia. La fulana no quiso aceptarla mientras no se trajera aparejada con una montura conveniente a su sexo. ¿Cómo quieren, exclamó, entre furiosa y escandalizada, que me ponga en ridículo yendo orquetada en esa mula? Conque ya ven ustedes si gastan humos las amorosas. Antes de llegar a Arica fue puesta en libertad. Si se la había conservado presa hasta entonces, fue precisamente para evitar que los dispersos o la tropa cometieran con ella un desmán”. Paz Soldán, Felipe Mariano: *Narración histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*, Tomo III, p. 258.

Por su parte, el historiador Milla Batres, refiriéndose a los prisioneros chilenos tomados después de la batalla de Tarapacá menciona entre los prisioneros a la “cantinera: María Quinteros Ramírez”. Milla Batres, Carlos: *Recopilación de partes y documentos de la Guerra del Pacífico*, p. 133.

Los historiadores y cronistas peruanos muchas veces han confundido a esta María Quinteros con una peruana llamada “María Quinteros y por apodo iquiqueño María la grande. Es cierto que esta última existía en Iquique y que se vino a Antofagasta cuando estalló la guerra, pero no se alistó en el ejército como cantinera y murió poco después de la peste en Iquique. La verdadera cantinera del 2° prisionera de los peruanos se llama María Quiteria Ramírez, y por el nombre de Quiteria vino el error peruano de llamarla Quinteros”. Vicuña Mackenna, Benjamín: *Campaña de Tacna y Arica...*, p. 63.

María fue hecha prisionera junto con otros 50 chilenos “y no tardó en hacerse tan popular como simpática”¹⁴⁰. Sus mismos compañeros de infortunio le pusieron de sobrenombre “*María la Grande* en vista de su estatura”¹⁴¹. Poco a poco ganó la simpatía de todos puesto que “se convirtió luego en dueña de casa, todo lo efectuaba en beneficio de sus compatriotas, a los cuales los colocó bajo su ala protectora, por más que sus alas no eran de ángel...”¹⁴².

Muchos prisioneros no la conocían anteriormente, ni la profesión que ejercía¹⁴³, por tanto les extrañó que fuera tan popular entre los peruanos. Al respecto uno de los prisioneros chilenos escribió que “se presenta en la puerta de nuestro aposento un jefe, que por su traje, parecía pertenecer a las ambulancias y preguntó: ¿Quién se llama María Ramírez, está aquí? Yo soy contestó una voz femenil, conmovida y llorosa. ¡Tu aquí María! ¿Cómo? Estoy prisionera, contestó llorando. No llores María; no te sucederá nada; serás muy cuidada entre nosotros, y terminó estas frases afables dándole una pequeña bolsa con maíz tostado. María era nuestra cantinera y nos causó admiración que fuese conocida por ese jefe peruano; pero al mismo tiempo nos alegramos de ello porque era probable que le guardaran alguna consideración, librándola del duro trato que se nos daba”¹⁴⁴.

Posteriormente María Ramírez apareció mencionada como una de las cantineras que se destacaron por su valor y heroísmo durante la batalla de Chorrillos. Su papel fue principalmente el de ayudar a los lesionados dándoles “agua a través de su “barriquito de Jerez”, lo que ejecutaba religiosamente, y a algunos heridos les daba de su propia boca, a causa de no poderlo hacer de

¹⁴⁰ Rodríguez Mendoza, Emilio: *Reminiscencias militares...*, p. 59.

¹⁴¹ *Ibid.*, p. 60.

¹⁴² *Ibid.*

¹⁴³ María Ramírez era “antigua vecina de Iquique, donde ejercía una profesión sumamente risueña”. Rodríguez Mendoza, Emilio: *Reminiscencias militares...*, p. 59.

¹⁴⁴ Cristi, Mauricio: *Lectura patriótica...*, p. 181. Cristi reprodujo este relato titulado: “Fuga de tres prisioneros chilenos” por Manuel Necochea. Necochea fue sargento del 2º de Línea, combatió en Tarapacá y fue tomado preso por los peruanos junto con otros compañeros.

otra manera, por el estado de postración en que se hallaban”¹⁴⁵. Pero, cuando el barril se le acabó de tanto usarlo, lo arrojó lejos “y tomando un fusil de un soldado herido, se fue ciega sobre las trincheras gritando: “síguenme, muchachos, que ya los cholos arrancan”¹⁴⁶.

Lo último que se conoce sobre esta mujer es que en mayo de 1881, estaba de regreso en Santiago “muy enferma del hígado pero se recobra, gracias a los cuidados del filántropo caballero Carlos de Mendeville, Comandante de la Junta de Socorros, quien la auxilia generosamente”¹⁴⁷.

4. *Carmen Vilches*

Carmen fue cantinera del Batallón Atacama, y al igual que Filomena Valenzuela tuvo una destacada participación en el combate de Los Ángeles, ascendiendo hasta la cima “sin demostrar cansancio ni vacilación”¹⁴⁸. En el parte oficial del combate, el comandante del Atacama, Juan Martínez, informó al General Baquedano: “Creo un deber de mi parte, hacer presente a Ud. que los méritos contraídos por la cantinera Carmen Vilches, durante la penosa jornada del Hospicio al Valle, dando agua y atendiendo a los que caían rendidos por la fatiga, como igualmente peleando en el asalto de la cuesta de Los Ángeles con su rifle e infundiendo ánimo a la tropa con su presencia y singular arrojo, obligan nuestra gratitud y la hacen acreedora a un premio especial”¹⁴⁹.

Gonzalo Bulnes, aunque pocas veces menciona mujeres en su obra, con Carmen Vilches hace una excepción al señalar que entre los primeros que llegaron a la cumbre del picacho en el combate de Los Ángeles deben destacarse “... el jefe del cuerpo, Martínez; Torreblanca y una heroica mujer, llamada Carmen

¹⁴⁵ Del Canto, Estanislao: *Memorias militares del General D. Estanislao del Canto*, Tomo I, p. 138.

¹⁴⁶ *Ibid.*, p. 139.

¹⁴⁷ Vicuña Mackenna, Benjamín: *Campaña de Tacna y Arica...*, p. 64.

¹⁴⁸ Figueroa, Pedro Pablo: *Atacama en la Guerra del Pacífico. Reminiscencias históricas*, p. 71.

¹⁴⁹ *Ibid.*

También en *El Mercurio*, Valparaíso, 14 de abril de 1880, p. 2.

Vilches, cantinera del cuerpo, que subió asistiendo con su caramañola con aguardiente a los más fatigados”¹⁵⁰.

En la lista de heridos del Batallón Atacama en Los Ángeles, figuró la cantinera Vilches con una contusión en la mano izquierda¹⁵¹, siendo “ejemplo de gran valor, trepando con los atacameños la empinada cuchilla y haciendo fuego sobre el enemigo con su rifle, como cualquier otro soldado”¹⁵².

Su hazaña no pasó inadvertida por la opinión pública; prueba de ello es la carta que se publicó en el diario *El Constituyente*, donde se insinuaba que se le tributara un homenaje porque “ayudó a detener a los peruleros”¹⁵³.

5. Leonor Solar y Rosa Ramírez

Otras dos cantineras que han pasado a la historia por su heroísmo durante la batalla de Tarapacá, fueron las que murieron junto al Comandante Eleuterio Ramírez.

Estas se llamaban Leonor Solar y Rosa Ramírez. La primera era natural de Valparaíso, de 24 años de edad, costurera de profesión. Su compañera de martirio, Rosa Ramírez, procedía de Santiago, joven como la anterior y de la misma profesión. “Consta que una y otra eran muchachas sumamente honradas y como tal las aceptó el pundonoroso Comandante Ramírez”¹⁵⁴.

Durante la batalla de Tarapacá, el Comandante Ramírez fue herido en un brazo, por ello se refugió en una construcción inmediata al lugar donde se encontraban las dos cantineras del 2º de

¹⁵⁰ Bulnes, Gonzalo: *Guerra del Pacífico*, Tomo II, p. 12.

¹⁵¹ *El Constituyente*, Copiapó, 12 de abril de 1880, p. 2.

¹⁵² *El Constituyente*, Copiapó, 19 de abril de 1880, p. 2.

¹⁵³ *El Constituyente*, Copiapó, 13 de abril de 1880, pp. 2-3.

¹⁵⁴ “Las heroínas del 2º de Línea”, *El Mercurio*, Valparaíso, 13 de abril de 1882, p. 2.

De igual forma lo relató Vicuña Mackenna: “Leonor Solar, natural de Valparaíso, de 24 años de edad y excelente y recatada muchacha, Rosa Ramírez, hija de Santiago, joven como la anterior, y Petronila Campos que seguía a su padre, viejo soldado del 2º. Las dos primeras, como se sabe, fueron quemadas y no se conserva de ellas sino un zapato que nos mandó de Iquique el coronel Lynch y que conservamos con el respeto de una reliquia”. Vicuña Mackenna, Benjamín: *Campaña de Tacna y Arica...*, p. 64.

Línea quienes “le curaron y en ese lugar infame fueron quemadas”¹⁵⁵ “cuando cumplían abnegada y caritativa misión la Leonor González y la Juana Soto vivandera del movilizado Chacabuco”¹⁵⁶.



Muerte del Comandante Eleuterio Ramírez
junto a una cantinera.

Grabado a plumilla de Luis F. Rojas en, *Historia del Ejército de Chile. Nuestros Uniformes*, Tomo v, Estado Mayor General del Ejército, Santiago.

¹⁵⁵ Vicuña Mackenna, Benjamín: *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 12 de agosto de 1880, p. 1.

¹⁵⁶ Molinare, Nicanor: *Batalla de Tarapacá...*, p. 162.

Vicuña Mackenna, en otra de sus obras les cambió de nombre a las cantineras que auxiliaron a Ramírez: “Llamábanse estas infelices y animosas mujeres Juana N. y Leonor González, ambas honradas costureras de Santiago”. Vicuña Mackenna, Benjamín: *Campaña de Tarapacá...*, Tomo II, p. 1115.

Estos nombres Vicuña Mackenna los repitió en *El álbum de la gloria*: “A la verdad, desde las 2 oscuras pero sublimes muchachas Leonor González y Juana N. cantineras del 2º que por no abandonar a su jefe herido en el caserío de San Lorenzo de Tarapacá prefirieron en siniestro día ser quemadas vivas”. Vicuña Mackenna, Benjamín: *El álbum de la gloria...*, p. 588.

En el parte de la batalla de Tarapacá, se afirma que ambas permanecieron junto al cadáver de Ramírez en una casa que “estaba convertida en un hacinamiento confuso de muertos y heridos. Entre los heridos que no podían moverse se encontraban dos de las cantineras del 2º, que no se habían separado un momento de las filas de su regimiento y que prestaron durante todo el combate los más útiles servicios. Ellas arrastraban hacia la casita a los heridos en medio de la granizada de balas enemigas, registraban las cartucheras de los muertos para proveer de municiones a los vivos, y se multiplicaban por todas partes para vendar a la ligera a los heridos. Al asaltar en tropel la casita momentos después de la retirada de los nuestros, remataban a palos a los heridos. Las dos mujeres y algunos heridos, animados con la presencia del enemigo y vendiendo caras sus vidas, resistieron aún dentro de la casa, hiriendo a los asaltantes con sus yataganes y defendiéndose, como su jefe, hasta exhalar el último suspiro”¹⁵⁷.

Lucio Venegas criticó ácidamente el comportamiento de los peruanos frente a estas cantineras: “las desgraciadas mujeres que acompañaban al 2º de Línea caen en poder de los soldados peruanos y bárbaramente son mutiladas. Darles la muerte no les era suficiente; necesitaban todavía de un espectáculo que fuera nuevo en la extensa lista de sus crímenes. Con afilado acero les cercenaron sus pechos, y ellas, en medio de tan horrible suplicio, repetían sin cesar el nombre de Dios y el de la patria”¹⁵⁸. Este autor encontró justificación al cruel accionar de los chilenos después de la batalla de Chorrillos, porque según él, no hubieran actuado así, si no hubiesen estado tan enojados con los peruanos, entre otras

¹⁵⁷ “Batalla de Tarapacá”. *Boletín de la Guerra del Pacífico*, p. 493.

Curiosamente Arturo Benavides Santos, quien en todos sus relatos mencionó de continuo el accionar de las mujeres en la guerra, en el caso específico de la muerte de Ramírez sólo dijo lo siguiente: “en un rancho se habían refugiado como sesenta heridos que eran atendidos por dos cantineras. Algunos soldados peruanos que andaban dispersos le prendieron fuego y todos perecieron”. Benavides Santos, Arturo: *Historia compendiada de la Guerra del Pacífico*, p. 56.

¹⁵⁸ Venegas Urbina, Lucio: *Sancho en la guerra. Recuerdos del ejército en la campaña del Perú y Bolivia*, p. 115.

cosas, “por haber cortado los pechos a las cantineras del 2º de Línea en Tarapacá”¹⁵⁹.

Estos hechos motivaron afanes de venganza en la opinión pública, la que se tradujo en lo escrito en *El Barbero*: “Se dice que en la batalla de Tarapacá los peruanos han mutilado a algunas cantineras que cayeron entre sus manos. Cítase entre otras las del Chacabuco. ¡Que bárbaros! En presencia de actos semejantes, que envenenan todo sentimiento de humanidad, no cabría otra represalia que ordenar que todo peruano sea a su vez mutilado equivalentemente sobre el campo de batalla”¹⁶⁰.

El Nuevo Ferrocarril también publicó la noticia sobre la barbarie ocurrida en Tarapacá: “Todo lo que pertenecía al 2º de Línea se había convertido en soldado; en medio de la atmósfera de humo que rodeaba a esos hombres de fierro se veía pelear a 2 mujeres, las dos cantineras. Una lluvia de balas penetra el rancho, después de tender a los 2 centinelas. La bandada se acerca y principia a descuartizar aquellos cuerpos muertos. Los dos soldados quedaron literalmente despedazados. La jauría penetró al interior: las cantineras seguían inmóviles. La banda de cobardes se echó con preferencia contra las mujeres y entonces principió una escena sin nombre y sin ejemplo fueron descuartizadas”¹⁶¹.

El acto heroico de las cantineras del 2º asimismo fue tema aprovechado por el teatro. En una obra que se representó en esos días, ambas mujeres desafiantes ante el peligro expresaban:

“Nosotras reemplazaremos
al que caiga, y sin tardanza,
y el que muere, la esperanza

¹⁵⁹ Venegas Urbina, Lucio: *Sancho en la guerra...*, p. 276.

Arturo Olid refiriéndose a las cantineras que murieron con Ramírez afirma: “Los cadáveres de las cantineras estaban enteramente charqueados y triturados”. Olid Araya, J. Arturo: *Crónicas de guerra. Relatos de un ex combatiente de la Guerra del Pacífico...*, p. 92.

¹⁶⁰ *El Barbero*, Santiago, 6 de diciembre de 1879, p. 2. (*El Barbero* era un “periódico semanal, pelador, de buen humor, caricaturero y libre hablador” tal como decía en su portada).

¹⁶¹ Edén, Jacobo: “Las mártires del rancho”, *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 11 de diciembre de 1879, p. 3.

de ser vengado tendrá;
porque el aleve, el cobarde
y afeminado peruano
sabrá sí, que nuestra mano
aquí terrible será”¹⁶².

En otra escena de la misma obra, el Comandante Ramírez destacaba el heroísmo de estas mujeres:

“¡Y vosotras, cantineras
conservad vuestro heroísmo
hasta la hora postrera
y todos, todos juradme
sucumbir antes que pueda
el alevoso enemigo
humillar nuestra bandera”¹⁶³.

La literatura igualmente tiene una obra que recuerda este episodio. Así apareció publicado en *El Constituyente*: “Dentro de pocos días aparecerá en Santiago una novela de don Víctor Torres Arce titulada “La Cantinera del 2º de Línea”. El argumento está dividido en dos partes, la primera, desde la salida de la expedición de Chile hasta la salida de la expedición de Antofagasta para Pisagua. La segunda parte termina con la sangrienta jornada de Tarapacá. La obra irá adornada con el retrato del Comandante Ramírez y varias vistas sobre los puntos donde nuestro ejército ha librado los más sangrientos combates”¹⁶⁴.

6. Susana Montenegro

La cantinera Susana Montenegro sólo es mencionada por el contemporáneo de la guerra, Antonio Urquieta. El autor, refiriéndose a la batalla de Tarapacá, comentaba que entre los prisioneros

¹⁶² Transcrito por Uribe Echevarría, Juan: *Canciones y poesías de la Guerra del Pacífico*, p. 182, quien la tomó de Lathrop, Carlos 2º, *Eleuterio Ramírez o la batalla de Tarapacá*. Drama en tres actos y en verso. Imprenta de la Librería Americana de Carlos 2º Lathrop, Santiago, 1883. Visto bueno de José Antonio Soffia, Censor de Teatros. La obra se inicia con el discurso de Eleuterio Ramírez a sus soldados.

¹⁶³ *Ibid.*

¹⁶⁴ *El Constituyente*, Copiapó 7 de abril de 1880, p. 1.

chilenos que cayeron en poder de las tropas del General Buendía, “le tocó a la cantinera Susana Montenegro con quien estos pícaros cometieron toda clase de infamias y excesos que la pluma se resiste a describir. Después de todo, la asesinaron martirizándola como a Caupolicán, con la diferencia que a aquel fue con un palo y a ésta con las bayonetas”¹⁶⁵.

7. Dolores Rodríguez

Sobre el actuar de Dolores Rodríguez durante la contienda hay diferentes versiones; para algunos fue cantinera, pero para otros, una simple mujer que seguía a su marido y que muchas veces andaba ebria en el campamento.

Ella nació en la zona comprendida entre Llay-llay y Montenegro, en un fundo denominado Rungue. Sus padres fueron Anselmo Fuentes y Micaela Rodríguez, ésta última se ocupaba en confeccionar mantas y frazadas¹⁶⁶.

Dolores se trasladó a Valparaíso “por el maltrato que recibía”¹⁶⁷ en su hogar. Allí conoció y contrajo matrimonio con Lorenzo Sánchez, quien estaba de paso en viaje hacia Antofagasta¹⁶⁸. Residiendo en ésta ciudad, una vez que comenzó la guerra, Dolores siguió al ejército en su marcha a pie hasta Mejillones, lográndose más tarde embarcarse oculta en uno de los transportes que llevaban a las tropas a Pisagua. Antes de ir a Tarapacá trabajó lavando ropa a los soldados y oficiales¹⁶⁹.

¹⁶⁵ Urquieta, Antonio: *Recuerdos de la vida de campaña de la Guerra del Pacífico*, Tomo I, p. 204.

¹⁶⁶ Ricardo Santa Cruz le escribe a Vicuña Mackenna el 31 de enero de 1880, sobre Dolores Rodríguez. Véase Fernández Larraín, Sergio: *Santa Cruz y Torrealba. Dos héroes de las campañas de Tarapacá y Tacna*, p. 80.

¹⁶⁷ *Ibid.*

¹⁶⁸ Otros autores afirmaron que su marido se llamaba Cayetano Cortés: “el amor como siempre, la llevó a la campaña, a la guerra; Dolores, adoraba al Zapador Cayetano Cortés, y de ahí a ser su camarada y largarse con él para el litoral del norte, no había sino un paso; y la Dolores se fue, y en Tarapacá caído su marido empuñó a su vez el comblain”. Molinare, Nicanor: *Batalla de Tarapacá...*, p. 197.

¹⁶⁹ Fernández Larraín, Sergio: *Santa Cruz y Torrealba...*, p. 80.

El hecho de que fuera herida en un tobillo en la batalla de Tarapacá fue tema de varios artículos de prensa que destacaron su valor denominándola la nueva Sargento Candelaria¹⁷⁰. Un periodista de *Los Tiempos* escribió: “dimos cuenta no hace mucho que se había dado a conocer una nueva Sargento Candelaria, refiriéndose a Dolores Díaz (sic)¹⁷¹, cantinera del Regimiento de Zapadores, la que combatiendo al lado de su marido Lorenzo Sánchez, cuando éste cayó para no levantarse más, tomó el rifle y no sólo mató al que la había dejado viuda, sino también a dos o más, hasta que una bala enemiga le atravesó una pierna. Esta heroína fue presentada al General Escala y al Ministro de Guerra por don Roberto Souper, y después de darle una gratificación en dinero, se le prometió ascenderla a sargento”¹⁷².

¹⁷⁰ *Los Tiempos*, Santiago, 7 de diciembre de 1879, p. 2. El artículo habla de Tarapacá y de las cantineras: “La mujer de un sargento, Dolores Rodríguez, cuando le mataron al marido, tomó su rifle y con él mató a 3 peruanos; salió herida levemente en una pierna y espera sanar luego y vengar a su marido”.

Los Tiempos, Santiago, 9 de diciembre de 1879, p. 2: “Las cantineras han rivalizado en valor con los soldados; una del 2º perdió a su marido, tomó el rifle y mató a dos o tres, hasta que fue herida en un tobillo”.

El Constituyente, Copiapó, 15 de diciembre de 1879, p. 2: “Dolores Rodríguez esposa de un soldado de Zapadores en Tarapacá cuando su marido es muerto en la batalla, ella corre y toma el rifle del difunto y se pone a luchar”.

“Importantes detalles del combate de Tarapacá. Una heroína chilena”, *La Patria*, Valparaíso, 11 de diciembre de 1879, p. 2: “No dejaremos pasar en silencio un hecho de una heroína que cual otra sargento Candelaria del año 39 hizo lamer el polvo a más de un peruano. Muerto en nuestras filas en los primeros encuentros el asistente del capitán Zañartu, la camarada de aquel, Dolores Rodríguez, empuña el fusil de su compañero y carga en las filas hasta caer herida en una pierna, después de dar muerte a varios peruanos”.

Urquieta, Antonio: *Recuerdos de la vida de campaña de la Guerra del Pacífico*, Tomo I, p. 205: “Hubo otra mujer que siendo su marido sargento del regimiento Chacabuco, no quiso abandonarlo a su suerte y lo acompañó a Tarapacá, por desgracia el sargento murió en aquella batalla y la esposa se colocó la fornitura con municiones y tomando el rifle de su marido se batió con valor, saliendo por fin herida en una pierna; rompió una de sus enaguas para vendarse por sus manos la herida. En la retirada fue una de las más resistentes en la marcha hasta llegar a Santa Ana sin abandonar el rifle y la fornitura. Esta mujer se llamaba Dolores Rodríguez”.

¹⁷¹ El periodista aquí se equivocó de apellido, porque no hay duda que se refiere a Dolores Rodríguez.

¹⁷² “Nuevo Sargento Candelaria”. *Los Tiempos*, Santiago, 17 de diciembre de 1879, p. 3.

Vicuña Mackenna relató que en la batalla de Tarapacá “por cada hombre de tropa derribado, los chilenos postraban doble número, porque hasta las mujeres se batían por su cuenta y su venganza. Entre estas Dolores Rodríguez, moza del zapador Cayetano Cortez¹⁷³, cuyo rifle al caer tomara aquella, batiéndose largo trecho hasta que fue herida en un muslo”¹⁷⁴.

En los comienzos de la acción de Tarapacá, Dolores quedó junto con los equipajes en la planicie, aledaña a los bordes de la quebrada, pero, venciendo sus temores, se acercó a la línea de fuego. Allí observando a los soldados extenuados por la fatiga y la falta de agua; “tomó tres caramayolas y consiguió bajar a la quebrada y traer este refrigerio. Sabiendo que su hombre había muerto, recorrió las filas hasta dar con él, tomó su fusil y logró hacer algunos disparos”¹⁷⁵.

En el ejército peruano hubo una mujer, curiosamente también llamada Dolores, quien tuvo una actuación similar a la de Dolores Rodríguez. Relata el peruano Ernesto Rivas que en la batalla de San Francisco, el 19 de noviembre de 1879, a la cabeza de una compañía iba un sargento y tras él iba una mujer, “mestiza de color, alta, con el traje levantado hasta las rodillas y amarrado allí por entre las piernas. Dolores se llama esta mujer y es la esposa del sargento. Su amor no le ha permitido abandonarle en el trance de la lucha, y va junto a él repitiendo a los soldados las mismas palabras de su esposo: ¡Adelante! Luego él es abatido por una bala chilena y Dolores como loca furiosa y con los ojos llenos de lágrimas, se arroja sobre él, y arrancándole el rifle de entre las manos, ocupa su puesto en la compañía; y clamando venganza a gritos, toma de las mantas de los soldados cápsulas que dispara sobre el enemigo”¹⁷⁶.

¹⁷³ Aquí Vicuña Mackenna coincide con Molinare al afirmar que el marido de Dolores era Cayetano Cortés y no Lorenzo Sánchez. Vicuña Mackenna, Benjamín: *Campaña de Tarapacá...*, Tomo II, p. 1065.

¹⁷⁴ En carta de Ricardo Santa Cruz a Vicuña Mackenna, Iquique 30 de enero de 1880. Vicuña Mackenna, Benjamín: *Campaña de Tarapacá...*, Tomo II, p. 1066.

¹⁷⁵ Fernández Larraín, Sergio: *Santa Cruz y Torrealba...*, p. 80.

¹⁷⁶ Mantilla, Víctor; Rivas, Ernesto; González, Nicolás: *Nuestros héroes: Episodios nacionales de la Guerra del Pacífico*, Reeditado por el Ministerio de Guerra, Lima, 1979, Tomo I, p. 305.

La odisea de Dolores Rodríguez en Tarapacá, pasó a la historia y quedó plasmada en un verso dedicado a ella, como un ejemplo de la mujer que viendo morir a su esposo, no vaciló en empuñar el fusil contra los peruanos.

“Dolores Rodríguez. Cantinera del 2º de Línea

Sin temor a los rigores
de una tremenda campaña
a su marido acompaña
la valerosa Dolores
a pelear en tierra extraña.
Resuelta con ardimiento
a seguir a su bandera,
se enrola de cantinera
del famoso regimiento
que Ramírez dirigiera.
En Tarapacá el valor
de esta mujer es grandioso
aunque entre el fuego espantoso
Dolores tiene el dolor
de ver morir a su esposo.

Esa mujer varonil
mira sin vida tendido
al compañero querido...
pero recoge el fusil que empuñara su marido.

Herida está: ¿que le importa?
su pecho arde en furor ciego;

avanza serena y luego
aún más la distancia acorta
y se dispone hacer fuego.

La atmósfera es una fragua...
por beber, esfuerzos vanos
hacen nuestros veteranos!...

más Dolores no pide agua
sino sangre de peruanos!

Y de sangre un gran torrente
de rojo mancha la arena
y de horror al cholo llena
que escapa cobardemente
ante la heroica chilena.

Ha vengado a su marido

sin demora, sin tardanza
en la espantosa matanza
y además ha contribuido
al triunfo con su venganza.
Cuando después tiene Escala
de esta acción conocimiento
en el mismo campamento
a la Rodríguez regala
la jineta de sargento”¹⁷⁷.

Vicuña Mackenna tenía una mala opinión sobre ella. Según él “la famosa Dolores Rodríguez, natural de Caleu, llamada (sin serlo) cantinera de Zapadores y que resultó herida en un muslo en Tarapacá, no fue como se ha dicho una heroína de amor conyugal, sino una virago¹⁷⁸ encarnizada que mataba por la doble ebriedad del vino y de la sangre. Así al menos, nos escribía el malogrado jefe del cuerpo, el comandante Santa Cruz”¹⁷⁹.

Efectivamente Vicuña Mackenna escribió lo precedente basándose en el testimonio de Ricardo Santa Cruz quien decía que “por lo demás esta mujer era de mala vida y repudiada por los soldados, fue arrojada después del ejército”¹⁸⁰ ya que después del combate de Tarapacá aunque se trató de atenderla como merecía fue “repudiada por los mismos soldados, he visto con pesar que no tiene cura. Actualmente está enferma en este pueblo y viste un traje extravagante. No es cantinera ni puede serlo. Tiene 19 años”¹⁸¹.

¹⁷⁷ Transcrito por Uribe Echevarría, Juan: *Canciones y poesías de la Guerra del Pacífico*, pp. 80–82. Este poema fue escrito por Juan Rafael Allende (1848–1909) novelista, dramaturgo, poeta y periodista. Durante la guerra, el Ministerio de Guerra hizo editar 10.000 ejemplares de sus versos para ser repartidos entre los soldados del norte. Entre ellos está el referido a Dolores Rodríguez.

¹⁷⁸ Virago es sinónimo de “mujer varonil”. Real Academia Española: *Diccionario de la Lengua Española*, Tomo II, p. 2094.

¹⁷⁹ Vicuña, Mackenna, Benjamín: “Las Amazonas...”, *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 12 de agosto de 1880, p. 1.

Sergio Fernández reproduce la carta de Santa Cruz en forma íntegra la cual en una parte dice: “A esto puedo agregar que esta mujer es un demonio... anda ebria diariamente y se ha hecho camarada de todos los ejércitos”. Fernández Larraín, Sergio: *Santa Cruz y Torrealba...*, p. 80.

¹⁸⁰ Vicuña Mackenna, Benjamín: *Campaña de Tarapacá...*, Tomo II, p. 1066.

¹⁸¹ Fernández Larraín, Sergio: *Santa Cruz y Torrealba...*, p. 80.

Nicanor Molinare reseñó que Dolores vivió largos años después de la guerra y “hoy vive anciana y gozando de una modesta pensión”¹⁸².

8. Mercedes Debía

La cantinera Mercedes Debía, casada con el soldado Casimiro González, fue a la guerra por seguir a su marido. Se vistió de soldado y se embarcó en el *Cochrane*, se enroló en el batallón movilizado Bulnes y en guisa de hombre hizo toda la campaña del 79 al 82.

Peleó bravamente en Dolores, Pisagua, Los Ángeles, Tacna, asalto al Morro de Arica, Chorrillos y Miraflores.

Después de las batallas, en lugar de descansar, hacía el sublime oficio de hermana de caridad, recogiendo y curando los heridos y atendiendo al rancho de los oficiales¹⁸³.

9. Juana López

Nació en Valparaíso en 1845 y murió en Santiago en 1904. Al iniciarse las hostilidades de la Guerra del Pacífico, Juana López “no pudo resistir los impulsos y corrió con el padre de sus hijos y con sus hijos mismos en demanda de los campos de batalla”¹⁸⁴.

¹⁸² Molinare, Nicanor: *Batalla de Tarapacá...*, p. 196.

¹⁸³ *El Diario Ilustrado*, 7 de agosto de 1910, p. 8. Estanislao del Canto certificó que la conoció diciendo textualmente: “El que suscribe certifica: que Mercedes Debía, mujer del soldado Casimiro González hizo la campaña contra el Perú y Bolivia en el batallón movilizado Bulnes a que pertenecía su marido. Para ingresar al ejército fue vestida de soldado en la Blindado “Cochrane” habiéndose encontrado en las acciones siguientes: Toma de Pisagua, Batalla de Dolores, Toma de Los Ángeles, Batallas de Tacna, Chorrillos y Miraflores y asalto de Arica. Me consta igualmente, que la expresada Mercedes Debía era muy apreciada de los jefes del Batallón Bulnes por los importantes servicios que prestaba, ya fuese atendiendo y curando a los heridos en el campo de batalla o ya en la guarnición, corriendo con el rancho de oficiales. Debo agregar, además, que la citada Debía es madre de cuatro hijos que todavía no pueden sustentarse por sí mismos. – Santiago, 3 de Junio de 1898. – E. Del Canto”.

¹⁸⁴ *El Diario Ilustrado*, 8 de agosto de 1910, pp. 2 y 4; *El Mercurio*, Santiago, 8 de agosto de 1910, p. 13.



Juana López.
Revista Zig-Zag, julio de 1910.

Ella partió integrándose al Batallón 2^o de Valparaíso, siguiendo a su marido Manuel Saavedra. Éste y sus tres hijos se repartieron en otras Unidades del Ejército.

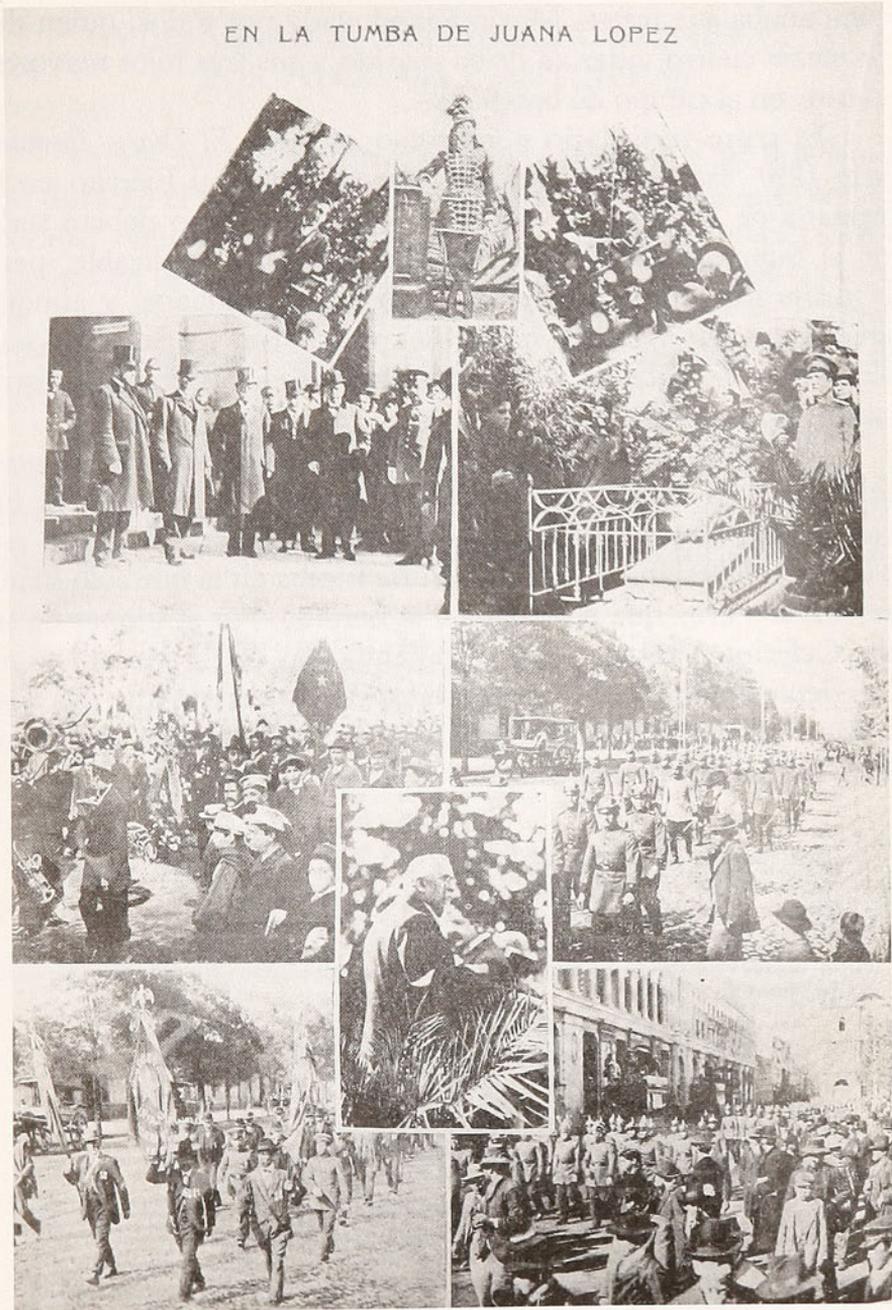
Aunque en la batalla de Dolores murió su marido y sus tres hijos perecieron también en sucesivas batallas¹⁸⁵ ella continuó como cantinera hasta el término del conflicto bélico entrando a Lima con el ejército vencedor. Llevaba al cinto la espada de un oficial enemigo, en cuya hoja ella misma escribió la fecha de las acciones de guerra en que se había encontrado; en esta misma hoja estaba grabada una leyenda que dentro de su incorrección mostraba su espíritu guerrero: “Recuerdo de Juana López. Como cual modo la espada vencedora con que vengó su sentimiento

como hizo valerosamente Judit á Holofernes. ¡Viva Chile sobre esta espada que nunca jamás Chile sea vencido. También espero que la persona chilena les cautiva la esperanza, con ella misma lo último. Para recuerdo firmo. Juana López. Enero 15 de 1881”¹⁸⁶.

Murió el 24 de enero de 1904 pero “Ni un militar, ni un músico, nadie que fuera llevado por un sentimiento patriótico

¹⁸⁵ El último de los hijos cayó en la expedición de Lynch en la campaña contra Cáceres y sus montoneras, no herido a bala sino ahogado con muchos otros en el hundimiento de un puente. *El Diario Ilustrado*, 26 de enero de 1904, p. 1; *El Mercurio*, Santiago, 8 de agosto de 1910, p. 13.

¹⁸⁶ *El Diario Ilustrado*, 26 de enero de 1904, p. 1.



Mausoleo de Juana López.
Revista Zigzag, 13 de agosto de 1910.

acompañaba sus restos. Murió abandonada por todos, quien dio a la patria cuatro vidas, la de su marido y sus tres hijos mayores, muertos en el campo de batalla”¹⁸⁷.

Es triste recordarlo pero como asegura *El Diario Ilustrado* hacia 1910 “las heroicas mujeres que sirvieron al Ejército en la campaña de 1879–81 no han sido premiadas como debían serlo por el Supremo Gobierno. Por una anomalía explicable, pero no justificable, no figuraron en las listas de soldados; y aunque algunas de ellas vistieron uniforme, marcharon y pelearon como soldados en las batallas, no fueron tomadas en cuenta en la distribución de premios”¹⁸⁸.

No obstante se realizó en el Cementerio General un acto patriótico para reparar este olvido e ingratitud¹⁸⁹. Se trató de un acto de homenaje a la memoria de esta cantinera¹⁹⁰. Hasta ese momento ella estaba sepultada en una tumba en la que solo había una sencilla cruz que recordaba a la heroína. Por gestiones de su hija, Ceferina Vargas, y por recomendación de un periodista, el Intendente Pablo Urzúa tomó la iniciativa de hacerle una reja a su tumba y colocarle una lápida de mármol que contaba en breves frases la historia de esta cantinera¹⁹¹.

¹⁸⁷ *El Diario Ilustrado*, 27 de enero de 1904, p. 1.

¹⁸⁸ *El Diario Ilustrado*, 7 de agosto de 1910, p. 8.

¹⁸⁹ *El Mercurio de Antofagasta*, 10 de agosto de 1910, p. 1.

¹⁹⁰ *El Mercurio*, Santiago, 4 de agosto de 1910, p. 17.

¹⁹¹ Hubo numerosos discursos en homenaje a la cantinera López destacándose la poesía de don Joaquín Montero:

“Para honrar la memoria
de la que duerme en esta tumba fría
ninguna voz menos autorizada
aquí se puede alzar que la voz mía.
¿Qué es el artista? Humilde peregrino
pájaro errante que detiene el vuelo
para cantar armonioso trino
entonar un himno al sol, al mar, al cielo.
Ni extrañéis si mi humilde voz se junta
a vuestra voz en gloria que no es mía;
el ave canta al sol y no pregunta
de qué árbol es la rama donde pía.
Salve, brava mujer, tu que en la guerra
Te supiste mostrar cual heroína,
Oye la voz de un hijo de la tierra

VIII. GRADOS MILITARES OBTENIDOS POR ALGUNAS CANTINERAS

Varios autores al referirse a cantineras que se distinguieron durante el conflicto bélico, hicieron referencia a que, por sus méritos, obtuvieron un grado militar. Según las disposiciones vigentes en la época para ser sargento era necesario que supieran leer y escribir y hubieran servido al menos 4 meses en el grado inferior. El ascenso sólo lo podía efectuar el General en Jefe del Ejército¹⁹².

En el caso de las mujeres, hay diferentes situaciones. Por ejemplo, Irene Morales, quien por su actuación en la batalla de Dolores, fue autorizada por Manuel Baquedano, en ese entonces General en Jefe, para servir de cantinera con el sueldo de un sar-

De Mariano Pineda y Agustina.
No es raro que a tus sienas ciñan coronas,
Porque tu misma gloria en ti fulgura
Y cachorro de aquellas dos leonas
Heredaste su sangre y su bravura.
Bendita, tu, mujer, bendita sea
Tu memoria por todos tus hermanos
Aquellos que animaste en la pelea
Cuya sangre atajaste en tus manos.
Aquí están contemplando tus despojos,
Tan yertos como están ya los agravios
Que traen para ti, llantos en los ojos
Y oraciones fervientes en los labios.
Escúchalos que vienen a decirte
Reposa en paz en brazos de la gloria
El pueblo se bendice al bendecirte
Y Chile se honra, honrando tu memoria.
Y hoy que en la paz agrándase y prospera
El nombre de tu Chile idolatrado
Ruégale a Dios en oración sincera
Para que siga siempre immaculado
El bello tricolor de tu bandera". *El Diario Ilustrado*, 8 de agosto de 1910, p. 4.

¹⁹² "Ascensos militares, Santiago 12 septiembre de 1878: El Congreso Nacional ha acordado lo siguiente: para ascender a los empleos que median entre la clase de soldado y la de sargento primero, es necesario haber servido 4 meses a lo menos el empleo inmediatamente inferior. Para obtener el puesto de Sargento se necesita además saber leer y escribir". Firma Cornelio Saavedra. Véase decreto supremo de 30 septiembre 1878, derogado por ley de 22 julio de 1880. Varas, José Antonio: *Recopilación de leyes, órdenes, decretos supremos y circulares concernientes al Ejército desde enero de 1878 a fin de diciembre de 1883*, Tomo VI, p. 32.

giento. A raíz de esto es que, diversos autores, hablan de ella como Sargento¹⁹³.

Otras veces fueron los periódicos quienes atribuían a las mujeres cierto rango militar. *El Constituyente* afirmaba que “en el Escuadrón Carabineros va una mujer con el grado de Sargento que sentó plaza en Curicó”¹⁹⁴.

El Mercurio también mencionaba a cantineras que tenían grado de Sargento: “una cantinera, la que fue ascendida a Sargento después de Tarapacá va con los Zapadores luciendo su jineta”¹⁹⁵.

Dolores Rodríguez fue otra de las cantineras a las que se le atribuyó el grado de Sargento. Tal como lo hemos especificado, un verso dedicado a ella mencionaba que el General Escala la nominó para dicha jerarquía¹⁹⁶.

Esto fue confirmado por *Los Tiempos*, refiriéndose a la Rodríguez: “ayer se embarcó con el Lautaro con dirección al Norte y a incorporarse con su Batallón que es el Zapadores. Ostenta orgullosa su jineta de Sargento 1° conque la premió nuestro General Escala por su valentía”¹⁹⁷.

Al parecer también en el ejército peruano-boliviano se otorgó grado de sargento a mujeres que se destacaron en el campo de batalla. Este es el caso de una rabona apodada “La Fiera” quien después de la toma de Pisagua “al ver llegar al General Daza, salió a su encuentro, se paró muy tiesa frente a él y llevando la mano su som-

¹⁹³ “En la batalla de Dolores se batió disfrazada de soldado y, después de ella, quedó como cantinera del 3° de Línea. Pasó después a formar parte del batallón Carabineros de Yungay con la paga de sargento”. Cristi, Mauricio: *Lectura patriótica...*, pp. 105–106.

“...es mucho mejor volver a ser mujer que seguir siendo soldado y aún sargento del 3°”. Vicuña Mackenna, Benjamín: “Las amazonas...”, *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 12 de agosto de 1880, p. 2.

¹⁹⁴ *El Constituyente*, Copiapó, 10 de noviembre de 1879, p. 3.

¹⁹⁵ *El Mercurio*, Valparaíso, 15 de abril de 1880, p. 2.

¹⁹⁶ Uribe Echevarría, Juan: *Canciones y poesías de la Guerra del Pacífico*, pp. 80–82. Este poema fue escrito por Juan Rafael Allende.

La Patria, Valparaíso, 11 de diciembre de 1879, p. 2: “... Dolores Rodríguez, empuña el fusil de su compañero y carga en las filas hasta caer herida en una pierna, después de dar muerte a varios peruanos. Nuestro general ha hecho prodigar toda clase de auxilios a esta Espartana y prometiéndole que obtendrá para ella la jineta de sargento”.

¹⁹⁷ *Los Tiempos*, Santiago, 4 de enero de 1880, p. 3.

brero blanco de estilo cochabambino, a manera de saludo militar, le dijo: “Se ha ordenado que marche al batallón “Padilla” a Camarones, pero a mi no se me ha dado el fusil ni las municiones respectivas”. El General ordenó a su ayudante: “Que se le dé a la Sargento Claros lo que necesita”. A la media hora partía el tren y sobre uno de los vagones iba “La Fiera” empuñando su rifle dando vivas a Bolivia. Era concubina del Sargento Claros. Alta, gorda, picada de viruelas, con una nube en el ojo derecho, muy forajida”¹⁹⁸.

Filomena Valenzuela, como lo hemos visto previamente, fue nombrada con un grado mayor: Subteniente. Según las disposiciones vigentes se requería para obtener el empleo de Subteniente haber servido como Sargento “cuatro años a lo menos”¹⁹⁹.

Se cree que esto se debió a su destacada participación en el combate de Los Angeles. A raíz de ello, *El Mercurio* publicó una extensa biografía sobre ella en el cual resaltaba que “fue tan aplaudido este acto de arrojo y energía que el General Baquedano la premió dándole despachos de Subteniente de ejército”. A continuación la nombraba como “nuestra Subteniente”. El artículo terminaba refiriéndose a “el nuevo oficial, como la Sargento Candelaria”²⁰⁰.

¹⁹⁸ Artículo del corresponsal de *La Revista* titulado “La toma de Pisagua”. Esta anécdota ocurrió en Pisagua, en noviembre de 1879, cuando el General Daza ordenó que el ejército de Tacna se incorporara al ejército del sur comandado por Buendía y Villanil. Claros, Manuel Pascual: “Diario de un excombatiente de la Guerra del Pacífico”, sin fecha, en *Diarios y Memorias de la Guerra del Pacífico*, Tomo II, p. 23.

También lo reprodujo el historiador boliviano Querejazú Calvo, Roberto: *Guano, salitre, sangre. Historia de la Guerra del Pacífico*, Editorial Los amigos del libro, La Paz, Cochabamba, 1979, p. 418.

¹⁹⁹ Varas, José Antonio: *Recopilación de leyes, órdenes...*, Tomo VI, p. 79.

²⁰⁰ *El Mercurio*, Valparaíso, 4 de noviembre de 1882, p. 2.

CAPÍTULO III

MUJERES TRAS LA HUELLA DE LOS SOLDADOS

I. INTRODUCCIÓN

En los siglos anteriores, cuando los ejércitos no contaban con la logística, intendencia y demás servicios actuales, fue costumbre que las mujeres los siguieran cuando se encontraban en campañas militares. Esto se vio en todas partes del mundo y ejemplo de ello lo tenemos en las rabonas de los ejércitos peruano y boliviano, en Flandes, México, Argentina o Colombia.

En el siglo XVI según opinión de muchos historiadores, detrás del ejército de Flandes iba una enorme cantidad de gente, en especial las esposas de los soldados. “Las carretas, acémilas, jacos, vivanderos, lacayos, mujeres, niños y gentuza, que sumaban muchos más que el ejército mismo”²⁰¹. Durante la campaña, las mujeres de los soldados cumplían diversos oficios que “iban desde ser costurera, fregona, cocinera, o sea todo aquello que pudiera proporcionar un honrado maravedí con que aumentar los escasos y retrasados ingresos del soldado”²⁰².

²⁰¹ Parker, Geoffrey: *El ejército de Flandes y el camino español, 1567-1659*, Biblioteca de la Revista de Occidente, Madrid, 1976, p. 221.

²⁰² *Ibid.*, p. 220.

En México también fue costumbre que las mujeres siguieran a la tropa. Una inglesa residente en Ciudad de México hacia 1840²⁰³, testigo del paso del ejército relató: “la infantería se veía andrajosa, la caballería presentaba mejor aspecto, los enfermos les seguían montados en burros, y entre ellos se veían algunas mujeres: unos marimachos que se cubrían con sarapes o mangas, y grandes sombreros de palma sujetos con pañuelos de colores y montadas en mulas o caballos. Venían atrás las mulas con la impedimenta: provisiones, camas de campaña, etc., y un tumulto de indias trotando que cargaban las botas y la ropa de sus maridos”²⁰⁴.

En Argentina fue usual que las mujeres siguiesen a los ejércitos; al respecto un historiador informa que “poco se sabe de las *mujeres de la tropa*, de las *cuarteleras* que acompañaron abnegadamente a los ejércitos en casi todas nuestras guerras. Algunas salían de los *bajos fondos* para vender su cuerpo a los *milicos* por la paga y finalizaban colaborando con los médicos y los capellanes. Mantenidas al principio a distancia, terminaban incorporadas a las fuerzas como especie de asistentes que cosían y lavaban la ropa, ayudaban en duras faenas y participaban con incansable entusiasmo en la organización de bailes y otras diversiones”²⁰⁵.

²⁰³ Calderón de la Barca, Madame: *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, Editorial Porrúa, México, 1994, p. 318.

²⁰⁴ Se refiere a la revolución de septiembre de 1841 en la cual el General Paredes, Comandante de Guadalajara, se rebeló contra el entonces presidente Bustamante. A Paredes se le unió el General Santa Anna y el General Valencia produciéndose un revolución que duró 38 días y en la que salió triunfador Santa Anna, el cual fue nombrado presidente de México en octubre de 1841. Bambord Parkes, Henry: *La Historia de México*, Editorial Diana, México, 1994, p. 218.

²⁰⁵ De Marco, Miguel Angel: *La patria, los hombres y el coraje. Historias de la Argentina heroica*, Editorial Planeta Argentina, Buenos Aires, 1998, p. 177.

El autor, refiriéndose a la guerra que sostuvo Argentina con Brasil para recuperar la Banda Oriental de la que se había apoderado el Imperio Brasileño en 1817, continuaba diciendo que presentaba “un gran inconveniente el considerable número de mujeres (chinas) que acompañaban al ejército. No se podían evitar sus merodeos en la campaña, y cuando nos aproximásemos al teatro de la guerra, su presencia en todas las direcciones debía necesariamente descubrir la marcha del ejército y de las divisiones o destacamentos que se destinasen a una operación, cuyo buen éxito depende del secreto”. *Ibid.*, p. 43.

El término “china” usado en el texto precedente, vocablo de origen quechua, significa “niña, muchacha, mujer del bajo pueblo, plebeya”... “criada, sirvienta... mujer india,

En Colombia, en términos medios, el porcentaje de mujeres que acompañaba a los ejércitos eran “entre el 6 y el 22% de las fuerzas en campaña”²⁰⁶. Ellas “curaban, alimentaban, consolaban y veían por las ropas y las armas, se mezclaban con las mujeres de la vida alegre, que combinaban su papel de meretrices con comercios ambulantes de baratijas y licor. Ellas todas sumadas constituían el complejo fenómeno de las *juanas*, las *cholas* o las *rabonas*, que es inseparable de nuestras guerras”²⁰⁷.



Soldados Eleuterio y José Sandoval, hermanos, en compañía de una rabona.

En, Paz Soldán, Mariano, *Narración histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*, Tomo III, Editorial Milla Batres, Lima, 1979.

querida, manceba, mujer pública”. Primeramente se usó para identificar a la sirvienta indígena en casa de españoles o la manceba del soldado de la conquista. Posteriormente se identificó a la “china” con las empleadas domésticas de casas particulares. El uso del vocablo con sus diferentes significados fue común en todos los países hispanoamericanos. Véase Rodolfo Lenz, *Diccionario etimológico de las voces chilenas de lenguas indígenas americanas*, pp. 294–295; Academia Chilena (Correspondiente de la Real Española), *Diccionario del habla chilena*, p. 91.

²⁰⁶ Jaramillo Castillo, Carlos Eduardo: “Mujeres en guerra. Participación de las mujeres en los conflictos civiles”. En *Las mujeres en la historia de Colombia*, Editorial Norma, Bogotá, 1995, Tomo II, p. 385.

²⁰⁷ *Ibid.*, pp. 379–380. Los términos “juanas”, “cholas”, y “rabonas” son usados en México, Perú y Bolivia, respectivamente.

Los ejércitos peruano y boliviano tenía como característica el gran número de mujeres que los seguía. A este respecto el corresponsal francés, Charles Wiener señalaba: “Los despachos nos hacen saber que al frente de 15.000 chilenos se encuentran actualmente 15.000 peruanos-bolivianos. Sería interesante saber cuantas rabonas hay en el ejército coligado. Creemos que debe haber cerca de la mitad, lo que reduce el ejército a 7.000 enlaces”²⁰⁸.

Estas rabonas son llamadas en otras partes cantineras, vivanderas o juboneras, pero los que se referían a ellas tenían cierto pudor gramatical de llamarlas rabonas creyendo que esa palabra era inapropiada e impúdica, o simplemente sinónimo de prostituta. Ignoraban que el sobrenombre derivó del hecho que, al principio las mujeres iban “a la cola”, “rabo”, o la retaguardia de los destacamentos; el término se arraigó de tal modo que la Real Academia Española de la Lengua la incorporó al léxico español como “la mujer que suele acompañar a los soldados en las marchas y en campaña”. Por lo general estas mujeres “no tenían más patrimonio que una olla y algún menaje de cocina, una manta envejecida y sus polleras raídas por estas desventuras; sufrían privaciones, gélidos fríos acampaban en campo raso, cubrían a sus niños con esas polleras, o se congestionaban con la fiebre de las selvas, pero nunca se abatían por el desánimo o la fatiga”²⁰⁹.

Las mujeres que seguían al ejército peruano-boliviano, entre otros menesteres, preparaban el alojamiento y la alimentación, para que los soldados estuvieran en condiciones de combatividad. Relatando la batalla de Tacna, el soldado boliviano Manuel Claros estampa en su diario que con sus compañeros fueron donde las vivanderas a conseguir algo de comer, y “felizmente donde la

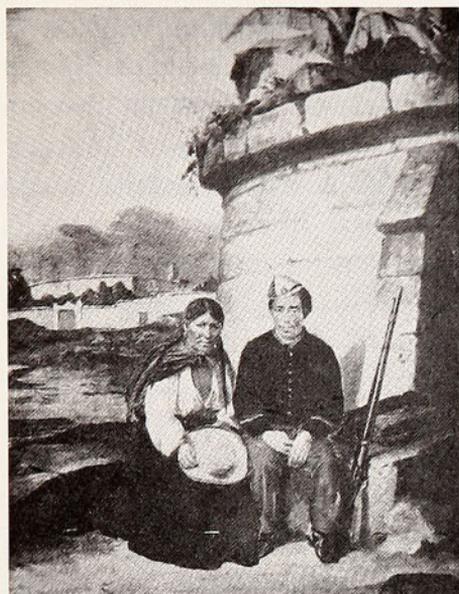
²⁰⁸ Wiener, Charles. “La guerra en Sudamérica” (traducido del XIX Siècle), *Boletín de la Guerra del Pacífico*, p. 288.

El mismo Wiener afirmaba refiriéndose al ejército chileno que “la rabona en el ejército chileno está reducida al rol de vivandera; que la vida de familia, idilio militar Perú-boliviano, está desterrada del cuadro de la vida de cuartel”. *Ibid.*, p. 275.

También en Ahumada, Pascual: *Guerra del Pacífico...*, Tomo I, p. 282.

²⁰⁹ Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, Tomo II, p. 1717.

Murillo Vacarezza, Osermo: *La rabona*, Editorial Isla, La Paz, 1982, pp. 65 -67.



Soldado peruano junto a una rabona.

En, Paz Soldán, Mariano, *Narración histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*, Tomo II, Editorial Milla Batres, Lima, 1979.

corocoreña Manuela pudimos conseguir un buen plato de caldo y asado”²¹⁰.

La rabona iba con las tropas por su propia iniciativa, nunca por la fuerza: “no se escondía ni huía de los peligros; veía caer heridos o muertos a los combatientes, a su lado perecía su compañero dejándola abandonada con sus hijos huérfanos, de todo lo que casi nadie se condolía, a menos que otro soldado le diera su protección”²¹¹.

II. EL EMBARQUE DE LAS MUJERES HACIA ANTOFAGASTA

El ejército expedicionario chileno no fue una excepción respecto a esto, siendo común que las mujeres siguieran a los soldados hacia Antofagasta desde los comienzos de la Guerra del Pacífico.

²¹⁰ Claros, Manuel P.: “Diario de un Excombatiente de la Guerra del Pacífico”, en *Diarios y Memorias de la Guerra del Pacífico*, Tomo II, p. 52.

Manuel Claros relató otro caso de vivanderas, las cuales, para comerciar y ganar algún dinero incluso entraban en el área del campo de batalla. En la batalla de Tacna “una vivandera, Lorenza –cochabambina– había venido a la fila de combate, a vender panes, cigarros, fósforos, etc. Allí habían estado comprando cigarros, dos de los Libres cuando la bomba cayó al extremo de la pollera de la mujer, enterrándola con una columna de tierra; ésta restregándose los ojos decía en quichua: “Señor tome su medio de cambio”. *Ibid.*, p. 48.

²¹¹ Murillo Vacarezza, Osermo: *La rabona*, pp. 84–85.

Efectivamente, las mujeres empezaron a llegar a Valparaíso desde distintos puntos del país para embarcarse hacia el Norte. Un ejemplo de ello fue el Batallón 3° de Línea quien partió en tren desde Angol hacia Valparaíso deteniéndose en su trayecto en Talca y en Rancagua. Frente a esto, los corresponsales de *El Ferrocarril* comunicaron a Santiago: “Talca, 13 de Febrero. Desde las primeras horas de la mañana una gran concurrencia invadía toda la estación ansiosa de presenciar el embarque de las 3 compañías del 3° de Línea, que iba a Valparaíso. Esa fuerza compuesta de 11 oficiales, 280 hombres de tropa y como 100 mujeres, ocupaba un tren especial”²¹².

El corresponsal en Talca, describía la partida de los que iban a Santiago a enrolarse en el regimiento de Artillería de Línea de la capital: “durante el tiempo que duró la despedida, fuimos testigos de escenas bastante tristes y conmovedoras que desgarraban el corazón: en una parte padres despidiéndose de sus hijos, hermanas de sus hermanos, esposas de sus esposos, etc. También iban 2 carros completamente llenos de mujeres en número como de 200”²¹³.

En Concepción se formó un batallón para ir a la guerra y se aseveraba que por ello “la ciudad ha perdido de 800 a 900 habitantes, porque mujeres fueron muchas a compartir con el soldado los azares de la campaña”²¹⁴.

El embarque del Batallón 2° de Línea, enviado a Antofagasta, suscitó tal interés que *El Mercurio* le dedicó dos artículos diferentes el mismo día. Uno de ellos relató cómo fue el despacho de las

²¹² *El Ferrocarril*, Santiago, 16 de febrero de 1879, p. 3. Telégrafo de *El Ferrocarril* entre Santiago y Talca.

Al periodista de Rancagua, asimismo, le llamó la atención el alto número de mujeres que acompañaba al batallón, porque también lo reseñó: “En Rancagua se preparó comida en el hotel a los oficiales y a la tropa en las diversas fondas. Vienen como 100 mujeres de los soldados”. *El Ferrocarril*, Santiago, 16 de febrero de 1879, p. 2.

Sobre esto mismo informaba *El Mercurio*: “A las once de la noche llegó un tren de Angol, transportando 3 compañías del 3° de Línea bajo las órdenes del Sargento Mayor, don Vicente Ruiz, 8 oficiales, acompañados por 100 mujeres”. *El Mercurio*, Valparaíso, 17 de febrero de 1879, p. 3.

²¹³ *El Mercurio*, Valparaíso, 3 de octubre de 1879, p. 3.

²¹⁴ *El Mercurio*, Valparaíso, 28 de febrero de 1880, p. 3.

tropas propiamente tal, presidido por el Ministro de Guerra y el Comandante General de Armas, y que el embarco se efectuó en tres lanchas y un lanchón hasta llegar a bordo del *Rimac*. “El vapor *Rimac* salió más tarde con la tropa y las mujeres de los soldados. Las rabonas, o sea las camaradas, como los militares llaman a sus mujeres, fueron embarcadas una hora antes que la tropa. Dos lanchas salieron cargadas con 100 mujeres, pero creemos que con más chiquillos que mujeres”²¹⁵.

En el otro artículo se testimoniaron las peripecias que tuvieron que hacer las mujeres para acomodarse en el *Rimac*: “las mujeres de la tropa fueron alojadas en el piso superior del vapor, en cubierta, bajo una gran carpa. Tuvimos la curiosidad de visitar ese alojamiento; una visita de esta naturaleza y a tal local no carece de curiosidad, por de pronto, la primera impresión de tal museo ambulante es de una novedad encantadora. Ahí estaban 80 y tantas mujeres, revueltas con tortillas, barrilitos, tremendas pañoladas de humitas, arrollados y otras *municiones de guerra*; todo esto amenizado con chiquillos que gritan, párvulos que riñen y muchachos que devoran. *¿Van ustedes contentas?* les preguntamos a estas Cornelias a la rústica, *¡pues noria!* (SIC) nos respondió una amazona de rompe y rasga, *nosotras somos soldados y a la guerra vamos. Y ustedes agregó una (in)oportuna interruptora, ustedes que no vienen más que a curiosear, ¿porqué no nos dejan un vientecito? Pero chica, qué papel haría un pobre 2º entre doscientas interesadas?* Sabemos que se habían puesto en lista los nombres de 120 camaradas; pero como a última hora se les dijera que sus compañeros podrían dejarles mesada, algunas desistieron del viaje, y sólo partieron unas 80 y tantas”²¹⁶.

²¹⁵ *El Mercurio*, Valparaíso, 20 de febrero de 1879, p. 2.

²¹⁶ “Las rabonas en el *Rimac*”. *El Mercurio*, Valparaíso, 20 de febrero de 1879, p. 3. Pascual Ahumada reproduce un artículo de *Crónica*, del 24 de febrero de 1879, en el cual menciona el embarque del Batallón 3º que tuvo lugar el día anterior “mientras tanto a bordo ya estaba invadida la cubierta del vapor por las camaradas, y sus inseparables niños, por algunos enganchados, por una parte de la tropa”. Ahumada, Pascual: *Guerra del Pacífico...*, Tomo I, p. 88. La expresión “¡pues noria!” significa “cualquier cosa, asunto o negocio en que, sin adelantar nada, se trabaja mucho y se anda como dando vueltas”. *Diccionario de la Lengua Española*, Tomo II, p. 1447.

Días después, el corresponsal de *El Mercurio* informaba sobre la partida de otro barco hacia el Norte: “El contingente que llevará hoy el *Limarí* a Antofagasta en derechura, se compone como de 500 hombres y 100 mujeres, además de 120 caballos de los Cazadores que salieron en el *Santa Lucía*. El Jueves estará el *Limarí* en Antofagasta”²¹⁷.

Pero no a todas las mujeres les agradaba partir a la guerra. *Los Tiempos*, en un número de marzo de 1880, informó que “en la subdelegación de Santa Bárbara se ha ahorcado una infeliz mujer. Dicen que el motivo de este suicidio ha sido el rumor que propaló un individuo que todas las mujeres que vivían en relaciones ilícitas iban a ser enviadas a la guerra para fabricar pan para el ejército”²¹⁸.

Para tratar de detener la gran afluencia de mujeres a Valparaíso, que llegaban por ferrocarril procedente de distintos puntos del país, el gobierno tomó medidas. Hasta entonces se otorgaba pasajes gratis en los trenes a los soldados y sus mujeres desde el lugar que provenían hasta la ciudad donde se instruían como reservas del ejército. Esto llevó a que se abusase impunemente de estos medios de transporte, por lo que se ordenó “que en adelante los jefes de los cuerpos existentes en esta capital pasen a esta comandancia general una lista de las mujeres de los individuos de tropa de los suyos que se hallen en el caso de obtener pasaje libre para volver a sus casas. A las mujeres que pertenezcan a los contingentes de tropas que se envíen a Valparaíso con objeto de embarcarse al litoral del Norte no se les dará pasajes para aquel puerto, a no ser que tengan allí su domicilio. El señor Ministro de Guerra, teniendo presente esto último y consultando el bienestar de las pobres mujeres, que de puntos y lugares apartados, vienen siguiendo a sus deudos (o no deudos) de quien muy bien pueden despedirse en sus hogares, ha expedido con fecha 14 del corriente la siguiente orden que se ha circulado para todas las provincias”²¹⁹.

²¹⁷ *El Mercurio*, Valparaíso, 24 de febrero de 1879, p. 2.

²¹⁸ *Los Tiempos*, Santiago, 10 de marzo de 1880, p. 3.

²¹⁹ *El Ferrocarril*, Santiago, 25 de junio de 1879, p. 3.

III. DECRETO DEL GOBIERNO DEL 14 DE JUNIO DE 1879 PROHIBIENDO QUE LA MUJER ACOMPAÑE AL EJÉRCITO DE CAMPAÑA

No obstante, poco tiempo después se empezó a notar cierta incomodidad entre las autoridades por el alto número de mujeres instaladas en Antofagasta. La primera reacción procedió del capellán Ruperto Marchant Pereira quien, en marzo de 1879, escribía: “Florencio²²⁰ se está portando como un héroe: ayer emprendió una verdadera cruzada en los cuarteles, perorando a la tropa a fin de que concurrieran a la misión. A indicación suya se ha mandado echar fuera a todas las mujeres que estaban allí revueltas con los soldados y se ha prohibido bajo prisión el bañarse desnudo, lo que aquí era moneda corriente a pesar de hallarse en el mismo punto, y a descubierto el baño de hombres y mujeres”²²¹.

Se empezó a advertir entonces a las mujeres los inconvenientes de acompañar a sus hombres. El corresponsal de *El Ferrocarril* hacía ver la necesidad de que el gobierno tomara medidas para evitar que las mujeres fueran al Norte: “De Caldera a las 4 PM. Sírvase comunicar por telégrafo al gobierno que con la tropa no vengan mujeres. Se aumenta el consumo y tienen mucho que sufrir”²²².

Unos días después un periodista relataba: “las pobres camaradas cantineras han quedado en este puerto abandonadas y llorando como Magdalena. Ningún soldado ha llevado la suya o las suyas y cuanto han podido dejarles algunas escasas asignaciones mensuales para que no se mueran de hambre en esta desolada costa. Por eso las pobres se lamentaban y quejaban a sus jefes. “*Que mi Capitán*” arriba, que “*mi Teniente*” abajo, pero no ha habido escapatoria. Todas han tenido que quedarse aquí y bueno será que esta lección sirva

²²⁰ Se refiere al capellán Florencio Fontecilla.

²²¹ Matte Varas, Joaquín: “Correspondencia del capellán de la Guerra del Pacífico Presbítero Ruperto Marchant Pereira”, en *Historia*, N° 18, p. 354. Carta que le dirigió el presbítero Ruperto Marchant Pereira al Pro Vicario del Arzobispado de Santiago, Jorge Montes, el 18 de marzo de 1879.

²²² Cesáreo Aguirre: *El Ferrocarril*, Santiago, 4 de marzo de 1879, p. 2.

de escarmiento a las infelices que por seguir a sus maridos o a sus *dragoneantes* no hacen caso de las advertencias y de las prohibiciones y se vienen de guerra en los vapores”²²³.

Más tarde, en junio del mismo año, el General en Jefe del Ejército del Norte fue notificado por el Ministro de Guerra y Marina, Basilio Urrutia, sobre la propagación de enfermedades venéreas en el ejército y la necesidad de solucionar este problema a la brevedad posible. Por ello establecía la urgente necesidad de que las mujeres de cada batallón fueran examinadas por los médicos para evitar la propagación de estas enfermedades: “El presidente de la Comisión Sanitaria del Ejército en Campaña me dice lo que sigue: Tiene conocimiento esta Comisión de que las enfermedades venéreas se han propagado en el Ejército Expedicionario del Norte de una manera lamentable y cree de absoluta necesidad para contener su desarrollo progresivo y los males consiguientes, que Ud. se sirva ordenar al Cuerpo Sanitario que allí reside o a quien corresponda, que semanalmente examinen las mujeres del batallón para averiguar si se encuentran infectadas y ordenar su retención y aislamiento hasta que no se encuentren curadas. Algunas otras medidas de localidad tal vez podrían tomarse sobre este mismo asunto, como ser la de transportar a las mujeres que, según indicaciones, hayan transmitido con más frecuencia las enfermedades venéreas. Para ello serían del resorte de las autoridades locales, a las cuales sería conveniente indicarles que tomen algunas medidas a fin de evitar las desastrosas consecuencias de la propagación de estas enfermedades en el ejército. Lo transcribo a Ud. para su conocimiento, juzgando, por mi parte, de suma importancia se hagan observar las disposiciones de la ordenanza del ejército en esta materia, para que no se hagan enganches de personas enfermas, ni se embarquen tropas para el Norte sin previo reconocimiento de su estado sanitario. Cualquier principio de enfermedad venérea tiene, por necesidad, que tomar un desarrollo considerable con el temperamento del Norte, y, según todos los informes que tengo, ese mal ha sido inoculado desde aquí. Me permito, pues recomendar a Ud. el

²²³ “Cartas del desierto”, *El Mercurio*, Valparaíso, 26 de marzo de 1879, p. 3.

que se tomen desde luego todas las medidas preventivas que aconseja la prudencia para evitar el desarrollo de un mal que puede tomar proporciones considerables”²²⁴.

En respuesta a esta notificación se publicó oficialmente el 14 de junio de 1879 la primera prohibición por parte del gobierno para que no fuesen mujeres acompañando al ejército: “El buen servicio público exige que al emprender su marcha los contingentes de tropa de las provincias y departamentos de la República, con destino al Ejército Expedicionario del Norte, no sean acompañados por mujeres, porque, además del mayor gasto que éstas originan en los transportes, entorpecen los movimientos de la tropa y la rápida ejecución de las órdenes superiores. Dios guarde a Ud. Basilio Urrutia. Circulado por el Ministro de Guerra a las Comandancias Generales de Armas de la República”²²⁵.

Los problemas de que fueran las mujeres tras el ejército también fue notado por los extranjeros. Tal es el caso del marino norteamericano Theodorus Mason, quien hablando sobre la organización del ejército chileno, manifestó que “en momentos de paz, los soldados vivían de su paga, estando la comida y el lavado de la ropa a cargo de sus propias mujeres, que siempre acompañaban a la tropa, hasta que los inconvenientes de este sistema se hicieron evidentes en Antofagasta y determinaron la organización de un comisariato regular”²²⁶.

IV. ESTABLECIMIENTO DE NORMAS SANITARIAS

Investigando las posibles causas de los problemas sanitarios que afectaban a los soldados en campaña, se llegó a la conclusión que el gobierno preocupado de reunir y organizar sus unida-

²²⁴ Ahumada, Pascual: *La Guerra del Pacífico...*, Tomo II, p. 39.

²²⁵ *Boletín de las leyes y decretos del Gobierno año de 1879*, p. 148.

También en Varas, José Antonio: *Recopilación de leyes, órdenes...*, Tomo IV, p. 139.

²²⁶ Mason, Theodorus: *Guerra en el Pacífico Sur*, p. 60.

des no prestó mayor atención al estado sanitario del personal, el cual “no contó con examen médico alguno, llegando al Norte individuos aquejados de toda clase de enfermedades y achaques, cuyos males pronto encontraron campo propicio en aquel duro clima”²²⁷.

Solo con fecha 30 de junio de 1879, el gobierno, a instancias reiteradas del General en Jefe, hizo presente “que los Jefes de los Cuerpos de Reserva y demás que se organicen y ordenen el examen de los individuos y alisten sólo a los robustos y de buena salud”²²⁸. Era necesario que los soldados enganchados y enviados al Norte estuviesen completamente sanos porque, por una parte, el clima favorecía el recrudecimiento de las enfermedades sociales²²⁹ en algunos individuos, y por otra, existía una gran “falta de atención médica durante el período de operaciones”²³⁰ y, finalmente, también por el hecho de que hubiese tantas mujeres acompañando a soldados sin haberse previamente sometido a algún tipo de examen médico²³¹.

²²⁷ Poblete, Rafael: “El servicio sanitario en el ejército chileno durante la Guerra del Pacífico, 1879–1884. Datos para la historia de la Medicina en Chile”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, xxxiv, N° 38, p.489.

²²⁸ *Ibid.*

²²⁹ *Sesión ordinaria del Senado del 26 de junio de 1882*. Al parecer al comienzo de la Guerra del Pacífico ya existía en la población chilena mucho contagio de enfermedades venéreas y no fue que haya sido causa sólo de las mujeres que fueron al norte en seguimiento de sus hombres. Según el acta de la sesión, el senador Vicente Sanfuentes habla sobre la sífilis: “permitame el Senado recordarle que tratándose de reglamentar la prostitución, como la verdadera cuna de la sífilis, el señor Altamirano ha dado a la publicidad el resultado de la estadística, que, con motivo de la guerra con el Perú y Bolivia, ha venido a convencer al país de que un 70% de sus habitantes no pudieron ser soldados a consecuencia de la sífilis. Si un 70% de los hombres que se quería destinar a la guerra no han podido marchar porque notoriamente aparecen sifilíticos, lógico es calcular, por lo menos, en un 10% los que la llevan latente, y ya entonces tendremos 80%, si no se toman medidas dentro de muy poco tiempo apenas podremos contar con un 20% a lo sumo de los hombres que pueden marchar al extranjero a defender el pabellón nacional”.

²³⁰ Poblete, Rafael: “El servicio sanitario...”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, xxxiv, N° 38, p. 484.

²³¹ “La falta de medidas análogas para preparar el puerto de Antofagasta y sus vecindades a recibir por largo tiempo todo un ejército de algunos miles de hombres, hizo que por muy luego aquella tropa comenzara a sufrir las consecuencias de tan graves descuidos. Así la ausencia de control alguno en la prostitución y en el transporte hacia el norte de mujeres acompañantes de soldados, hizo que pronto las enfermedades venéreas se pro-

Se vio entonces la necesidad que los médicos del ejército tuvieran un exacto conocimiento de “las afecciones herpéticas, fiebres eruptivas, afecciones tifoideas, fiebres sinocales, afecciones sifilíticas y venéreas, neumonías y afecciones orgánicas del corazón”²³², porque eran muy frecuentes entre los individuos de tropa.

Las principales dolencias que se desarrollaban entre los soldados en el norte eran las tercianas, catarro bronquial, reumatismo, fiebre tifoidea, disentería y paperas, siendo las enfermedades venéreas las que cobraban más víctimas²³³.

Los primeros controles sanitarios se practicaron después de la batalla de Tacna cuando la Comandancia General de Armas dictó órdenes “de medidas preventivas como ser la prohibición de venta de licores, el cierre de despachos, cafés y prostíbulos a cierta hora”²³⁴.

pagaran en Antofagasta en forma alarmante. Para contener su progresivo desarrollo y los males consiguientes, se ordenó solo en el mes de junio los exámenes periódicos y la retención o aislamiento de las enfermas. Agréguese a esto la llegada al Norte de muchos individuos que se engancharon estando enfermos de estos males y que habían carecido de todo examen médico al ser reclutados”. *Ibid.*, p. 486.

²³² Serrano Montaner, Rodolfo: *Proyecto de reorganización del servicio sanitario del ejército bajo el régimen militar*, p. 11.

²³³ Poblete hizo un recuento de las enfermedades más comunes en el ejército chileno en diciembre de 1879. Entre ellas la que cobraba más víctimas eran las venéreas. Además estableció: “con catarro bronquial 21 soldados enfermos; con disentería 35; con reumatismo 26; con venéreas (varias) 112; y heridos 5”. Poblete, Rafael: “El servicio sanitario...”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, xxxiv, N° 38, p. 485.

Durante toda la campaña terrestre el hospital militar de Antofagasta quedó funcionando “para recibir enfermos de la costa peruana ocupada por nuestras armas. El establecimiento prestó importantísimos servicios para evitar entre la tropa los estragos de las enfermedades de trascendencia social. La Junta de Sanidad de Santiago, tuvo noticias por diferentes conductos, de que los soldados se encontraban seriamente amenazados por la plaga venérea”. Machuca, Francisco: *Las cuatro campañas de la Guerra del Pacífico*, Tomo I, p. 243.

Rodríguez Rautcher reprodujo la lista completa de las causas de licenciamiento que tuvieron los soldados durante la Guerra del Pacífico. Dentro del total que fueron 4.081 estaba especificado “con indicación precisa de la causa”: 1.308; por causa genérica de “inutilidad física”: 2.185; de causa genérica “por no convenir al servicio”: 114; no indica causa: 474. Es curioso constatar que en la nómina de licenciados por la primera causa solo aparezcan con sífilis 44 hombres de un total de 1.308. Ver Rodríguez Rautcher, Sergio: *Problemática del soldado durante la Guerra del Pacífico*, Impresores Edimpres Limitada, Santiago, 1984, pp. 123–159.

²³⁴ Poblete, Rafael: “El servicio sanitario...”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 37, xxxv, N° 39, p. 478.

Por otra parte se empezó entonces a examinar a las mujeres que estaban en los campamentos militares. El médico Guillermo Castro informó que él, en Tacna, otorgó “certificado de sanidad a dos mujeres”²³⁵. Lucio Venegas en su obra *Sancho en la guerra* relata que en Pisco se presentó “el Jefe a Sancho” y le ordenó “que reuniera las rameras del campamento... una vez juntas, como un mansísimo rebaño, el pastor-teniente debía conducir las a una ambulancia para que las examinara un Galeno entendido”²³⁶.

Ante todos estos problemas de salud las autoridades procedieron entonces con severas medidas “y merced al celo desplegado, el estado sanitario cambió rápidamente, a tal punto que las salas especiales del hospital quedaron poco a poco desiertas”²³⁷.

V. AUTORIZACIONES ESPECIALES A CIERTAS MUJERES PARA QUE ACOMPAÑEN AL EJÉRCITO

Sin embargo, hubo algunas mujeres que hicieron ver al Jefe del Estado Mayor del Ejército que su presencia entre la fuerza expedicionaria podría ser de utilidad. Ante esto, el General Erasmo Escala considerando valedera la petición femenina por cuanto efectivamente podrían ser un aporte como enfermeras, cantineras o vivanderas, escribió al Ministro de Guerra: “Antofagasta, 7 de julio de 1879, Sr. Ministro: En oficio de hoy, N° 319, el comandante del regimiento 2° de Línea, me dice lo que sigue: Con motivo de la orden que se nos ha comunicado a los jefes de cuerpos para procurar, por todos los medios que convenga, hacer que las mujeres de la tropa, regresen a Valparaíso, algunas de éstas, de reconocida juiciosidad y buenas costumbres, han solicitado se les permita seguir al ejército en clase de cantineras o vivanderas, prestando al mismo tiempo sus servicios en la enfermería particu-

²³⁵ Castro Espinosa, Guillermo: *Guerra del Perú. Diario de campaña 1880-1881*, p. 45.

²³⁶ Venegas Urbina, Lucio: *Sancho en la guerra...*, p. 231.

²³⁷ Machuca, Francisco: *Las cuatro campañas de la Guerra del Pacífico*, Tomo I, p. 244.

lar del regimiento. Como hasta el presente no ha sido costumbre de nuestro ejército el uso de la cantinera ni menos el servicio de las mujeres en las enfermerías, porque siempre hemos carecido de estos importantes recursos para el ejército, y teniendo en vista que el cuidado diario de los enfermos está encomendado a los mismos soldados, con perjuicio del servicio, me permito indicar a Ud. lo conveniente que sería acordar el permiso de llevar en cada cuerpo un número limitado de mujeres vivanderas que contrajeran el compromiso de asistir y cuidar los enfermos de su regimiento acordándoles a éstas alguna remuneración por sus servicios, el sueldo y rancho que corresponde a una de las plazas de soldado de la dotación de cada cuerpo. A este respecto, debo agregar a Ud. que en el regimiento de mi mando se ha dado de alta al soldado Narciso Morgado, voluntario de La Serena, que ha venido con su mujer bajo la condición de que ésta siga al ejército en clase de vivandera y que en ése carácter pasó una revista de Comisario en dicha ciudad, recibiendo tres pesos a cuenta de sus haberes. Lo transcribo a Ud. para su conocimiento, a fin de que, en vista de lo expuesto, en la nota inserta, se sirva resolver lo que estime por conveniente, o recabar del Supremo Gobierno lo que Ud. encuentre más arreglado a justicia”²³⁸.

La respuesta provino del Jefe de la Comisión Sanitaria, doctor Wenceslao Díaz Gallegos con fecha 1 de agosto de 1879, quien, en líneas generales, estuvo en desacuerdo con el hecho de permitir llevar mujeres en el ejército. Sin embargo, en última instancia, aceptó la posibilidad de que en cada unidad hubiera solo dos mujeres como ayudantes de enfermería, aunque hizo hincapié que fueran

²³⁸ *Archivo de Guerra...*, Tomo I, N° 340, Folio 331. También en Ahumada, Pascual: *Guerra del Pacífico...*, Tomo VI, pp. 25–26.

El Capitán de ejército, Rafael Poblete, coincidiendo con Erasmo Escala, afirmó que la medida de prohibir la presencia femenina en los regimientos “encontró cierta objeción de parte de algunos Comandos que veían en este elemento un auxiliar estimable para acompañar al Ejército como vivanderas o cantineras prestando al mismo tiempo sus servicios en la enfermería particular de los regimientos. Para armonizar estos deseos se decretó que cada regimiento podía ser acompañado de 2 cantineras”. Poblete, Rafael: “El servicio sanitario...”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Tomo XXXIV, N° 38, p. 488.

de “moralidad reconocida”. El doctor Díaz Gallegos afirmó que “ha tomado en consideración la consulta expresada en la nota que precede: 1º que no conviene en punto de vista general la presencia de las mujeres en los ejércitos en campaña, por las perturbaciones que ocasionan entre los soldados y embarazo en las marchas de los ejércitos. 2º que la ayuda que pueden prestar al ejército dichas mujeres debe estar reemplazada, como lo está en los ejércitos regulares, por los servicios de las comisarías y de los cuerpos sanitarios. 3º que este servicio se encuentra perfectamente arreglado en las disposiciones adoptadas para nuestro ejército, en el cual cada regimiento lleva dos enfermeros porta-sacos, además de los tres facultativos designados para los cuerpos del ejército y el servicio de las ambulancias, que lleva todo lo necesario en sus tres ramos de cirugía, farmacia y administración. 4º que la presencia de mujeres en nuestro ejército del Norte, además de ser un embarazo, debe constituir una disminución efectiva de la alimentación y del agua de los soldados, que naturalmente tendrían que compartir con ellas la ración recibida, a no ser que la Comisaría consultara esas raciones, lo que aumentaría los gastos. 5º que sólo para ayuda de los enfermeros y de los preparadores del rancho puedan permitirse en cada regimiento dos mujeres, de moralidad reconocida, para que marchen con el ejército, y cuyas raciones de agua y alimento deberán ser consultadas por las comisarías respectivas”²³⁹.

A su vez el Jefe de Intendencia en Valparaíso, Francisco Echaurren, en nota al Ministro de Guerra, le participaba que correspondía a él resolver lo que estimara más conveniente sobre la presencia femenina en el ejército en campaña, tomando en cuenta la opinión del doctor Díaz Gallegos: “Valparaíso 2 de agosto de 1879. Señor Ministro: Para informar a Ud. sobre la nota que precede del señor General en Jefe, fecha 7 de julio, n° 340, ha creído prudente escuchar la opinión de la Comisión Sanitaria del ejército, desde que a ella tengo confiado el cuidado y atención de lo que se rosa (SIC) con

²³⁹ *Archivo de Guerra...*, Tomo I, N° 199, Folio 332. También en Ahumada, Pascual: *Guerra del Pacífico...*, Tomo IV, 26.

su servicio sanitario. En consecuencia, verá Ud. por el informe de la expresada comisión, que no es posible aceptar la presencia de mujeres en el ejército en campaña, por la perturbación y costo que traería semejante práctica, que es preciso desaparezca de una vez de nuestro ejército, adhiriéndome en todas sus partes al informe de la Comisión. Sin embargo, Ud. resolverá lo que estime más conveniente sobre el particular”²⁴⁰.

Por esta razón se explica lo publicado en *El Mercurio* del 24 de enero de 1880 respecto a que ciertas mujeres tenían autorización para trasladarse al norte: “...camaradas que estaban en lista se fueron con el Batallón Aconcagua. Fue necesario rechazar a muchas, que se quedaron en tierra llorando la lágrima viva. ¡Infelices. Y para esto vienen de tan lejos, cargadas con todos sus cachivaches!”²⁴¹.

De estas mujeres que se trasladaban al norte, no todas seguían a los hombres al campo de batalla. Algunas, como la madre de Marcos Ibarra, lo hizo para estar cerca de su hijo durante la ocupación de Lima, por lo cual solicitó enganche voluntario: “Mi madre arrendaba una casa (en Lima) con varias *pietas* (sic) y subarrendaba *pieta* (sic) a mujeres de los soldados. Mi madre, Tomasa Díaz de Ibarra, también le lavaba las ropas a los oficiales de la 6^o compañía”²⁴².

²⁴⁰ *Ibid.*

²⁴¹ *El Mercurio*, Valparaíso, 8 de marzo de 1880, p. 2.

²⁴² Ibarra Díaz, Marco: *Campaña de la Sierra*, p. 82.

En septiembre de 1881, a los 18 años, Ibarra se enroló en Valparaíso. Previa instrucción militar fue embarcado hacia El Callao siendo asignado al Batallón Tacna. El alistamiento de Ibarra motivó a sus progenitores a solicitar el enganche voluntario. El padre fue contratado por 5 años, con un sueldo de \$30.00 al mes. La madre también viajó al Perú en seguimiento del marido y del hijo, desempeñando para su manutención el trabajo de lavandera de los oficiales del 7^o de Línea, al mismo tiempo que arrendaba piezas en una casa ubicada en la calle Rifa, esquina de Sietepecados, enfrentando el puente de Balta en la Ciudad de los Virreyes. Ibarra Díaz, Marco: *Campaña de la Sierra*, Prólogo de Hernán Cortés Olivares.

VI. MEDIDAS QUE LA AUTORIDAD MILITAR ADOPTÓ PARA QUE LAS CAMARADAS RETORNARAN A CHILE

Para solucionar el problema que suscitaba la presencia femenina en el ejército chileno durante la campaña, el Gobierno decidió otorgar pasajes gratis a todas aquellas mujeres que desearan regresar a Valparaíso. La orden general de 22 de agosto de 1879 incluía el siguiente párrafo ilustrativo: “Las mujeres de los soldados que deseen irse a Valparaíso se presentarán al Estado Mayor para darle su pasaje en los transportes que salen al sur”²⁴³. Meses después, desde Santiago, se insistía al Jefe del Estado Mayor del Ejército en la gratuidad del servicio de transporte: “Santiago 16 de diciembre de 1879: Queda Ud., autorizado para dar pasaje gratuito hasta Valparaíso y demás puertos intermedios en los transportes del Estado a las mujeres de los individuos de tropa del Ejército Expedicionario en el Perú, que lo soliciten, siempre que esa medida pueda llevarse a efecto sin perjuicio del buen servicio de ese mismo ejército. Lo que digo a Ud. en contestación de su oficio número 14 de fecha 10 del corriente. Dios guarde a Ud. Juan Antonio Gandarillas. Al General en Jefe del Ejército del Norte”²⁴⁴.

En su diario de campaña, Justo Abel Rosales consigna que en los distintos regimientos acantonados en Antofagasta se dio a conocer la orden de que las mujeres volvieran a Chile, lo que provocó al parecer gran hilaridad entre los soldados: “En la mañana hubo ejercicios por compañías. Antes que salieran éstas, se ordenó por el ayudante Narváez que los que tuvieran mujeres las mandaran al sur, pues no se permitiría llevar una sola para el norte. Al comunicar los sargentos de semana esta orden a las compañías, los soldados formaron gran algazara, y desde el cuerpo de guardia

²⁴³ Rodríguez Rautcher, Sergio: *Problemática del soldado durante la Guerra del Pacífico*, p. 25. (Libreta de Ordenes del Batallón Navales. Mayo-Agosto 1879).

²⁴⁴ “Pasajes libres por los transportes del Estado para las mujeres de los soldados”. *Boletín de las Leyes y Decretos del Gobierno años de 1879 y 1880*, p. 250.

en que yo estaba, sentí el estruendo de las risotadas en todas las cuadras”²⁴⁵.

El mismo Rosales testimonió que las mujeres no querían regresar a Valparaíso: “Hoy llegó transporte del norte y siguió para el sur. Se pidió las listas de las mujeres de soldados para mandarlas a Chile. En mi compañía hay 7; pero ninguna quiso moverse. Tienen la fidelidad de los quiltros que aquí gustan criar los soldados, y los cuales por nada salen del cuartel sino cuando sale el batallón”²⁴⁶.

Sin embargo algunas, aunque pocas, regresaron. Así informó *El Mercurio*, diciendo que “El *Paquete del Maule* llegó anoche de Iquique trayendo a su bordo 3 soldados enfermos en comisión y 163 soldados enfermos y licenciados. De Antofagasta trajo también 7 oficiales, 20 soldados y mujeres”²⁴⁷.

La autoridad militar ordenó hacer una lista en los diferentes regimientos de las mujeres que acompañaban a los soldados. Ahumada Moreno incluye el siguiente documento: “Copio el siguiente oficio que es una de las curiosidades encontradas entre los papeles del Regimiento Rimac: ‘Cañete 11 de diciembre de 1880. Señor Coronel Jefe del Estado Mayor del Ejército del Norte. De conformidad con lo ordenado por el Estado Mayor General de los ejércitos, tengo el honor de adjuntar al presente oficio las relaciones de mujeres de soldados pertenecientes a los escuadrones de esta brigada, faltando la relación correspondiente a la compañía de administración cuya razón será remitida a ese despacho. Dios guarde a Ud. P. J. Sevilla’”²⁴⁸.

²⁴⁵ Rosales, Justo Abel: *Mi campaña al Perú...*, p. 145. Anotación fechada el 12 de octubre de 1880.

²⁴⁶ *Ibíd.*, p. 146. Anotación fechada el 13 de octubre de 1880.

²⁴⁷ *El Mercurio*, Valparaíso, 30 de abril de 1880, p. 2.

²⁴⁸ Ahumada, Pascual: *Guerra del Pacífico...*, Tomo IV, p. 370. Extraído de carta del corresponsal de *El Ferrocarril*, Santiago, 30 de diciembre de 1880.

VII. REACCIONES A LAS PROHIBICIONES EXISTENTES

A pesar de todas las prohibiciones existentes para que las mujeres viajasen al norte, a menudo estas no eran acatadas. Muchas veces eran los mismos soldados quienes se convertían en cómplices de la falta a la disciplina. Un testigo relató la partida del Regimiento Lautaro desde Valparaíso, en noviembre de 1879: “Se comenzaba en esos momentos el embarque en las lanchas, y me divertían mucho las peripecias que se sucedían, especialmente para impedir que se embarcaran las mujeres. Un gran número de ellas quería a toda costa hacerlo, no obstante las estrictas órdenes prohibiéndolo, y se valían de variadas estratagemas para conseguirlo, siendo lo más común vestirse de soldado. Algunas lo consiguieron y sólo fueron descubiertas durante o después del viaje. Recuerdo que a una la descubrió un sargento muy severo, pero al intentar hacerla salir de la lancha, unos soldados fingieron haber perdido el equilibrio y cayeron con el sargento al fondo. Otros soldados aprovecharon el momento para ocultar a la dama, y consiguieron embarcarla mediante esa jugarreta”²⁴⁹.

Al parecer, el disfrazarse de soldado rindió sus frutos, ya que los periódicos relataban cómo las mujeres burlaban la vigilancia y se embarcaban en los vapores; pero aún existía el peligro de que una vez descubiertas podían ser desembarcadas en puertos intermedios. Así, en enero de 1880, *El Mercurio* relató el embarque de 800 hombres en el *Copiapó*, siendo “de ellos 600 del Aconcagua, que es un bonito batallón, 150 de artillería y el resto soldados sueltos o enganchados para diversos cuerpos. Que tengan un viaje feliz y que luego aprovechen su tiempo en la instrucción militar, sobre todo el Aconcagua, que está llamando a sostener su buen nombre y la bandera histórica y gloriosa que se le ha confiado. Soldadas también han ido en el *Copiapó*, según lo hemos sabido por una persona que estuvo a bordo hasta muy tarde. Se cree que no vayan al

²⁴⁹ Benavides Santos, Arturo: *Seis años de vacaciones*, p. 29.

menos de veinte mujeres o camaradas. Pero cómo! se dirá, estando absolutamente prohibido? De la manera más sencilla del mundo. Llegan a bordo como que van a despedirse de sus camaradas, maridos o parientes, se mezclan entre la apiñada tropa, se calan el uniforme militar de repuesto que lleva el soldado, se tiran al suelo envueltas en una manta o ponchón, y enseguida vaya usted a averiguar por la cara cuál es hombre y cuál mujer entre tanto *guainita* como va de soldado. Para mayor comodidad de las *soldadas*, hoy los quepis o gorras de brin tienen unas mangas para cubrir la nuca y el pescuezo en el desierto, siendo como mandados hacer para que ellas puedan esconder perfectamente su apéndice anti-militar, la mata de pelo. Y como hay algunas diablitas que hasta se pintan su bigotito, lo que no es extraño atendida la afición que la mujer tiene que pintarse, resulta que ni el demonio sería capaz de dar con ellas. Así es como se van en todos los transportes, por más cuidado que se pone a bordo para no llevar faldas. Así es como también suelen quedar algunas abandonadas, cuando las descubren, en los puertos intermedios en que acontece tocar, pasando las penas del tacho antes de regresar al sur. Pero ellas todo lo componen con sus lágrimas, y no parece sino que con lágrimas se alimentasen, porque al menor contratiempo, vamos llorando la lágrima viva y vamos comiéndola para que no se pierda”²⁵⁰.

Meses después, *El Mercurio* informaba sobre la insistencia femenina para trasladarse a los puertos del Norte: “Dos mujeres más, disfrazadas de soldados, se embarcaron con los Zapadores. Una de ellas, joven de 14 o 15 años a lo sumo y no mal parecida, se quitó el vestido en el malecón y se metió los pantalones que le pasaron los soldados, luego las demás prendas militares y por

²⁵⁰ *El Mercurio*, Valparaíso, 24 de enero de 1880, p. 2.

Esta misma noticia la transcribió *El Constituyente* algunos días después: “El 23 de diciembre de 1879 salieron como 800 hombres a bordo del Aconcagua que es un bonito batallón, 150 de artillería y el resto soldados sueltos o enganchados para diversos cuerpos. Se cree que no vayan en esta semana menos de 20 mujeres o camaradas, llegan a bordo como quien va a despedirse de sus camaradas, maridos o parientes, se mezclan entre la apiñada tropa, se calan el uniforme militar de repuesto del soldado”. *El Constituyente*, Copiapó, 27 de enero de 1880, p. 2.

El hecho también lo mencionó Rosales, Justo Abel: *Mi campaña al Perú...*, p. 28.

último se le iba a cortar el pelo, operación que no se hizo por falta de cuchillo. Creemos más bien que nadie se atrevió a facilitararlo por escrúpulo de conciencia. Pero ella estaba resuelta a todo, porque allí mismo dijo, y parecía decirlo de corazón, que quería ir a padecer por su patria. Otra debe ser sin duda la madre del cordero, o el padre de la cordera, por lo que habría sido más propio dijese como dice Rouget en situación idéntica la cantinera de la “Marsellesa”: “Hasta el fin del mundo iré si hasta el fin del mundo vais”. Sea como quiera, es lo cierto que aquella varonil muchacha, una vez convertida en “soldada”, ya no pensó ni en su madre que quedó en el malecón hecha una Magdalena y dando cada grito que partía el alma. —Y ustedes ¿por qué lloran también? preguntamos a otras camaradas que estaban cargadas de chiquillos.— Por qué ha de ser, porque no nos dejan ir con ellos, y sabe Dios si los volvamos a ver! Mientras tanto los soldados no se preocupaban más que de echar vivas a Chile”²⁵¹.

Esta treta de disfrazarse de soldado siguió llamando la atención de los periodistas quienes volvían a reseñar cada vez que lo descubrían: “Dos mujeres disfrazadas de soldados y metidas entre los reclutas vimos embarcar ayer. Una de ellas era mujer del pueblo y tendría más de 50 años; la otra, por su aspecto, por su cutis fino y perfectamente conservado, por sus maneras y hasta por el recato con que iba, tratando de evitar las miradas de los curiosos, todo, en fin; demostraba que era una persona decente. ¿Pero cómo perteneciendo a esa clase y siendo lo que se llama una buena moza, iba entre los reclutas y disfrazada de soldado? He ahí el misterio. En vano tratamos nosotros de sondearlo con vivo interés. Todo lo que pudimos notar fue un soldadito como de 15 años que marchaba a pocos pasos de ella y que, como suele decirse, era su vivo retrato.

²⁵¹ *El Mercurio*, Valparaíso, 15 de abril de 1880, p. 2.

El Constituyente relataba a su vez: “Dos mujeres disfrazadas de soldados se embarcaron con los Zapadores desde Valparaíso: una de ellas, joven de 14 ó 15 años a lo sumo y no malparecida se quitó el vestido en el mismo malecón y se metió el pantalón que le pasaron los soldados, por último se le iba a cortar el pelo, operación que no se hizo por falta de cuchillo, o más bien porque nadie se atrevió a facilitararlo. La otra era una cantinera”. *El Constituyente*, Copiapó, 19 de abril de 1880, p. 3.

Tal vez aquella madre no ha tenido resignación suficiente para dejar ir solo a su hijo y ha preferido acompañarlo a la guerra”²⁵².

El Mercurio reprodujo un artículo publicado en *La Época* de Madrid sobre la aspiración de las mujeres de inscribirse en las listas electorales. El periodista español vaticinaba los resultados desastrosos que tendría la participación de la mujer en distintos aspectos que eran netamente masculinos y por ello relacionaba la situación que se crearía con el hecho de que más tarde las mujeres pidieran ser soldados; aquí es donde empezaría los verdaderos problemas. No hay duda que *El Mercurio* reprodujo este artículo para que las mujeres chilenas tomaran conciencia y no continuaran viajando al norte: “Supongamos una legión femenina dispuesta a entrar en batalla, hallándose en situación interesante. ¿Qué efectos produciría el primer cañonazo, ese estrépito terrible que impresiona aún a los corazones masculinos mejor templados? Si la emoción adelantara esa crisis maternal, tan ocasionada a contingencias; si un batallón, si una compañía, si una decena siquiera de soldados hembras se vieran de pronto acometidas por dolores de parto ¿ha pensado la redentora de la mujer en el aspecto que ofrecería un campo de batalla en que los cirujanos se codearan con los comadrones, y en que de pronto la fuerza efectiva se aumentará con algunos pequeños seres berreando al recibir el bautismo del fuego? Dejemos pues al sexo femenino fuera de la vida de cuarteles y campamentos. Lo cómico está muy cerca de la trágico y pues la acción femenina es civilizadora y pacífica, eso les basta para influir provechosamente sobre los destinos del mundo. Que sean las mujeres electores y abogados y médicos, pero si por consecuencia han de ser también soldados veamos que sigan como hasta aquí siendo el consuelo y el encanto de la vida”²⁵³.

Pero, a pesar de todo, las mujeres continuaron burlando las prohibiciones. Benavides Santos relataba que en diciembre de 1880 su regimiento se embarcó en Arica con destino a Lima: “Antes

²⁵² *El Mercurio*, Valparaíso, 13 de julio de 1880, p. 2.

²⁵³ “Las mujeres soldados”, *El Mercurio*, Valparaíso, 24 de julio de 1880, p. 2.

de embarcarnos se dio orden estricta de no permitir a ninguna “camarada” a bordo y se recomendó mucha vigilancia para que no fuera infringida. No obstante, cuando desembarcó aparecieron varias. Yo fui culpable de que una de ellas transgrediera la prohibición. Estando en los botes esperando turno para embarcarnos, veo que un soldado es izado desde el barco con un cable. Creí que no quería esperar por estar mareado e hice que no veía. ¡Era una mujer vestida de soldado! Después lo supe. A otra se la descubrió por una intencionada exclamación de un soldado. Ya había conseguido embarcarse la abnegada y amorosa mujer, con su traje habitual y capote y kepí (sic) de soldado, y estaba acurrucada a la vera de su amigo, cuando se le ocurrió acomodarse mejor y estiró las piernas. ¡En mala hora lo hizo!”²⁵⁴.

VIII. LO COTIDIANO DE LA PRESENCIA FEMENINA EN EL EJÉRCITO EN CAMPAÑA

Para los testigos del conflicto bélico que escribieron sobre los acontecimientos, fue algo común la presencia femenina tanto en los campamentos como en los campos de batalla. Así por ejemplo el inglés William Acland afirmó que: “un considerable grupo de mujeres marchaba detrás del ejército, para cocinar y lavar, pero los oficiales me dijeron que su presencia causaba disputas y disturbios, y que no las hubieran aceptado de ser posible su exclusión”²⁵⁵.

Benjamín Vicuña Mackenna relató que después de la toma de Pisagua, el ejército aliado arrancó hacia el interior de la Pampa del Tamarugal y en “la vecindad de Santa Catalina donde amanecieron hambrientas y desamparadas las rotas columnas del ejército (se encontraban) sentadas las mujeres de los soldados en las mulas,

²⁵⁴ Benavides Santos, Arturo: *Seis años de vacaciones*, p. 102.

²⁵⁵ Acland, William: “Descripción sobre el ejército...”, p. 52.

de cuyos aparejos habían arrojado los artilleros los cañones”²⁵⁶. El mismo Vicuña Mackenna mencionó que después de la batalla de Tarapacá, el Capitán Bernardo Necochea estaba moribundo cuando fue rodeado por 30 a 40 soldados peruanos. “Cuidaba al desvalido capitán una buena mujer, que como un contraste tenía en aquellas horas una criatura en los brazos”²⁵⁷.

Al soldado Hipólito Gutiérrez tampoco le llamó la atención la presencia de mujeres en el ejército; prueba de ello es que lo mencionaba como algo normal y usual: “y así seguimos andando con los carretoneros. *Ai* (sic) se montaron las mujeres en los carretones”²⁵⁸. Sin embargo, al relatar un accidente ocurrido a un soldado que iba con su mujer afirmó que este “era casado”, influido sin duda por la prohibición de llevar mujeres: “el día 26 de noviembre salimos a las 6 de la mañana, *los* (sic) fuimos en el tren. Llegamos a Arica entre las once y las doce (sic). Al parar el tren sucedió una desgracia que se cayó un músico de la banda de arriba que iba encima de la cumbre. Al topón que dieron los carros se saltó para ailante (sic) y cayó entre dos carros encima de los rieles y las máquinas como no paraban bien todavía le cortó las dos piernas y alcanzó hablar algo y se desmayó y no habló más y luego murió que daba lá(h)tima (sic) la mujer como lloraba, porque era casado y a no(so)tros (sic) los (sic) daba lá(h)ma (sic) de ver aquella muerte tan repentina”²⁵⁹.

En diciembre de 1880, estando acampado el ejército chileno en Lurín, en vísperas de la batalla de Chorrillos, el observador francés Charles Varigny contó cómo se organizaron las tropas para iniciar la marcha contra las fuerzas peruanas. En su diario anotó: “antes de levantar el campo los soldados prendieron fuego a las chozas de follaje que por varias semanas les habían dado abrigo. Las mujeres que seguían al ejército, los enfermos y los equipajes, quedaron reunidos en la ribera custodiados por dos compañías”²⁶⁰.

²⁵⁶ Vicuña Mackenna, Benjamín: *Campaña de Tarapacá...*, Tomo II, p. 985.

²⁵⁷ *Ibid.*, p. 1165.

²⁵⁸ Gutiérrez, Hipólito: *Crónica de un soldado...*, pp. 44–45.

²⁵⁹ *Ibid.*, p. 59.

²⁶⁰ Varigny, Charles de: *La Guerra del Pacífico*, p. 168.

También hablando sobre Lurín, el chileno Daniel Riquelme, corresponsal de *El Heraldo*, informaba: “allí había un verdadero pueblo improvisado de carpas también improvisadas; parecía que una tribu de nómades acababa de sentar sus reales en el lugar, que se veía poblado de hombres, mujeres, caballos, bueyes, vacas, mulas, burros, cabras, ovejas y hasta perros. Había carpas grandes y las había formadas con mantas puestas sobre fusiles empabellonados o sobre pedazos de caña plantados expofeso”²⁶¹.

Arturo Benavides fue testigo del parto de una mujer, hecho que le hizo reflexionar sobre el esfuerzo y abnegación con que actuaron tantas mujeres durante la Guerra del Pacífico. Así relató que en junio de 1882 en plena Campaña de la Sierra “a una camarada, mujer de un sargento, una de esas abnegadas mujeres que acompañaron al ejército sufriendo inmensamente más que los hombres, le vinieron los dolores del parto durante la marcha. Su marido la había acomodado en un caballo que era tirado por soldados, que voluntariamente se alternaban. Cuando llegó el momento la bajaron y tendieron sobre algunas frazadas, fue atendida por las otras mujeres. Sobre la criatura no cayó nieve, sólo la madre la recibía”²⁶².

En otra parte de su diario, referido concretamente a agosto de 1880, Benavides refirió cómo se desarrollaba la vida en el campamento, destacando que aún hacia esa fecha y a pesar de las prohibiciones: “también habían llegado varias camaradas”²⁶³.

Pedro Pablo Figueroa reprodujo un artículo del diario *El Atacameño* donde se narraba que las mujeres continuaban siendo admitidas en el ejército con el beneplácito de todos sus compañeros: “mujeres: no pocas son las que en busca de sus esposos

²⁶¹ Vicuña Mackenna, Benjamín: *Campaña de Lima...*, p. 808. El despacho de Riquelme a *El Heraldo* está fechado el 20 de diciembre de 1880.

²⁶² Benavides Santos, Arturo: *Seis años de vacaciones*, p. 201.

²⁶³ *Ibid.*, p. 95.

Arturo Olid hablando a su vez de la vida del campamento menciona “...estaban las mujeres que revolvián las ollas”. En Olid Araya, J. Arturo: *Crónicas de guerra. Relatos de un ex combatiente de la Guerra del Pacífico...*, p. 67.

e hijos, han llegado a nuestro campamento. Bien por los “niños agraciados” pues ellas vienen una vez más a endulzar nuestra vida de campaña”²⁶⁴.

El hecho de que las mujeres siguieran al ejército tan cercanamente fue causa que los partos fueran considerados como hechos usuales comunes y corrientes en la vida de los campamentos. Los relatos sobre ellos abundaron: Vicuña Mackenna detallaba que los partos se realizaban como si las mujeres estuvieran en su hogar: “A la verdad había degenerado de tal manera en una operación simplemente mecánica y doméstica el asedio marítimo de El Callao, que una mujer dio a luz un niño, como en su casa, en la isla de San Lorenzo, y los aburridos tripulantes de las naves de Chile, pusieron en su árida pila de piedra, como para consagrar su eterno fastidio, el nombre del santo mártir que el peñón recordaba: Lorenzo Bloqueo”²⁶⁵.

Daniel Riquelme relatando el desembarco de los chilenos en Ate, afirmaba: “los soldados saltaban a tierra como si se bajaran del tren del sur, estirando las piernas, reclamando prendas olvidadas en la lancha. Como tiempo había de sobra, comenzaron a bañarse los que sabían nadar, cuidándose poco de las damas que muy de velo y quitasol miraban la escena con todo descanso desde los riscos de la orilla. Por aquí se puede ir sacando la cuenta de lo que es para nuestros rotos eso de invadir pueblos enemigos y marchar por tierras que no conocen en busca de lo que llaman Lima.

²⁶⁴ Figueroa, Pedro Pablo: *Atacama en la Guerra del Pacífico...*, p. 86.

²⁶⁵ Vicuña Mackenna, Benjamín: *Campaña de Lima...*, pp. 834-835.

“El 10 de diciembre de 1880 empezó la marcha de la primera brigada de Pisco a Lurín. El 25 de diciembre arribamos a Chilca durante la noche, una de las mujeres dio a luz felizmente y tuvo que ser cargada el resto de la marcha”. Acland, William Dyke: “Descripción sobre el ejército...”, p. 73.

“En el pueblo de San Antonio, la noche del 24, poco antes de partir el ejército, se asistió de parto a una mujer que acompañaba al 2º de Línea. Se le proporcionó camilla, conduciéndola en hombros hasta Curayaco en donde llegamos en la mañana del 25; en el camino se la cuidó con el mayor esmero”. Ahumada, Pascual: *Guerra del Pacífico...*, Tomo IV, p. 372.

El Diario Ilustrado refiriéndose a la muerte de la cantinera Juana López relata: “...No toda la familia de la López cayó en la guerra: al contrario, como si el cielo quisiera endulzar sus penas le dio un hijo, nacido cinco días antes de la batalla de San Juan, camino de Lima”. *El Diario Ilustrado*, 26 de enero de 1904, p. 1.

Veinte señoras camaradas alcancé a contar, que seguían a pie y al rayo del sol las filas del Chillán”²⁶⁶.

El mismo autor, en otra de sus obras comenta que, después de la batalla de Chorrillos, los peruanos habían minado el área que separaba el campo de batalla de la localidad de Miraflores, donde las fuerzas peruanas presentarían la última barrera de contención antes de Lima. Una mina estalló y “un muchacho lloraba a gritos y un coro de mujeres demandaba socorro para él: otra mina le había despedazado horriblemente una pierna. El General²⁶⁷ mientras cambiaba de caballo, ordenó despejar esas alturas, que estaban como el cerro del Parque en una parada de septiembre. Todas las mujeres de la división, sus chiquillos y muchos paisanos, habían tomado allí balcón para contemplar la fiesta, habiéndose venido de Lurín tras las pisadas del ejército en cuanto retiraron la guardia puesta expresamente para contenerlos”²⁶⁸.

Un corto tiempo medió entre la batalla de Chorrillos y Miraflores, en enero de 1881, por lo que los soldados entraron en acción sin levantar el campamento: “dejaron en el fuego sus ollitas, y muchos apenas comieron un camote. Mientras la tropa salía al camino y las mujeres de los soldados quedaron acomodando sus burros para cargarlos con todo lo que acostumbran andar trayendo, tales como útiles de cocina, ropa, perros y otras cosas más”²⁶⁹.

Daniel Riquelme observó las acciones de las fuerzas chilenas que se estacionaron en Arequipa al mando del General Velásquez, y de ellas dejó la siguiente estampa: “a retaguardia del ejército venía naturalmente todo aquello que César llamó impedimenta. Otro ejército pequeño de soldados, paisanos, cantineras, perros, chiquillos, arreos de mulas, trastos, ventas y carros con montañas de equipajes, en cuya cima se balanceaban, como velas en la punta de un mástil, ya la esposa de un sargento, ya la querida de un oficial, con-

²⁶⁶ Riquelme, Daniel: *La expedición a Lima*, pp. 177–178. Esto sucedió en Ate, al sur de Lima, el 9 de enero de 1881.

²⁶⁷ Se refiere al General Manuel Baquedano.

²⁶⁸ Riquelme, Daniel: *Bajo la tienda*, pp. 126–127.

²⁶⁹ Rosales, Justo Abel: *Mi campaña al Perú...*, p. 214.

fiada a la guarda de ese perro tan fiel como todos los perros juntos: el asistente. Y todo esto hilado cual camino de hormigas; pintoresco y bullicioso al modo de una horda de gitanos que traslada su campamento”²⁷⁰.

Otros testimonios dejaron constancia que, en ciertas ocasiones, la presencia femenina en las fuerzas expedicionarias constituyó un estorbo y también dio lugar a chascarros o anécdotas que demuestran lo común que era la presencia femenina. Por ejemplo, Vicuña Mackenna cuenta que al final de la batalla de Miraflores, los peruanos que arrancaban se dirigieron a la estación y se apoderaron de un tren cargado de víveres. Ante esto los cansados y hambrientos chilenos que los seguían “los atacaron con tal cólera que la máquina tomó el camino de Lima repleto de muertos y heridos. Oíanse claros los alaridos de estos. El avance de esta máquina produjo un nuevo pánico femenino en el campo chileno, como el que ocurriera al principio de la batalla, porque aquellas merodeadoras que obran sólo por impresiones y gritos, corrieron otra vez a retaguardia gritando “derrota”. Fue necesario que la brigada Gana se adelantara desde Chorrillos con el Buin y el Chillán para cubrir la línea férrea”²⁷¹.

IX. EL PAPEL DE LAS MUJERES EN LAS CAMPAÑAS

Así como de los testimonios nos consta que, a veces, las mujeres constituyeron un estorbo para el ejército, no cabe duda que en mayor medida fueron una ayuda real: desde lo más doméstico, como cocinar para la tropa de acuerdo con el relato de Benavides Santos, quien recoge que en la ocupación de Lima “a los oficiales se les daba sus raciones en crudo y juntándose varios la hacían confeccionar por un soldado o alguna camarada”²⁷², hasta ser la

²⁷⁰ Riquelme, Daniel: *Chascarrillos militares*, p. 120.

²⁷¹ Vicuña Mackenna, Benjamín: *Campaña de Lima...*, p. 1162.

²⁷² Benavides Santos, Arturo: *Seis años de vacaciones*, p. 135.

fortaleza en la que se apoyaban aquellos hombres que estaban lejos de la Patria.

Ambos hechos han quedado plasmados en las biografías de Luis Cruz Martínez, que en marzo de 1882 fue ascendido a subteniente y en tal grado participó de la Campaña de la Sierra. Fue trasladado desde el Batallón Curicó a la cuarta compañía de Chacabuco, 6º de Línea, y se le destinó al pueblo La Concepción de Junín. Allí, 77 chilenos fueron encargados de mantener esta avanzada chilena en medio de la sierra peruana. Uno de sus biógrafos relata que junto a los soldados había “tres bravas mujeres que estaban encargadas de la cocina”. Y luego explicaba el porqué de la estancia de aquellas mujeres en ese lugar, afirmando que “habían venido desde Chile acompañando a sus hombres. Junto a ellas correteaba un muchachito chileno de cinco años. Además un amigo que siempre acompaña a nuestro pueblo: Un perro. Era un pedazo del hogar modesto llevado desde Chile por alguno de los soldados”²⁷³.

La mujer que fue a la guerra no tiene edad. Muchas veces se tiende a pensar que eran muy jóvenes, pero al parecer no siempre fue así. Las mujeres mayores actuaron en diversas ocasiones como verdaderas madres de los soldados, como lo reseña el relato del teniente Benavides Santos. Este se encontraba en la localidad de Cañete, al sur de Lima, aquejado de lombriz solitaria. Allegada a su regimiento había una mujer que tenía fama de curandera: “Al amanecer del día siguiente una de las “camaradas” cuyo nombre creo que hasta había olvidado, que no se la conocía sino con el apodo “la Tunina” que fue quien me dio la receta y velaba celosamente porque la aplicara bien, me presentó otra poción de ricino y me dio prolijas instrucciones sobre lo que debía hacer cuando apareciera “lambrienta”, como la llamaba, a fin de que saliera con cabeza. “La Tunina” atisbaba lista para acudir con el tiesto necesario, cuando hubiera síntomas de aparecer la glotona y escondida solitaria; y me repetía por vigésima vez: “no vaya a estar con qui-

²⁷³ Márquez-Breton, Edmundo: *Luis Cruz a la luz de la verdad*, Santiago, 1984, p. 57.

tadas de cuerpo, mi teniente, yo soy vieja *pa* (SIC) que me tenga vergüenza”²⁷⁴.

Otro ámbito en el que la mujer desempeñó un papel importante fue en el de cuidar la salud de los soldados. Testimonios sobre este tema son muy abundantes y se reprodujeron en la prensa y en los otros testimoniales. Francisco Figueroa, en una carta a su amigo Elías Roble, dejó un hermoso relato de la ayuda humanitaria que cumplieron la gran mayoría de las mujeres que fueron con los soldados a la guerra. “La organización de los hospitales es dirigida por nuestro comandante Echeverría, que a la postre cayó también enfermo de terciana y de bastante gravedad. Durante la enfermedad fue cuidado con solícito esmero por la esposa del cabo 1º Sixto Latorre, Petronila Zelada. Y a propósito de enfermedades, todos en el Quillota sólo tenemos palabras de gratitud por las buenas camaradas que siguieron a este cuerpo sufriendo con paciencia y abnegación las penurias porque pasaba nuestro batallón. Muy útiles han sido los servicios prestados por estas buenas cantineras, principalmente en la costura y aseo de la ropa; pero donde más han demostrado el amor y caridad por sus semejantes, es cuando los quillotanos caían por centenares enfermos del terrible mal, ya dicho; como buenas monjas de caridad atienden con solicitud a los oficiales y tropas enfermos en el cuartel. Las que se han distinguido más en este acto de angustioso sacrificio han sido: la señora Zelada, ya nombrada; Isabel Gómez, esposa del cabo 1º Jesús Varas; Margarita Varas G. hija de estos; Francisca González, mujer del cabo 1º Pedro Acuña; Carmen Briones, ídem del soldado Adolfo López y Dolores Miranda, esposa del ídem Matías Ortega. Los beneficiarios pueden contar mejor los buenos servicios prestados por las camaradas del Quillota; por mi parte les viviré siempre agradecidos, pues todas me han cuidado a mí y a mi hijo Francisco”²⁷⁵.

En otras oportunidades, durante la Campaña de la Sierra, las mujeres sirvieron de ayuda para reconocer y capturar a los

²⁷⁴ Benavides Santos, Arturo: *Seis años de vacaciones*, p. 219.

²⁷⁵ Figueroa Brito, Francisco: *Organización y campaña a Lima del Batallón Movilizado Quillota*, pp. 134–135. El Callao, 20 de febrero de 1881.

montoneros peruanos que atacaban a las fuerzas chilenas. Este fue el caso de dos chilenas que fueron tomadas prisioneras por montoneros en las cercanías del pueblo de Cañete. Se las interrogó acerca de las fuerzas chilenas (emplazamientos, números, armamentos, condiciones, etc.) que estaban apostadas en el pueblo. Luego de varios días lograron escapar de vuelta a su regimiento. Allí el Comandante Jarpa organizó un piquete, al mando del teniente Valenzuela, para encontrar a los captores. El piquete fue acompañado por las “dos mujeres camaradas de nuestros soldados para que reconociesen a los montoneros. Los montoneros al tratar de huir fueron apresados y muertos algunos”²⁷⁶.

Según ciertas informaciones de la época, el General peruano Juan Buendía, Comandante en Jefe de los Ejércitos Aliados de la Campaña de Tarapacá, había tenido una amante chilena, que en la novela de Jorge Inostrosa, *Adiós al Séptimo de Línea*²⁷⁷, sería Leonora Latorre. Pascual Ahumada reprodujo una información tomada de un periódico boliviano que dio a conocer este hecho cuando comentó las razones de la derrota aliada en la batalla de Dolores o del Cerro San Francisco. El periódico altiplánico enfatizó irónicamente que se sabía “que había un general Buendía, célebre por su constancia en hacer la corte a una chilena de 13 a 14 años, en Iquique, y de la cual se decía que al general le arrancaba hábilmente todos los secretos de la campaña”²⁷⁸.

Alberto del Solar, en su diario de vida escrito durante la guerra, también consignó la amistad de Anita, como era llamada, con el General Buendía, aunque le atribuyó algunos años más: “Los rastros dejados por la permanencia del ejército peruano²⁷⁹ no se habían borrado aún. El más evidente era la desmoralización de las

²⁷⁶ *La Patria*, Valparaíso, 24 de noviembre de 1882, p. 2.

²⁷⁷ Inostrosa, Jorge: *Adiós al Séptimo de Línea*, Empresa Editora Zig-Zag, 5 Tomos, Santiago, 1955.

²⁷⁸ Ahumada, Pascual: *Guerra del Pacífico...*, Tomo II, p. 156. Versión boliviana del combate de San Francisco y causas que originaron la derrota de los aliados. Artículo publicado en *La Democracia*, periódico oficial de Bolivia, que incluye una carta del doctor Ladislao Cabrera, fechada en San Cristóbal, 12 de diciembre de 1879.

²⁷⁹ Se refiere a Iquique.

costumbres. Una plaga, plaga en todos los sentidos, de mujeres de mala vida, infestaba a la población. Porta-estandarte de éstas era la famosa Anita Buendía, linda chilena de 18 años de edad, llamada así en recuerdo del famoso general de ese apellido, cuya pasión por la muchacha se hizo célebre, al punto de haberla explotado en descargo de la derrota enemigos políticos de aquel personaje, dentro de su propio país, muy particularmente algunos corresponsales en campaña. Estos aseguraban que Anita era nada menos que espía de nuestro ejército y que el general Buendía, reblandecido por su edad y por los vicios, fue durante largo tiempo su víctima inconsciente. La verdad del caso es que Anita no sólo no negaba su antigua relación con el general, sino que se enorgullecía de ella, si bien resultaba innegable también que la chica era digna de su fama. Linda, picaresca, vivaracha y provocativa, hubiera sido capaz de trastornarle los cascos al mismísimo ejército de Godofredo de Bouillón, con toda la austeridad de su destino”²⁸⁰.

X. EPÍLOGO DE CIERTAS CAMARADAS

Las camaradas sufrían no solo los embates de la guerra sino también los impactos que causan las inclemencias del clima y en general la vida en la zona desértica y más tarde de la sierra peruana. Un grupo de soldados salió de Ite²⁸¹ sin más provisión de agua que la que les cabía en las caramayolas, por error del jefe de la expedición, que no consideró las dificultades que enfrentaría la marcha, especialmente en el paso de la cuesta de Ite, zona de enormes dunas y extensos arenales; la sed hizo estragos entre los expedicionarios y “yacían los cadáveres de unos 15 soldados que al parecer por insuficiencia física, no fueron capaces de resistir. Pero después nos dimos cuenta de que casi todos se habían suicidado. Algunas infeli-

²⁸⁰ Del Solar, Alberto: *Diario de campaña*, p. 65.

²⁸¹ Ite es una caleta ubicada entre Ilo y Arica.

ces mujeres, “camaradas”, como se las llamaba, que habían partido detrás de la división a la siga de sus hombres, hallaron también en esa dolorosa jornada, una muerte cruel”²⁸².

Las mujeres que murieron durante el combate de La Concepción (9 y 10 de julio de 1882) dieron tema a innumerables relatos divulgados por los periódicos como por los memorialistas contemporáneos. Cabe destacar que no existe ningún testigo chileno de la acción en La Concepción, ya que todos los oficiales y tropa del Chacabuco, más los acompañantes, fueron muertos por los monotoneros peruanos. El asesinato de las tres mujeres no dejó indiferente a nadie por la crueldad con que se hizo. Incluso, Gonzalo Bulnes, quien en su obra clásica no destacó la presencia femenina en la guerra, en este caso sí lo hizo y con todo detalle: “Guarnecía a Concepción la 4ª compañía del Chacabuco, compuesta de 66 hombres con 3 oficiales, y 8 soldados más y un oficial convaleciente de la tifoidea y 3 mujeres que seguían a sus esposos. Una de estas estaba encinta, y su hijo nació durante el combate”²⁸³. Bulnes sigue narrando: “el combate de La Concepción no tuvo testigos chilenos porque todos perecieron. Los peruanos que pudieron dar información sobre él, huyeron al saber la aproximación de nuestro ejército y los pocos que quedaron fueron fusilados en el furor de la venganza. La hora no era para oír declaraciones”²⁸⁴. El relato continúa: “Las mujeres fueron arrastradas desde el cuartel, desnudas, a la plaza por la turba lujuriosa y soez y asesinadas y lo mismo que ellas sucumbió despedazado por las salvajes lanzas el niño nacido esa noche”²⁸⁵.

²⁸² Sienna, Pedro: *Recuerdos de El Soldado Desconocido...*, p. 26. Pedro Sienna en su libro entrevista a un ex combatiente de la guerra, a quien denomina El Soldado Desconocido. Este relata sus experiencias durante la campaña después de 40 años de sucedidos los hechos. Es testimonio de cierta veracidad.

²⁸³ Bulnes, Gonzalo: *Guerra del Pacífico*, Tomo III, p. 157.

²⁸⁴ *Ibid.*, p. 159.

²⁸⁵ *Ibid.*, p. 160.

Curiosamente el General Del Canto, jefe de la expedición a la Sierra en 1882, relata el desastre de La Concepción, lugar donde llegó recién sucedidos los hechos y no menciona que se encontrara con cadáveres de mujeres. Sí pide de inmediato represalias y ordena ejecutar a todo hombre que se encuentre en ese lugar entre los 16 y los 50 años dejando bien en claro que la pena no se aplica a mujeres, niños ni ancianos. Ver Del Canto, Estanislao: *Memorias militares...*, Tomo I, pp. 243-247.

Los hechos acaecidos en La Concepción provocaron una fuerte reacción vengativa. Según Raimundo Valenzuela ésta habría sido la razón de la crueldad demostrada por los chilenos un año después en la batalla de Huamachuco: “El recuerdo de la horrible pira de La Concepción, allá en el campo de batalla frente a los victimarios, suscitó un ardiente deseo de morir como los 73 (SIC) héroes, o de vengarlos de una manera también horrorosa”²⁸⁶.

XI. ESPOSAS E HIJAS DE SOLDADOS CHILENOS VISITAN PERÚ DURANTE EL CONFLICTO

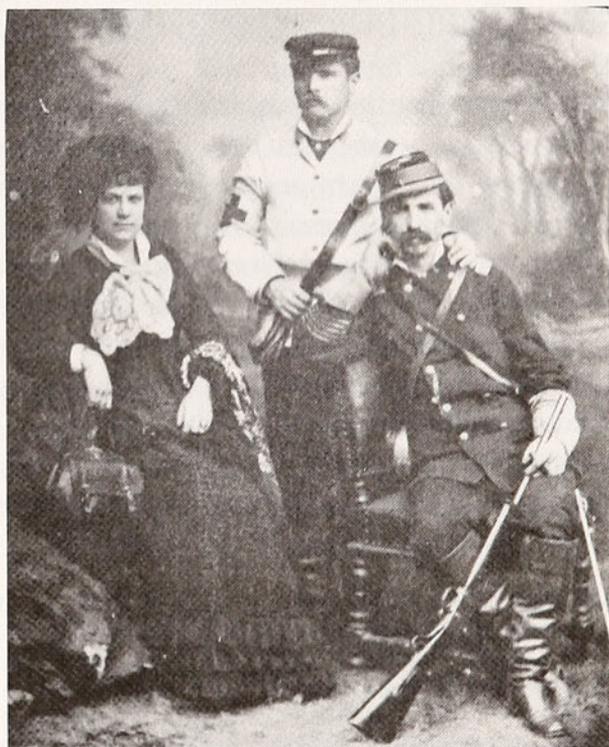
En 1880 habiéndose ya conquistado Arica, muchas esposas e hijas de soldados y oficiales del ejército chileno quisieron trasladarse a vivir a Perú para acompañar a sus parientes. José Clemente Larraín, oficial chileno que se embarcó en septiembre de 1880 en Valparaíso, hacia al Norte, refería: “Sobre cubierta algunos bancos y los cables allí arrollados servían de asiento a muchos oficiales de los cuales departían los unos y los más meditaban. Por vez primera aquella tarde subieron al recinto de que venimos hablando algunas mujeres que hacían viaje a Arica, para juntarse a sus padres o esposos, empleados que se establecían ya en aquellas playas conquistadas últimamente por nuestras tropas.

Sobre este episodio *El Ferrocarril*, escribió: “La cuarta compañía del Batallón Chacabuco nos fue a relevar el 9 del presente, y el día 10 nos vinimos a ésta. El mismo día 10, atacaron a Concepción 2.000 indios, entre los cuales había como 300 armados de rifles y los demás de lanza. El combate principió a las 5 de la tarde del día 10 y concluyó el 11 a las 9 de la mañana (SIC), hora en que quemaron el último cartucho. Todos quedaron en el campo, desde el capitán hasta el corneta. Las bajas son las siguientes: oficiales: Ignacio Carrera Pinto (quien acababa de recibir sus despachos de capitán); teniente, Arturo Pérez Canto; subtenientes, Julio Montt y Luis Cruz y 70 soldados, que era el personal de la compañía. Ultimaron también a cinco mujeres que acompañaban a la tropa (SIC); entre ellas había una recién desembarazada y con mellizos. Los asaltantes se enfurecieron contra estas infelices, sin perdonar a los dos pobres niñitos, a quienes lancearon, juntamente con la madre y sus compañeras de guarnición”. “El combate de Concepción”. *El Ferrocarril*, Santiago, 28 de julio de 1882, p. 2:

²⁸⁶ Valenzuela, Raimundo: *La batalla de Huamachuco*, p. 42.

Eran por todo 8 personas, entre jóvenes y ya de edad, todas agradecidas y podríamos decir bellas, si recordamos que representaban allí a los seres cariñosos que encerraba el hogar ya lejano”²⁸⁷.

El General Del Canto también recibió la vista de su familia. Estando en Huacho –al norte de Lima–, en mayo de 1881, estampó en sus *Memorias*: “el día 4 recibí un telegrama del Callao en el cual me anunciaban que mi esposa y mis dos hijos habían llegado ese día, de suerte que el 5 me embarqué para El Callao. Efectivamente encontré a mi familia hospedada allí”²⁸⁸.



José Tagle, una mujer y enfermero.

En, Paz Soldán, Mariano, *Narración histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*, Tomo III, Editorial Milla Batres, Lima, 1979.

²⁸⁷ Larraín, José Clemente: *Impresiones y recuerdos sobre la campaña al Perú y Bolivia*, p. 17.

²⁸⁸ Del Canto, Estanislao: *Memorias militares...*, p. 150.

Al parecer esto se convirtió en una costumbre tan reiterada que el gobierno hubo de tomar medidas para frenar la cantidad de mujeres que querían irse a vivir al norte. En el *Diario Oficial* de agosto de 1882 se publicó la siguiente resolución: “Santiago 14 de agosto de 1882: consideraciones de buen servicio han resuelto al Gobierno a prohibir en absoluto que se trasladen al Norte las familias de Jefes, Oficiales e individuos de tropa del Ejército de Operaciones o que desempeñen puestos militares dependientes del General en Jefe de ese Ejército. Ud. en consecuencia ajustará sus procedimientos a esta disposición. Dios guarde a Ud.”²⁸⁹.

No solo las mujeres chilenas siguieron al ejército nacional en su campaña en el Norte. También lo hicieron algunas mujeres peruanas y sobre sus andanzas hay testimonios que demuestran que acompañaron al ejército chileno durante la campaña y luego de terminado el conflicto se trasladaron a vivir en Chile: “La compañía del Talca continuó avanzando, pero una peruana llamada Juanita Ramírez que había sido fiel admiradora de nuestros triunfos y que desde el 81 acompañaba al Talca en un puesto parecido al de cantinera, se separó de la compañía, avanzó hacia el bajo, entre una granizada de proyectiles, quitó su ropa al soldado muerto, se la presentó al jefe de la compañía y le dijo: “vea mi capitán, si ese valiente lleva algún papel de importancia que sea una reliquia para su esposa, madre o hermana”. Juanita, la fiel compañera del Talca, se encuentra hoy en ese pueblo y lo menos desea es volver al Perú”²⁹⁰.

Otras llegaron a los regimientos chilenos como camaradas, lo que causó el consabido malestar entre las camaradas nacionales. Así sucedió en Pachía, en agosto de 1880: “También habían llegado varias camaradas; y como tales se habían agregado algunas peruanas, que eran muy bien recibidas por la tropa y hasta por los oficiales, con gran escándalo e indignación de las chilenas”²⁹¹.

²⁸⁹ *Diario Oficial de Chile*, 21 de agosto de 1882, p. 5.

También en Varas, José Antonio: *Recopilación de leyes, órdenes...*, Tomo VI, p. 519.

²⁹⁰ Valenzuela, Raimundo: *La batalla de Huamachuco*, p. 86.

²⁹¹ Benavides Santos, Arturo: *Seis años de vacaciones*, p. 95.

XII. REACCIONES DE LAS MUJERES PERUANAS FRENTE A LAS MUJERES CHILENAS

Muchas de las mujeres que siguieron al ejército chileno durante la campaña tanto en Antofagasta como en territorio peruano, residían con anterioridad en la zona. Esto es posible confirmarlo gracias a numerosos testimonios publicados en periódicos, relatos y censos realizados en la época en ciudades como Iquique y Antofagasta. Esta realidad forma parte del fenómeno acaecido durante todo el siglo XIX de una emigración espontánea por parte de la población chilena hacia la región Norte, principalmente dirigida hacia las provincias de Tarapacá y Antofagasta.

La gran cantidad de población chilena residente en Perú y Bolivia creó antipatía contra ella y fue causa de que fueran frecuentes los excesos contra los connacionales. Desde 1836 hay antecedentes que lo atestiguan, hechos que fueron aumentando a medida que las relaciones entre Chile con Perú y Bolivia se hicieron más tensas en la década del 70²⁹².

Hacia 1873, en Perú se consideraba a los chilenos residentes en dicho país “como huéspedes sospechosos, sobre los cuales debía ejercerse una severa inspección correccional”²⁹³. En 1875 se expulsaron desde Lima a 41 chilenos “sospechosos de premeditar algún delito”²⁹⁴.

En Bolivia la “situación era exactamente igual, de lo cual hay antecedentes desde 1845”²⁹⁵; los excesos contra los chilenos se incrementaron a medida que se acercaba el comienzo de la Guerra del Pacífico, y al respecto cabe recordar que del total de la población de Antofagasta en 1879, el 85% eran chilenos.

Los chilenos que permanecieron en Perú, muchas veces tuvieron un tratamiento vejatorio, tanto por parte de las autorida-

²⁹² Harris, Gilberto: *Emigración y políticas gubernamentales en Chile durante el siglo XIX*, Ediciones Universitarias, Universidad Católica de Valparaíso, Valparaíso, 1996, p. 93.

²⁹³ *Ibid.*, p. 95.

²⁹⁴ *Ibid.*

²⁹⁵ *Ibid.*, p. 97.

des como de la misma población peruana. Los periódicos chilenos relataron varios de estos casos.

El Constituyente se hizo eco de estos atropellos al contar el caso de una chilena que estando casada con un peruano fue tomada presa por la simple causa de ser chilena²⁹⁶. *El Barbero* relataba que hacia noviembre de 1879 la situación estaba tan mal en Perú que hasta “las mujeres se amotinan, invaden las casas de las señoras chilenas. La fuerza pública, siempre los peruanos, hacen el último esfuerzo por conservar los calzones y tratan de impedir los desastres de las mujeres. Pero las mujeres los acometen, les arrebatan los fusiles de las manos y se los quiebran a palos sobre las costillas. ¡Bravas las cholas!”²⁹⁷.

Los Tiempos, por su parte afirmó: “En Lima quedan todavía unas dos docenas de chilenas, que son frecuentemente hostigadas por el pueblo, especialmente por mujeres. El día 19 se asaltó la casa de una de ellas: la policía se presentó a última hora”²⁹⁸. *El Mercurio*, del 7 de mayo de 1880, reseñaba lo sucedido a una familia cuyo único delito era ser chilena²⁹⁹.

²⁹⁶ *El Constituyente*, Copiapó, 19 de noviembre de 1879, p. 1, reprodujo la carta de un ecuatoriano a un compatriota, residente en Santiago, en la que le cuenta que presencié el siguiente caso: él tenía como vecinos a un matrimonio, él peruano, ella chilena. El se enferma y tiene que ser internado en el hospital. Un día a ella le pegaron y la llevaron presa, fue acusada de ladrona, y obligada a irse, a pesar que ella alegó estar casada con un peruano, y que tenían tres hijos. “Cuando regresó a su casa encontró a sus tres hijos muertos por el hambre. Obviamente enfermó y el que escribe la está cuidando hasta su regreso a su patria”.

²⁹⁷ *El Barbero*, Santiago, 29 de noviembre de 1879, p. 1.

²⁹⁸ *Los Tiempos*, Santiago, 6 de diciembre de 1879, p. 1.

²⁹⁹ *El Mercurio*, Valparaíso, 7 de mayo de 1880, p. 2 “Una familia chilena, la familia Vildósola, llegada a Valparaíso en el vapor *Lima*, fue víctima a su salida del Perú de atropellos y vejámenes, al jefe de esa familia, don J. Vildósola, se le obligó a salir de aquel país hace algún tiempo, y se vino a Chile dejando a su esposa e hijos en Lima bajo el amparo de las leyes que en todo país civilizado protegen a los habitantes pacíficos... la situación de la familia Vildósola se hizo insostenible y tuvo que pensar en abandonar Lima para dirigirse a Chile. La señora de Vildósola se proveyó de su correspondiente pasaporte y partió de Lima a Ancón con su familia, compuesta de ella y tres hijos, dos mujeres y un niño de 5 años solamente. Les acompañaban además el hijo mayor, de 21 años, el joven portugués don Eduardo Laureiro y don Alejandro Von der Heyde. Llegada la familia a bordo del *Bolivia*, exigió el capitán del puerto que se le mostrase el pasaporte, y no bien lo tuvo en sus manos, lo hizo pedazos, dando orden terminante de desembarcar a toda la familia, que era acusada nada menos que de portadora de

Pascual Ahumada Moreno reprodujo varios documentos que muestran casos de damas chilenas que a pesar de estar casadas con italianos, y por ende haber tomado la nacionalidad de sus maridos, recibieron un trato discriminatorio por parte de la población peruana³⁰⁰.

A otras mujeres se les quitaron sus puestos de trabajo solo por el hecho de tener nacionalidad chilena. Así lo consignó *El Mercurio*: “Preceptora chilena: La alcaldía de Lima ha expedido la siguiente resolución: Lima Mayo 1º de 1879. Apareciendo de los datos suministrados a esta alcaldía y de los informes recibidos del jefe de la sección que la directora de la Escuela Municipal N° 12, doña Mercedes Rosales, es de nacionalidad chilena, suspéndes-

comunicaciones para el enemigo, entre las cuales debían figurar planos de las fortificaciones del Callao. Mientras tanto la familia Vildósola era desembarcada. La familia fue transportada a Lima y conducida al cuartel de policía, en donde se puso a la señora y las niñas incomunicadas unas de otras. Tales han sido los vejámenes que ha sufrido la familia Vildósola por el solo hecho de ser sus padres chilenos, sin que nada valiera la circunstancia de haber nacido y crecido en el Perú los hijos, entre ellos dos niñas, que pasaban por semejante tratamiento”.

³⁰⁰ Lima, 8 de noviembre de 1879, “ayer fueron asaltadas, invadidas y robadas en el Callao varias casas de ciudadanos italianos por una reunión de pueblo acompañada de guardias de policía con el pretexto de buscar chilenos. Fueron además extraídas de viva fuerza y horrorosamente maltratadas algunas señoras que son notoriamente ciudadanas de Italia, como casadas ha con italianos”. Ahumada, Pascual: *Guerra del Pacífico...*, Tomo IV, p. 54. De Rafael Valverde, Ministro de Relaciones Exteriores, al Ministro de Gobierno del Perú, transmitiendo nota del Encargado de Negocios de Italia y el mismo al Encargado de Negocios de Italia.

Carta de Spencer St. John, Ministro británico residente en Lima, al Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, Rafael Velarde. Lima, 19 de noviembre de 1879, en la que informa que el 7 de ese mes se produjeron desórdenes “que fueron promovidos principalmente con el objeto de maltratar a unas cuantas mujeres chilenas indefensas. Si la policía hubiera obrado con un poco de energía no habría ocurrido disturbio alguno, y, la verdad, he oído decir de muy buena autoridad, que la policía prestó ayuda al populacho más bien que a los atacados. El día 7 se alzó el grito contra todas las chilenas incluidas las casadas con extranjeros”. Ahumada, Pascual: *Guerra del Pacífico...*, Tomo III, p. 74.

Carta de G. v. Viviani al Subsecretario de Relaciones Exteriores del Perú. Lima, 5 de enero de 1880, refiriendo el caso de Angelo Baffico cuando el 7 de noviembre de 1879 “una multitud de cerca de 50 personas rodeó tumultuosamente su habitación pidiendo a gritos que les entregase a su esposa por ser chilena y haciendo presente que su mujer no debía ya ser tenida por chilena sino que tenía la nacionalidad italiana de su marido, no obstante lo cual el inspector continuó insistiendo en distraer a la mujer; que no sabiendo ya que partido tomar, hizo fugar a su esposa por el techo y la puso bajo la protección del Consulado americano, contiguo a su casa”. Ahumada, Pascual: *Guerra del Pacífico...*, Tomo VII, p. 82.

ele en el ejercicio de su cargo, sustituyéndola la auxiliar de dicho establecimiento. Comuníquese al Señor Inspector de Instrucción, publíquese y archívese. Valle”³⁰¹.

Al regresar a Chile, muchas de estas mujeres describían “las persecuciones brutales de que han sido víctimas sólo por el hecho de ser chilenas. Infelices que han tenido que embarcarse, o que las han embarcado con lo encapullado, sin tener con que pagar el pasaje. Las turbas de cholas de esa escoria que la representación genuina de la canalla peruana por su índole perversa y su conducta desvergonzada, iban a sacarlas de sus propias casas, valiéndose de toda clase de violencia, con escándalo de los extranjeros que indignados presenciaban actos tan inhumanos e indignos de un país medianamente civilizado. Y si no se consumaron mayores inquietudes, fue precisamente por la intervención de los extranjeros, que tuvieron que ocurrir hasta la amenaza para atajar aquel desorden propio sólo de un país cobarde y corrompido”³⁰².

Justamente, esta población chilena residente en territorios peruanos o bolivianos, que no regresó a Chile después de la expulsión ordenada por ambos gobiernos, participó activamente en la Guerra del Pacífico. Los hombres se enrolaron en el ejército y muchas mujeres se unieron a la campaña. Un ejemplo de ello fue la famosa Irene Morales, quien residía en Antofagasta en febrero de 1879 y que luego siguió a las tropas chilenas hacia el Norte.

XIII. EL EJÉRCITO CHILENO REGRESA ACOMPAÑADO DE GRAN NÚMERO DE MUJERES

El gran número de mujeres que siguió al ejército durante toda la campaña del Pacífico está comprobado por los telegramas y por los periódicos que informaron sobre el regreso definitivo del ejército chileno entre abril y agosto de 1884.

³⁰¹ *El Mercurio*, Valparaíso, 14 de mayo de 1879, p. 2.

³⁰² *El Mercurio*, Valparaíso, 26 de noviembre de 1879, p. 3.

El Mercurio, en abril de ese año, informaba que al parecer este ejército se veía aumentado considerablemente por la cantidad de mujeres y niños que traía: “Según noticias que hemos podido recoger, parece que no quedará en el Perú como se había dado a entender ninguna porción de nuestras tropas. Sin embargo, el ejército no vendrá todo junto. Por motivos económicos el gobierno ha decidido que sea transportado por divisiones más o menos numerosas en los buques de guerra nacionales, y particularmente en los transportes. Si hemos de atender a lo que nos dice una carta escrita por uno de nuestros jefes más caracterizados, cada cuerpo ha agrupado en torno suyo un número cuádruplo de mujeres y niños. Por esta computación a cada 5.000 soldados... correspondería un agregado de 20.000 personas grandes y pequeñas. Puede haber exageración en este cálculo, pero de todos modos, el hecho sólo de comunicarse seriamente induce a presumir que nuestros soldados de la campaña tornan en extremo multiplicados. Como es natural que se traigan con ellos a esas mujeres y niños. Y nadie por cierto, se opondrá a que se les dé gusto. Se dice que se nota en el ejército un ardiente y general anhelo de regresar a la patria”³⁰³.

Esta información de *El Mercurio* se vio corroborada por una serie de telegramas enviados al Presidente de la República o al Ministro de Guerra, entre mayo y agosto de 1884. Estos telegramas que se guardan en el Archivo Nacional, entregan importantes datos sobre el retorno a Chile, en especial nombre de los buques, puertos de zarpe peruanos y chilenos, número de efectivos militares que transportaba y de civiles que aprovecharon el viaje para retornar al país. En ellos se aprecia claramente el alto número de mujeres que viajaron de vuelta desde el lugar de donde zarpaban los barcos, Mollendo, Barrancas, Chorrillos, Arica o Iquique.

Amazonas: zarpó el 3 de mayo, conduciendo a su bordo al Regimiento Granaderos a Caballo, de 352 jinetes, de los cuales 140 estaban enfermos y una Brigada de Artillería, de 289 hom-

³⁰³ “El regreso del ejército”, *El Mercurio*, Valparaíso, 25 de abril de 1884, p. 2.

bres, de los cuales había 60 enfermos. Viajaban además 300 mujeres y 140 caballos. El barco fondeó el día 8 en Valparaíso.

Chile: partida el 5 de mayo, con el Batallón Talca. Efectivos 662 hombres, además 160 pasajeros entre mujeres y licenciados, más 360 enfermos.

Angamos: partida el 22 de mayo. Efectivos 2 jefes, 27 oficiales, 370 clases y soldados. Además un cirujano, 2 practicantes y 65 mujeres. Total 467 personas. Llegada a Valparaíso el 27 de mayo.

Amazonas: zarpó desde Mollendo con el Batallón Victoria y el Batallón Lontué. Efectivos del Victoria: 39 jefes y oficiales y 629 clases y soldados. Del Lontué: 40 jefes y oficiales y 501 clases y soldados y 20 enfermos. Además 80 mujeres y niños. Llegada a Valparaíso el 11 de junio.

Transporte Angamos: partida el 6 de junio con el Batallón Carampangue. Efectivos: 33 jefes y oficiales y 577 clases y soldados. Además 66 mujeres y niños.

Laja: partida el 6 de junio desde Mollendo. Con un escuadrón de Cazadores a Caballo. Efectivos 150 oficiales, clases y soldados. Además 10 mujeres y 106 caballos.

Amazonas: partida el 27 de junio con los batallones Curicó y Aconcagua. Efectivos del primero: 41 jefes y oficiales, 534 clases y soldados y 2 enfermos. Del segundo: 38 jefes y oficiales y 197 clases y soldados. Además 60 mujeres.

Transporte Angamos: partida el 28 de junio desde Mollendo, con el Batallón Coquimbo. Efectivos: 22 jefes y oficiales, 425 clases y soldados y 11 mujeres. Llegada a Coquimbo el 1 de julio.

Cachapoal: partida desde Barranco el 6 de julio, con los Regimientos de Artillería de Montaña N° 1 y 2. Efectivos del primero: 10 jefes y oficiales, 207 clases y soldados y 25 mujeres. Además 64 caballos y 9 piezas. Del N° 2: 9 jefes y oficiales, 183 clases y soldados y 58 mujeres.

Chile: llegó a Valparaíso el 7 de julio con el Batallón San Fernando. Efectivos: 28 jefes y oficiales, 742 clases y soldados. Además 42 oficiales, 30 clases y soldados licenciados de otros Cuerpos y 65 mujeres.

Maipo: partida el 20 de julio con el Batallón Esmeralda. Efectivos: 45 jefes y cirujanos, 760 clases y soldados y 110 mujeres. Además 7 enfermos en camilla y 55 afectados de terciana.

Cachapoal: 16 de julio llegó a Valparaíso, traía 2 brigadas de artillería con 22 jefes y oficiales, 435 individuos de tropa, 100 mujeres, 90 licenciados, 20 enfermos de camilla, 19 enfermos graves, 224 caballos y 24 piezas de artillería.

Copiapó: el 25 de julio viajaba con el Batallón Maule. Efectivos: 8 jefes, 36 oficiales, 646 clases y soldados y 90 mujeres.

Maipo: fondeó el 29 de julio en Valparaíso conduciendo al Batallón Esmeralda con 39 jefes y oficiales, 640 individuos de tropa, 92 mujeres, 22 enfermos, 1 enfermo en camilla.

Amazonas y Cachapoal: llegada a Arica el 6 de agosto con el Batallón Buin, 1 Brigada de Artillería y Escuadrón Carabineros de Yungay. Además 500 mujeres y 200 civiles agregados.

Chile: llegada a Iquique con Batallón Chacabuco el 6 de agosto.

Cachapoal: partida el 7 de agosto desde Iquique con Batallón Concepción y 1 Compañía de Cazadores a Caballo.

Amazonas: partida el 12 de agosto desde Mollendo con Batallón 2° de Línea. Desembarcó en Arica.

Chile: partida el 15 de agosto desde Mollendo con el Batallón Lautaro. Efectivos: 32 oficiales, 662 clases y soldados, 61 empleados de Ambulancia, 209 mujeres, niños y licenciados.

Amazonas: partida desde Mollendo con el Batallón 5° de Línea, Artillería N° 2 y Escuadrón General Cruz. Además 230 mujeres y niños.

Serena: partida el 18 de agosto desde Arica con el Batallón 3° de Línea. Efectivos: 81 oficiales y empleados civiles, 677 clases y soldados, y 197 mujeres y niños.

Vapor "de la carrera": partida el 1 de septiembre desde Arica con el Escuadrón General Cruz. Efectivos: 12 jefes y oficiales, 120 clases y soldados, 1 cirujano, 5 practicantes, 20 mujeres y 130 caballos"³⁰⁴.

³⁰⁴ *Archivo Nacional*, Ministerio de Guerra, Volumen 1260, año 1884, páginas no nume-

Si sumamos las cifras entregadas por esta documentación, se llega al siguiente resultado: 12.082 jefes, oficiales, clases, soldados, civiles varones y enfermos; 2.448 entre mujeres y niños lo que da un total de 14.530 personas traídas a Chile, con un 83% de hombres y un 17% de mujeres. Queda claro que al no tener las cifras matemáticas de los viajes del *Amazonas* y del número de embarques de este navío y otros, los números entregados deben haber sido mayores.

Curiosamente, de todas las mujeres que llegaron procedentes del Norte junto al ejército, no todas eran chilenas. Según un telegrama del 13 de septiembre de 1884, dirigido por la Comandancia de Armas de Cauquenes al Ministro de Guerra, se hacía notar la presencia de mujeres peruanas entre ellos: “Muchas de las mujeres peruanas, que llegaron aquí con el Batallón Maule, desean irse a Valparaíso y solicitan por gracia se les conceda pasaje libre por los trenes del Estado desde Parral hasta dicho puerto”³⁰⁵.

radas. Algunos de estos telegramas están firmados, otros sólo tienen fecha de envío.

³⁰⁵ *Ibid.* Firma D. Espejo. Se puede leer en el margen superior izquierdo del telegrama lo siguiente: “Se contestó autorizando. 15 de septiembre de 1884”.

CAPÍTULO IV

LA MUJER DE CIUDAD Y SU APOORTE A LA GUERRA DEL PACÍFICO

I. INTRODUCCIÓN

Cuando Chile le declaró la guerra a Perú y Bolivia en abril de 1879, el país empezó a prepararse en diferentes ámbitos. Se abrieron los registros militares, se reclutaron los jóvenes, se realizaron las célebres “levas” y se comenzó a impartir la instrucción militar hasta que se constituyeron los batallones. Más tarde las tropas empezaron a trasladarse a Antofagasta. A través de agentes diplomáticos se compró armamento y se encargó el vestuario a Europa. Considerándose una necesidad urgente para el país que todos los componentes sociales debieran de incluirse en el conflicto, se vio la posibilidad de no dejar a las mujeres al margen.

II. LLAMADO DE LA PRENSA A QUE LAS MUJERES AYUDEN

Estas comenzaron a participar tímidamente, ayudando en la confección de hilas para curaciones de los futuros heridos en los combates que se iban a desarrollar. Pero esto era insuficiente, por ello es que la prensa realizó un llamado a las damas de los distintos segmentos sociales para que participaran en forma más activa.

El periodista de *El Mercurio*, José Bernardo Suárez, consideraba que “para salir airosos de esta tremenda lucha no es bastante el esfuerzo de los hombres; es necesaria también la cooperación decidida del bello sexo que desgraciadamente se muestra hasta hoy poco entusiasta, reduciendo su papel a *sacar hilas* para los heridos... Cómo! ¿la más preciosa mitad de la población chilena no puede hacer otra cosa que sacar hilas? ¿No conocen nuestras mujeres el papel tan importante que desempeñaron en la guerra de la independencia? Ellas que disponen del corazón del hombre ¿no podrían cambiar su insignificante papel por otro más útil y positivo? A este respecto quedamos en Chile muy atrás de lo que sucede entre nuestros vecinos. En 1865 cuando Argentina declaró la guerra a Paraguay, hubo entre el bello sexo de Buenos Aires un entusiasmo indescriptible. Las madres excitaban a sus hijos, las esposas a los esposos y las queridas a los queridos para que tomaran parte en la contienda. Algunas señoras y señoritas, como en la época de la independencia, costearon armas y grabaron sus nombres en ellas para entregarlas a sus amigos y queridos”³⁰⁶.

Continuaba el columnista haciendo un llamado a las señoras de las clases acomodadas para que participaran en la guerra de forma más entusiasta porque, “entre nosotros triste es reconocerlo, el entusiasmo está en el hombre del pueblo y cuando más en el de la clase media, pero no sube a la clase elevada. Nuestras matronas con su corazoncito de *pollo*, se han olvidado completamente que son las nietas de Paula Jaraquemada, de Javiera Carrera y de otras mujeres de alma grande y levantada que alentaron con su bello ejemplo a los próceres de nuestra independencia”³⁰⁷.

Más adelante en su artículo, Suárez señalaba cual sería el rol que las damas requerían cumplir en la guerra puesto que “la patria es ante todo. Nuestras virtuosas damas deben asumir en la presente guerra el importante papel que les corresponde: coleccionar erogaciones para proporcionar armas al gobierno; dar

³⁰⁶ Suárez, José Bernardo: “Más entusiasmo por la Patria. Al bello sexo”. *El Mercurio*, Valparaíso, 23 de abril de 1879, p. 2.

³⁰⁷ *Ibíd.*

bailes y tertulias con el mismo objeto; influir con las madres de familia para que no se opongan a que sus hijos partan a la guerra, y hacer propaganda en este sentido: he ahí su papel, útil e importante”³⁰⁸.

Aunque reconociendo que, toda madre tiende a hacer todo lo posible para que su hijo no sea enrolado en la guerra, apelaba al patriotismo para que esto no sucediera. “Ahora mismo conocemos en Santiago muchos jóvenes valientes y animosos que, si no van a la guerra, es porque sus madres no se lo permiten. ¿Qué hijo puede haber mejor empleado que el que muere en defensa de la patria?... ¿Se han olvidado nuestras señoras de la historia de las patriotas matronas que acabamos de nombrar? Paula Jaraquemada de Martínez, después del desastre de Cancha Rayada (1818), salió en Pirque al encuentro del General San Martín y allí mismo le presentó a su hijo de 18 años y a todos los inquilinos de su hacienda para que fueran combatir por la patria... Parece que nuestras madres de familia no han heredado la abnegación ni el patriotismo de sus abuelos. Hay egoísmo en impedir que un hijo, por querido que sea, parta a la guerra a defender su patria, que es lo más amado en el mundo, porque todo lo debemos a ella”³⁰⁹.

Pocos días después, el mismo periódico publicaba un artículo, sin especificar su autor, dirigido a las señoras porteñas y les daba ideas de como ayudar. “Las señoras de Valparaíso que hasta ahora no han asumido la actitud que reclaman las circunstancias y que es de esperar de ellas en virtud de su espíritu público y de su amor a la patria, tienen un vasto campo en que prestar sus servicios, sin necesidad de salir del círculo de sus labores ordinarias... si las señoras de Valparaíso se reuniesen y fundaran un taller de costuras para hacerse cargo de la confección y composturas de uniformes, harían indudablemente un gran bien al país, activando de ese modo los equipos del ejército o guardia nacional y ahorrando dinero al erario público”³¹⁰.

³⁰⁸ *Ibíd.*

³⁰⁹ *Ibíd.*

³¹⁰ *El Mercurio*, Valparaíso, 3 de mayo de 1879, p. 2.

El hecho de que las mujeres no cooperaran era sólo porque hasta el momento no se les había ocurrido como hacerlo. “No creemos que sea buena voluntad lo que falta al bello sexo porteño, sino más bien la iniciativa de alguna persona respetable y de influencia que sepa dar el ejemplo poniéndose a la acción con decidido y patriótico entusiasmo”³¹¹.

El Constituyente de Copiapó, también hizo un llamado a las señoras suplicándoles para que cooperaran. “La Junta Directiva... ha acordado proveer de blusas a los voluntarios del Batallón Atacama, y para ello solicitaron la cooperación de todas las señoras y señoritas de Copiapó”³¹².

Después de la toma de Pisagua muchos heridos fueron trasladados a Copiapó. Debido al escaso personal médico existente en esa localidad, *El Estandarte Católico*, hacía un llamado a las señoras: “convendría también que las señoras fueran durante el día al hospital a prestar sus servicios personales en lo que puedan servir a tantos heridos”³¹³.

³¹¹ *Ibid.*

³¹² *El Constituyente*, Copiapó, 28 de mayo de 1879, p. 2. Meses después el mismo diario continuaba pidiendo ayuda en ropa a las damas: “A las señoras: Tenemos encargo de la administración del hospital, para suplicar a las señoras que se sirvan proporcionar todas aquellas ropas que por su vejez no sean de su uso, para la curación de los heridos del hospital de sangre”. *El Constituyente*, Copiapó, 8 de agosto de 1879, p. 3. Este pedido lo continúa haciendo en noviembre del mismo año. “Aviso: Se suplica a todas las personas que tengan ropa vieja para los heridos, se sirvan remitirlas a la casa de doña Elena Tomlin de Carabantes”. *El Constituyente*, Copiapó, 7 de noviembre de 1879, p. 2.

³¹³ *El Estandarte Católico*, Santiago, 17 de noviembre de 1879, p. 2.

Los periódicos peruanos y bolivianos, al igual que los chilenos también hicieron un llamado a las mujeres de su país a cooperar en la guerra: *El Ferrocarril*, Santiago, del 14 de julio de 1880, p. 2 informaba: “En su número 17 de junio último, *El Nacional de Lima* dice lo siguiente: ‘un consejo a varias niñas: Mientras la patria está en peligro, eso de andar tocando polkitas y dancitas en el piano, nos parece chocantes... Sacar hilas, hacer vendas, trabajar para socorrer a los pobres, esa es la tarea del día. Tiempo habrá para bailecillos y disfuerzos. Conque basta de musiquitas”.

El Ferrocarril reproduce la Editorial de *La Patria* de Lima: “La Iglesia ofrece las joyas de sus templos ¿qué mucho que las señoritas ofrezcan las suyas... algo por pequeño que sea...?”. *El Ferrocarril*, Santiago, 21 de julio de 1880, p. 1.

A su vez Pascual Ahumada transcribe la Circular de la Prefectura y Comandancia General del Departamento de Cuzco, fechada en la misma ciudad, a 12 de junio de 1880. “Señora doña: Se por experiencia que en el Cuzco basta iniciar una idea generosa para que al punto millares de voluntades se presenten espontáneas para secun-

III. FORMAS DE PARTICIPACIÓN FEMENINA EN LAS CIUDADES

En efecto, tal como decían los periódicos, cuando recién se declaró la guerra, la ayuda femenina abarcó la confección de hilas principalmente³¹⁴ porque se sabía que eran un elemento indispensable en las ambulancias³¹⁵. Sin embargo, conforme pasaban los meses, esta cooperación abarcó nuevos ámbitos desarrollados en forma individual o colectiva, ya sea desde su casa habitación, a través de la Iglesia o el hospital.

Durante la preparación del ejército “se formaron comités en las cabeceras de provincias y departamentos encargados de recibir erogaciones para la adquisición de telas para el uniforme y confección de prendas interiores para la tropa. Las señoras formaron

darlas... la mujer cuzqueña ve partir a sus hijos, y al mismo tiempo que los inunda con su llanto, los retempla y los conforta... Con todos estos antecedentes ¿como vacilaré yo para pedir a la mujer cuzqueña que me ayude en la obra santa de alistar nuevas legiones, encargadas de vengar los últimos desastres de la bendita patria?... Toca pues a las familias, desprenderse de lo superfluo, y aún de parte de lo necesario, para que los Libres salgan de la ciudad y aún mejor equipados si fuese posible. Con tal propósito, invito a todas las señoras, y en particular a Ud., para que cooperen a la realización de esta idea”. Ahumada, Pascual: *La Guerra del Pacífico...*, Tomo III, pp. 217-218.

³¹⁴ *El Mercurio*, Valparaíso, 10 de abril 1879, p. 3; *El Constituyente*, Copiapó, 7 de abril de 1879, p. 1; *El Constituyente*, Copiapó, 10 de abril de 1879, p. 2; *El Ferrocarril*, Santiago, 2 de abril de 1879, p. 2; *Los Tiempos*, Santiago, 24 de octubre de 1879, p. 3; *Los Tiempos*, Santiago, 12 de noviembre de 1879, p. 3.

³¹⁵ *El 14 de Febrero*, Antofagasta, 13 de abril de 1879: “Con verdadero placer damos cabida a una nota digna de imitar. Señor presidente del directorio de la Ambulancia, Antofagasta abril 13 de 1879. Señor: en días pasados tuvimos el honor de remitir al señor Comandante en Jefe de las fuerzas de este litoral, una cantidad de hilos para los heridos que por desgracia resulten de la presente guerra. Así mismo ofrecíamos nuestros servicios para todo lo que fuera compatible con nuestro sexo y en provecho de nuestra patria. Consecuentes con nuestros propósitos, nos dirigimos a Ud., por medio de la presente, suplicándole que, si lo tiene a bien, se sirva disponer de nosotras para la preparación de las vendas y almohadillas que sean necesarias al servicio de la Ambulancia de que Ud. ha sido y es entusiasta iniciador. Nos apresuramos a ofrecer nuestros servicios porque hemos sabido que varias señoras de este puerto han puesto a su disposición una cantidad de género para la Ambulancia; ganadas por el mismo noble y patriótico deseo que nos anima a nosotras... Siendo esto así, sírvase Ud., señor presidente aceptar nuestra oferta y preferimos en el trabajo que solicitamos... Con sentimientos de verdadero aprecio y distinción, nos suscribimos a Ud. afectísimas atenta y S.S... Eufemia A. Fernández, Enulia A. Fernández”.

talleres en sus casas, a los cuales acudían niñas de toda condición a trabajar en la costura... En este delirio bélico, cada cual contribuía en la medida de sus fuerzas”³¹⁶.

Esta ayuda, fue reconocida no sólo por la prensa sino también por los propios contemporáneos que participaron en ella. Este es el caso de Arturo Benavides, quien informaba que después de la toma del *Huáscar*, “el gobierno adquirió elementos bélicos; en diferentes pueblos se organizaron nuevos cuerpos, reputados médicos tomaron a su cargo las ambulancias y hospitales de sangre, secundados por distinguidas damas y niñas de las más destacadas familias de la capital”³¹⁷.

Otras cooperaron ayudando a escribir cartas a aquellas mujeres que eran analfabetas y tenían a algún pariente en el campo de batalla. *El Nuevo Ferrocarril* afirmaba “que 20 a 50 cartas salían diariamente al norte escritas por honorables damas de la sociedad”³¹⁸.

La participación de la mujer chilena a veces llegaba por caminos insólitos, como fue el que le ocurrió a un soldado chileno quien siendo prisionero de los peruanos era trasladado en tren desde Mollendo. Este se detuvo en Pampa de Arriero y allí se encontró con una chilena la cual, “en cuanto nos divisó se vino al pie de nuestros carros y empezó a repartirnos agua con maternal solicitud... ¡Pobrecitos –nos decía con la voz quejumbrosa–, deben venir muertos de sed! Si yo hubiera sabido que venían, los hubiera esperado con alguna cosita para el camino; pero no sabía nada. Sólo ahora al pasar el tren, corrió por el pueblo que iban los prisioneros. Y les traje aguita que sea ¿No es cierto? Yo soy chilena, soy de Valparaíso. Aquí en el pueblo me respetan porque estoy casada con un peruano”³¹⁹.

³¹⁶ Machuca, Francisco: *Las cuatro campañas de la Guerra del Pacífico*, Tomo I, p. 120.

³¹⁷ Benavides Santos, Arturo: *Historia compendiada...*, p. 65.

³¹⁸ *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 3 de mayo de 1880, p. 4.

³¹⁹ Sienna, Pedro: *Recuerdos de El Soldado Desconocido...*, pp. 96–97.



Una chilena auxiliando con agua a los soldados chilenos a su paso por Perú.
En, *Episodios de la Guerra del Pacífico*, Zig Zag, 1931.

Otras mujeres actuaron viajando al lugar mismo en que se desarrollaban los acontecimientos bélicos, para dar un apoyo moral a los soldados, lo cual fue destacado por la prensa. “La acción que estas distinguidas señoras chilenas han llevado a cabo, da una prueba bastante elocuente del audaz carácter del chileno, da una prueba de que aún en los corazones femeniles se encuentra la energía y el valor. Esposas de respetables jefes del ejército quisieron llegar hasta ellos, en medio de los campamentos y compartir aunque fuera por breves instantes, las incomodidades y el mal clima de aquellos lugares”³²⁰.

Entendiendo que la lectura puede ser un paliativo para el aburrimiento de las largas estadías en los campamentos del norte,

³²⁰ *La Patria*, Valparaíso, 28 de enero de 1882, p. 2. Dichas señoras se trasladaron con gran dificultad, debido a lo poco transitable de los caminos, desde Lima al poblado de Chicla.

señoras donaron libros³²¹. Otra envió periódicos atrasados a los soldados para que se entretuvieran leyendo: “una señora ha tenido la bondad de remitir un paquete de los últimos números de *El Mercurio* para proporcionar lectura a la tropa del Regimiento N°2 de Artillería, sin fijarse en determinada persona”³²².

La llegada a Valparaíso de los sobrevivientes de la *Esmeralda* produjo honda repercusión en las damas, por lo cual “entre algunas amigas y vecinas hemos acordado adornar los frentes de nuestras habitaciones el día de la llegada del bravo Uribe y sus demás compañeros³²³. En Limache se le dio un homenaje a Condell en su viaje desde Valparaíso a Santiago y “todo el pueblo acudió a la estación: las señoritas, provistas de ramilletes y coronas de flores, abordaron por decirle así, los vagones y a porfía se apresuraban a manifestar a los bravos marinos los sentimientos de admiración que llenaban sus almas de ángeles”³²⁴.

No faltó tampoco la señora, que a pesar de sus escasos recursos económicos, cooperó con limosnas. “El Sábado se nos presentó Manuel Jesús Medina, Sargento 2° del batallón Rancagua, para pedirnos que diésemos las gracias en su nombre a una señora que andaba modesta y cariñosamente haciendo limosnas a los militares enfermos que desembarcaron del *Paita*... Diez centavos solamente recibió el Sargento Medina, pero con tanto agradecimiento, hoy sobre todo que ya están olvidándose de los pobres soldados, que él ha guardado la moneda como una verdadera reliquia”³²⁵.

También otras damas utilizaban su profesión como un medio de poder ayudar en la guerra. Es así como una matrona ofrecía sus servicios: “Irene López: discípula de don Estanislao del Río, antiguo profesor de partos, ofrece sus servicios al público, y gratis a las esposas de los soldados del Ejército Chileno. Su domicilio calle de Caracoles N° 6, Antofagasta”³²⁶.

³²¹ *El Ferrocarril*, Santiago, 3 de junio de 1879, p. 3.

³²² *El Mercurio*, Valparaíso, 9 de noviembre de 1880, p. 2.

³²³ *El Mercurio*, Valparaíso, 6 de enero de 1880, p. 2.

³²⁴ *Boletín de la Guerra del Pacífico*, p. 221.

³²⁵ *El Mercurio*, Valparaíso, 24 de octubre de 1881, p. 2.

³²⁶ *El 14 de Febrero*, Antofagasta, 1 de abril de 1879, p. 3.

Las ayudas y donaciones femeninas abarcaron todos los medios, los cuales fueron desde un pañuelo hasta el obsequio de un barco. Se recolectaba dinero a través de conciertos de beneficencia³²⁷, rifas³²⁸, bazares³²⁹, funciones teatrales³³⁰ y composición de “una preciosa mazurka titulada la *Victoriosa*”³³¹.

También se donaba ropa como camisas, calzoncillos, sábanas, pañuelos, chalecos. “Las señoritas encargadas de reunir objetos para los heridos de nuestro ejército han conseguido lo siguiente: 216 camisas, 234 pares calzoncillos, 36 fundas para el hospital, 25 pares sábanas, una bolsa ropa usada, hilas y vendas, 4 pañuelos, 3 camisas blancas, 3 pares calzoncillos casimir, 2 paletos paño, 1 blusa brin, 1 chaleco, 1 par medias lana, 1 casaca para militar, 1 cajón cristales para botica”³³². Los donativos abarcaban elementos como paño a crochet para guantes, cinturón, collar de azabache, peineta de moño, collar, un par de pulseras, almohadilla³³³.

³²⁷ *Los Tiempos*, Santiago, 10 de mayo de 1879, p. 3. *Boletín de la Guerra del Pacífico*, p. 6.

³²⁸ *Los Tiempos*, Santiago, 9 de agosto de 1879, p. 3. *El Mercurio*, Valparaíso, 12 de julio de 1879, p. 1.

³²⁹ *La Patria*, Valparaíso, 30 de abril de 1879, p. 3: varias señoritas solicitan al Intendente de Valparaíso permiso para abrir un bazar para contribuir con su producto a los gastos de la guerra.

Las damas peruanas y bolivianas de igual forma ayudaron a sus respectivos países recolectando dinero a través de conciertos, bazares, etc. Muestra de ello aquí van algunos ejemplos: Basadre, Jorge: *Historia de la República del Perú*, Editorial Historia, Lima, Perú, 1961, Tomo v, p. 2377. En 1879 “la municipalidad de la capital encomendó a 50 señoras colectar objetos y realizar su valor en bazares de venta públicas o en rifas en beneficio de las ambulancias, heridos, viudas y huérfanos y también con el propósito de aliviar las desgracias que resultasen de la guerra”.

La Patria, Valparaíso, 15 de agosto de 1881, p. 3. “Se realizó en La Paz el 28 de Julio, una función de beneficencia que consistió en un concierto vocal e instrumental a beneficio de los prisioneros peruanos en Chile. En dicha función iban a tomar parte las personas más distinguidas de la sociedad pacaña, entre otras las señoras de Campero, Diez de Medina, Bustamante, Solaguren, etc. y las señoritas San Martín, Sorneo, Pizarro, etc.”.

³³⁰ *La Patria*, Valparaíso, 21 de abril de 1881, p. 2.

³³¹ *El Ferrocarril*, Santiago, 5 de junio de 1879, p. 3.

Otras ofrecían donar joyas, como por ejemplo, doña Amalia Gándara quien ofreció sus joyas a Vicuña Mackenna para la fabricación de medallas a los marinos de Iquique deseando “que todas las mujeres de Chile hagan lo mismo”. *El Mercurio*, Valparaíso, 29 de mayo de 1879, p. 3.

³³² *El Mercurio*, Valparaíso, 10 abril 1879, p. 3. *El Estandarte Católico*, Santiago, 25 de marzo de 1879, p. 2. *Los Tiempos*, Santiago, 18 de mayo de 1879, p. 2. *El Constituyente*, Copiapó, 28 de mayo de 1879, p. 2.

³³³ *El Constituyente*, Copiapó, 11 de junio de 1879, p. 2.

La donación de dinero era algo que la prensa destacaba a diario que podía ser de pocos pesos³³⁴ a miles de ellos³³⁵. A otras señoras les preocupaba la salud de los combatientes y por ello enviaban naranjas para el ejército y armada en campaña³³⁶. También las damas, tanto dotaban de estandartes³³⁷ a los batallones, como confeccionaban coronas de flores para los soldados³³⁸.

La cooperación femenina abarcó Chile de norte a sur. En Caldera³³⁹, en La Serena “se han colectado \$205,88 para el socorro de viudas y huérfanos”³⁴⁰; de Melipilla “han mandado al norte

El Constituyente, Copiapó, 18 de abril de 1879, p. 2: Donación de una estudiante: “Cábeme pues la honra de depositar en manos de Ud. tres pequeñas obras, hechas por mí en la Escuela N° 6 de esta ciudad, las cuales han sido pagadas ya por la patria puesto que cada una me han concedido premio un cojín, un pañuelo bordado de rebozo, una carpeta para la mesa. Dio un total de más o menos 50 a 60 pesos”.

³³⁴ *El Ferrocarril*, Santiago, 3 de junio de 1879, p. 3. *El Constituyente*, Copiapó, 11 de junio de 1879, p. 2. *El Constituyente*, Copiapó, 17 de junio de 1879, p. 2. *El Constituyente*, Copiapó, 22 de diciembre de 1881, p. 2. *Boletín de la Guerra del Pacífico*, p. 64.

³³⁵ *El Constituyente*, Copiapó, 8 de noviembre de 1879, p. 2: “donación de señora Candelaria Goyenechea de Gallo: \$1000”.

³³⁶ *El Constituyente*, Copiapó, 16 de agosto de 1879, p. 2. *Los Tiempos*, Santiago, 29 de agosto de 1879, p. 3.

³³⁷ *El Constituyente*, Copiapó, 25 de julio de 1879, p. 2. *Los Tiempos*, Santiago, 15 de octubre de 1879, p. 2. *El Mercurio*, Valparaíso, 4 de febrero de 1880, p. 4.

Las damas bolivianas asimismo dotaban de estandartes a sus batallones: En Cochabamba un grupo de señoras después del desastre de Pisagua y San Francisco dirigió una carta abierta en la que decía: “también nosotras, madres, esposas, hermanas, hijas, llamadas a infundir aliento y señalar el camino del honor a los nuestros, concurrimos afanosas a la patriótica labor en nuestra débil y limitada esfera. Prenda de nuestro entusiasmo y de nuestra fe en el valor y en la dignidad de los hijos del pueblo que volaban a la defensa nacional, fue ese estandarte trabajado por nuestras manos, santificado por la bendición del cielo, enaltecido por los votos de nuestro corazón y regado con nuestras lágrimas y las de todo el pueblo”. Querejazú Calvo, Roberto: *Guano, salitre, sangre. Historia de la Guerra del Pacífico*, pp. 462–463.

Lo mismo hacían las señoras peruanas: “Las damas peruanas de Iquique, que no olvidaron un sólo momento a sus hermanos, a sus comprovincianos que formaban en los batallones Iquique y Tarapacá a cuyo valor el general Montero había encargado la defensa de Arica... Las damas peruanas acordaron obsequiar al batallón de Alfonso Ugarte, el mimado y opulento tarapaqueño, un estandarte”. Vargas H. Gerardo: *La batalla de Arica. 7 de junio de 1880*, Imprenta Americana, Lima, Perú, 1921, p. 262.

³³⁸ “Coronas: señoras se ofrecieron hacer alrededor de 600 coronas para los soldados del Regimiento Atacama que llegaron a Copiapó”. *El Constituyente*, Copiapó, 22 de marzo de 1881, p. 2. Pascual Ahumada: *Guerra del Pacífico...*, Tomo I, p. 518.

³³⁹ *El Constituyente*, Copiapó, 28 de julio de 1879, p. 3.

³⁴⁰ *Los Tiempos*, Santiago, 28 de octubre de 1879, p. 3. *Los Tiempos*, Santiago, 14 de junio

una caja con hilas, vendajes y almohadillas, hechos en las horas de recreo”³⁴¹; “varias señoritas de Doñihue ofrecieron al gobernador de Rancagua coser toda la ropa para los soldados del batallón Rancagua”³⁴², y en el extremo sur, “la comisión de señora nombradas en Ancud para coleccionar erogaciones para la guerra, ha reunido la suma de \$5.840 pesos”³⁴³ y “mujeres de Chiloé recolectaron 5840 pesos para la guerra”³⁴⁴.

El profundo sentimiento religioso que albergaban la mayoría de las damas de aquella época³⁴⁵, también contribuyó a la cooperación en beneficio de los más necesitados durante la contienda. Las chilenas residentes en Roma consiguieron una audiencia con el Papa León XIII donde “pidieron a S.S. que bendijese al ejército de Chile, y él lo hizo inmediatamente con mucha unción”³⁴⁶.

En Concepción, las socias de la Congregación de Hijas de María siguiendo los consejos del arzobispo y “acompañadas de otras señoras de esta ciudad, han pedido a sus habitantes erogaciones y subsidios para los gastos de la guerra y necesidades del ejército y muy especialmente para ayudar a costear una ambulancia u hospital militar... Deseamos trabajar por nosotras mismas y por

de 1879, p. 3. *Los Tiempos*, Santiago, 17 de agosto de 1879, p. 3. *Los Tiempos*, Santiago, 23 de agosto de 1879, p. 3.

³⁴¹ *Los Tiempos*, Santiago, 11 de mayo de 1879, p. 2.

³⁴² *El Constituyente*, Copiapó, 7 de abril de 1879, p. 1.

³⁴³ *Los Tiempos*, Santiago, 2 de agosto de 1879, p. 3.

³⁴⁴ *El Constituyente*, Copiapó, 16 de agosto de 1879, p. 2.

Erogaciones: *La Patria*, Valparaíso, 6 de mayo de 1879, p. 3; 8 de mayo de 1879, p. 4; 15 de mayo de 1879, p. 4; 16 de mayo de 1879, p. 4; 19 de mayo de 1879, p. 3; 21 de mayo de 1879, p. 4; 22 de mayo de 1879, p. 4; 16 de septiembre de 1879, p. 3.

³⁴⁵ Esto fue destacado por un sacerdote benedictino italiano: “Los chilenos son eminentemente religiosos y patriotas. La religión para la inmensa mayoría no es una teoría, sino una cosa real, el clero instruido y celoso, las mujeres virtuosas y devotas, y todo el pueblo amante de los ejercicios de piedad y de devoción”. Spila de Subriaco, R.P. Benedicto: *Chile en la Guerra del Pacífico*, pp. 23–24.

³⁴⁶ *El Mercurio*, Valparaíso, 18 de marzo de 1881, p. 3.

Este mismo hecho lo destacó el historiador peruano Tomás Caivano, aunque él agregó: “El Papa bendecía al ejército chileno, desde su silla infalible del Vaticano, en el día y momento mismo en que aquel consumaba, con el estrago e incendio de Chorrillos, uno de los hechos más inicuos y atroces que tenga que registrar la historia”. Caivano, Tomás: *Historia de la guerra de América entre Chile, Perú y Bolivia*, Tomo I, p. 416.

medio de otras señoras y de las comunidades de religiosas de esta ciudad, la ropa y útiles de cama para los enfermos y para proveer la referida ambulancia”³⁴⁷.

A través de rogativas se imploraba por el buen resultado de las batallas. “Según los informes que nos proporciona una beata se ha empezado a hacer rogativas en la Iglesia de la Merced para obtener del Dios de la Guerra, el triunfo de las armas chilenas en la actual contienda con Perú y Bolivia”³⁴⁸.

Para dar asilo y alimento a las desgraciadas mujeres que por cada vapor llegaban del norte, mientras lograban trabajo³⁴⁹, el Gobernador Eclesiástico Mariano Casanova reunió a un grupo de señoras con el objeto de implementar la ayuda social necesaria. Monseñor Casanova expuso que las “hermanas de la Providencia, ofrecieron su espaciosa casa para asilo de estos desgraciados mientras dure la actual necesidad y que de algún modo podrían atender a los pobres, si se les proporcionaban los medios indispensables... Todas las señoras presentes aceptaron con generoso entusiasmo este proyecto y ofrecieron su más activa cooperación y decidido empeño... Quedaron todas las señoras encargadas de solicitar del vecindario limosnas, camas, artículos de consumo y útiles de comedor, en especial platos y cucharas usados, a la mayor brevedad posible”³⁵⁰.

Almas caritativas donaron terrenos para construir casas para las viudas y huérfanos. “La señora Manuela España de Herboso no desmaya un momento para llevar a feliz término el noble y hermoso pensamiento de fundar en Quillota un asilo para las huérfanas de la guerra actual”³⁵¹.

³⁴⁷ Esto es transcripción de una carta que envía Víctor Lamas al Ministro de Guerra, en Concepción, a 15 de abril de 1879. *Boletín de la Guerra del Pacífico*: pp. 39-40.

³⁴⁸ *El Constituyente*, Copiapó, 21 de abril de 1879, p. 2.

³⁴⁹ *Boletín de la Guerra del Pacífico*: p. 76.

³⁵⁰ *Boletín de la Guerra del Pacífico*: pp. 76-77.

³⁵¹ *El Ferrocarril*, Santiago, 3 de noviembre de 1880, p. 2.

Por su parte, *El Mercurio*, lo destacó 2 meses después: “Caritativa acción de la señora España de Herboso. Luego deberá Quillota grandes beneficios a tan distinguida señora con motivo de la fundación en esa ciudad de la casa de huérfanos de la guerra. Por conducto fidedigno hemos sabido que el viernes estuvieron en Quillota

Las religiosas de diferentes congregaciones ayudaron en forma permanente durante toda la guerra principalmente en hospitales como por ejemplo las Hermanas de la Caridad³⁵², las cuales “aceptando gustosas el servicio de nuestros heridos, desalojando sus propias habitaciones para asilar a los enfermos, y cuidando con angelical desvelo a nuestro soldados en los hospitales militares, merece bien de la patria y su puesto de honor en la manifestación pública que se hace como recompensa de útiles y meritorios servicios”³⁵³.

Los heridos de los campos de batalla, una vez trasladados a las ciudades, encontraron justamente en estas religiosas un consuelo a su dolor. “Existen mujeres, toda dulzura y caridad, abnegación y cariño: estas mujeres, se habrá comprendido; son las monjas de los hospitales”³⁵⁴.

Otra congregación que ayudó en forma destacada fue la de San Vicente de Paul. “Ya están entre nosotros 6 hijas abnegadas de San Vicente de Paul, dirigidas por la madre Luisa, verdadera madre de los menesterosos dolientes del hospital de San Juan de esa ciudad. El día de la llegada a esta ciudad fue una verdadera fiesta para los militares. Un crecido número de gente se apiñaba en la explanada, bregando por acercarse a recibir a los ángeles de la caridad cristiana... Ya puede el soldado correr gustoso a defender los derechos conculcados de la patria, al campo de batalla; que no le faltará una mano amiga que restañe la sangre que vierta... lo que hemos podido ver y apreciar de cerca la decisión y empeño de estas santas mujeres por aliviar al que sufre, por dar la mano al caído indigente y apartarlo del camino extraviado, no podemos

las reverendas madres del Buen Pastor y el señor canónigo Prado con el objeto de recibirse de más de 8.000 pesos que, gracias a sus filantrópicos esfuerzos, ha conseguido reunir la señora España, y como si esto no fuera bastante, ha cedido además a beneficio de dicha casa dos cuadras de terreno de su propiedad”. *El Mercurio*, Valparaíso, 31 de enero de 1881, p. 2.

³⁵² *Los Tiempos*, Santiago, 29 de agosto de 1879, p. 3.

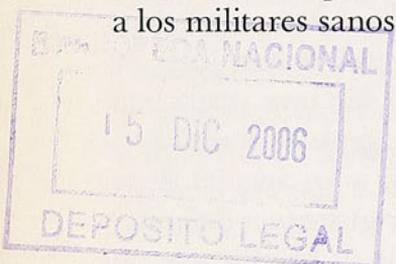
³⁵³ “Personas y corporaciones que se han distinguido durante la guerra en la provincia de Valparaíso”: *El Mercurio*, Valparaíso, 19 de agosto de 1881, p. 2.

³⁵⁴ Urquieta, Antonio: *Recuerdos de la vida de campaña de la Guerra del Pacífico*, Tomo I, p. 209.

menos que felicitarnos de tan buena compañía... Confiado el hospital de sangre a la dirección de dos buenos sacerdotes, de hoy más contarán los enfermos con los tiernos y cariñosos cuidados de las hermanas, único vacío que se notaba en este necesario establecimiento”³⁵⁵.

El Estandarte Católico destacaba que la Comisión Sanitaria “ha recibido con viva complacencia el caritativo y patriótico ofrecimiento de la Asociación de Señoras de la Caridad de San Vicente de Paul que Ud. como digno capellán y director le transmite, para recibir y asistir a sus propias expensas 30 heridos, suministrando esta comisión el servicio quirúrgico que necesiten”³⁵⁶.

Constituyó una preocupación permanente para la Iglesia, el apoyo tanto moral como espiritual para el soldado. Es por ello que los capellanes enviados al norte otorgaban este auxilio a la población civil y militar de la zona. Uno de los puntos más importantes lo constituía el poder conferir el sacramento del matrimonio tanto a los militares sanos como enfermos³⁵⁷.



³⁵⁵ *El Estandarte Católico*, Santiago, 22 de septiembre de 1879, p. 4, escribe el corresponsal desde Antofagasta.

³⁵⁶ *El Estandarte Católico*, Santiago, 26 de noviembre de 1879, p. 2. Escribe el doctor Wenceslao Díaz Lira de la Comisión Sanitaria del Ejército en Campaña agradeciendo al sacerdote Delaunay.

³⁵⁷ En carta del capellán castrense de Antofagasta, José Ramón Saavedra: “Hace sólo 6 días que en mi nuevo título de capellán de ejército... el Señor Obispo me faculta para casar a los militares enfermos y también a los buenos, en ausencia del Sr. Fontecilla... Sin embargo, juzgo que en el caso presente la hay muy justificada para hacer que el Señor Marchant entienda también en los matrimonios de los militares no enfermos. Es una anomalía bien notable, que el mismo cura interino que hace los casamientos en esta población, no haga el de los militares sanos”. Matte Varas, Joaquín: “Correspondencia de capellanes de la Guerra del Pacífico”, en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, año LII, N° 96, Santiago, 1985, pp. 390-391.

Posteriormente en otra carta de Eduardo Benavides Olea, capellán nombrado el 26 de febrero de 1880. “Por eso Ud. calculará sobradamente la angustia de esas gentes, pues, cuando atravesaba la calle de Antofagasta no sólo mujeres, sino también los hombres me decían: gracias a Dios que ya tenemos capellán”. *Ibid.*, p. 396.

IV. LA AYUDA DE LAS SEÑORAS EN EL ÁMBITO SANITARIO

Donde más se destacó la ayuda femenina fue en el ámbito sanitario³⁵⁸. Cuando empezó la Guerra del Pacífico, Chile no se había incorporado a la Convención de Ginebra y el servicio sanitario no existía como institución militar. Pero una vez que se declararon las hostilidades, se organizó la Cruz Roja, en todas las provincias del país. Para ello se colectaron fondos, se prepararon ambulancias, se echaron las bases de hospitales de sangre y por último se reunieron los elementos necesarios para las emergencias del porvenir.

Es aquí donde el papel de la mujer va a empezar a hacerse notar³⁵⁹, puesto que “el 5 de abril día de la declaratoria de guerra,

³⁵⁸ Las mujeres bolivianas, al igual que las chilenas, donde mayoritariamente ejercieron su ayuda fue en el campo sanitario: “La lencería, la inspección de la cocina y la del aseo general de la ambulancia, fueron encomendadas a la espontánea colaboración de algunas señoras, que generosamente han compartido con nosotros hasta el fin, la ardua tarea de la asistencia de tantos heridos, en las anormales condiciones en que nos encontrábamos después de la derrota”. En “Informe histórico del Servicio prestado por el cuerpo de ambulancias del ejército boliviano presentado al Supremo Gobierno” por el doctor Zenón Dalence, en *Diarios y Memorias de la Guerra del Pacífico*, Tomo I, p. 32.

El doctor Dalence continúa relatando que el 9 de septiembre (1880) llegaron a Arequipa donde encontraron a “un gran número de señoras de la clase más distinguida de la población que esperaban a nuestros heridos con el apresto necesario para proceder a su inmediata curación y para suministrarles un buen caldo y una taza de té. Se habían construido en corporación bajo la presidencia de las más respetables señoras... habían organizado a sus expensas una ambulancia civil, bajo el nombre de Ambulancia Arequipa. No se retiraron a descansar sino a las cuatro de la mañana, después de haber atendido y acomodado a cada uno de nuestros heridos, con el interés y cariño más exquisitos”. *Ibid.*, Tomo I, p. 67.

También Alberto del Solar hace mención a la ayuda de las peruanas. Estando en Tacna en mayo de 1880 dice: “He visitado los hospitales. Nuestros soldados están bien atendidos y se manifiestan conformes con su suerte. Las señoritas de Tacna se han demostrado humanitarias y valientes. Muchas de ellas se ocupan en atender a los heridos, sin distinción de nacionalidades”. Del Solar, Alberto: *Diario de campaña*, p. 163.

El Ferrocarril, reproduce: “Carta de una dama peruana a un personaje argentino” (De *El Plata* de Montevideo), fechada en Lima agosto 1 de 1880: “hace dos meses que vivo en un hospital donde estamos muchas señoras curando a los heridos traídos del sur. El trabajo que tengo en el hospital es recio y al principio lo consideré casi insoportable. Tenemos a 200 heridos a los que consagramos toda clase de cuidados. En los primeros días, creí no poder resistir ni la mitad del tiempo que necesitaban los heridos para curarse”. *El Ferrocarril*, Santiago, 12 de octubre de 1880, p. 2.

³⁵⁹ En Bolivia existió una mujer que participó activamente en las ambulancias. Ella era

jóvenes entusiastas echaron las bases de la Cruz Roja en la capital, se formaron comités en Valparaíso de hombres y las señoras formaron otro comité coadyudante”³⁶⁰.

Por una parte, la falta de hospitales para atender al gran número de heridos que dejó la batalla de Pisagua, hizo pensar en la necesidad de pedir la ayuda a la población civil para que los acogieran en casas particulares. Este requerimiento tuvo una pronta acogida entre las damas de la sociedad chilena: “las más distinguidas matronas disputan el alto honor de poder conducir a sus propias casas y asistir personalmente a cada uno de esos héroes manifestando que los heridos de Pisagua serían atendidos a domicilio por las señoras de Santiago”³⁶¹.

“Ignacia Zeballos viuda de Blan, nacida en Santa Cruz 49 años antes, que llegó del exterior a Tacna a ofrecer sus servicios como enfermera y participó en las excursiones que tropas aliadas hicieron a Ite y Moquehua montada en una mula y ayudando a las rabonas a cargar a sus hijitos o a los soldados su rifle”. Querejazú Calvo, Roberto: *Guano, salitre, sangre. Historia de la Guerra del Pacífico*, p. 560.

Ignacia Ceballos también es mencionada en: Ahumada, Pascual: *Guerra del Pacífico...*, Tomo III, pp. 361-362; Sanabria Fernández, Hernando: *Breve historia de Santa Cruz*, Bolivia, 1973, p. 93; Limpías Roca, Mario y otros: *Santa Cruz, ayer y hoy*. Editorial Los huérfanos, Bolivia, p. 62; Paredes de Salazar, Elssa: *Diccionario biográfico de la mujer boliviana*, Editorial Isla, La Paz, Bolivia, 1965, p. 304; Urquidi, José Macedonio: *Bolivianas Ilustres, heroínas, escritoras, artistas. Estudios biográficos y críticos*, Escuela tipográfica salesiana, La Paz, Bolivia, 1918, p. 290; Dalence, Zenón: *Diarios y Memorias de la Guerra del Pacífico*, Tomo I, p. 23.

³⁶⁰ Machuca, Francisco: *Las cuatro campañas de la Guerra del Pacífico*, Tomo I, p. 234.

³⁶¹ *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 17 de noviembre de 1879, p. 2.

Vergara, Rodolfo: “El cuidado de los heridos”. *El Estandarte Católico*, Santiago, 17 de noviembre de 1879, p. 2: “En varias ciudades se han preparado hospitales de sangre para curar a los heridos de nuestro ejército, pero esos establecimientos no bastan para el número de los que han de venir más tarde en busca de asistencia... La autoridad local se propone llamar a las puertas de los hogares de la capital en solicitud de una obra de caridad encomendándoles la asistencia de uno, dos o más heridos que han de ser traídos a Santiago para su curación. Ello sería también para nuestros defensores un consuelo eficaz en sus dolencias, ya que en los cariñosos cuidados de las señoras de Santiago verían el interés que despierta en todos los corazones chilenos la conservación de sus vidas tan caras para la patria”.

El Barbero, Santiago, 22 de noviembre de 1879, p. 2: “Ha sido recibida con general aplauso la idea de colocar los heridos en casas particulares, donde serán mejor atendidos que en los hospitales. Así las familias de la capital tendrán un extenso campo donde ejercitar su proverbial caridad. Algunas lo harán por conveniencia. Verbi-gracia las familias que posean en su seno una o dos hijas poco favorecidas por la naturaleza. Rara vez un bello oficial herido deja de tener bastante agradecimiento para no cerrar los ojos y aceptar el más dulce de los yugos”.

Este llamado se hizo efectivo poco después a través de la prensa: “La caridad de las señoras de Santiago se demostraría ahora como lo ha hecho siempre, ellas que desde la iniciación de la campaña se han ocupado de preparar los recursos que han de llevar el alivio a nuestros defensores, no podrían hacerse sordas al llamamiento que hoy les hace la autoridad. Una alcoba, un lecho y cuidados afectuosos y esmerados como ellas saben prestarlos he ahí lo que se les pide”³⁶².



“Con tan buen sistema de curación a los heridos,
¿quien no suspira por recibir un balazo?”.

En, *El Barbero*, Santiago, 20 de diciembre de 1879.

³⁶² Vergara, Rodolfo: “El cuidado de los heridos”. *El Estandarte Católico*, Santiago, 17 de noviembre de 1879, p. 2.

El Mercurio, en enero de 1881, acogía esta petición, “a las señoras de Santiago ha dirigido *Los Tiempos* las siguientes líneas que esperemos despierten en sus nobles corazones los impulsos generosos que tal vez por un descuido se han visto detenidos y no por falta de amor y de gratitud para con nuestros valientes”³⁶³. El periodista explicaba que llegaron los heridos del norte y que por falta de previsión del gobierno algunos heridos quedaron en la calle, sin ningún refresco a pesar del calor e incluso algunos por las curaciones tardías se les debieron hacer amputaciones “pero es preciso remediar el mal en lo posible. Las señoras de Santiago, como siempre, se pondrán a la obra con toda la actividad que les inspira su alma nobilísima, abrasada en el fuego de la cristiana caridad. Refrescos, hilas, frutas, todo lo llevarán a nuestros hospitales solícitas y cariñosas, con toda la afabilidad del que es acreedor el que ha caído peleando por la patria”³⁶⁴.

No obstante, la idea de colocar heridos en casas particulares luego fue desechada, lo que provocó la ironía de un corresponsal: “parece que la idea de enviar los heridos a casas de familia no se llevará adelante, por consideraciones muy fundadas. Serán destinados a hospederías donde estarán atendidos de manera que la asistencia de los médicos será más constante e impondrá menos sacrificios a las familias. Se quedan pues con los crespos hechos la infinidad de niñas que se preparaban a atenderlos en sus casas; pero daremos a los heridos la buena noticia que esos bellos ángeles han resuelto ir personalmente a asistirlos en el punto donde se les destine”³⁶⁵.

Los propios soldados sabían que las damas prestaban su asistencia a los heridos y esto fue destacado por un contemporáneo que estaba en Pisagua: “entre tanto algunos transportes son alistados para que hagan rumbo al Sur... ¡Esto si es espléndido! Las

³⁶³ *El Mercurio*, Valparaíso, 28 de enero de 1881, p. 2.

³⁶⁴ *Ibíd.*

³⁶⁵ *El Barbero*, Santiago, 22 de noviembre de 1879, p. 2.

Los Tiempos, Santiago, 19 de noviembre de 1879, p. 2: “Las señoras de Santiago aceptaron curar y cuidar a los enfermos de la guerra. Las señoritas Ossa y Cerda, instalaron un hospital para 25 pacientes en Argomedo... Otras señoritas serán enfermeras”.

heridas de estos valientes serán lavadas por las diminutas manos de las hermosas compatriotas. ¡Cuanto diera por estar también herido para gozar de esos favores!”³⁶⁶.

A veces los convalecientes que se daban de alta en los hospitales de sangre eran destinados a casas de sanidad donde “se han encargado de esta caritativa obra varias señoras que con gran entusiasmo se dedican a mejorar la suerte de nuestros valientes que defienden la honra de nuestra patria”³⁶⁷.

Las señoras también organizaron hospitales para cuidar heridos, como el de Hospicio “que fue arreglado para hospital de sangre, con el consenso de la Comisión de Señoras que se organizó con el noble fin de proporcionar atención, cuidados a los heridos que resulten de la actual campaña... atendido también por las hermanas de Caridad”³⁶⁸.

En los recintos hospitalarios, cercanos a los campos de batalla, la presencia femenina no sólo era de mujeres chilenas sino también de otras nacionalidades, quienes sin tener en consideración de que país provenía el herido, lo atendían exactamente igual. Un chileno tripulante del *Rimac*, fue tomado prisionero por los peruanos y estando enfermo en el hospital de Mollendo relataba que “la monja que nos atendía era una joven cari-redonda, de grandes ojos negros, a quien llamábamos cariñosamente *la hermanita Luisa*. Era de origen tropical, no recuerdo si de Colombia o Venezuela”³⁶⁹.

La mayoría de los heridos chilenos eran trasladados hacia el sur. Allí encontraron siempre una solícita atención por parte de las damas como por ejemplo, cuando llegó el *Loa*, donde “las res-

³⁶⁶ Venegas Urbina, Lucio: *Sancho en la guerra*, p. 58.

³⁶⁷ *El Estandarte Católico*, Santiago, 10 de diciembre de 1879, p. 2.

³⁶⁸ *Archivo del Ministerio del Interior*, Volumen 935, Doc. 5445, Copiapó, 5 de mayo de 1880. Fojas 95 hasta 123.

“Se está arreglando una casa de sanidad con el objeto de atender a los convalecientes que se den de alta en los hospitales de sangre. Se han encargado de esta caritativa obra varias señoras que con gran entusiasmo se dedican a mejorar la suerte de nuestros valientes que defienden la honra de nuestra patria”. *El Estandarte Católico*, Santiago, 10 de diciembre de 1879, p. 2.

³⁶⁹ Sienna, Pedro: *Recuerdos de El Soldado Desconocido...*, p. 86.

petables señoras corren al hospital para acomodar a los heridos³⁷⁰. Las señoritas Ossa, hijas de Francisco Ignacio Ossa preparan un local en la calle de Argomedo, en Santiago con 25 ó 30 camas para los heridos del norte y serán asistidos por Hermanas de la Caridad”³⁷¹. Así era como en general el trabajo voluntario de las mujeres se realizaba en el hospital, cuidando a los heridos y enfermos de la guerra³⁷².

A poco de comenzar el conflicto bélico, “varios particulares abrieron hospitales de sangre mantenidos con su propio peculio y erogaciones de su familia y amigos. En Santiago se distinguieron los sostenidos por Domingo Matte y familia y el de doña Magdalena Vicuña de Subercaseaux e hijas”³⁷³.

El Mercurio, hacia 1881 había cambiado su concepto sobre la ayuda de las damas chilenas cuando afirmaba que “las señoras, como siempre caritativas y patriotas, esperaban ayer desde temprano en la explanada, y atendían personalmente a los heridos a medida que desembarcan. En esta ocasión les sirvieron cordiales, que es lo que más conforta al soldado herido y lo que él más apetece, consiguiéndose así también aliviar el trabajo de los bomberos acelerando el transporte a los hospitales y despejando la calle pública. Al hospital enviaron también las señoras un fondo con caldo y cazuela de arroz, que por cierto llegó allí en momento el más oportuno, es decir, cuando los heridos quedaban ya instalados como en su propia casa, descansando de las fatigas de una larga jornada³⁷⁴. Las damas santiaguinas no debían jamás olvidar que los heridos de la guerra necesitaban un trato especial... “cuando alguno de ellos lleguen a Santiago, se pide a las señoras

³⁷⁰ *El Constituyente*, Copiapó, 7 de noviembre de 1879, p. 2.

³⁷¹ *Ibíd.*, 24 de noviembre de 1879, p. 2.

³⁷² *Ibíd.*, 16 de marzo de 1881, p. 1.

³⁷³ Machuca, Francisco: *Las cuatro campañas de la Guerra del Pacífico*, Tomo I, p. 240. Esto lo confirma Rafael Egaña quien asegura que Magdalena Vicuña de Subercaseaux apenas iniciada la Guerra del Pacífico “se apresuró a fundar un hospital, atendido personalmente por ella y por sus dignísimas hijas, heredera de sus nobles virtudes, la patria y la caridad”. Egaña, Rafael: *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 28 de agosto de 1881, p. 2.

³⁷⁴ *El Mercurio*, Valparaíso, 4 de febrero de 1881, p. 2.

de esa ciudad que recuerden lo que ellos han hecho por Chile y que los reciban y cuiden como se lo merecen³⁷⁵.

V. LA BENEFICENCIA DURANTE LA GUERRA: SOCIEDADES CREADAS DURANTE EL CONFLICTO

El regreso de mujeres, niños y soldados heridos, desde las zonas de operaciones bélicas, junto por otra parte, con las mujeres que permaneciendo en sus hogares quedaban viudas, planteó uno de los mayores problemas sociales de la guerra. Huérfanos y viudas desamparados sólo podían esperar el auxilio de la comunidad, puesto que el gobierno no disponía de los medios para hacerlo.

Valparaíso fue una de las ciudades que presentó mayores problemas sociales y requirió, por ende, en forma más inmediata ayuda. En el malecón del puerto se acumulaban los heridos y se improvisaban médicos y enfermeras para atenderlos.

A raíz de esto se fundaron numerosas sociedades de beneficencia³⁷⁶ a lo largo del país y aún cuando estas no nacieron bajo los auspicios de mujeres, la participación de estas fue decisiva para su funcionamiento. Aquí las damas encontraron la manera de ayudar en forma colectiva y su rol fue fundamental tal como lo destacó

³⁷⁵ Ramírez S, Augusto: *Los Tiempos*, Santiago, 12 de noviembre de 1879, p. 2.

³⁷⁶ En Bolivia y Perú asimismo se fundaron Sociedades de Beneficencia. *El Ferrocarril*, transcribió un artículo de *La Nación* de Sucre: "Sociedad de beneficencia de señoras. Sucre, Marzo 31 de 1881. Al señor general don Eliodoro Camacho. Santiago de Chile. Señor. La sociedad humanitaria de señoras que tengo el honor de presidir, grata como boliviana a los servicios prestados a las armas de la patria por nuestros prisioneros residentes en Chile, ha creído cumplir un deber de patriotismo haciendo un llamamiento al vecindario de la capital de Bolivia para enviar un socorro a nuestros expatriados hermanos, atenta servidora, Elisa La T. v. de Calvo". *El Ferrocarril*, Santiago, 10 de mayo de 1881, p. 1.

El Ferrocarril, Santiago, 24 de agosto de 1880, p. 1: "De la *Revista* de Lima: señora Jesús Y. de Piérola preside una nueva sociedad piadosa y hace un llamado a la generosidad de ellos, empezando por los que depende el comercio. Recibirá para después distribuir lana, muebles, telas, ropa blanca".

Benjamín Vicuña Mackenna, quien consideraba que fue obra de las mujeres el “repartir a domicilio los dones y el canasto que las sociedades colectoras tenían la misión de colocar. Compuestas las últimas generalmente de varones, necesitaban la firme percepción, la vigilancia cuidadosa y la abnegación sin límites de la mujer”³⁷⁷. Y agregaba que estas sociedades “están en plena actividad en el corazón de la mujer, de las infatigables creadoras y obreras de los bazares, y de los conciertos y de todas las fiestas sociales que la mujer preside y fructifica, y de igual manera están abiertos los hospitales de sangre que se deben a su munificencia y funcionan en los campamentos; las ambulancias, que deben a sus manos y a su providencia sus más útiles socorros”³⁷⁸.

1. *La Sociedad Protectora de Santiago*

La Protectora de Santiago fue la primera institución que nació con el objetivo de socorrer a las familias desamparadas por la guerra³⁷⁹ en junio de 1879³⁸⁰. Su propósito fue coleccionar fondos para socorrer las necesidades y mitigar los estragos de la guerra tanto en los soldados como en sus familias. El *Estandarte Católico* haciéndose eco de este problema afirmaba que entre los proyectos que hay después de los sucesos de la *Esmeralda* y *Covadonga* “¿habrá cosa más justa que socorrer pronto y generosamente a las viudas y huérfanos de los que han derramado su sangre, han dado gustosos su vida por mantener incólume el pabellón nacional? Las familias que engendran héroes deben ser adoptadas especialmente por la patria y atraerse todas las simpatías y la generosidad de los ciudadanos”³⁸¹.

³⁷⁷ *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 6 de septiembre de 1880, pp. 1-2.

³⁷⁸ *Ibid.*, p. 2.

³⁷⁹ Spila de Subriaco, R.P. Benedicto: *Chile en la Guerra del Pacífico*, p. 97: “las principales matronas de la capital fundaron la Protectora, o sea una institución en la cual tenían un vasto campo de acción, la filantropía, la caridad y el amor patrio de todas las clases de la sociedad”.

³⁸⁰ *El Ferrocarril*, Santiago, 8 de junio de 1879, p. 3.

³⁸¹ “Generosos pensamientos”. *El Estandarte Católico*, Santiago, 27 de mayo de 1879, p. 2.

Entre los objetivos de La Protectora, estaba el de socorrer a las viudas y huérfanos, hacer más llevadera la situación de las familias que hubiesen tenido algún miembro en la guerra y llenar las necesidades de los soldados que se encontraban heridos o enfermos³⁸². Así informaba *La Patria*: “muy bien atendidos están los heridos que se encuentran en los hospitales de la *Providencia* y *San Juan de Dios*. Comisiones de señoras y caballeros de la Protectora los visitan diariamente y los atienden en sus menores necesidades”³⁸³.

Constante ocupación del directorio de La Protectora, estaba el de devolver a sus hogares a los convalecientes y licenciados y obtener los sueldos atrasados de los soldados. Por ello es que “el servicio más positivo de La Protectora ha sido el facilitarles los medios de conseguir, a las familias que han perdido algún deudo y que no tienen asignación por no haber muerto en los combates, los sueldos atrasados del fallecido”³⁸⁴, y gestionar estas asignaciones para los que tienen derecho a ellas y procurarse los medios para realizar cada una de estas obras³⁸⁵.

Entre las finalidades de esta sociedad, estaba facilitar a las familias la comunicación con sus parientes en el ejército por medio

³⁸² *Memoria de los trabajos de la Sociedad de socorros La Protectora en el año comprendido entre el 30 de junio de 1880 y el 30 de junio de 1881*, p. 10. “La Intendencia del Ejército puso a nuestra disposición la ropa que hubiera de necesitarse y así las comisiones respectivas hacían llegar a los hospitales y Casa de Convalecientes trajes y calzados para los que habían perdido en los combates o durante su enfermedad. El número de trajes así distribuidos pasa de 3.000”.

³⁸³ *La Patria*, Valparaíso, 28 de enero de 1881, p. 3.

³⁸⁴ *Memoria de los trabajos de la Sociedad de socorros La Protectora...*, p. 10.

³⁸⁵ *Memoria de los trabajos de la Sociedad de socorros La Protectora...*, p. 8.
El Constituyente, Copiapó, 11 de enero de 1881, p. 2. Preocupación de la Sociedad Protectora por la situación de las viudas que se quedaron sin mesada. La Junta Patriótica de Chañarillo donó \$ 556,26.

El Constituyente, Copiapó, 15 de enero de 1881, p. 2. Las mujeres viudas de Copiapó agradecen a la Sociedad Protectora por la ayuda proporcionada.

La Patria, Valparaíso, 28 de enero de 1881, p. 3. “Muy bien atendidos están los heridos que se encuentran en los hospitales de la *Providencia* y *San Juan de Dios*. Comisiones de señoras y caballeros de la Protectora los visitan diariamente y los atienden en sus menores necesidades. *El Ferrocarril*, Santiago, 22 de octubre de 1880, p. 3. “Protectora: El señor González dijo que había hecho un arreglo con el señor Leoncio Salas para proporcionar a ciertas mujeres auxilios especiales. Se acordaron varias mesadas a mujeres de soldados”.



“Consolaos señora de la pérdida de vuestro heroico esposo, aquí tenéis las cartas de pésame, del Gobierno, de la Municipalidad y de la Protectora con tesoros y bellas palabras para alimentaros en vuestro abandono”.

El Barbero, Santiago, 27 de diciembre de 1879.

de la correspondencia. De este modo La Protectora envió al norte más de ciento veinte mil cartas. Otro de los servicios fue la remesa constante de encomiendas de las esposas y madres a los campamentos³⁸⁶. Estas misivas eran enviadas “libre de portes en todas las oficinas de correos y telégrafos del Estado”³⁸⁷.

³⁸⁶ *Memoria de los trabajos de la Sociedad de Socorros La Protectora...*, p. 9. (Fueron más de 1.900 encomiendas las que se enviaron al norte).

³⁸⁷ *El Ferrocarril*, Santiago, 3 de junio de 1879, p. 2, en carta dirigida por el Ministerio del Interior: Santiago, 30 de mayo de 1879.

Esto también fue reconocido para la Sociedad Protectora de Valparaíso y la de Talca: “Santiago, 15 de octubre de 1880. Decreto: teniendo presente que por decreto de fecha 30 de mayo de 1879 se dispuso que las oficinas de correos del Estado despacharan libre de porte la correspondencia de la Sociedad Protectora de Santiago, se hace extensiva dicha concesión a la Sociedad Protectora de Valparaíso”. Varas, José Antonio: *Recopilación de leyes, órdenes...*, Tomo vi, p. 299.

“Santiago, 13 de julio de 1880 Decreto: Se declara libre de porte la correspondencia que dirija la Sociedad denominada La Protectora de Talca que deberá llevar el sello de dicha asociación”. *Ibid.*, pp. 256-257.

Para la obtención de fondos, la Protectora por una parte recibía donaciones³⁸⁸, como por ejemplo del club patriótico de Valdivia, del batallón de soldados del Lautaro; de la colonia alemana de Valdivia, de Unión y de Río Bueno; del club alemán de Santiago³⁸⁹; organizaba fiestas, como la realizada por la Compañía de bomberos en diciembre de 1879, cuyas ganancias se distribuyeron entre más de 600 mujeres, esposas de soldados³⁹⁰; también recibía erogaciones del exterior³⁹¹; y obtenía ayuda económica del gobierno”³⁹².

Sin embargo, la más alta fuente de ingresos provenía de los particulares y ante esto *El Ferrocarril*, publicó una circular de La Protectora donde criticaba duramente a Santiago por cuanto las erogaciones han provenido principalmente de las provincias y no de la capital: “los recursos que han ingresado hasta ahora a su caja han venido en su mayor parte, de las provincias y entre éstas de las más pobres y desamparadas. En las erogaciones a favor de las viudas y huérfanos, no es la poblada y rica capital la que ha hecho inclinarse la balanza con el peso de sus dádivas; ha sido la provincia de Arauco o el territorio de Llanquihue o la reunión de cortas ofrendas de subdelegaciones y distritos de los más apartados departamentos de la República”³⁹³.

Todas las actividades realizadas por la Protectora fueron rentables, ya que a un año de su fundación tenía su caja “substancialmente provista de escudos” con ahorros que pasaron de los 7.000 pesos³⁹⁴.

³⁸⁸ *Los Tiempos*, Santiago, 15 de octubre de 1879, p. 3; *Los Tiempos*, Santiago, 25 de octubre de 1879, p. 3.

³⁸⁹ *Memoria de los trabajos de la Sociedad de Socorros La Protectora...*, p. 12.

³⁹⁰ *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 11 de diciembre de 1879, p. 3. *El Ferrocarril*, Santiago, 9 de agosto de 1880, p. 3: “Sociedad Protectora: gran beneficio a las viudas y huérfanos”.

³⁹¹ Recibía entre otros países desde Francia. *Memoria de los trabajos de la Sociedad de Socorros La Protectora...*, p. 12.

³⁹² *Ibid.*

³⁹³ *El Ferrocarril*, Santiago, 9 de agosto de 1880, p. 3. Ejemplos de recaudación hay cientos.

³⁹⁴ *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 6 de septiembre de 1880, p. 1.

Los Tiempos, Santiago, 29 de agosto de 1879, p. 3: “Protectora: habrá actividad en la Quinta Normal para recaudar fondos el 31 de agosto de 1879”.

2. *Sociedad Protectora de Valparaíso*

Pocos meses después de creada la Sociedad Protectora de Santiago, y de acuerdo con su idea de promover filiales en otras ciudades del país, se creó La Protectora de Valparaíso, el 30 de diciembre de 1879³⁹⁵. La gran diferencia con la sociedad de Santiago fue que ésta en uno de sus artículos destacaba expresamente la participación femenina: “serán miembros de esta Sociedad todas las personas caritativas, hombres o señoras, que se adhieran a estos estatutos o que contribuyan de cualquiera manera a la obra patriótica y humanitaria que se propone”³⁹⁶. E incluso dentro de su directorio, que estaba compuesto de 6 vocales, 3 de éstos eran mujeres, Luisa de Edwards, Isabel de Arlegui y Gertrudis de Lyon³⁹⁷.

La obra de estas mujeres fue reconocida por el gobierno. El Intendente Altamirano mandó una nota a la Cámara de Diputados para mostrarle los servicios prestados por la Protectora de Valparaíso: “creo que indicando a Ud. los nombres de las muy dignas señoras y caballeros que han formado los directorios sucesivos de esta asociación, bastará que la comisión comprenda quienes son los que merecen el mayor agradecimiento”³⁹⁸.

Los Tiempos, Santiago, 9 de septiembre de 1879, p. 3: “Fiesta en la Quinta Normal en beneficio de la Sociedad Protectora”.

Los Tiempos, Santiago, 21 de septiembre de 1879, p. 3: “Otra fiesta realizada por la Sociedad Protectora con música, desfile, representaciones en la Quinta Normal”.

Ibid., “Sociedad Protectora, dirigida por Manuel Jesús Herrera envió al ejército de Antofagasta 20.000 naranjas y gran cantidad de diarios para la Biblioteca”.

³⁹⁵ “Estatutos de la Sociedad Protectora de Valparaíso. Artículo 1º. Se establece en Valparaíso una Sociedad encargada de proteger a los inválidos, a las viudas, a los huérfanos, y a las demás personas que quedaren en desamparo por motivo de la guerra que sostiene la República. Artículo 2º esta Sociedad se llamará La Protectora. Artículo 3º serán ocupaciones de la Sociedad: proporcionar ocupación a los inválidos, viudas y resto de protegidos en condiciones de trabajar; socorrer como se pueda a deudos de los fallecidos en la guerra, a quienes no alcancen las pensiones o montepíos; buscar asilos a sus protegidos, especialmente a mujeres y niños en establecimientos de beneficencia o en casa de personas caritativas; favorecer la educación de los huérfanos; enviar con parientes a inválidos, huérfanos y demás protegidos que pertenezcan a otras provincias”. Varas, José Antonio: *Recopilación de leyes, órdenes...*, Tomo VI, p. 207.

³⁹⁶ *Ibid.*, p. 208.

³⁹⁷ *Ibid.*, p. 212.

³⁹⁸ “Nota reparadora”, *El Mercurio*, Valparaíso, 13 de septiembre de 1881, p. 2.

Las actividades de la Sociedad La Protectora de Valparaíso eran principalmente dotar de pasajes y mesadas a las mujeres de los soldados³⁹⁹, colocar hijos de éstas en el Asilo de la Patria⁴⁰⁰, socorrer con médicos y botica⁴⁰¹ y darles protección a las mujeres que volvían del norte⁴⁰².

Posteriormente se vio la necesidad que estas mujeres trabajaran, como un modo de paliar los gastos que ellas mismas originaban y de esta manera “disminuir las mesadas a las mujeres, que a juicio del directorio de señoras, puedan trabajar o no, tengan tanta necesidad de dichas mesadas”⁴⁰³.

Luego las Sociedades de La Protectora se extendieron por todo el país, llegando a “Iquique, Copiapó, Valparaíso, Talca y Concepción. Y donde no tienen ese nombre hacen análogos bienes a las familias de los soldados como en La Serena donde se llama Junta Patriótica”⁴⁰⁴.

³⁹⁹ *El Mercurio*, Valparaíso, 21 de abril de 1880, p. 2: Sesión presidida por Isabel Arlegui, piden pasajes, localidades para abrigo de las víctimas de la guerra.

Ibid., 28 julio de 1880, p. 2. Sesión presidida por Isabel Arlegui da pasajes por tren a mujeres de soldados, da mesada a mujeres que hijo muerto no le dejó.

⁴⁰⁰ *Ibid.*, 5 agosto de 1880, p. 2. Sesión presidida por Isabel Arlegui coloca hijos en Asilo de la Patria, da pasajes a larga lista de mujeres.

⁴⁰¹ *Ibid.*, 6 octubre de 1880, p. 2. Sesión presidida por Isabel Arlegui socorre con médico y botica a mujer de soldado, mesada.

⁴⁰² *Ibid.*, 21 septiembre de 1880, p. 3: Sesión presidida por Isabel Arlegui “vista la necesidad que hay de socorros a las repatriadas que, a juicio de la sociedad, son víctimas de la guerra, puesto que han tenido que abandonar cuanto poseían, y vuelven a su patria después de largos años de ausencia, el directorio acordó por unanimidad protegerlas, después de visitarlas por alguna de las señoras directoras y conocer sus necesidades”, instalación de hijos de mujeres en Asilo de la Patria, mesadas.

⁴⁰³ *Ibid.*, 27 julio de 1881, p. 2. Grupo de caballeros durante la presidencia de Alamos G. recibe una nota de “la presidenta del grupo de señoras en la que pide al directorio se le autorice para disminuir las mesadas a las mujeres, que a juicio del directorio de señoras puedan trabajar o no tengan tanta necesidad de dichas mesadas”. A esto se le contestó “que el directorio aceptará con gusto las observaciones de las señoras y las tomará en cuenta cada vez que se le presenten”. (Los grupos de caballeros ven los mismos temas como mesadas, pasajes, etc.).

⁴⁰⁴ *Memoria de los trabajos de la Sociedad de Socorros La Protectora...*, p. 13.

También en *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 6 de septiembre de 1880, p. 1.

3. *Asilo de la Patria*

Poco después de creada La Protectora, se vio la necesidad de instalar en algún lugar a los huérfanos que resultaren de la guerra⁴⁰⁵. De allí nació la idea de fundar el Asilo de la Patria, lo que llevó a la práctica el presbítero Ramón Angel Jara el 20 de julio de 1879⁴⁰⁶, secundado por la ayuda de damas santiaguinas.

El Diario Oficial de junio de 1882 informaba que el objetivo de esta institución era “dar habitación, alimento y educación a los hijos varones de los militares muertos en el ejército y armada de la República, durante la presente guerra y aquellos niños que, no teniendo padres hayan perdido por la misma causa a su padre adoptivo, y a su único protector”⁴⁰⁷.

El Asilo de la Patria fue dividido en dos secciones, una para los hijos de los jefes y oficiales, los que hacían un curso literario comercial; y la otra para los hijos de las clases y soldados que adquirieren el aprendizaje de algún oficio, conjuntamente con los ramos de instrucción primaria⁴⁰⁸.

El Asilo comenzó sus actividades con 37 huérfanos y en septiembre de 1880, se anunció que no se pensaba cerrar el año sin albergar a 100 niños. Se mantuvo por medio de actividades caritativas como bazares, limosnas, conciertos y fiestas, donde destacaron activamente damas de sociedad⁴⁰⁹.

El 26 de diciembre de 1879 se publicó una proclama de La Protectora a los soldados de Chile, explicándoles lo siguiente: “a

⁴⁰⁵ *Memoria de los trabajos de la Sociedad de Socorros La Protectora...*, p. 13, “juntamente con la Sociedad del Perpetuo Socorro debe recordarse el Asilo de la Patria, que ha recibido más de 15 niños que le han sido remitidos por La Protectora”.

Los Tiempos, Santiago, 5 de diciembre de 1879, p. 3: Protectora: en sesión, entre otros temas se discutió lo siguiente: varias señoras tuvieron la idea de crear un asilo para los huérfanos de la guerra. Piden a la Protectora ayuda de \$500 y a la comisión de donativos, \$1000 para Asilos de la Patria.

⁴⁰⁶ *El Ferrocarril*, Santiago, 15 de agosto de 1881, p. 2. *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 6 de septiembre de 1880, p. 2.

⁴⁰⁷ *Diario Oficial de Chile*, Santiago, 19 de junio de 1882, pp. 1-2.

También en *El Ferrocarril*, Santiago, 15 de agosto de 1881, p. 3.

⁴⁰⁸ *Diario Oficial de Chile*, Santiago, 19 de junio de 1882, p. 1.

⁴⁰⁹ *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 6 de septiembre de 1880, p. 2.

más de las Sociedades Protectoras análogas a las nuestras establecidas en Valparaíso y Copiapó, en Santiago se ha fundado el Asilo de la Patria donde se dan comida, habitación, vestuario y educación a los huérfanos de los oficiales y soldados”⁴¹⁰.

Al igual que lo había hecho con las otras sociedades benéficas, el Gobierno declaró “libre de porte” a la correspondencia que se dirigía al Asilo de la Patria⁴¹¹.

Tan conocido llegó a ser el Asilo como una institución que velaba por los huérfanos que llevó a situaciones como la que relató *El Nuevo Ferrocarril*: “Un individuo, con traje de soldado, aspecto muy joven y no mal parecido, se presentó ayer al señor Ramón Jara. Llevaba un niño en los brazos: Señor, le dijo, en pocos días más debo partir al norte. Tengo este niño que Ud. ve, no tengo familia a quien dejarlo. Se lo entrego a Ud. Démele un lugar en el Asilo de la Patria, y tendrá mi eterna gratitud. Perfectamente, amigo mío. Y quién es el padre de este niño? No lo sé señor, respondió el soldado bajando los ojos. ¿No lo sabes? Pero al menos la madre, ¿quién es? ¡La madre soy yo! Se comprende la sorpresa del señor Jara. Al principio creyó en una broma, pero la actitud y la cara del soldado no eran absolutamente de broma. ¡Tu la madre! Vamos habla formalmente. Si señor, yo soy la madre, pero ¿quién eres, entonces? ¡soy la cantinera de mi regimiento! El enigma quedaba descifrado”⁴¹².

4. Asilo La Purísima

Pero no sólo los huérfanos varones fueron objeto de la caridad de las señoras chilenas sino también las niñas. Para este efecto se creó otro Asilo, el cual fue llamado de La Purísima para albergar a las huérfanas de la guerra. El mismo presbítero, señor Jara, auxiliado por la comisión central de donativos, arregló con este objeto un departamento especial. Sostenía a 80 niñas, 48 hijas de

⁴¹⁰ *Archivo Nacional, Fondo Benjamín Vicuña Mackenna*, Vol. 222, Folio 29; firman “Los miembros de la Protectora”.

⁴¹¹ Varas, José Antonio: *Recopilación de leyes, órdenes...*, Tomo VI, p. 284. Fechado en Santiago, 13 de septiembre de 1880.

⁴¹² *El Nuevo Ferrocarril*, 22 de septiembre de 1879, p. 3.

oficiales, “las que reciben una educación especial subvencionada por el Gobierno con \$4.000 anuales. Su dirección está encomendada a las religiosas de la Inmaculada Concepción”⁴¹³.

Es posible que esta institución fuera el resultado de una serie de peticiones que se hicieron a través de la prensa, para fundar un asilo que protegiera a las niñas desamparadas por causa de la guerra. *El Mercurio* del 8 de diciembre de 1879, informaba que las señoras de Santiago “con el ardiente deseo de servir al desvalido, de asegurar el porvenir de las huérfanas de los valientes soldados del ejército ha tenido la idea de organizar un asilo para la hijas de esos derrotados defensores de la patria”⁴¹⁴.

La subvención de este Asilo también corrió por cuenta de las damas, las cuales efectuaban bazares o rifas para colectar fondos para su mantención. “Gran bazar a beneficio del Asilo de la Purísima. Las abajo suscritas tenemos el honor de anunciar a la sociedad de Santiago que en el almacén de la calle Ahumada, n° 14, se recibirán desde hoy los donativos con que todos, ricos y pobres, quieran contribuir a organizar un bazar en beneficio de las huérfanas de la patria” firmando a continuación más de 40 señoras de la sociedad de Santiago⁴¹⁵.

5. Casa de María

La Casa de María fue otra institución de beneficencia para la protección de niñas huérfanas de la guerra. Sus objetivos fueron similares a la anterior, o sea brindarles casa, comida y educación. Su fin se dirigió a las huérfanas desvalidas que “por su posición social no pueden ocuparse en las casas particulares en calidad de sirvientes”. Por esa razón su educación estuvo dirigida para hacerlas “háviles para institutrices y para ayudantas de los dueños de casa en los quehaceres domésticos”⁴¹⁶.

⁴¹³ *Diario Oficial de Chile*, Santiago, 19 de junio de 1882, p. 2.

⁴¹⁴ *El Mercurio*, Valparaíso, 8 de diciembre de 1879, p. 3.

⁴¹⁵ “Gran bazar”, *El Ferrocarril*, Santiago, 30 de abril de 1881, p. 2.

⁴¹⁶ *Diario Oficial de Chile*, Santiago, 19 de junio de 1882, p. 2.

La Casa de María fue dirigida por la Congregación de las Hermanas de la Casa de María, institución fundada para este fin, en el mismo establecimiento que acogía al Asilo de la Purísima⁴¹⁷.

6. Sociedad del Perpetuo Socorro

De todas las sociedades la más importante, sin lugar a dudas, fue la Sociedad del Perpetuo Socorro, fundada el 15 de diciembre de 1879⁴¹⁸ por las señoras de Santiago⁴¹⁹, quienes debían aceptar los Estatutos y suscribirse “a lo menos con un peso mensual”⁴²⁰.

Esta Sociedad nació con el objeto exclusivo de auxiliar a toda “persona o familia que, teniendo algún deudo en el ejército no perciba mesada o asignación de persona alguna”⁴²¹ pero no sólo proporcionó casa y comida a las mujeres de los soldados que se encontraban en el ejército expedicionario del norte, sino también dio instrucción a los hijos de las mismas, para cuyo efecto fundó varias escuelas⁴²².

Su primera presidenta fue Dolores Vicuña de Morandé, quien relató los motivos que llevaron a la fundación de dicha Sociedad: “cuando todas corríamos a los hospitales a restañar esa sangre preciosa, nadie cuidaba de enjugar las lágrimas que estas victorias arrancaban del corazón de la viuda o de la desolada madre, y estas desgraciadas quedaban a merced de la Providencia... El 12 de diciembre de 1879 se publicó una hoja suelta invitando a las

⁴¹⁷ *Ibíd.*

⁴¹⁸ *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 6 de septiembre de 1880, p. 1. Vicuña Mackenna, Benjamín: *Dolores. Homenaje a la mujer chilena. Dolores Vicuña de Morandé*, p. 72: Dolores Vicuña fundó en diciembre de 1879 la “Sociedad de Perpetuo Socorro la cual ha amparado durante la guerra a 900 mujeres, dándoles pan, techo y una abundante comida”.

⁴¹⁹ *Archivo Nacional*, Fondo Benjamín Vicuña Mackenna, Vol. 222, Folio 29: “recientemente a cargo de las más piadosas y patriotas señoras de la capital, se ha organizado una sociedad con el nombre La Virgen del Perpetuo Socorro destinada a dar alimento abundante, habitación cómoda, vestuario y trabajo a las que carecen de todo recurso o tienen numerosa familia que mantener”.

⁴²⁰ *Los Tiempos*, Santiago, 28 de diciembre de 1879, p. 3.

⁴²¹ *Ibíd.*

⁴²² *El Ferrocarril*, Santiago, 15 de agosto de 1881, p. 3.

señoras de Santiago a presenciar el reverso de la medalla de nuestras glorias... Santiago no fue sordo a este llamamiento y con gusto recibimos todos los donativos en ropa o en especies”⁴²³.

La Sociedad del Perpetuo Socorro ayudó diariamente, hasta la vuelta del ejército a Chile, a 918 personas “dándoles a 668 habitación, alimento, luz y jabón y a 250 alimento solamente; han nacido en estos pobres asilos 150 niños; han asistido diariamente a las escuelas públicas 140 niños de ambos sexos; se han casado 8 de los asilados; se han asistido con médico, medicinas y dieta a 320 enfermos entre mujeres y niños; han vivido holgadamente en 7 casas o conventillos que contenían 120 habitaciones y han muerto 8 mujeres, dejando a sus hijos a cargo de la Sociedad, la que los ha devuelto a sus padres cuando han llegado del Norte. Niños han muerto 90”⁴²⁴.

Al igual que el Asilo de la Patria, los fondos de la Sociedad fueron en parte subsidiados por la Protectora⁴²⁵. Pero a pesar de toda la ayuda recibida, la Sociedad del Perpetuo Socorro tuvo siempre agudos problemas económicos, básicamente por el alto número de albergadas a las que debían cubrir sus necesidades más urgentes.

Siendo la situación pecuniaria tan crítica, su directora, la señora Morandé, se presentó ante el Ministro de Guerra, José Francisco Vergara, para exponerle la aflictiva situación por la que pasaba la entidad: “Señor hemos cerrado ya un Asilo ¿será posible que las mujeres de nuestros soldados se queden sin pan y sin hogar?”⁴²⁶. *El Nuevo Ferrocarril*, expuso este problema destacando que “mientras los gastos crecen en proporción a los que tienen hambre y quedan solos por la guerra, los recursos bajan lamen-

⁴²³ Vicuña Mackenna, Benjamín: *Dolores. Homenaje a la mujer chilena. Dolores Vicuña de Morandé*, p. 113. Esto lo dijo la señora Morandé con ocasión del primer aniversario de la Sociedad del Perpetuo Socorro.

⁴²⁴ *Memoria de los trabajos de la Sociedad de Socorros La Protectora...*, p. 20. Anexo n° 2.

⁴²⁵ *Memoria de los trabajos de la Sociedad de Socorros La Protectora...*, p. 21: Entradas y gastos de la Sociedad del Perpetuo Socorro desde su fundación hasta el 1 de julio de 1881 en pesos: “donativos \$4.250; Sociedad Protectora \$4.300; gobierno \$2.000; Municipalidad de Santiago: \$864; bazares \$688; conciertos \$574; donaciones \$2.974”. Firma D. v. de Morandé presidenta, Susana Calvo tesorera.

⁴²⁶ *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 13 de septiembre de 1880, p. 3.

tablemente, y la Sociedad se ha visto amenazada con tener que cerrar sus Asilos, si el público no las salva”⁴²⁷.

No obstante, los aportes individuales fueron en ocasiones muy generosos, como el de un anónimo señor que entregó cien pesos para socorrer “a tanta infeliz que viste hoy la triste túnica de las viudas”⁴²⁸.

La infatigable obra de estas damas fue resaltada por Vicuña Mackenna quien refiriéndose a la Sociedad del Perpetuo Socorro afirmaba que “incalculables son los resultados de oportunidad, economía y buena distribución que así se obtienen, porque si alguien es capaz de realizar en este siglo de incredulidad, el milagro de cinco panes, es la mujer chilena y especialmente la mujer santiaguina. Con quinientos pesos mensuales que recibe la santa ecónoma del Perpetuo Socorro, de la Protectora y de la Comisión de Subsidios, y con las migajas que sus angelicales compañeras recogen como las hormigas en los almacenes y en los bodegones, en las chacras, en los mercados, en el Matadero mismo, que es su columna, logran vestir, alimentar, enseñar, alumbrar y surtir de todos los menesteres menudos de la economía doméstica, desde el jabón de aseo al brasero de abrigo, a no menos de 500 mujeres desvalidas e igual o mayor número de niños. Y no es un verdadero milagro hacer vivir a un ser humano con cincuenta centavos al mes, dos centavos por día”⁴²⁹.

Lo más destacable fue el hecho de que las esposas de los soldados recibieron ayuda, pero a la vez trabajaban en una de las casas de la Sociedad del Perpetuo Socorro, haciendo los uniformes para los distintos regimientos, de este modo “las mujeres que habían visto partir a sus maridos a la guerra, se entregaban con ardor al trabajo”⁴³⁰.

⁴²⁷ *Ibid.*, 22 de abril de 1880, p. 4. *Ibid.*, 4 de octubre de 1880, p. 4.

⁴²⁸ *Ibid.*, 24 de febrero de 1881, p. 3.

⁴²⁹ Vicuña Mackenna, Benjamín: *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 6 de septiembre de 1880, p. 1.

⁴³⁰ Cristi, Mauricio: *Lectura patriótica...*, p. 10.

Los Tiempos, Santiago, 30 de enero de 1880, p. 3: La Protectora: “no sólo alimenta y viste a las familias de los soldados; también ha encontrado trabajo para 30 familias en la Fábrica de Fósforos de Rancagua; la mayoría mujeres y viudas. Solicitan pasajes libres en el tren”.

Tal como afirmaba Vicuña Mackenna, tanto la Protectora como la Sociedad del Perpetuo Socorro trabajaron siempre unidas en “la necesidad de las mujeres de nuestros soldados”⁴³¹.

VI. MUJERES QUE SE DESTACARON POR SUS OBRAS DE BENEFICENCIA

El rol de la mujer como cooperadora en la guerra fue por lo general anónimo. Sin embargo, hubo casos en que ciertas mujeres se destacaron, ya fuera por su ayuda pecuniaria, su participación en los hospitales o en alguna de las Sociedades de beneficencia.

1. *Juana Ross de Edwards*

Juana Ross de Edwards⁴³², residente en Valparaíso, se destacó no sólo por su ayuda en dinero sino principalmente por su labor en relación con el servicio sanitario. Es así como teniendo conocimiento que uno de los mayores problemas que se suscitaron cuando se inició el conflicto bélico, tenía relación con el ámbito hospitalario, dedicó gran parte de su tiempo y de su dinero en él. Por ello cuando se formó en su ciudad natal el primer comité de la Cruz Roja “la filantrópica señora doña Juana Ross de Edwards, cooperó con entusiasmo, moral y pecuniariamente”⁴³³.

De los hospitales creados a raíz de la guerra, *El Mercurio* citaba como modelo “el Hospital de don Agustín Edwards, fuer

⁴³¹ Vicuña Mackenna, Benjamín: *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 6 de septiembre de 1880, p. 1. Asimismo en *Memoria de los trabajos de la Sociedad de Socorros La Protectora...*, p. 13.

⁴³² Juana Ross era la esposa de Agustín Edwards Ossandón, destacado hombre de negocios en la minería y la banca, además de Diputado por Valparaíso. Su hijo, Agustín R. Edwards Ross de igual forma tuvo un relevante papel dentro de la política nacional. Diputado, Senador y Ministro de Estado. En 1884, adquirió el diario *El Mercurio*, siendo por un tiempo su director.

⁴³³ Machuca, Francisco: *Las cuatro campañas de la Guerra del Pacífico*, Tomo 1, p. 235.



Juana Ross de Edwards.
Colección Museo Histórico Nacional.

temente subvencionado por su señora madre doña Juana Ross de Edwards”⁴³⁴.

La casa de doña Juana llegó a ser un lugar obligado para concentrar las ayudas humanitarias de la guerra y “como un ejército a la voz de mando de su jefe, acudieron ayer las señoras al llamamiento que se les hizo para que pidiesen costuras en la casa de la señora Ross de Edwards. Gracias a esto pudieron entregarse ayer mismo como 700 sábanas, las que alcanzaran para habilitar unas 120 camas; pero como son 500 las camas que es preciso tener listas, resulta que todavía hay de dar una nueva carga sobre la marcha, como quien

dice otra batalla de Miraflores, que esperamos se libre hoy mismo, gracias al denuedo y patriotismo de nuestras damas, quienes con el mismo entusiasmo que celebran nuestras glorias, acuden cuando se presenta ocasión a restañar la sangre de los heridos y a enjugar las lágrimas de las viudas y huérfanos⁴³⁵.

La Patria hacía notar las grandes sumas de dinero donadas por doña Juana, a lo cual sumaba su ayuda personal, como atestiguaba el médico encargado del hospital: “La señora Ross de Edwards y Ud. mismo, no satisfechos con sufragar los gastos permanentes de la sala de San Agustín, me dieron autorización ilimitada para comprar cuanto creyese útil o agradable a los enfermos,

⁴³⁴ *Ibid.*, p. 242.

⁴³⁵ *El Mercurio*, Valparaíso, 28 de enero de 1881, p. 2.

cualquiera que fuera su costo, con especial encargo de suministrarles bebidas y alimentos de lo más delicado. La misma señora personalmente les servía la comida”⁴³⁶.

La labor de la señora Edwards fue reconocida por el propio gobierno quien la distinguió debido a que “ha secundado en todos sus actos de abnegación y desprendimiento” a su hijo Agustín Edwards⁴³⁷.

También el gobierno le hizo entrega de una medalla de honor, simbolizando en ella su reconocimiento a miles de mujeres, de todos los sectores sociales, que habían puesto sus esfuerzos al servicio del país. Se le destacó su “inagotable caridad... que siempre con mano generosa ha acudido en auxilio de los pobres y enfermos y que en las más angustiadas circunstancias porque atravesó la República fue el verdadero paño de lágrimas de los heridos, viudas y huérfanos de la guerra... facilitando sin interés fuertes cantidades en Europa, en los momentos que no había un sólo centavo para comprar buques y armas”⁴³⁸.

La señora Ross valoraba la importancia que podía tener para un batallón el contar con su propio estandarte, por ello regaló uno al Regimiento 2º de Línea, debido a que éste se había perdido en la acción de Tarapacá. Esto fue agradecido por Eulogio Altamirano: “Esta circunstancia me permite ahora dirigirme al valor, al patriotismo, al honor militar, tan dignamente representado por vosotros, en nombre de lo que para todos hay de más dulce en el recuerdo de la patria ausente: las madres, las hermanas, las esposas y las hijas, que si hoy guardan sus lágrimas para compartir vuestros dolores, se ocupan a la vez en tejer las coronas que esperan colo-

⁴³⁶ *La Patria*, Valparaíso, 12 de septiembre de 1881, p. 2. Carta de agradecimiento del doctor Manuel Ramírez a Agustín Edwards, por la clausura de la sala San Agustín en el hospital de caridad (28 de agosto de 1881).

El Mercurio de igual modo destacaba su filantropía: “Una nueva prueba de la generosidad y notables sentimientos hizo brotar a la señora Ross Se organizó una rifa en Valparaíso y ella contribuyó con \$1000”. *El Mercurio*, Valparaíso, 19 de enero de 1880, p. 2.

⁴³⁷ Ahumada Pascual: *Guerra del Pacífico...*, Tomo VI, pp. 270-271. Proyecto de ley para recompensar a las personas que ayudaron en la guerra, entre ellas a Juana Ross de Edwards, 5 de agosto de 1881.

⁴³⁸ *La Patria*, Valparaíso, 8 de agosto de 1881.

car en vuestras frentes victoriosas. En esa legión formada por los ángeles de vuestros hogares, encontrareis de seguro cuando volváis a la patria a la señora que habéis elegido como madrina de vuestro estandarte”⁴³⁹.

El Batallón Quillota también se vio beneficiado con el aporte de la señora Juana la cual fue considerada por ellos como “la más caritativa de todas las matronas chilenas”⁴⁴⁰.

Las obras de generosidad de la señora Ross eran tan conocidas que, incluso el periódico *El Ferrocarrilito*, le dedicó un poema:

“Doña Juana Ross viuda de Edwards
Si como ella emplearan su fortuna
todos los ricos que en la tierra hubiera,
la miseria sus alas no extendiera
ni en el lecho del pobre, ni en su cuna.
Cual Burdett Coutts de la nación chilena
presta auxilio a toda obra bienhechora,
encontrándola el pobre a toda hora
caritativa siempre y siempre buena”⁴⁴¹.

2. Isidora Goyenechea de Cousiño

La ayuda de doña Isidora⁴⁴², tal como la de la señora Edwards abarcó varios ámbitos, y, al igual que ella, se destacó por su contribución al aportar grandes sumas para la organización de hospitales de sangre⁴⁴³.

El Batallón Quillota le hizo un reconocimiento público agradeciendo su ayuda y diciendo “que se recordará de ella la conducta

⁴³⁹ Del Canto, Estanislao: *Memorias militares...*, Tomo I, p. 132. En Lurín, el 9 de enero de 1881, habló Eulogio Altamirano en representación de Juana Ross de Edwards, quien había regalado un estandarte.

⁴⁴⁰ Figueroa Brito, Francisco: *Organización y campaña a Lima del Batallón movilizado Quillota*, p. 42.

⁴⁴¹ *El Ferrocarrilito*, Santiago, 8 de abril de 1880, p. 3.

⁴⁴² Isidora Goyenechea era una mujer de gran fortuna; hija de los dueños de la mina de plata de Chañarillo y esposa de Luis Cousiño, continuador de la obra de su padre en la industria del carbón de Lota. En 1873, heredó de éste las valiosas minas de carbón.

⁴⁴³ Machuca, Francisco: *Las cuatro campañas de la Guerra del Pacífico*, Tomo I, p. 240.

patriótica y el noble desprendimiento que ha demostrado la señora Cousiño en esta gloriosa guerra”⁴⁴⁴.

Posteriormente también ella se vio incluida en el proyecto de ley para recompensar a las personas que ayudaron en la guerra, destacando el hecho que la señora Isidora Goyenechea de Cousiño donó unos de sus vapores, “el *Matías Cousiño* que ha sido durante toda la campaña un auxiliar importante de la escuadra” y que puso más tarde “a disposición del Estado otra de sus naves, sus trayéndolas a las tareas en que estaban ocupadas en su establecimiento industrial de Lota”⁴⁴⁵.

3. *Rosa Aldunate de Waugh*

Rosa Aldunate de Waugh, nieta del general Carrera, fue otra de las damas que la prensa de la época destacó. Ella trabajó principalmente en organizar rifas, fiestas y otros menesteres⁴⁴⁶ para así ir en ayuda a los niños huérfanos debido a la guerra.

Fue definida como una “obreroa infatigable de la guerra y de la paz. Día y noche estuvo atenta para contar los latidos de la patria para atender a los heridos y para suministrar recursos a sus familias”⁴⁴⁷.

Trabajó asiduamente en “la confección de primorosos bordados para venderlos o rifarlos y aliviar con el producido a los huérfanos”⁴⁴⁸ y de dar crecidas sumas a la Protectora.

⁴⁴⁴ Figueroa Brito, Francisco: *Organización y campaña a Lima del Batallón movilizado Quillota*, p. 75. En la ciudad de Pisco, 1^o de enero de 1881.

⁴⁴⁵ Ahumada, Pascual: *Guerra del Pacífico...*, Tomo VI, pp. 270–271.

Su desprendimiento se demostró en diversas ocasiones como por ejemplo: “Honor y Patriotismo: la señora Goyenechea, viuda de Cousiño puso a la disposición del gobierno los elementos marítimos de Lota y Coronel. Son 4 vapores y 7 buques a vela”. *El Mercurio*, Valparaíso, 30 de octubre de 1879, p. 3.

Poco tiempo después el mismo periódico distinguió otra de sus donaciones: “Obsequio: Para el ejército que opera en territorio peruano ha obsequiado doña Isidora G. de Cousiño 100 arrobas burdeos de paia”. *Ibid.*, 22 de noviembre de 1879, p. 2.

⁴⁴⁶ *El Ferrocarril*, Santiago, 19 de junio de 1879, p. 2: “Señora Rosa Aldunate de Waugh organizó una fiesta donde participaron solamente niños a beneficio de los huérfanos de la guerra”.

⁴⁴⁷ Cristi, Mauricio: *Lectura patriótica...*, p. 108.

⁴⁴⁸ *Ibid.*



Rosa Aldunate de Waugh.
Archivo familiar Richard-Waug.

El gobierno le reconoció sus méritos en la ayuda durante el conflicto expresando que la “señora Rosa Aldunate de Waugh realizó conciertos, bailes y bazares públicos”⁴⁴⁹.

También la prensa le dedicó un poema:

“Señora doña Rosa Aldunate de Waugh
¿Quién es la que allí se halla la primera
en el deber sirviendo presurosa
y nunca hallando en su misión barrera?
es la nieta ilustrada, altiva, hermosa
del general José Miguel Carrera
La perla de Peñaflor”⁴⁵⁰.

4. Dolores Vicuña de Morandé

La señora Dolores, hermana del historiador Benjamín Vicuña Mackenna, obtuvo un reconocimiento de él⁴⁵¹ y de sus contemporáneos. Así es como la definían “Dolores Vicuña de Morandé: era joven, rica y bella. Pero sobre todo era caritativa. Todas las comodidades de la vida rodeaban a esa hermosa dama. Y todo eso lo abandonaba por ir a socorrer a las viudas y huérfanos de los que habían caído al pie de la bandera combatiendo por la patria. Fue el hada bienhechora que sostuvo hasta el fin la más santa y útil de las instituciones que hizo nacer la guerra para aplacar sus horrores: la Sociedad del

⁴⁴⁹ *El Ferrocarril*, Santiago, 15 de agosto de 1881, p. 3. La intendencia contestando a la Comisión de Guerra y Marina de la Cámara de Diputados le recomendaba a las sociedades y personas que contribuyeron al feliz éxito de la campaña: entre ellas nombraba a la señora Rosa Aldunate de Waugh.

⁴⁵⁰ *El Ferrocarril*, Santiago, 29 de marzo de 1880, p. 3.

⁴⁵¹ Benjamín Vicuña Mackenna escribió *Dolores. Homenaje a la mujer chilena. Dolores Vicuña de Morandé*, justamente en reconocimiento de la labor realizada por su hermana.

Perpetuo Socorro. Allí la viuda encontraba techo, abrigo y alimento. Al huérfano se le daba, además ropa y se le enviaba a la escuela. La mujer del soldado tenía ropa que coser. Cuatro mil almas eran atendidas con solícito afán por la señora Dolores Vicuña de Morandé secundada por otro ángel de la tierra que lleva el nombre de Delfina Calvo... Por donde quiera que la señora Dolores Vicuña de Morandé se presentaba iban con ella la luz, el consuelo y la esperanza... En la señora Dolores Vicuña de Morandé tienen las opulentas damas chilenas un digno ejemplo que imitar⁴⁵².

También ella se vio incluida en el proyecto de ley para recompensar a las personas que ayudaron en la guerra, reconociendo que “la señora Dolores Vicuña, presidenta de la Sociedad del Perpetuo Socorro, ha prestado auxilio a las viudas e instrucción a los hijos de nuestros soldados”⁴⁵³.

Y finalmente tampoco podía olvidarla *El Ferrocarrilito*:

“Doña Dolores Vicuña de Morandé
Si nacido ella hubiera
en los tiempos gloriosos en que la patria
tuvo una Paula Jara,
su digna émula fuera
pero nació en el tiempo afortunado
en que a Chile risueño el orbe vé
progresar y ser rico y envidiado,
y Rosa Bonheur fue...
si es hermoso ese cuadro que ella pinta
llevando en su pincel la inspiración
más hermoso es el tiempo que ella emplea
en prodigar solícito cuidado
a la esposa y al hijo del soldado
que por la Patria muere en la pelea
Rosa (redactora)⁴⁵⁴.

⁴⁵² Cristi, Mauricio: *Lectura patriótica...*, pp. 8–9. Cristi, secretario y escribiente de Vicuña Mackenna, conocía personalmente a la señora Dolores. Afirmaba que era un ejemplo digno de imitar. La señora Vicuña falleció en el período de la guerra, en diciembre de 1882.

⁴⁵³ Ahumada, Pascual: *Guerra del Pacífico...*, Tomo VI, pp. 270–271. Este proyecto de ley tiene fecha 5 de agosto de 1881.

⁴⁵⁴ *El Ferrocarrilito*, Santiago, 6 de abril de 1880, p. 3.

DOLORES.



HOMENAJE A LA MUJER CHILENA

EN LA SIEMPRE DULCE Y QUERIDA MEMORIA DE MI
TIERNAMENTE AMADA HERMANA

DOLORES VICUÑA DE MORANDÉ

Por B. V. M.

(ESCRITO E IMPRESO PARA CIRCULACION ESCLUSIVAMENTE
PRIVADA.)



VALPARAISO:

IMP. DE "LA PATRIA," CALLE DEL ALMENDRO NÚM. 16.

1883

Carátula del libro "*Dolores. Homenaje a la mujer chilena*",
escrito por Benjamín Vicuña Mackenna en honor a su hermana.
Biblioteca Nacional.

VII. PARTICIPACIÓN POLÍTICA

Un ámbito, muy poco común, en el que participó la mujer, fue el de la política. Durante el desarrollo de la campaña terrestre, el rol desempeñado por Rafael Sotomayor, Ministro de Guerra en Campaña era tan esencial, que cuando decidió abandonar dicho puesto, alegando motivos de salud, se le trató de disuadir de distintas maneras.

El señor Sotomayor decidió viajar a Santiago para presentar su renuncia y el presidente Pinto “para evitar de que Sotomayor insistiera en el viaje recurrió a todas sus influencias y puso en juego una que no tocó jamás sino una vez, la de su buena esposa, la que representaba en el Palacio la dignidad del hogar y el alejamiento de la política ⁴⁵⁵.

Así fue como Delfina Cruz de Pinto le escribió a Sotomayor: “Diciembre 8. Mi querido amigo: Haga el último sacrificio por su Patria permaneciendo en su puesto hasta el fin de la campaña. Las madres no tendremos temor por nuestros hijos mientras Ud. sea el Director de ella. Hago los más fervientes votos porque cuando regrese a ésta, llegue lleno de gloria y de salud. Estos son los deseos de su sincera amiga. Delfina Cruz de Pinto”. Sotomayor después de esto abandonó su proyecto de viaje ⁴⁵⁶.

La ayuda de la mujer llegó también al extremo de querer formar un batallón femenino. Tal cosa ocurrió en Perú, cuando un grupo de mujeres peruanas para ir en defensa de los soldados caídos en Arica, decidió formar un batallón lo que fue informado por *El Ferrocarril* lo que tuvo gran repercusión entre los caricatu-

⁴⁵⁵ Bulnes, Gonzalo: *Guerra del Pacífico*, Tomo I, p. 405.

⁴⁵⁶ *Ibid.* Está fechada el 8 de diciembre de 1879.

También Encina, Francisco Antonio: *Historia de Chile*, Tomo xxxii, p. 110. El general peruano Andrés Cáceres asimismo involucró a su mujer en labores de política: “Mi esposa, quien se encontraba ya de vuelta en Lima, no obstante estar vigilada por la policía chilena, reunía sigilosamente, junto con otras damas, en el local del antiguo teatro del Politeama, armas, municiones y artefactos diversos para el ejército y los remitía a Chosica, aprovechando de que nuestras avanzadas llegaban casi hasta las puertas de Lima”. Cáceres, Andrés: *Memorias del Mariscal Andrés A. Cáceres. La guerra del 79 y sus campañas*, Tomo II, p. 36.

ristas de la época en Chile. El periodista relataba que “es tanta la indignación por la sangre derramada que en Arica ha producido en todos y el entusiasmo que despierta por vengarla, que germina la idea en un grupo de mujeres de nuestro pueblo, de formar un cuerpo guerrillero de Lima para el caso de una invasión o cuando el ejército chileno acampase en las cercanías. Para las garantías de ese servicio y para poder disciplinarse mandarán muy pronto el permiso respectivo de la autoridad”⁴⁵⁷.

EL FERROCARRILITO

Año I.—N.º 148

Diario de la mañana

Santiago de Chile



UNA CAPITANA DEL BATALLON DE MUJERES DEL PERÚ
SALIENDO AL ENCUENTRO DE UN ROTO.

Nuestro grabado

I.

Dijo Piérola: perdidos
Ya nos tienen los chilenos
I para salvar la patria
Algún sacrificio haromes.
Vengan las madres peruanas,
Venga el tesoro de nietos
Que por el suelo peruano
Todos nosotros tenemos.
Qué hacer? Los hombres nos fal-
[tau,

Pues mujeres hallaremos,
Mujeres de pelo en barba,
Mujeres de esbelto cuerpo;
Negras como el azabacho,
Crespas como yo soi crespó,
Valientes como no son
Valientes las de mi pueblo.

II.

I así dijo i so fué entónces
Lleno de contento i gloria
En busca de las peruanas
Que le daría victoria;

“Una capitana del batallón de mujeres del Perú
saliendo al encuentro de un roto”.

El Ferrocarrilito, Santiago, 31 de julio de 1880.

⁴⁵⁷ “Batallón de Mujeres”, de *La Patria* de Lima de 28 de junio, en *El Ferrocarril*, Santiago, 21 de julio de 1880, p. 3.

CONCLUSIONES

La mujer estuvo presente y tuvo participación activa y constante en la Guerra del Pacífico cumpliendo diferentes roles de acuerdo con su condición y con las circunstancias que le tocaron vivir durante el conflicto.

Su papel no fue fundamental ni determinante en el desarrollo y desenlace de la guerra, pero no por ello fue menos significativo.

Hubo tres grupos entre las mujeres que se destacaron durante la contienda. Primero están las más conocidas, las cantineras, aquellas mujeres que recién comenzada la movilización corrieron a alistarse en los regimientos impulsadas tanto por su patriotismo como por el deseo de ayudar a los víctimas de las batallas. Estas mujeres vestían el mismo uniforme que los soldados de su batallón, ayudaban durante los combates repartiendo agua y municiones, socorriendo y aliviando a los heridos e incluso empuñando el fusil y luchando en caso de necesidad. Las cantineras muchas veces fueron verdaderas madres de los soldados, como protectoras, enfermeras y confidentes. Ellas han registrado sus nombres en la historia y nadie puede olvidar a Irene Morales que, viuda dos veces, residiendo en Antofagasta al momento que fue recuperada por Chile en febrero de 1879, siguió al ejército chileno en todas las campañas.

Desde un primer momento, los periodistas en forma unánime, destacaron el papel que jugaron las cantineras a quienes las consideraron verdaderos ángeles custodios y tutelares de los soldados. Ya en abril de 1879 el diario *El Ferrocarril* destacaba la importante misión caritativa cumplida por las cantineras: “Seríamos sumamente injustos si no expresáramos en primer lugar nuestra admiración ante la bellísima conducta de las valientes y graciosas cantineras que acompañaron al Batallón hasta la entrada de Calama. No dimitieron su entusiasmo de la larga travesía de Caracoles a Calama; no abandonaron su batallón durante toda la refriega; y después del combate han atendido a los heridos y enfermos con una contracción y fuerza de espíritu admirable de dos jovencitas que aún no han pisado el umbral de los 18 años. Todos los jefes y cuantos han vuelto de Calama ponderan con legítimo orgullo el comportamiento superior a todo elogio de las entusiasmadas vivanderas. Al principio se les consideró como un adorno del batallón y vive Dios que han sido unas verdaderas hermanas de la caridad. Han merecido las más justas consideraciones”⁴⁵⁸.

En segundo lugar están las camaradas que fueron las mujeres que siguieron a sus maridos, amigos o convivientes que se reclutaron en los regimientos y fueron trasladados al Norte. Junto a ellas también fueron mujeres solas que simplemente quisieron ir al sitio de la guerra. Estas mujeres se embarcaron en gran número en los mismos buques que transportaban tropas, desde los comienzos de la guerra. A los pocos meses se empezaron a manifestar las dificultades y problemas que entrañaba la presencia de tantas féminas dentro de los campamentos. El gobierno emitió una serie de decretos prohibiendo terminantemente el viaje de mujeres en los transportes militares. Sin embargo, estas disposiciones fueron violadas repetida y sistemáticamente con la ayuda de los mismos soldados quienes incluso les facilitaban sus uniformes de repuesto para que las mujeres se pudieran disfrazar y así burlar la vigilancia. Por este motivo no es de extrañar la alta cantidad de mujeres

⁴⁵⁸ *El Ferrocarril*, Santiago, 8 de abril de 1879, p. 1.

que regresaron con el ejército chileno en 1884 al término del conflicto y que consta en los registros oficiales del gobierno.

Esto motivó que la presencia femenina en los campamentos fuera algo natural para los soldados. Una anécdota que relata el General del Canto se enmarca dentro de éste contexto. Cuenta Del Canto en sus *Memorias...* que, antes de la batalla de Tacna, mandó a su propio regimiento a descansar y sentarse en el suelo para que los demás cuerpos pasaran sin dificultad a integrar la vanguardia; “...próximo a nosotros estaba parado el capellán del Bulnes, reverendo padre Fray Juan Francisco Pacheco, de manta y sombrero, y con la cara amarrada con un pañuelo, de modo que muy bien se le podía tomar por una mujer, a causa de sus hábitos. Con motivo de no estar bien claro cuando las tropas pasaban a vanguardia, un soldado del Atacama, viendo al capellán parado le dijo: “quítese, mi querida compatriota” y agregando a estas palabras un fuerte abrazo y la intentona de darle un beso; lo cual produjo una hilaridad tal entre los jefes, que todavía al cabo de algún tiempo siempre recordábamos el suceso”⁴⁵⁹.

Finalmente, el tercer grupo está compuesto por aquellos miles de mujeres que permanecieron en sus hogares y cumplieron, en la mayoría de los casos una labor anónima, pero no por ello menos significativa. Ellas cooperaron en la medida de sus posibilidades, en la confección de uniformes, ropa interior, pañuelos; otras fabricaron sábanas, vendajes, apósitos e implementos hospitalarios; fueron muchas las mujeres que bordaron banderas, estandartes y gallardetes, otras las que engalanaron las calles con arcos de triunfo y flores para el paso de los soldados que regresaban victoriosos y todas en conjunto oraron por el triunfo de las fuerzas chilenas.

Sin embargo hubo dos rubros o actividades donde el papel de la mujer de la ciudad tuvo un significado especial. Uno de ellos fue el trabajo hospitalario y el segundo la labor desplegada en la ayuda a los desamparados de la guerra. En el primero la dedica-

⁴⁵⁹ Del Canto, Estanislao: *Memorias militares...*, Tomo I, p. 100. La anécdota ocurrió en el campamento de Locumba el 16 de abril de 1880.

ción principalmente fue hacer hilas y otras vituallas de enfermería para los heridos y ayudar a los que regresaban al país y debían permanecer en los hospitales en un momento en que la cantidad de nosocomios no eran suficientes para atender a tantos enfermos. El segundo rubro se refiere a las varias sociedades de beneficencia que tan eficientemente cooperaron auxiliando a las viudas y huérfanos que dejó la guerra.

Benjamín Vicuña Mackenna elogió sin reservas esta labor de las damas y aseguró que: “Las señoras de Santiago, desde la primera hora de la presente, cruenta y prolongada guerra que ha pasado su hoz sobre la vida o salud de 20.000 chilenos, colocáronse a la altura del más generoso patriotismo. Nosotros vímoslas en grupo, después de haber erigido costosos hospitales de sangre en diversos barrios de la ciudad, servir con sus propias manos a los heridos que nos devolvían las batallas, santas y sublimes mujeres, cuántas y cuan generosas habéis dado a los grandes egoístas”⁴⁶⁰.

Las mujeres peruanas y bolivianas también jugaron un papel muy importante dentro de la contienda. Llamadas rabonas, normalmente han dado lugar a innumerables relatos sobre su participación. Resulta curioso constatar que los contemporáneos de la guerra jamás llamaron a la rabona peruana o boliviana con el nombre de cantinera. Un periódico chileno relata la siguiente anécdota: “Entre los pocos prisioneros que hemos podido hacer, tomamos ¡cosa rara! a una cantinera peruana. Sabido de todos los chilenos es que el ejército aliado no tiene cantineras. La tomada anteayer en Arica ¡vamos! no tenía malos bigotes. Era una morenita simpática de ojos de fuego y de andar sandunguero. Uno de los oficiales del 4º de Línea, valiente como un chileno y enamorado como un Don Juan fue quien intimó rendición a la peruana”. El chileno al querer sobrepasarse con la mujer, se llevó una sorpresa: “la cantinera sobrecogida de espanto dijo al valiente del

⁴⁶⁰ Vicuña Mackenna, Benjamín: *Dolores. Homenaje a la mujer chilena. Dolores Vicuña de Morandé*, p. 65.

4º de Línea: no se propase usted señor, porque le diré la verdad, yo no soy mujer, sino hombre. Soy cantinero peruano”⁴⁶¹.

Aunque la presencia femenina chilena durante la Guerra del Pacífico fue una constante, esto no significa que su papel haya sido trascendental como para haber influido en el triunfo de la contienda. Sin embargo, ha quedado probado que la mujer si estuvo presente en todo el conflicto y que cooperó y ayudó dentro de los campamentos en la preparación de alimentos y arreglo de uniformes de los soldados, que participó en el terreno bélico alcanzando incluso grados militares, y que algunas lograron gran prestigio entre las filas y otras dieron muestras de heroísmo y sacrificio como las chilenas que perecieron en La Concepción. También ellas fueron motivo de conflicto por el aumento de las enfermedades venéreas dentro de los regimientos en campaña, lo que dio lugar a los intentos por parte de las autoridades militares y sanitarias de impedir la presencia de la mujer en los campamentos. Por ello resulta extraño el hermetismo que frente a la mujer chilena en la Guerra del Pacífico han guardado los historiadores.

Como corolario de lo que hemos señalado a lo largo de este trabajo⁴⁶², se puede concluir lo siguiente. En primer término la participación femenina refleja que la Guerra del Pacífico fue un fenómeno que implicó a todo el cuerpo social chileno y que la consideró como un desafío a la nacionalidad en su conjunto. Esto abre interesantes perspectivas de investigación para la Historia Social de Chile.

En segundo término, es interesante constatar el modo como el ejército recogió institucionalmente la situación de las mujeres. Por una parte no estaban orgánicamente integradas a la institución, pero a la vez se valoraba y se buscaba el aporte que ellas entregaban al combatiente. De alguna forma, y a su manera, quizás encontremos aquí el primer indicio de lo que hoy en día

⁴⁶¹ "Una cantinera peruana", *El Ferrocarrilero*, 10 de agosto de 1880, p. 3.

⁴⁶² Véase: Larraín Mira, Paz: "Mujeres tras la huella de los soldados". En *Revista Historia*, N° 33, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 2000, pp. 227-261.

es corriente en cualquier ejército, tanto chileno como extranjero, cuando se inserta el rol de la mujer en la tarea de la institución militar. Este es un aspecto que no encontramos lo suficientemente capitalizado en las clásicas historias militares.

Queda como una tarea abierta al futuro, investigar en profundidad, los alcances y el momento en que la mujer se incorporó definitivamente a las fuerzas armadas, participando así en forma activa en un nuevo quehacer del país.

BIBLIOGRAFÍA

I. GUÍAS BIBLIOGRÁFICAS

- Benelli, Alejandro: *Bibliografía general de Vicuña Mackenna*, Universidad de Chile, Impreso en los Talleres Fiscales de la Dirección General de Prisiones, Santiago, 1940.
- Biblioteca Nacional: *Anuario de la prensa chilena 1877-1885*, Imprenta universitaria, Santiago, 1952.
- Rodríguez Rautcher, Sergio: *Bases documentales para el estudio de la Guerra del Pacífico con algunas descripciones, reflexiones y alcances*, 2 Tomos, Instituto Geográfico Militar, Santiago, 1991.
- Sturgif E. Leavitt: *Revistas hispanoamericanas. Índice bibliográfico 1843-1935*, Santiago, Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina, 1960.

II. OBRAS GENERALES

- Abecia Baldivieso, Valentín: *Las relaciones internacionales en la historia de Bolivia*, 3 Tomos, Editorial Los amigos del libro, La Paz, 1986.
- Aguirre Lavayen, Joaquín: *Guerra del Pacífico. Pacto de Tregua, 1884*, Editorial Los amigos del libro, La Paz, Cochabamba, 1987.
- Arguedas, Alcides: *Historia General de Bolivia*, Editorial Juventud, La Paz, 1988.
- Barrientos, Pablo: *La campaña de Arequipa a través de la correspondencia del coronel José Velásquez*, Colección Biblioteca del Oficial, Volumen XXII, Estado Mayor General del Ejército, Santiago, 1949.

- Barros, Mario: *Historia diplomática de Chile (1541-1938)*, Editorial Ariel, Barcelona, 1970.
- Basadre, Jorge: *Historia de la República del Perú*, 5 Tomos, Editorial Historia, Lima, 1961.
- Blanlot-Holley, Anselmo: *Historia de la paz entre Chile y Perú, 1879-1884*, Arica, 1909.
- Castro V, Aquilino: *Los guerrilleros de Chupaca en la guerra con Chile*, Editorial Universo, Lima, 1982.
- Del Busto, José Antonio: *Compendio de Historia del Perú*, Editorial Librería Studium, Lima, 1988.
- Dellepiane, Carlos: *Historia militar del Perú*, Imprenta y Librería del Gabinete Militar, Lima, 1936.
- Encina, Francisco Antonio: *Historia de Chile*, 37 Tomos, Editorial Ercilla, Santiago, 1984.
- Encina, Francisco Antonio: *Las relaciones entre Chile y Bolivia, 1841-1963*, Editorial Nascimento, Santiago, 1963.
- Estado Mayor General del Ejército: *Héroes y soldados ilustres del Ejército de Chile 1810-1891*, Academia de Historia Militar, Biblioteca del Oficial, Santiago, 1981.
- Estado Mayor General del Ejército: *Historia del Ejército de Chile*, 8 Tomos, Academia de Historia Militar, Biblioteca del Oficial, Santiago, 1980-1983.
- Eyzaguirre, Jaime: *Breve historia de las fronteras de Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, 1978.
- Fuenzalida Bade, Rodrigo: *La Armada de Chile desde la alborada al sesquicentenario (1813-1968)*, 4 Volúmenes, Valparaíso, 1968.
- García Calderón, Ventura; Weisse, María y otros: *La limeña*, Edición antológica, Concejo Provincial de Lima, Lima, 1959.
- Godoy, Hernán: *El carácter chileno*, Editorial Universitaria, Santiago, 1976.
- Harris, Gilberto: *Emigración y políticas gubernamentales en Chile durante el siglo XIX*, Ediciones Universitarias, Universidad Católica de Valparaíso, Valparaíso, 1996.
- Harris, Gilberto: *Inmigración y emigración en Chile durante el siglo XIX*, Ediciones de la Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación, Valparaíso, 1997.
- Hernández, Roberto: *El roto chileno*, Imprenta San Rafael, Valparaíso, 1929.
- Izquierdo, Gonzalo: *Historia de Chile*, 3 Tomos, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1990.
- Klein, Herbert: *Historia de Bolivia*, Editorial Juventud, La Paz, 1994.
- Lagos Carmona, Guillermo: *Historia de las fronteras de Chile. Los tratados de límites con Bolivia*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1966.

- Lagos Carmona, Guillermo: *Historia de las fronteras de Chile. Los tratados de límites con el Perú*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1966.
- Larenas, Víctor: *Patricio Lynch, Almirante, General, Gobernador y Diplomático*, Editorial Universitaria, Santiago, 1981.
- Mantilla, Víctor; Rivas, Ernesto; González, Nicolás, *Nuestros héroes: Episodios nacionales de la Guerra del Pacífico*, 2 Tomos, Reeditado por el Ministerio de Guerra, Lima, 1979.
- Murillo Vacareza, Osermo: *La rabona*, Editorial Isla, La Paz, 1982.
- Pacheco, Ramón: *La Generala Buendía*, Imprenta Gutenberg, Santiago, 1885-1887.
- Pons Muzzo, Gustavo: *Compendio de Historia del Perú*, Editorial Bruño, Lima, 1988.
- Urquidi, José Macedonio: *Bolivianas Ilustres, heroínas, escritoras, artistas. Estudios biográficos y críticos*, Escuela Tipográfica Salesiana, La Paz, 1918.
- Valenzuela Solís de Ovando, Carlos: *Mujeres de Chile*, Editorial Andujar, Santiago, 1995.
- Villalobos, Sergio; Silva Galdames, Osvaldo; Silva Vargas, Fernando; Estellé, Patricio: *Historia de Chile*, Editorial Universitaria, 4 Tomos, Santiago, 1974.

III. OBRAS GENERALES SOBRE LA GUERRA DEL PACÍFICO

- Bulnes, Gonzalo: *Guerra del Pacífico*, 3 Volúmenes, Editorial del Pacífico, Santiago, 1955.
- Caivano, Tomás: *Historia de la guerra de América entre Chile, Perú y Bolivia*, 2 Tomos, Publicaciones del Museo Naval, Lima, 1979.
- Ekdahl, Wilhelm: *Historia militar de la Guerra del Pacífico entre Chile, Perú y Bolivia*, 3 Tomos, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, Imprenta Ministerio de Guerra, Santiago, 1917-1919.
- López Martínez, Héctor: *Guerra con Chile, episodios y personajes 1879-1885*, Editorial Minerva, Lima, 1989.
- Machuca, Francisco: *Las cuatro campañas de la Guerra del Pacífico*, 4 Tomos, Imprenta Victoria, Valparaíso, 1927.
- Pinochet Ugarte, Augusto: *Historia ilustrada de la Guerra del Pacífico*, Editorial Universitaria, Santiago, 1979.
- Pinochet Ugarte, Augusto: *La Guerra del Pacífico. Campaña de Tarapacá*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1984.
- Querejazú Calvo, Roberto: *Guano, salitre, sangre. Historia de la Guerra del Pacífico*, Editorial Los amigos del libro, La Paz, Cochabamba, 1979.

- Querejazú Calvo, Roberto: *La Guerra del Pacífico*, Editorial Juventud, La Paz, 1994.
- Von Knauer, Hans: *Historia Militar de la Guerra del Pacífico*, Imprenta del Cuartel General de la Primera División de Ejército, Antofagasta, 1934.

IV. HISTORIADORES CONTEMPORÁNEOS A LA GUERRA DEL PACÍFICO

- Barros Arana, Diego: *Historia de la Guerra del Pacífico, 1879-1881*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1979.
- Benavides Santos, Arturo: *Historia compendiada de la Guerra del Pacífico*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, Santiago, 1967.
- Paz Soldán, Mariano Felipe: *Narración histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*, 3 Tomos, Editorial Milla Batres, Lima, 1979.
- Vicuña Mackenna, Benjamín: *Historia de la campaña de Tarapacá, desde la ocupación de Antofagasta hasta la proclamación de la dictadura en el Perú*, 2 Tomos, Imprenta y Litografía de Pedro Cadot, Santiago, 1880.
- Vicuña Mackenna, Benjamín: *Historia de la campaña de Tacna y Arica, 1879-1880*, Rafael Jover Editor, Santiago, 1881.
- Vicuña Mackenna, Benjamín: *Historia de la campaña de Lima, 1880-1881*, Rafael Jover Editor, Santiago, 1881.
- Vicuña Mackenna, Benjamín: *Dolores. Homenaje a la mujer chilena. Dolores Vicuña de Morandé*, Imprenta Cervantes, Santiago, 1904.
- Vicuña Mackenna, Benjamín: *Miscelánea*, Empresa Zig-Zag, Santiago, 1931.
- Vicuña Mackenna, Benjamín: *El álbum de la gloria de Chile. Homenaje al Ejército y Armada de Chile en la memoria de sus más ilustres marinos y soldados muertos por la patria en la Guerra del Pacífico 1879-1883*, Editorial Vaitea, Santiago, 1977.

V. MONOGRAFÍAS SOBRE TEMAS ESPECÍFICOS DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

- Figueroa, Pedro Pablo: *El cirujano militar Don Francisco Julio Oyarzún. Sus campañas en la Guerra del Pacífico y servicios posteriores al país*, Imprenta Moderna, Santiago, 1901.
- Figueroa, Pedro Pablo: *El General don Juan Francisco Gana*, Imprenta Santiago de Chile, Santiago, 1894.
- González Ibaceta, Soledad: *La participación femenina en la Guerra del Pacífico, 1879-1884*, Tesis para optar al grado de Licenciada en Historia, Universidad de Chile, Santiago, 1988.

- González Salinas, Edmundo: *La política contra la estrategia en la Guerra del Pacífico, 1879-1883*, Imprenta Instituto Geográfico Militar, Santiago, 1981.
- Irene Morales, *cantinerera del ejército chileno*, Litografía de P. Cadot, Santiago, s/f.
- Larraín Mira, Paz: “La campaña de la Sierra”, en *Revista de la Academia de Historia Militar*, N° 7, Santiago, 1992, pp. 6-24.
- Larraín Mira, Paz: “La campaña de Tacna y Arica”, en *Revista de la Academia de Historia Militar*, N° 9, Santiago, 1994, pp. 107-125.
- Larraín Mira, Paz: “Las Conferencias de Arica”, en *Revista Nuestro Chile*, N° 24, Santiago, 1994, pp. 42-61.
- Larraín Mira, Paz: “Don Patricio Lynch: el marino, el militar y el político”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 163, Santiago, 1997, pp. 71-106.
- Larraín Mira, Paz y Matte Varas, Joaquín: “*Testimonios de un Capellán Castrense en la Guerra del Pacífico: Ruperto Marchant Pereira*”, Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2004.
- Larraín Mira, Paz: *Guerra del Pacífico. Algunas acciones militares*, Editorial Gabriela Mistral, Santiago, 2003.
- Márquez-Breton, Edmundo: *Luis Cruz a la luz de la verdad*, Santiago, 1984.
- Méndez Notari, Carlos: “*Héroes del silencio. Los veteranos de la Guerra del Pacífico*”, Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2004.
- Oblitas Fernández, Edgar: *Historia secreta de la Guerra del Pacífico*, Editorial Tupac Katari, Sucre, 1983.
- Peri F, René: *Los batallones Bulnes y Valparaíso*, Imprenta de Carabineros, Santiago, 1981.
- Perreti, Crisólogo: “Cantineras y poetas”, en *Diario La Estrella*, Iquique, Chile, 3 de noviembre de 1989, p. 2.
- Pinto Vallejos, Julio: “¿Patria o clase? La Guerra del Pacífico y la reconfiguración de las identidades populares en el Chile contemporáneo”, en *Contribuciones Científicas y Tecnológicas*, N° 116, Área Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Santiago de Chile, Departamento de Historia, Facultad de Humanidades, Santiago, noviembre de 1997, pp. 43-56.
- Pinto Vallejos, Julio; Valdivia, Verónica y Venegas, Hernán: “Peones chilenos en las tierras del salitre, 1850-1879: Historia de una emigración temprana”, en *Contribuciones Científicas y Tecnológicas*, N° 109, Área Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad de Santiago de Chile. Departamento de Historia. Facultad de Humanidades. Santiago, agosto 1995, pp. 47-71.
- Poblete, Rafael: “El servicio sanitario en el ejército chileno durante la Guerra del Pacífico, 1879-1884. Datos para la historia de la Medicina en Chile”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 37-38-39-41-43-45, Imprenta

- Universitaria, 1920-1921-1922. N° 37, 1920, pp. 465-479; N° 38, 1920, p. 469-499; N° 39, 1920, pp. 463-488; N° 41, 1921, pp. 474-482; N° 43, 1921, pp. 474-496 y N° 45, 1922, pp. 456-481.
- Ravest Mora, Manuel: *Juan Martínez, comandante de los mineros del Atacama*, Impresores Francisco Carrión y Compañía Limitada, Santiago, 1979.
- Rodríguez Rautcher, Sergio: *Problemática del soldado durante la Guerra del Pacífico*, Impresores Edimpres Limitada, Santiago, 1984.
- Rodríguez, Juan Agustín: *Patricio Lynch, Vicealmirante y General en Jefe. Síntesis de la Guerra del Pacífico*, Santiago, 1967.
- Ruz Trujillo, Fernando: *Rafael Sotomayor, el organizador de la victoria*. Editorial Andrés Bello. Santiago, 1980.
- Silva Galdames, Osvaldo: "Aspectos de las campañas de 1879: el testimonio de los actores", en *Cuadernos de Historia*, N° 7, Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile, Santiago, julio de 1987, pp. 155-174.
- Uribe Echevarría, Juan: *Canciones y poesías de la Guerra del Pacífico*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Valparaíso, 1979.
- Vallejo, José De la Cruz: *La cantinera de Atacama, doña Filomena Valenzuela Goyenechea*, Imprenta y Encuadernación de la Primera División, Iquique, 1922.
- Vargas H. Gerardo: *La batalla de Arica. 7 de junio de 1880*, Imprenta Americana, Lima, 1921.

VI. DOCUMENTOS

1. *Impresos*

- Ahumada, Pascual (Editor): *La Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que han dado a luz la prensa de Chile, Perú y Bolivia, conteniendo documentos inéditos de importancia*, 9 Tomos, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1982.
- Anguita, Ricardo: *Leyes promulgadas en Chile*, 2 Tomos, Imprenta Litografía y Encuadernación Barcelona, Santiago.
- Boletín de la Guerra del Pacífico*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1979.
- Boletín de las Leyes y Decretos del Gobierno año de 1880*, Suplemento al Libro XLVIII, Imprenta Nacional, Santiago, 1881.
- Boletín de las Leyes y Decretos del Gobierno año de 1881*, Libro XLIX, 1er semestre 1881, Imprenta Nacional, Santiago, 1881.

- Boletín de las Leyes y Decretos del Gobierno año de 1882*, Libro L, Imprenta Nacional, Santiago, 1882.
- Boletín de las Leyes y Decretos del Gobierno años de 1879 y 1880*, Imprenta de la República de T. Nuñez, Santiago, 1882.
- Centro de Documentación de *El Mercurio, Diario de la Guerra del Pacífico*, 3 Tomos, Santiago, 1979.
- Fernández Larraín, Sergio: "La Guerra del Pacífico en nuestro archivo", en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, años XLVI-XLVII, N° 91, Santiago, 1979-1980, pp. 125-234.
- Lecaros Villavicencio, Fernando: *La guerra con Chile en sus documentos*, Editorial Rikcontraay Perú, Lima, 1983.
- Milla Batres, Carlos (Editor): *Recopilación de partes y documentos de la Guerra del Pacífico*, Editorial Milla Batres, Lima, 1980.
- Palma, Ricardo (Editor): *Cartas a Piérola*, Editorial Milla Batres, Lima 1979.
- Ramírez Hugo: "Nuevas informaciones sobre la batalla de la Concepción. Carta inédita sobre el Combate (9 y 10 de Julio de 1882)", en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, años XLVI-XLVII, N° 91, Santiago, 1970-1980, pp. 115-120.
- Varas, Antonio: *Correspondencia sobre la Guerra del Pacífico, abril-agosto 1879*, Imprenta Universitaria, Santiago, 1918.
- Varas, José Antonio: *Recopilación de leyes, órdenes, decretos supremos y circulares concernientes al Ejército desde enero de 1878 a fin de diciembre de 1883*, 6 Tomos, Imprenta de R. Varela, Santiago, 1884.

2. Inéditos

- Archivo Nacional, Archivo Benjamín Vicuña Mackenna*, Volúmenes 222-226-227-232-251-358-382-387-407.
- Archivo Nacional, Archivo Ministerio de Guerra*, Volumen 817-818-819-821-827-870-871 a 889-919 a 953- 994 a 1032- 1074 a 1127-1173 a 1195-1260.
- Archivo Nacional, Archivo Ministerio del Interior*, Volumen 843 a 853- 868-871-872-890 a 912- 946 a 966- 979-998 a 1020- 1062 a 1088- 1121 a 1148.
- Archivo Nacional, Fondos Varios*, Volúmenes 133-134-989.
- Ibarra Díaz, Marco: *Campana de la Sierra*. Manuscrito en poder del profesor Cristián Guerrero Yoacham.
- Ministerio de Defensa Nacional, Estado Mayor General del Ejército, Archivo de Guerra*, Santiago, Subsecretaría de Guerra, Guerra del Pacífico, Legajos 1-529, 1879; Legajos 1-705, 1879-1880.

**VII. TESTIMONIOS CONTEMPORÁNEOS CHILENOS:
DIARIOS DE CAMPAÑA, EPISTOLARIOS, MEMORIAS,
REMINISCENCIAS, RECUERDOS.**

- Amunátegui Rivera, José Domingo: *Apuntes de un viaje al Perú durante la ocupación chilena*, Santiago, 1882.
- Benavides Santos, Arturo: *Seis años de vacaciones*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, Santiago, 1967.
- Castro Espinosa, Guillermo: *Guerra del Perú. Diario de campaña 1880-1881*. Transcripción y estudios complementarios de Fernando Castro Avaria, Santiago, 1986.
- Caviedes, Eloy: *La batalla de Tacna descrita por el corresponsal de El Mercurio*, Imprenta y Litografía Bandera, Santiago, 1880.
- Cristi, Mauricio: *Lectura Patriótica. Crónica de la última guerra*, Imprenta El Correo, Santiago, 1888.
- Chaparro, Guillermo: *Recuerdos del Pacífico*, Imprenta del Estado Mayor General, Santiago, 1910.
- Del Canto, Estanislao: *Memorias militares del General D. Estanislao del Canto*, 2 Tomos, Imprenta La Tracción, Santiago, 1927.
- Del Solar, Alberto: *Diario de campaña*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, Santiago, 1967.
- Díaz Gallegos, Wenceslao y Miquel, Damián: *Solicitud de los doctores W. Díaz y D. Miquel*, Imprenta Católica, Santiago, 1891.
- Díaz Gallegos, Wenceslao: *Reglamentos del Servicio Sanitario del Ejército en campaña*, Imprenta de El Mercurio, Santiago, 1879.
- Díaz Gallegos, Wenceslao: *Servicio Sanitario del Ejército*, Imprenta de La Patria, Valparaíso, 1882.
- Errázuriz, Isidoro: *Hombres y cosas durante la guerra, Serie de artículos editados por La Patria*, Imprenta de La Patria, Valparaíso, 1882.
- Fernández Larraín, Sergio, (Editor): *Santa Cruz y Torrealba. Dos héroes de las campañas de Tarapacá y Tacna*. Editorial Mar del Sur, Santiago, 1979.
- Figueroa Brito, Francisco: *Organización y campaña a Lima del Batallón movilizado Quillota*, Imprenta de El Correo, Santiago, 1894.
- Figueroa Larraín, Joaquín: "Diario de un adolescente", en *Revista Mapocho*, N° 29, Santiago, primer semestre de 1991, pp. 71-92.
- Figueroa, Pedro Pablo: *Atacama en la Guerra del Pacífico. Reminiscencias históricas*, Imprenta Colón, Santiago, 1888.

- González y González, Ricardo: *El Regimiento Aconcagua y su segundo jefe*, Imprenta de La Patria, Valparaíso, 1881.
- Grez, Vicente: *El combate homérico*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, Santiago, 1968.
- Guajardo, Bernardino: *Victoria de los chilenos en Tarapacá*, Imprenta Los Tiempos, Santiago, 1879.
- Guerra con Chile. *La Campaña del Sur (Abril-Diciembre 1879). Memoria del General Juan Buendía y otros documentos inéditos*. Introducción y notas de Rubén Vargas Ugarte S.J., Editorial Carlos Milla Batres, Lima, 1967.
- Gutiérrez, Alberto: *La guerra de 1879*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, Santiago, 1975.
- Gutiérrez, Hipólito: *Crónica de un soldado de la Guerra del Pacífico*, Editorial Del Pacífico, Santiago, 1956.
- Ibarra Díaz, Marco: *Campaña de la Sierra*, Universidad de La Serena, La Serena, 1985.
- Korner Anwandter, Víctor: *Diario de campaña de un cirujano de ambulancia. Campañas de Tarapacá y Tacna de la Guerra del Pacífico. Marzo de 1879 a Agosto de 1880*, Imprenta Lagunas y Quevedo, Santiago, 1929.
- La cantinera de Atacama*, S.p.i., folleto de 26 páginas.
- La cantinera de las trenzas rubias*, S.p.i.
- Larraín, José Clemente: *Impresiones y recuerdos sobre la Campaña al Perú y Bolivia*, Imprenta Lourdes, Santiago, 1910.
- Lillo, Angel C.: *La batalla en la Cuesta de Los Angeles en Moquehua*, Imprenta de Los Tiempos, Santiago, 1880.
- López, Juan E.: *Mis recuerdos de la Guerra del Pacífico de 1879*, Imprenta Universitaria, Santiago, 1910.
- Marconi Hilarión: *El contingente de la provincia de Atacama en la Guerra del Pacífico*, Imprenta del Atacama, Copiapó, 1882.
- Marchant Pereira, Ruperto: *Crónica de un Capellán de la Guerra del Pacífico. Apuntes del capellán de la Primera División don Ruperto Marchant Pereira (1879-1881)*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1959.
- Matte Varas, Joaquín (Editor): "Correspondencia del capellán de la Guerra del Pacífico Presbítero D. Ruperto Marchant Pereira", en *Revista Historia* N° 18, Instituto de Historia, Universidad Católica de Chile, Santiago, 1983, pp. 345-365.
- Matte Varas, Joaquín (Editor): "Correspondencia de capellanes de la Guerra del Pacífico", en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, Año LII, N° 96, Santiago, 1985, pp. 361-397.

- Medina, José Toribio: *El Vice Almirante D. Patricio Lynch, Colección de Documentos Inéditos*, Imprenta particular, Santiago, 1910.
- Medina, José Toribio: *Una excursión a Tarapacá. Los juzgados de Tarapacá, 1880-1881*, Imprenta Dirección General de Prisiones, Santiago, 1952.
- Memoria de los trabajos de la Sociedad de Socorros La Protectora en el año comprendido entre el 30 de junio de 1880 y el 30 de junio de 1881*, Imprenta el Independiente, Santiago, 1881.
- Molinare, Nicanor: *Batalla de Tarapacá, 27 de noviembre de 1879*, Imprenta Cervantes, Santiago, 1911.
- Molinare, Nicanor: *Asalto y toma de Arica, 7 de junio de 1880*, Imprenta de El Diario Ilustrado, Santiago, 1911.
- Molinare, Nicanor: *Asalto y toma de Pisagua, 2 de noviembre de 1879*, Imprenta Cervantes, Santiago, 1912.
- Molinare, Nicanor: *La expedición a Lima. Batallas de Chorrillos y Miraflores*, Imprenta Cervantes, Santiago, 1912.
- Molinare, Nicanor: *Historia de la batalla de Huamachuco. Martes 10 de julio de 1883*, Imprenta y Encuadernación Antigua Inglesa, Santiago, 1913.
- Muñoz Figueroa, Alberto: *Recuerdos de Tacna y Arica*, Imprenta Fiscal de la Penitenciaría, Santiago, 1922.
- Olid Araya, J. Arturo: *Crónicas de guerra. Relatos de un ex combatiente de la Guerra del Pacífico y la Revolución de 1891*, Ril Editores, Santiago, 1999.
- Pinochet de la Barra, Oscar (Editor): *Testimonios y recuerdos de la Guerra del Pacífico*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1978.
- Quiroz, Abraham y Gutiérrez Hipólito: *Dos soldados en la Guerra del Pacífico*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, Santiago, 1976.
- Quiroz, Abraham: *Epistolario inédito de su campaña como soldado raso durante la Guerra del Pacífico, 1879-1884*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, Santiago, 1976.
- Ramírez, Manuel, S.: *Informe sobre los oficiales heridos asistidos en la sala San Agustín, pasado a don Agustín Edwards*, Imprenta El Mercurio, Valparaíso, 1881.
- Riquelme, Daniel: *Chascarrillos militares. Recuerdos de la campaña*, Imprenta Victoria, Santiago, 1885
- Riquelme, Daniel: *Cuentos de la guerra y otras páginas, Compilación de Mariano Latorre y Miguel Varas Velásquez*, Imprenta Universitaria, Santiago, 1931.
- Riquelme, Daniel: *Bajo la tienda. Recuerdos de la campaña al Perú y Bolivia, 1879-1884*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1958.
- Riquelme, Daniel: *La expedición a Lima*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1967.

- Rodríguez Mendoza, Emilio: *Reminiscencias militares, 1879*, Imprenta del Centro Editorial La Prensa, Santiago, 1902.
- Rosales, Justo Abel: *Mi campaña al Perú, 1879-1881*, Editorial de la Universidad de Concepción, Concepción, 1984.
- Ruz Trujillo, Fernando (Recopilador): *Guerra del Pacífico. Memoria de campaña de José Francisco Vergara. Diario de campaña de Diego Dublé Almeida*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1979.
- Sanz, Evaristo: *Hojas sueltas de mi diario de campaña o reminiscencias de la Guerra del Pacífico*, Imprenta Londres, Santiago, 1942.
- Sargento Necochea: *La fuga de 3 prisioneros chilenos después del combate de Tarapacá*, Imprenta del Mercurio, Valparaíso, 1880.
- Serrano Montaner, Rodolfo: *Proyecto de reorganización del Servicio Sanitario del Ejército bajo el régimen militar, Memoria de prueba para optar al grado de médico cirujano*, Imprenta Nacional, Santiago, 1883.
- Sienna, Pedro: *Recuerdos de el Soldado Desconocido. Episodios de la Guerra del Pacífico que no menciona la Historia*, Empresa Zig-Zag, Santiago, 1931.
- Urquieta, Antonio: *Recuerdos de la vida de campaña de la Guerra del Pacífico*, 2 Volúmenes, Escuela Talleres Gratitude Nacional, Santiago, 1907.
- Valenzuela, Raimundo: *La batalla de Huamachuco*, Imprenta Gutenberg, Santiago, 1885.
- Valenzuela, Raimundo: *Un ramilletito de talquinas*, Imprenta Cervantes, Santiago, 1883.
- Vallejo, José de la Cruz: *La cantinera de Atacama, doña Filomena Valenzuela Goyenechea*, Imprenta y Encuadernación de la Primera División, Iquique, 1922.
- Venegas Urbina, Lucio: *Sancho en la guerra. Recuerdos del Ejército en la Campaña del Perú y Bolivia*, Imprenta Victoria, Santiago, 1885.

VIII. TESTIMONIOS CONTEMPORÁNEOS EXTRANJEROS: DIARIOS DE CAMPAÑA, EPISTOLARIOS, MEMORIAS, REMINISCENCIAS, RECUERDOS

- Cáceres, Andrés: *Memorias del Mariscal Andrés A. Cáceres*, 2 Tomos, Editorial Milla Batres, Lima, 1986.
- Claros, Manuel Pascual: "Diario de un excombatiente de la Guerra del Pacífico", en *Diarios y Memorias de la Guerra del Pacífico*, 2 Tomos, Instituto de Investigaciones Históricas y Culturales de La Paz, La Paz, 1980.

- Dalence, Zenón: "Informe histórico del servicio prestado por el Cuerpo de Ambulancias del Ejército Boliviano presentado al Supremo Gobierno", Imprenta La Tribuna, La Paz, 1881, en *Diarios y Memorias de la Guerra del Pacífico*, 2 Tomos, Instituto de Investigaciones Históricas y Culturales de La Paz, La Paz, 1980.
- Davin, Albert: *Chile y Perú en tiempos de la Guerra del Pacífico*, Editorial Planeta, Santiago, 1992.
- Del Mármol, Florencio: "Recuerdos de Bolivia", en *Guerra con Chile, la Campaña de Tacna y de Lima, Documentos Inéditos*, Editorial Milla Batres, Lima, 1970.
- Krebs, Ricardo; Fick, Bárbara W.; Fick, George M.; Heiremans, Juan Miguel; Blakemore, Harold; Hoodless, Malcolm; Aránguiz, Horacio; Couyoumdjian, Ricardo, (Recopiladores): *Informes inéditos de diplomáticos extranjeros durante la Guerra del Pacífico*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1980.
- Le León, M: *Recuerdos de una misión en el ejército chileno. Batallas de Chorrillos y Miraflores*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, Santiago, 1969.
- Mason, Theodorus: *Guerra en el Pacífico Sur*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, Santiago, 1971.
- Moreno de Cáceres, Antonia: *Recuerdos de la Campaña de la Breña*, Editorial Milla Batres, Lima, 1974.
- Spila de Subriaco, Benedicto R. P.: *Chile en la Guerra del Pacífico*, Traducido al español por J.L.Z., Imprenta del Nuevo Mercurio, Valparaíso, 1883.
- Vargas H. Gerardo: *La batalla de Arica. 7 de junio de 1880*, Imprenta Americana, Lima, 1921.
- Varigny de, Charles: *La Guerra del Pacífico*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, Santiago, 1971.
- Wu Brading, Celia (Editor): *Testimonios británicos de la ocupación chilena en Lima*, Editorial Milla Batres, Lima, 1986.

IX. PRENSA DEL PERÍODO DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

- Diario Oficial de Chile*, Santiago, 1879-1883.
- Hombres y cosas durante la guerra. Serie de artículos editoriales de La Patria escritos con motivo de la publicación de la Memoria de Guerra de 1881*, Imprenta La Patria, Valparaíso, 1882.
- El 14 de febrero*, Antofagasta, 1879.
- El Barbero*, Santiago, 1879.
- El Constituyente*, Copiapó, 1879-1883.

- El Estandarte Católico*, Santiago, 1879-1883.
El Ferrocarril, Santiago, 1879-1883.
El Ferrocarrilito, Santiago, 1880-1881.
El Mercurio del Vapor, Valparaíso, 1879.
El Mercurio, Valparaíso, 1879-1884.
El Nuevo Ferrocarril, Santiago, 1879-1881.
La Cantinera, Valparaíso, 1881.
La Patria, Valparaíso, 1879-1883.
Los Tiempos, Santiago, 1879-1883.

**X. OBRAS DE REFERENCIA: DICCIONARIOS,
 ENCICLOPEDIAS, DICCIONARIOS BIOGRÁFICOS**

- Academia Chilena (Correspondiente de la Real Academia Española), Instituto de Chile: *Diccionario del habla chilena*, Editorial Universitaria, Santiago, 1978.
- Diccionario Enciclopédico de la Guerra*, Director general Gregorio López-Muñoz, Editorial GESTA, Madrid, 1954-1958.
- Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, Editorial Montaner y Simón Sociedad Internacional, Barcelona-Buenos Aires-Lima-México, 1912.
- Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana*, Espasa Calpe, Madrid, Barcelona, 1958.
- Figuroa, Pedro Pablo: *Diccionario Biográfico de Chile*, 2 Tomos, Imprenta y Encuadernación Barcelona, Santiago, 1897.
- Figuroa, Virgilio: *Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile*, 5 Tomos, Establecimientos Balcells CO, Santiago, 1931.
- Lenz, Rodolfo: *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas*, Universidad de Chile, Seminario de Filología Hispánica, Santiago, s/f, (Edición dirigida por Mario Ferreccio Podestá).
- Paredes de Salazar, Elsa: *Diccionario biográfico de la mujer boliviana*, Editorial Isla, La Paz, 1965.
- Real Academia Española: *Diccionario de la Lengua Española*, 2 Tomos, Espasa-Calpe, Madrid, 1992.
- Rodríguez, Zorobabel: *Diccionario de chilenismos*, Imprenta de El Independiente, Santiago, 1875.
- Tauro, Alberto: *Enciclopedia Ilustrada del Perú*, PEISA, Promoción Editorial Inca S.A. Lima, 1988.

ÍNDICE ICONOGRÁFICO

PORTADA Irene Morales. Colección Museo Histórico Nacional.

CONTRAPORTADA Niñita disfrazada de cantinera durante las celebraciones de las fiestas patrias del año 1903 en Antofagasta. En, *Pluma y Lápiz*, 15 de noviembre de 1903.

Cantinera de 1837. En, Historia del Ejército de Chile. *Nuestros Uniformes*, Tomo XI, Estado Mayor General del Ejército, Santiago. PÁGINA 33

Cantinera de 1879. En, Historia del Ejército de Chile. *Nuestros Uniformes*, Tomo XI, Estado Mayor General del Ejército, Santiago. PÁGINA 33

Benjamín Vicuña Mackenna. Dibujo de Luis F. Rojas. Biblioteca Nacional. PÁGINA 41

Irene Morales. En, *El Nuevo Ferrocarril*, Santiago, 12 de agosto de 1880. PÁGINA 50

Muerte del Comandante Eleuterio Ramírez junto a una cantinera. Grabado a plumilla de Luis F. Rojas en, *Historia del Ejército de Chile. Nuestros Uniformes*, Tomo V, Estado Mayor General del Ejército, Santiago. PÁGINA 62

Juana López. *Revista Zig-Zag*, julio de 1910. PÁGINA 72

Mausoleo de Juana López. *Revista Zig-zag*, 13 de agosto de 1910. PÁGINA 73

Soldados Eleuterio y José Sandoval, hermanos, en compañía de una rabona. En, Paz Soldán, Mariano, *Narración histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*, Tomo III, Editorial Milla Batres, Lima, 1979. PÁGINA 81

- Soldado peruano junto a una rabona. En, Paz Soldán, Mariano, *Narración histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*, Tomo II, Editorial Milla Batres, Lima, 1979. PÁGINA 83
- José Tagle, una mujer y enfermero. En, Paz Soldán, Mariano, *Narración histórica de la guerra de Chile contra el Perú y Bolivia*, Tomo III, Editorial Milla Batres, Lima, 1979. PÁGINA 114
- Una chilena auxiliando con agua a los soldados chilenos a su paso por Perú. En, *Episodios de la Guerra del Pacífico*, Zig-Zag, 1931. PÁGINA 131
- “Con tan buen sistema de curación a los heridos, ¿quien no suspira por recibir un balazo?”. En, *El Barbero*, Santiago, 20 de diciembre de 1879. PÁGINA 141
- “Consolaos señora de la pérdida de vuestro heroico esposo, aquí tenéis las cartas de pésame, del Gobierno, de la Municipalidad y de la Protectora con tesoros y bellas palabras para alimentaros en vuestro abandono”. *El Barbero*, Santiago, 27 de diciembre de 1879. PÁGINA 148
- Juana Ross de Edwards. Colección Museo Histórico Nacional. PÁGINA 159
- Rosa Aldunate de Waug. Archivo familiar Richard-Waug. PÁGINA 163
- Carátula del libro “*Dolores. Homenaje a la mujer chilena*”, escrito por Benjamín Vicuña Mackenna en honor a su hermana. Biblioteca Nacional. PÁGINA 165
- “Una capitana del batallón de mujeres del Perú saliendo al encuentro de un roto”. *El Ferrocarrilito*, Santiago, 31 de julio de 1880. PÁGINA 167



SECC. CHILENA

**OTROS TÍTULOS
PUBLICADOS:**

Fernando Hormazábal Díaz .
**EL LIBRO BLANCO DEL PROBLEMA
MARÍTIMO BOLIVIANO**

Paz Larraín y Joaquín Matte (editores)
**TESTIMONIOS DE UN CAPELLÁN
CASTRENSE EN LA GUERRA DEL
PACÍFICO: RUPERTO MARCHANT
PEREIRA**

Carlos Méndez Notari
**HÉROES DEL SILENCIO. LOS
VETERANOS DE LA GUERRA DEL
PACÍFICO**

Paz Larrain - Angel Soto
**ANÉCDOTAS DE LA GUERRA DEL
PACÍFICO**

William F. Sater
**LA IMAGEN HERÓICA EN CHILE:
ARTURO PRAT, SANTO SECULAR**

PRESENCIA DE LA MUJER CHILENA EN LA GUERRA DEL PACÍFICO

Paz Larraín Mira

El tema de la mujer en la Guerra del Pacífico no había sido investigado por los historiadores hasta ahora. Paz Larraín Mira, rescata de este olvido a la mujer que, con amor infinito, entregó lo mejor de sí y luchó codo a codo con los valientes soldados que llevaron adelante esta contienda, en su condición de cantineras y camaradas y además de las muchas mujeres que permanecieron en las ciudades chilenas fabricando vestuarios, vendas y apósitos para las ambulancias o cuidando de los heridos, viudas y huérfanos de la guerra.

La historiadora Larraín, para esta obra consultó todos los documentos accesibles y una amplia bibliografía secundaria. Los materiales básicos fueron trabajados con modernas y adecuadas metodologías y como resultado se logra una monografía de gran valor intrínseco. Se llena así un vacío notorio en la historiografía del conflicto de 1879 y se abren nuevas rutas y perspectivas de investigación.

ISBN 956-8147-36-5



9 789568 147365